

Mariana Leky

El día
que Selma
soñó con
un okapi



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Primera parte

Prado, Prado

El amor del óptico

Un mamífero terrestre todavía por descubrir

Mon Chéri

Siempre en nuestro recuerdo

El sexo con Renate me quita el sentido

Este lugar es genial

Empleado del mes

Veintinueve horas después

Segunda parte

Alguien de fuera

Abrir

Esto es lo que hay

Sólo llamaba para saber cómo está «Alaska»

Fechas de caducidad

La hiedra según Elsbeth

«Felicità»

Sesenta y cinco por ciento

Mil años en el mar

El pesado corazón de la ballena azul

Bioluminiscencia

Los animales notan esas cosas

Ver más arriba

De momento, nada

Tercera parte

La inmensidad

Ahuyentar al corzo

La intimidad con el mundo

Fuiste tú

¡Heinrich, el coche se rompe!

«Okapia johnstoni»

Aquí tendido

Todo lo contrario

Frederik

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Ésta es la curiosa historia de Selma, una joven de un pueblito alemán con un extraño don: cuando sueña con un okapi, en menos de veinticuatro horas alguien fallece. Lógicamente, la tranquilidad de todo el pueblo se va al traste y las cartas de perdón, de agradecimiento, las peticiones arriesgadas y las locuras nunca realizadas se hacen, de pronto, realidad. Luise, su nieta, librera y con otra peculiar habilidad (cuando miente, los objetos a su alrededor empiezan a desplomarse), intentará lidiar con las consecuencias que su don y el de su abuela acarrearán a todo el pueblo.

EL DÍA QUE SELMA SOÑÓ CON UN OKAPI

Mariana Leky

Traducción del alemán por Albert Vitó i Godina



Seix Barral

Para Martina

It's not the weight of the stone. It's the reason why you lift it.

HUGO GIRARD,
el hombre más fuerte del mundo del año 2003

Prólogo

Si fijas la mirada en algo bien iluminado durante un buen rato y luego cierras los ojos, vuelves a verlo en el interior del ojo como una copia estática de lo que mirabas, en la que todo lo que en realidad era claro aparece oscuro, mientras que todo lo que en realidad era oscuro aparece muy claro. Por ejemplo: si sigues con la mirada a alguien que camina por la calle y se da la vuelta para decirte adiós con la mano, luego continúa andando pero se gira de nuevo y vuelve a saludarte por ultimísima vez, si en ese instante cierras los ojos, tras los párpados cerrados verás la réplica estática de su último movimiento, de su sonrisa, pero el pelo oscuro se le habrá vuelto claro y los ojos claros se le habrán oscurecido.

Si lo que has estado observando durante un buen rato era algo importante, una de esas cosas que, según Selma, pueden dar un vuelco a tu vida entera, la réplica de esa imagen seguirá apareciendo una y otra vez. Incluso décadas más tarde, sea lo que sea. La réplica de ese hombre que saluda por ultimísima vez aparece de repente cuando, mientras limpias el canalón del tejado, te entra un mosquito en un ojo. Aparece cuando recibes una factura inesperada y cierras los ojos un momento porque no contabas con ese gasto. También cuando por la noche te sientas a los pies de la cama de un niño, te dispones a contarle un cuento para que se duerma y no recuerdas el nombre de la princesa, o no se te ocurre un buen final porque el cansancio te supera. Cuando cierras los ojos para besar a alguien. Cuando estás tendido en el suelo de un bosque, o en la camilla de una consulta, o en una cama ajena, o en la tuya. Cuando cierras los ojos para levantar algo muy pesado. Cuando te pasas el día entero de aquí para allá, te detienes un momento para atarte los

cordones de los zapatos y al bajar la cabeza te das cuenta de que no has parado ni un segundo. Aparece cuando alguien te pide que cierres los ojos para darte una sorpresa. Cuando te apoyas en el tabique de un probador porque tus piernas se resisten a entrar en unos pantalones que querías comprarte. Cuando cierras los ojos porque al otro lado de la puerta hay alguien a quien no quieres dejar entrar en casa por nada del mundo. Cuando cierras los ojos porque se desvanece un miedo, porque te has vuelto a encontrar con alguien o con algo: una carta, una esperanza, un pendiente, un perro extraviado. Cuando recuperas el habla o por fin descubres dónde se había escondido un niño al que llevas horas buscando. Cierras los ojos y de golpe vuelve a aparecer esa figura, siempre la misma, una vez más, como si fuera el salvapantallas de tu vida, y a menudo aparece cuando menos lo esperabas.

Primera parte

Prado, Prado

Selma solía decir que, cada vez que soñaba con un okapi por la noche, podíamos estar seguros de que alguno de nosotros moriría durante las veinticuatro horas siguientes. Y era casi cierto. En una ocasión fueron veintinueve horas: la muerte llegó con retraso. Quizá por eso abrió la puerta de golpe, sin llamar, y quizá el retraso se debió a que había estado dudando hasta el último momento.

Hasta entonces, Selma había soñado con un okapi en tres ocasiones, y en las tres había muerto alguien poco después. Por eso estábamos convencidos de que existía una estrecha relación entre soñar con un okapi y la muerte. Así funciona nuestro cerebro: en un abrir y cerrar de ojos puede llegar a establecer vínculos de lo más absurdos entre elementos de lo más dispares; cafeteras y cordones de zapatos, por ejemplo, o botellas retornables y árboles de Navidad.

El óptico tenía un cerebro privilegiado para eso: nombrabas dos cosas que aparentemente no tenían ni la más mínima relación y él enseguida encontraba un punto de contacto que las unía. Tiene gracia que fuera precisamente él quien afirmara que esos sueños recurrentes con okapis no implicaban que tuviera que morir alguien, porque no había ninguna relación entre la muerte y los sueños de Selma. Sin embargo, nosotros sabíamos que el óptico, en el fondo, sí creía en esa relación. Más que nadie, de hecho.

Mi padre también consideraba que aquella conclusión era una soberana tontería, según él, provocada por no habernos abierto lo suficiente al mundo. Siempre nos decía: «Tenéis que abriros más al mundo».

Lo decía muy convencido, sobre todo a Selma. Antes de que ocurriera.

Después, lo dijo sólo muy de vez en cuando.

El okapi es un animal absurdo, mucho más absurdo que la muerte, parece que lo hayan creado con piezas que no encajan: patas de cebra, grupa de tapir, un cuerpo marrón rojizo que recuerda al de las jirafas, ojos de corzo y orejas de ratón. Un okapi es absolutamente inverosímil también en la realidad, y no sólo en los sueños funestos de una anciana de Westerwald.

Habían pasado ochenta y dos años desde el descubrimiento oficial del okapi en África. Es el último mamífero de gran tamaño que descubrió el ser humano, o al menos así se considera. Lo más probable es que alguien lo descubriera de un modo no oficial mucho antes, tan probable como que ese alguien, al verlo, creyera estar soñando o haber perdido la cabeza. Y es que un okapi, sobre todo si te lo encuentras de golpe e inesperadamente, parece de verdad salido de un sueño.

El aspecto del okapi es cualquier cosa menos amenazador. No conseguiría parecer amenazador por mucho que lo intentara, y tampoco es un animal que se caracterice por intentarlo, que se sepa. Aunque en el sueño de Selma hubiera aparecido entre graznidos de corneja y búhos ululando, su aspecto habría seguido siendo de lo más afable.

En el sueño, el okapi estaba en un prado que lindaba con un bosque, más concretamente en un grupo de prados y bosques conocido como el Uhlheck, que significa «bosque de lechuzas». Los habitantes de Westerwald lo pronuncian de una forma muy distinta, más breve de cómo sería en realidad, pero eso es porque les gusta que quede dicho enseguida para poder pasar a otras cosas. En el sueño, el okapi era exactamente igual que los de la vida real, y Selma también era exactamente igual que en la vida real. O lo que es lo mismo, igual que Rudi Carrell, el presentador de televisión.

Ninguno de nosotros había caído en lo mucho que se parecían Selma y Rudi Carrell. Tuvo que mencionarlo alguien de fuera, años más tarde, para que nos diéramos cuenta, y nuestro asombro sólo fue comparable a lo

increíble que era su semejanza. No sólo coincidían en el cuerpo largo y esbelto, sino también en el porte, la mirada, la nariz, la boca y el pelo: de los pies a la cabeza, Selma se parecía tanto a Rudi Carrell que cuando éste aparecía en pantalla, pensábamos de un modo inevitable que no era más que una copia insuficiente de Selma.

En el sueño, Selma y el okapi estaban completamente quietos en un prado del Uhlheck. El okapi tenía la cabeza vuelta hacia la derecha, hacia el bosque. Selma se encontraba a unos pasos del animal y llevaba puesto el camisón con el que realmente dormía en esos momentos, a veces verde, otras azul o blanco, siempre floreado, siempre largo hasta los tobillos. Aparecía cabizbaja, mirándose los dedos de los pies sobre la hierba, viejos, torcidos y largos como en la vida real. Sólo de vez en cuando miraba al okapi de reojo, sin levantar la cabeza, como cuando miramos a alguien a quien amamos más de lo que estamos dispuestos a admitir.

Ninguno de los dos se movía ni hacía ningún ruido, ni siquiera el viento, siempre presente en el Uhlheck, al menos en la vida real. Luego, al final del sueño, Selma levantaba la cabeza, el okapi volvía la suya hacia ella y se miraban fijamente. Los ojos del okapi eran muy dulces, muy negros, muy húmedos y muy grandes. Miraban a Selma con ternura, como si quisiera preguntarle algo, lamentando que los okapis no pudieran hacer preguntas ni siquiera en sueños. Esa imagen, la de Selma y el okapi mirándose fijamente, quedaba fija un buen rato.

Luego la imagen se disolvía, Selma se despertaba, el sueño terminaba y al cabo de poco tiempo terminaba también la vida de alguien próximo.

A la mañana siguiente, el 18 de abril de 1983, Selma intentó encubrir que había soñado con un okapi mostrándose más alegre que de costumbre. Fingiendo alegría demostró un nivel de malicia comparable al de un okapi: estaba convencida de que la mejor manera de simularla era andar bamboleándose de aquí para allá. Así pues, justo después de soñar con el

okapi, entró en la cocina bamboleándose de aquí para allá con una amplia sonrisa en los labios, y en ese momento no me di cuenta de lo mucho que se parecía a Rudi Carrell cuando al inicio del *Rudi Carrell Show* salía de un globo gigantesco decorado con océanos azules, continentes dorados y puertas correderas.

Mi madre seguía durmiendo en el piso de arriba de la casa de Selma, y mi padre ya estaba en su consulta. Yo estaba cansada, la noche anterior me había costado mucho dormirme y Selma se había pasado un buen rato sentada a los pies de mi cama. Puede que algo en mí hubiera sospechado lo que ella iba a soñar y por eso intentó retenerla más tiempo que de costumbre.

Cuando me quedaba a dormir en el piso de abajo, Selma se sentaba a los pies de mi cama para contarme historias con final feliz. Cuando era más pequeña, siempre le agarraba la muñeca después de oír sus historias, situaba el pulgar sobre su pulso y me imaginaba que todo el mundo se movía al ritmo de los latidos de su corazón. Me imaginaba al óptico fabricando lentes, a Martin levantando pesos, a Elsbeth podando sus setos, al tendero reponiendo zumos, a mi madre apilando ramas de abeto y a mi padre extendiendo recetas, y a todos me los imaginaba siguiendo exactamente el ritmo de los latidos del corazón de Selma. Y así me dormía yo siempre. Pero ese día yo tenía diez años y Selma consideró que ya era demasiado mayor para eso.

Cuando Selma entró bamboleándose, me encontró sentada a la mesa de la cocina, pasando los deberes de geografía al cuaderno de Martin. Me sorprendió que, en lugar de recriminarme que siempre le hiciera los deberes, me saludara canturreando un «buenos días» y me diera un achuchón. Nunca la había oído canturrear los buenos días, y mucho menos la había visto dando un achuchón cariñoso a nadie.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada —gorjeó Selma.

A continuación abrió el frigorífico, sacó un paquete de lonchas de queso, otro de paté de hígado y los sostuvo en alto.

—¿De qué quieres hoy el bocadillo, ratoncita? —trinó, para rematarlo, y a mí los gorgoritos y ese «ratoncita» me parecieron motivos más que suficientes para alarmarme.

—De queso, por favor —le dije—. ¿Se puede saber qué te ocurre?

—Nada —trinó Selma—, ya te lo he dicho.

Untó mantequilla sobre una rebanada de pan y, puesto que no había parado de bambolearse de un lado para el otro, sin querer tiró el paquete de queso al suelo con un golpe de muñeca.

Se quedó muy quieta, observando el paquete de queso como si se tratara de un objeto muy valioso que hubiera quedado hecho añicos.

Me acerqué a ella y recogí el queso del suelo. Levanté la cabeza y la miré fijamente a los ojos. Selma era más alta que la mayoría de los adultos que conocía, y por aquel entonces rondaba los sesenta, de manera que para mí era alta como una torre y más vieja que Matusalén. Me parecía tan alta que creía posible atisbar el pueblo vecino desde la altura de su cabeza, y me parecía tan vieja que creía que debía de venir ya con el mundo cuando lo crearon.

Incluso desde ahí abajo, a un metro de sus ojos, vi con claridad que esa noche había ocurrido algo terrible tras sus párpados cerrados.

Selma se aclaró la garganta.

—No se lo cuentes a nadie —dijo en voz baja—, pero me temo que esta noche he soñado con un okapi.

Aquella revelación me despabiló del todo.

—¿Estás completamente segura de que era un okapi? —pregunté.

—¿Qué podía ser, si no? —dijo Selma, y añadió que un okapi difícilmente puede confundirse con ningún otro animal.

—Claro que sí —respondí yo, pensando que también podría haber sido algún tipo de res deforme, una jirafa enana o cualquier otro capricho de la naturaleza; al fin y al cabo, las franjas y el color pardo rojizo no debían de distinguirse muy bien por la noche, cuando todo se vuelve bastante difuso.

—Tonterías —sentenció Selma, frotándose la frente—. Por desgracia,

pero no son más que tonterías, Luise.

Puso una loncha de queso sobre la rebanada de pan, la cerró doblándola y metió el bocadillo en mi fiambarrera.

—¿Sabes a qué hora lo has soñado?

—Hacia las tres —respondió Selma.

Se había asustado mucho al ver el okapi. Desvelada, se había sentado en la cama, se había fijado en el camisón que llevaba puesto, con el que acababa de verse en el Uhlheck, y le había echado un vistazo al despertador. Las tres.

—Seguramente no deberíamos darle tanta importancia —dijo, pero lo dijo como los comisarios de la tele cuando le quitan importancia a una nota anónima.

Selma me guardó la fiambarrera en la mochila. Estaba pensando en preguntarle si teniendo en cuenta las circunstancias no sería mejor que me quedara en casa cuando se me adelantó.

—Por supuesto que irás a la escuela de todos modos —dijo, y es que siempre sabía lo que estaba pensando, como si las letras que daban forma a mis pensamientos estuvieran colgadas en guirnaldas de colores por encima de mi cabeza—. No tienes que dejar de hacer nada por culpa de un sueño cualquiera.

—¿Se lo puedo contar a Martin? —pregunté.

—Sí —dijo, tras pensarlo un poco—. Pero sólo a Martin, ¿de acuerdo?

Nuestro pueblo era demasiado pequeño para tener estación propia. De hecho, era demasiado pequeño incluso para tener escuela. A primera hora de la mañana, Martin y yo íbamos en autobús hasta el pueblo de al lado, donde sí había estación y podíamos coger el tren regional hasta la ciudad, que además de ser la capital de la comarca tenía estación de tren y escuelas.

Mientras esperábamos el autobús, Martin me levantaba. Era aficionado al levantamiento de pesos desde que iba al parvulario, y yo era el único peso que siempre tenía a mano y el único que se dejaba levantar sin rechistar. Los

gemelos del pueblo vecino sólo se lo permitían previo pago de veinte chelines por gemelo, y Martin todavía no tenía la fuerza suficiente para levantar adultos, terneros o cualquier otro desafío que pudiera presentársele, puesto que los árboles jóvenes estaban bien enraizados y los cerdos huían corriendo en cuanto intentaba agarrarlos.

Martin y yo éramos igual de altos, por lo que se ponía en cuclillas, me agarraba por las caderas y me alzaba en volandas. Podía sostenerme de ese modo hasta casi un minuto, y los pies sólo me tocaban al suelo si estiraba mucho las puntas de los dedos. Ese día, cuando ya me había levantado dos veces, dije:

—Esta noche mi abuela ha soñado con un okapi.

Me fijé en la raya del pelo de Martin. Se la había marcado su padre, pero todavía tenía algunos mechones húmedos y se le veían más oscuros que el resto, puesto que era rubio.

Martin tenía la boca a la altura de mi ombligo.

—Entonces ¿ahora morirá alguien? —le preguntó a mi jersey.

«Tal vez tu padre», pensé, aunque no lo dije en voz alta, por supuesto, porque los padres no deberían morir jamás, por muy malos que fueran. Martin volvió a dejarme en el suelo y respiró hondo.

—¿Tú te lo crees? —preguntó.

—No —respondí.

De repente, una señal blanca y roja se desprendió de su soporte y cayó con gran estrépito sobre el andén.

—Menudo viento hace hoy —exclamó Martin.

Pero se equivocaba por completo.

Mientras Martin y yo íbamos en el tren, Selma llamó por teléfono a su cuñada Elsbeth para contarle que había soñado con un okapi y le pidió que, por lo que más quisiera, no se lo dijera a nadie. Luego Elsbeth llamó a la esposa del alcalde para planificar las Fiestas de Mayo, y cuando la esposa del alcalde le

preguntó: «Y aparte de esto, ¿qué me cuentas?», lo que más quería en el mundo Elsbeth era decirle que Selma había soñado con un okapi, y así lo hizo. Al cabo de pocos minutos ya lo sabía todo el pueblo. El rumor circuló tan deprisa que, antes de que Martin y yo hubiéramos bajado del tren que nos llevaba a la escuela, el pueblo entero estaba al corriente de la situación.

El trayecto en tren duraba quince minutos y no tenía paradas intermedias. Desde el primer día, cada vez que cogíamos ese tren jugábamos a lo mismo: nos colocábamos frente a frente en la plataforma, apoyados en las puertas, Martin cerraba los ojos y yo miraba a través de la ventanilla de la puerta en la que él apoyaba la espalda. Durante el primer curso, yo me dediqué a describir lo que veía por la ventana y él intentaba memorizarlo todo. Se le daba tan bien que en el segundo curso ya podía enumerar con los ojos cerrados casi todo lo que transcurría a sus espaldas a tiempo real y yo me limitaba a comprobar si acertaba o no. «La fábrica de alambre —decía justo en el momento en el que pasábamos por delante de la fábrica de alambre—. Ahora, campos. Prados. La granja del chiflado de Hassel. Pastizal. Bosque. Más bosque. Primera atalaya. Campo. Bosque. Pastizal. Prado, prado. Fábrica de neumáticos. Pueblo. Pastizal. Campos. Segunda atalaya. Arboleda. Granja. Campo. Bosque. Tercera atalaya. Pueblo.»

Al principio, Martin todavía tenía algún desliz y decía «prados» cuando en realidad eran «campos» o su descripción se retrasaba cuando el tren aceleraba la marcha. Pero al cabo de poco tiempo decía «campos» justo en el preciso instante en el que yo veía campos, o decía «granja» justo cuando yo veía pasar una a través de la ventanilla.

Ese año ya estábamos en cuarto, y Martin podía describir todo el trayecto de pe a pa y siempre acertaba con las distancias, tanto en la ida como en la vuelta. En invierno, cuando la nieve impedía distinguir los campos de los prados, Martin iba recitando lo que se escondía bajo ese manto blanco e

irregular que pasaba a toda velocidad frente a mis ojos: campo, bosque, pastizal, prado, prado.

Aparte de la cuñada de Selma, Elsbeth, la mayoría de los vecinos del pueblo no eran supersticiosos. No les preocupaban lo más mínimo todas aquellas cosas que los supersticiosos suelen evitar: se sentaban tranquilamente bajo un reloj de pared pese a que la superstición lo relacionaba con un peligro de muerte inminente. O dormían con la cabecera de la cama orientada hacia la puerta, desoyendo la creencia popular que lo consideraba un paso previo a salir por la misma puerta con los pies por delante. Tendían la colada entre Navidad y Año Nuevo desoyendo los consejos de Elsbeth, que veía en ello un presagio de suicidio o de complicidad en un asesinato. No se asustaban cuando oían ulular a los mochuelos por la noche, cuando veían sudar mucho a un caballo en el establo o cuando por la noche un perro aullaba agachando la cabeza.

Sin embargo, los sueños de Selma sí tenían consecuencias. Cuando se le aparecía un okapi en sueños, la muerte hacía acto de presencia, de manera que todo el pueblo empezó a actuar asumiendo su aparición como si se tratara de un hecho insólito, como si la muerte no estuviera siempre presente, desde el primer momento, siempre acechando a una cierta distancia, como esas madrinas que a partir del bautizo aparecen de vez en cuando para entregar un obsequio a sus ahijados.

Los vecinos del pueblo estaban inquietos, se les notaba por mucho que intentaran ocultarlo. Esa mañana, pocas horas después del sueño, la gente se movía como si las calles se hubieran helado, y no sólo por fuera, sino también dentro de las casas. Era como si el hielo se hubiera apoderado de las cocinas y las salas de estar, porque la gente se movía como si no estuviera acostumbrada a sus cuerpos, como si tuvieran las extremidades inflamadas, como si lo estuvieran también todos los objetos que manipulaban. Pasaron el

día entero sufriendo por sus vidas y, dado el caso, por las de los demás. Se volvían una y otra vez para ver lo que tenían detrás, para comprobar que no los acechara nadie con intenciones asesinas, alguien que hubiera perdido el juicio después de haber perdido todo lo demás que se puede perder. Luego volvían a dirigir la vista al frente enseguida: al fin y al cabo, alguien que hubiera perdido el juicio también podía atacarlos de frente. Miraban hacia arriba para asegurarse de que no les caería en la cabeza una teja suelta, una rama de árbol o la pantalla de una lámpara especialmente pesada. Rehuían a todos los animales, creyéndolos más capaces de causar muertes que las personas. Para no cruzarse con vacas, por muy mansas que fueran, tomaban la precaución de dar un rodeo, tanto como hiciera falta, y lo mismo con los perros, por muy viejos que fueran y muy enfermos que estuvieran, por si cabía la más mínima posibilidad de que se les lanzaran a la yugular. En días como éstos, todo era posible. Bien mirado, que un viejo perro salchicha te cercenara la yugular con los colmillos no era más descabellado que soñar con un okapi.

Todos estaban inquietos, pero a excepción de Friedhelm, el hermano del tendero, tampoco llegaban al punto de estar aterrorizados, porque para aterrorizarse es necesario que haya un motivo más evidente. Friedhelm, en cambio, estaba tan horrorizado como si el okapi hubiera susurrado su nombre durante el sueño. Corría de un lado para otro, gritando y temblando, dando tumbos por el bosque, hasta que por fin el óptico lo encontró y se lo llevó a mi padre. Mi padre era médico y le puso una inyección que lo animó hasta tal punto que Friedhelm se pasó el resto del día bailando por el pueblo y cantando *O du schöner Westerwald*, una especie de himno popular de la región.

La gente empezó a temer la posibilidad de sufrir un ataque al corazón, porque no lo tenían acostumbrado a esa tensión que tanto aceleraba el ritmo de sus latidos. Sabían que el aviso de un infarto es el hormigueo en un brazo pero no

recordaban cuál era, por lo que creían notarlo en los dos. Temían perder la cabeza porque tampoco la tenían acostumbrada a tanta tensión y les daba vueltas siguiendo el mismo ritmo frenético de los latidos del corazón. Cuando se sentaban en un coche, cuando agarraban la horca para levantar la paja o cuando retiraban el agua hirviendo del fuego, se preguntaban si no habrían perdido ya la razón. Temían sentir, de improviso y fruto de la desesperación, el impulso irrefrenable de pisar el gas a fondo, de ensartarse con la horca o de verterse el agua hirviendo por encima. O el impulso irrefrenable de cometer esos disparates no contra sí mismos, sino contra los que tuvieran cerca, y arrollar, ensartar o escaldar a una vecina, a un cuñado o a la propia esposa.

Hubo quien evitó realizar cualquier movimiento a lo largo del día, algunos hasta durante más tiempo. Elsbeth nos contó a Martin y a mí que, años atrás, al día siguiente de que Selma hubiera tenido uno de esos sueños, el cartero jubilado había tomado la decisión de no moverse, porque estaba convencido de que el más mínimo movimiento podía costarle la vida. El caso es que días e incluso meses después del sueño y de que alguien hubiera muerto a continuación —la madre del zapatero—, seguía igual de convencido y también igual de quieto. El cartero simplemente se quedó sentado para siempre. Las articulaciones se le inflamaron por la falta de movimiento, la sangre se le coaguló y le paralizó la parte inferior del cuerpo y, finalmente, también el corazón. El cartero jubilado perdió la vida por miedo a perder la vida.

Hubo gente en el pueblo que juzgó ese momento como el más oportuno para desembuchar verdades que habían callado hasta entonces. Escribieron cartas más largas de lo normal, con frases que empezaban por palabras como *siempre* o *nunca*, convencidos de que el último minuto antes de morir era el más adecuado para desembuchar las verdades acalladas. Y es que ésas eran, según la gente, las verdades más verdaderas: porque se conservaban intactas, porque la discreción las había condenado a la inmovilidad, porque el tiempo

las había cebado durante años y habían engordado y mucho. Y no sólo la gente sentía la necesidad de revelar verdades acalladas y corpulentas, también las verdades mismas creían en la veracidad de las revelaciones que se dejan para el último instante. También las verdades deseaban salir justo antes del último aliento, y conminaban a todo aquel que falleciera sin revelar una verdad ocultada a una muerte especialmente ardua y tortuosa, con la parca tirando de un extremo de la soga y la corpulenta verdad, del otro, negándose a sucumbir silenciada tras haber pasado ya toda la vida enterrada, dispuesta a emerger a cualquier precio y a extender su terrible hedor, o al menos decidida a constatar que en realidad no era ni tan terrible ni tan temible. Poco antes de ese supuesto final, la verdad acallada reclamaba una segunda opinión.

El único que se alegró de que Selma hubiera vuelto a soñar con un okapi fue un granjero: el viejo Häubel. Había vivido tantos años que se había consumido hasta volverse casi transparente. Cuando su bisnieto le contó lo del sueño, el viejo Häubel se levantó de la mesa del desayuno, se despidió de su bisnieto y subió las escaleras hasta su cuarto, en la buhardilla de la casa. Allí se tendió en la cama y clavó la mirada en la puerta. Era como un niño el día de su cumpleaños, al que la expectación ha despertado más temprano que de costumbre y espera con impaciencia que sus padres entren de una vez con el pastel.

El viejo Häubel estaba convencido de que la muerte lo trataría con la misma cortesía que él había demostrado con todo el mundo a lo largo de su vida. Estaba seguro de que no le arrancaría la vida de cualquier manera, sino que más bien se adueñaría de ella con sumo cuidado. Se imaginaba a la muerte llamando discretamente a la puerta, abriéndola apenas un resquicio y preguntando: «¿Puedo...?». «Por supuesto —respondería Häubel—. Adelante, por favor.» Y la muerte entraría, se plantaría frente a la cama del granjero y preguntaría: «¿Le parece bien ahora? Si le molesto, puedo volver a pasar en cualquier otro momento». El granjero Häubel se incorporaría y

respondería: «No, no, ahora es perfecto. Es mejor no posponerlo más. Quién sabe cuánto tardaría usted en encontrar otro momento para venir». Y la muerte se sentaría en la silla que ya estaba preparada junto a la cabecera del lecho, se disculparía por lo frías que tenía las manos, alegraría que, como bien sabía Häubel, no podía hacer nada al respecto, y acto seguido posaría una mano sobre el rostro del granjero y le cerraría los ojos para siempre.

Así es cómo se lo imaginaba el granjero Häubel. Se levantó de nuevo al ver que había olvidado abrir la claraboya. De este modo, su alma podría salir volando más fácilmente.

El amor del óptico

La verdad que el óptico guardaba en su interior y que reclamaba ser desembuchada tras el sueño de Selma no era en realidad terrible desde un punto de vista objetivo. El óptico no mantenía ningún idilio furtivo con nadie (tampoco había nadie con quien quisiera mantenerlo), jamás había robado nada y no había mentido de forma reiterada a nadie más que a sí mismo.

La verdad acallada del óptico era el amor que sentía por Selma. Desde hacía décadas, además. A veces no sólo intentaba ocultárselo al resto, sino también a sí mismo, pero al cabo de un instante volvía a aparecer. Y al cabo de un instante el óptico recordaba dónde había ocultado ese sentimiento.

El óptico siempre estaba en casa, desde el principio. A mí me parecía casi tan viejo como Selma, por lo que creía que también él debía de venir con el mundo cuando lo crearon.

Cuando Martin y yo empezamos a ir al parvulario, Selma y el óptico nos enseñaron a atarnos los cordones de los zapatos: nos sentábamos los cuatro en los escalones de la entrada y a Selma y al óptico siempre les acababa doliendo la espalda después de pasar tanto rato agachados, puesto que nos ataban los cordones a cámara lenta para que aprendiéramos cómo se hacía: Selma se encargaba de atármelos a mí, y el óptico, a Martin.

Selma y el óptico también nos enseñaron a nadar. Se metían con nosotros en la piscina infantil y el agua no les llegaba más arriba del ombligo, Selma con un bañador lila y lleno de volantes que le había prestado Elsbeth y con el que parecía una hortensia por mucho que se peinara como Rudi Carrell. Yo estiraba el cuerpo con la barriga sobre las manos de Selma, y Martin hacía lo

mismo sobre las manos del óptico. «Tranquilos, que no os soltamos», nos decían Selma y el óptico. «Ahora sí que os soltamos», nos dijeron un día, y Martin y yo empezamos a nadar: primero con inquietud, con los ojos muy abiertos por el pánico y el orgullo, pero luego demostrando cada vez más confianza. Selma soltó un grito de alegría y abrazó al óptico, y a éste se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es más que una reacción alérgica —dijo él.

—¿Una alergia? ¿A qué? —preguntó Selma.

—A la tela de los volantes del bañador —afirmó el óptico.

Selma y el óptico nos enseñaron también a montar en bicicleta. El óptico agarraba la bicicleta de Martin por el portapaquetes y Selma hacía lo mismo con la mía. «Tranquilos, que no os soltamos —nos decían—. ¡Ahora sí que os soltamos!», dijeron en algún momento, y Martin y yo seguimos pedaleando, primero muy vacilantes, pero cada vez con más confianza. Selma soltó un grito de alegría y abrazó al óptico, y a éste se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es más que una reacción alérgica —dijo él.

—¿Una alergia? ¿A qué? —preguntó Selma.

—Al plástico del sillín de la bicicleta —afirmó el óptico.

El óptico y Selma también nos enseñaron a leer la hora frente al reloj de la estación, en la ciudad. Nos sentábamos los cuatro ante la gran esfera blanca y Selma y el óptico se dedicaban a señalar las cifras y las manecillas como quien señala constelaciones. En cuanto hubimos aprendido a leer las horas, el óptico nos enseñó lo que era la diferencia horaria de un país a otro, y nos lo explicó con tanto empeño que parecía que ya intuyera entonces lo importante que llegaría a ser para mí en el futuro.

El óptico me enseñó a leer en la heladería de la ciudad, junto con Selma y Martin, que a aquellas alturas ya había aprendido. El nuevo propietario de la cafetería, un italiano llamado Alberto, bautizaba las copas de helado con nombres muy apasionados, una posible causa de la falta de clientela: en

Westerwald la gente prefería pedir una copa de tres bolas de sabores variados a una Tentación Ardiente o un Anhelito Intenso. El Amor Furtivo fue lo primero que conseguí leer. Poco después leía en voz alta los horóscopos de los sobrecillos de azúcar que le ponían a Selma con el café, primero a trompicones y luego con más fluidez.

—«Leo —leía—: valeroso, orgulloso, abierto, vanidoso y controlador.»

El óptico pasaba el dedo índice por debajo de las palabras siguiendo mi ritmo de lectura (más despacio cuando me acercaba a *orgulloso*), y el primer día que leí en voz alta y con fluidez mi primer sobrecillo de azúcar recibí como recompensa un Amor Furtivo pequeño con nata.

El óptico siempre pedía un Amor Furtivo mediano sin nata.

—Un Amor Furtivo grande es demasiado para mí —decía, y miraba a Selma de reajo, aunque ella no habría captado una metáfora aunque se la hubieran servido adornada con sombrillitas.

El óptico también estaba en casa cuando, no hace mucho, Martin y yo descubrimos un programa de música pop en la radio que nos quitó las ganas de escuchar cualquier otra cosa. Siempre le pedíamos que nos tradujera los textos de las canciones, aunque tampoco las entendíamos una vez traducidas: teníamos diez años, ni en la heladería ni en la radio comprendíamos lo que era un «anhelito intenso» o una «melancolía insondable».

El óptico tenía que estar muy concentrado porque la radio era vieja, había muchas interferencias y los intérpretes cantaban muy deprisa.

—«Billie Jean no es mi amante» —tradujo el óptico.

—«Billie» parece más bien un nombre de chico —dijo Selma.

—Otra vez, «Billie Jean no es mi amante» —repitió indignado el óptico.

—No grites tanto —nos quejábamos Martin y yo.

—«Menuda sensación» —tradujo el óptico—, «encuentra lo que te apasiona y hazlo realidad».

—¿No sería más bien «sigue lo que te apasiona»? —preguntó Selma.

—Exacto —dijo el óptico.

Por culpa del dolor de espalda, el óptico no podía pasar mucho rato sentado, por lo que acabábamos escuchando la radio tendidos en el suelo sobre una manta.

—«Nos eleva hasta el lugar que nos corresponde» —tradujo el óptico—, «sobre una gran montaña, donde gritan las águilas».

—¿No sería más bien «graznan»? —preguntó Selma.

—Es lo mismo —dijo el óptico.

—¡Más bajo! —nos quejábamos nosotros, y luego venía mi padre y nos decía que se acercaba la hora de acostarse.

—Otra canción, por favor. La última —suplicábamos.

Mi padre se apoyaba en el marco de la puerta.

—«No encuentro las palabras» —tradujo el óptico—. «¿Cómo puedo encontrar las palabras para decirte que te quiero?»

—Pues no da precisamente la impresión de que le cueste encontrar las palabras —comentó Selma.

—Tenéis que abriros más al mundo, y urgentemente —dijo mi padre con un suspiro.

—Es justo lo que estamos haciendo —alegó el óptico, quitándose las gafas.

Después de enterarse de que Selma había tenido uno de sus sueños y de haberle contado a todo el mundo que no creía que fuera presagio de nada, se puso su mejor traje, que le quedaba cada vez más grande con el paso de los años, se acercó a su mesa, recogió la pila de cartas empezadas, cada vez más grande con el paso de los años, y la metió en una gran cartera de cuero.

Echó a andar hacia la casa de Selma, un camino que habría podido recorrer a ciegas o de espaldas tras haberlo repetido casi a diario durante varias décadas. Y aunque normalmente no llevaba puesto el traje bueno ni cargaba con la pila de cartas empezadas, lo que sí le acompañaba sin excepción era ese amor acallado durante tanto tiempo y que en esos

momentos, ante la posibilidad de que fueran los últimos, se proponía divulgar a los cuatro vientos.

Mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la casa de Selma, el corazón le latía con fuerza en el pecho, y el ritmo lo marcaban aquella verdad acallada y los golpes que se daba en la cadera al andar con la cartera de cuero, aquella cartera de cuero llena de cartas apenas empezadas.

Querida Selma:

Hay algo que hace años que

Querida Selma:

Después de tantos años de amistad, sin duda alguna me resulta extraño raro notable inesperado sorprendente mal

Querida Selma:

Con motivo de la boda de Inge y Dieter, me gustaría contarte de una vez por todas

Querida Selma:

Te vas a reír, pero

Querida Selma:

Tu tarta de manzana sigue siendo insuperable. Y hablando de cosas insuperables, eres

Querida Selma:

Mientras tomábamos una copa de vino juntos hace un rato has comentado que la luna llena hoy era preciosa y tenías toda la razón. Hablando de cosas llenas y preciosas

Querida Selma:

La enfermedad de Karl me ha afectado más de lo que parece. Aunque antes no lo haya sabido expresar, me ha hecho ver lo limitada que es esta vida nuestra existencia limitado que es todo. Por eso quería contarte cuanto antes

Querida Selma:

Antes me has preguntado por qué estaba tan callado. La verdad es que

Querida Selma:

Ya volvemos a tener aquí la Navidad, aunque no ha caído ni un copo de nieve como a ti te habría gustado. Y hablando de gustar

Querida Selma:

Con motivo del divorcio de Inge y Dieter

Querida Selma:

Con motivo de estas fiestas en las que reina el amor

Querida Selma:

Con motivo del entierro de Karl

Querida Selma:

Sin ningún motivo en especial

Queridísima

Querida Selma:

Al contrario que tú, estoy bastante seguro de que ganaremos el concurso convocado por el consistorio para mejorar el aspecto del

pueblo. Simplemente con tu belleza de nuestra parte ya tenemos asegurada la primera

Querida Selma:

Estaba clarísimo que no ganaríamos el concurso convocado por el consistorio para mejorar el aspecto del pueblo. Nuestro pueblo no puede ser más bonito de lo que ya es, sobre todo teniendo en cuenta que tú

Querida Selma:

Ya volvemos a tener aquí la Navidad. Estoy aquí sentado, viendo caer los copos de nieve y preguntándome cuánto tardarán en derretirse. Y hablando de derretirse

Querida Selma:

La Navidad es la mejor época del año para compartir. Y hablando de compartir, hay algo que hace mucho tiempo que

Querida Selma:

Para variar

Querida Selma:

Respecto a lo que siempre te

Querida Selma:

Ya volvemos a tener aquí la Navidad

Querida Selma ~~MALDITA SEA~~

Querida Selma:

Antes, cuando estábamos con Luise y Martin en la piscina, el azul del agua refulgía con la luz del sol ~~igual que el azul de tus oj~~

Querida Selma:

Gracias por el consejo que me has dado para alimentar a los pájaros. Y hablando de pájaros (mejor dicho, de comida de pájaros), hace tiempo que guardo algo en el buche y tal vez sería hora de

Querida Selma:

Y hablando de querer

El óptico recorrió la calle que bajaba hasta la casa de Selma a paso ligero, sin fijarse en las casas que había a derecha e izquierda, cuyos habitantes sin duda estaban ocupados comprobando que les funcionara bien el corazón o el cerebro, desembuchando verdades acalladas o asimilando las que otros habían desembuchado. Verdades que demostraban no ser ni mucho menos tan terribles cuando por fin salían a la luz, pero también verdades que acababan siendo al menos tan terribles como se esperaba, de manera que los que tenían que encajarlas temían sufrir un impacto capaz de cumplir con lo que presagiaba el sueño de Selma.

El óptico dedicó un momento a pensar qué verdades podrían provocar un impacto semejante y todas las que se le ocurrían parecían sacadas de un culebrón latino al que Selma era muy aficionada. Al óptico, en cambio, el culebrón no le gustaba nada, así que aprovechaba los cuarenta minutos que duraba cada episodio para disfrutar contemplando de reajo el perfil de Selma mientras ella disfrutaba viendo el culebrón. Esas verdades capaces de provocar un vahído letal se parecían a las frases que soltaban siempre hacia el final del episodio, antes de que sonara la sintonía de cierre y Selma tuviera que esperar una semana entera para enterarse de cómo terminaba la situación. Eran frases como «Nunca te he amado», o «Matthew no es hijo tuyo», o «Estamos en bancarrota».

El óptico no debería haber pensado en ello, porque luego no conseguía quitarse de la cabeza la sintonía que cerraba el culebrón, y era una melodía de

lo más inadecuada como banda sonora para una confesión amorosa, por lo que el óptico sufrió una vez más el acoso de sus voces interiores.

Porque en la cabeza del óptico había tantas voces interiores que su cráneo parecía más bien una comunidad de vecinos, pero de la peor calaña que uno pueda imaginar: siempre armando escándalo, sobre todo a partir de las diez de la noche, destrozando la cabeza bien amueblada del óptico, siempre en grupos numerosos y con absoluta impunidad.

Las voces interiores del óptico llevaban años luchando por ocultar su amor por Selma. Incluso entonces, mientras el óptico se dirigía a su casa para verla, las voces interiores eran partidarias de seguir ocultando la verdad sobre ese amor, porque al fin y al cabo llevaba décadas ocultándolo y ya lo tenía por la mano, le decían las voces. Que ocultando ese amor no le había sucedido nada especialmente bueno, de acuerdo, pero tampoco le había sucedido nada especialmente malo y eso era lo más importante.

Acostumbrado a encontrar siempre el modo más adecuado de expresarse en cualquier otra situación salvo ésta, el óptico se detuvo un instante y levantó la cabeza. «¡Silencio!», dijo en voz alta. Y es que sabía que no valía la pena discutir con las voces interiores, que podían llegar a ponerse muy pesadas, y que lo mejor era controlarlas cuanto antes.

Y luego, cuando por fin hubiera desembuchado la verdad, continuaron diciendo las voces, impertérritas, quizá sucedería algo todavía peor. Las voces le advirtieron de que quizá Selma vería en esa verdad, en ese amor corpulento que el óptico había mantenido a raya durante años, algo desagradable y amenazador. Y si acababa siendo el óptico quien muriera cumpliendo la profecía del sueño, lo último que Selma recibiría de él sería algo tan indeseable como ese amor enrarecido que nunca antes había sido aireado.

El óptico dio un paso tambaleante hacia la derecha. A veces lo hacía y por unos segundos parecía que estuviera borracho. El año anterior, Selma lo había convencido para que consultara a un médico por qué sufría esos

tambaleos repentinos, incluso lo había acompañado a la ciudad para que lo examinara un neurólogo que, no obstante, no encontró nada de nada, por supuesto, porque no hay instrumental médico capaz de detectar voces interiores. Sin embargo, el óptico accedió a que lo viera un neurólogo sólo para tranquilizar a Selma, sabiendo de antemano que no encontraría nada, que si se tambaleaba era por los ataques furiosos de sus voces interiores.

—¡Silencio! —repitió el óptico de nuevo en voz alta, acelerando el paso—. A Selma hay muy pocas cosas que le parezcan desagradables o amenazadoras.

Y en eso tenía toda la razón, aunque por desgracia su respuesta reveló más de lo que le convenía que supieran las voces.

«¿Muy pocas cosas? ¿Y cómo sabes que tu amor no está entre ellas? —sisearon las voces—. Por algo lo has ocultado durante tanto tiempo, ¿no?»

—Sí, por cobardía —dijo el óptico, y se cambió de lado la cartera, porque los embates del cuero y de las voces empezaban a pasarle factura.

«No, por sensatez —replicaron las voces—. El miedo a veces es un buen consejero», sentenciaron, y a continuación empezaron a tararear la sintonía de cierre del culebrón.

El óptico caminaba cada vez más despacio. El trayecto hasta la casa de Selma, que en realidad duraba diez minutos, de repente le pesó como una travesía de un día cargando con una mochila demasiado pesada. Cuando pasaba frente a varias casas repletas de verdades acalladas deseando salir a la luz, intentó recordar todos los aforismos que había leído acerca del coraje, y no eran pocos. Siempre que acompañaba a Selma a la capital para ayudarla con la compra los fines de semana, el óptico la esperaba delante de una tienda de objetos de regalo que quedaba un poco apartada, porque allí podía fumar a sus anchas, sin que Selma pudiera sorprenderlo. Si había algún lugar del mundo donde Selma nunca aparecería, era una tienda de objetos de regalo.

Mientras Selma compraba, el óptico se dedicaba a leer las noventa y seis postales que había en un expositor frente a la tienda. Todas eran de paisajes

que no tenían nada que ver ni con la ciudad ni con su entorno, básicamente eran lagos, cataratas o desiertos, y todas llevaban escrito un aforismo que no tenía nada que ver con el óptico. Cuando ya estaba llegando a la casa de Selma, se dio cuenta de que las voces cada vez eran más fuertes, y él, más débil, por lo que intentó animarse repitiendo los aforismos en voz alta.

—El valor sólo te hará mejor —dijo.

«Siempre que no lo confundas con la imprudencia», replicaron las voces.

—El éxito depende del valor —sentenció el óptico.

«Siempre que salgan bien las cosas», matizaron las voces.

—Es mejor tropezar en un camino nuevo que atascarse en el mismo de siempre —proclamó el óptico.

«Es mejor atascarse en el mismo camino de siempre que tropezar en un camino nuevo y tener la mala suerte de sufrir una fractura en la columna vertebral de consecuencias irreversibles», dijeron las voces.

—Hoy es el primer día del resto de tu vida —dijo el óptico.

«Más vale que te lo tomes con calma —dijeron las voces—, que ya tienes una edad.»

—Para recoger los mejores frutos, hay que encaramarse al árbol más alto —dijo el óptico.

«Y luego va el árbol y se parte por la mitad por culpa de la carcoma y del peso del óptico que había trepado hasta la copa», replicaron las voces.

A esas alturas, el óptico caminaba muy despacio. Ni la cartera le daba golpes en la cadera ni el corazón en el pecho, pero las voces seguían tarareando la sintonía del culebrón. «Estamos en bancarrota —susurraban—, y Matthew no es hijo tuyo.»

—Silencio —dijo el óptico—, por favor.

Selma estaba sentada a la puerta de su casa cuando vio al óptico subiendo la cuesta. Se puso de pie y fue a su encuentro. El perro, que hasta entonces había estado sentado a sus pies, también se levantó y la acompañó. Era un cachorro, pero ya se notaba que acabaría siendo un perro enorme, hasta el

punto de que el óptico se preguntaba si realmente era un perro o un mamífero terrestre todavía por descubrir.

—¿Qué murmurabas? —preguntó Selma.

—Iba cantando —dijo el óptico.

—Estás pálido —dijo Selma—, pero no te preocupes, seguro que no te tocará a ti —añadió, pese a que era evidente que no sabía quién moriría—. Bonito traje. Aunque se nota que tiene unos cuantos años —comentó—. ¿Qué ibas cantando?

El óptico se cambió la cartera de lado.

—Estamos en bancarrota —dijo.

Selma bajó la cabeza, entornó los ojos y examinó el rostro del óptico igual que un dermatólogo ante un lunar especialmente extraño.

En esos momentos, en la cabeza del óptico reinaba el silencio. Sus voces interiores guardaban silencio, seguras de que las cosas no podían ir peor.

En el óptico reinaba el silencio salvo por una frase. Una frase que se extendió en su interior como un bote de pintura derramado, una frase que lo debilitó con tanta fuerza que el óptico notó que le fallaban todos los músculos del cuerpo, como si todos los cabellos que todavía no se le habían vuelto grises hubieran perdido el color de repente. Como si todas las hojas de los árboles que había por los alrededores se hubieran marchitado de golpe e incluso los troncos hubieran cedido al agotamiento provocado por aquella frase que se extendía dentro del óptico. Fue como si las aves se hubieran caído del cielo en pleno vuelo, con las plumas convertidas en plomo por culpa de aquella frase. Como si a las vacas del prado les hubieran fallado las patas y como si el perro, o lo que fuera, que acompañaba a Selma hubiera caído desplomado al oír las cuatro palabras que resonaban en su cabeza. El óptico se dio cuenta de que todo se marchitaba, todo quedaba deslucido, se caía, se desplomaba o le fallaban las patas ante aquella frase: «No vale la pena».

Un mamífero terrestre todavía por descubrir

El perro había aparecido en casa de Selma el año anterior, el día de su cumpleaños. Mi padre le había regalado a Selma un libro de fotografías de Alaska. «Además, tengo una sorpresa para ti», le dijo luego, guiñándole un ojo.

Selma nunca había estado en Alaska, y tampoco era un sitio que le interesara especialmente. Le dio las gracias de todos modos y dejó el libro en el estante de la sala de estar. Ahí es donde guardaba todos los libros de fotografías que mi padre le regalaba, uno cada año, por aquello que decía siempre sobre abrirse más al mundo.

Elsbeth le regaló un bote de café y un tarro de una pomada de caracol que, según dijo, devolvería el color rubio a sus canas; la triste Marlies le regaló dos latas baratas de champiñones en conserva; y el óptico, por petición expresa, diez paquetes de bombones Mon Chéri. Lo que más le gustaba a Selma era el relleno. Solía morder el bombón por arriba para succionar la cereza y el licor de cereza, y luego me daba a mí la carcasa de chocolate.

Le cantamos el *Cumpleaños feliz*, y Martín consideró que era una buena ocasión para intentar levantar a Selma, pero no lo consiguió. Mientras nos comíamos el pastel, mi padre estuvo hablando sobre su terapia de psicoanálisis, le encantaba hablar sobre eso.

—Y hablando de psicoanálisis... —dijo mi padre, a pesar de que ninguno de los presentes había mencionado el tema.

El psicoanalista de mi padre, el doctor Maschke, tenía el consultorio en la ciudad. Poco después de que mi padre hubiera anunciado que se sometería a terapia psicoanalítica (porque lo anunció como quien anuncia la decisión de

casarse), emitieron un capítulo de una famosa serie policíaca, *El lugar del crimen*, en el que el sospechoso principal se llamaba Maschke. A mí no me dejaban ver *El lugar del crimen*, decían que no tenía ni mucho menos la edad adecuada para ello, pero ese capítulo lo vi a hurtadillas, a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta de la sala de estar.

El comisario de la serie sospechaba desde el principio que el culpable era Maschke porque había recibido un anónimo que se lo advertía. «Maschke está tramando algo», rezaba la nota. Desde entonces, siempre que mi padre decía «Hasta luego, me voy a ver al doctor Maschke», yo me imaginaba la nota anónima dirigida al comisario, anunciando que Maschke estaba tramando algo digno de ser anunciado con una nota anónima.

A Selma no le gustaba que mi padre le contara al doctor Maschke cosas sobre ella, pero tenía que hacerlo porque en las terapias de psicoanálisis las madres son las principales sospechosas. Aun así, Selma no era la única que se sentía incómoda por el hecho de ser tema de conversación durante las sesiones de terapia, a mí también me parecía injusto. Temía que Maschke estuviera tramando algo también contra ella. No llegué a ver el desenlace del capítulo porque Selma me encontró tras la puerta y me mandó a la cama de nuevo. Muchos años después me enteré de que Maschke, a pesar de que a todas luces parecía el principal sospechoso, al final del capítulo demostraba no tener la más mínima culpa en ninguno de los crímenes terribles que habían sucedido. Maschke no había atentado contra la vida de nadie, ni siquiera tramaba nada. Maschke era, como se demostraba al final, uno de los buenos.

Mientras celebrábamos el cumpleaños de Selma y la conversación giraba alrededor de los Mon Chéri y de las cerezas del Piamonte que llevaban dentro y Elsbeth aseguraba que no eran del Piamonte sino simples cerezas emborrachadas en licor, más o menos como ella en esos momentos, mi padre soltó su frase «Y hablando de psicoanálisis...» pese a que no venía a cuento para nada, y procedió a contar que el doctor Maschke era todo un experto y que precisamente el día anterior había estado en su consulta. Nos contó que

las primeras veces que había acudido a terapia se había fijado en la mirada de profunda desesperación del paciente que salía justo antes de que él entrara.

—Nunca he vuelto a ver en los ojos de nadie una desesperación tan insondable —dijo mi padre.

Sin embargo, parece ser que al cabo de dos sesiones el mismo paciente ya salía con una manifiesta expresión de alivio.

—Brindemos por el psicoanálisis, pues —dijo mi padre, levantando su copa—. Y también, cómo no, ¡por la homenajeadá!

—¿También ves desesperación en mis ojos? —preguntó la triste Marlies.

Mi padre se volvió hacia ella, le levantó ligeramente la barbilla con la mano y la miró a los ojos unos instantes.

—No, lo único que veo es una leve inflamación en el borde del párpado —constató.

Acto seguido se oyeron los pasos de mi madre en las escaleras del pasillo.

—Ésa es Astrid —dijo mi padre—. Ya la tenemos aquí.

Mi madre abrió la puerta de la cocina y entró con el perro. Mi padre se levantó enseguida, saludó a mi madre y liberó al perro de la correa.

El animal miró a su alrededor y vino corriendo hacia donde estábamos Martin y yo. Nos saludó con una alegría desmesurada, como si fuéramos viejos amigos que tras una larga ausencia se hubieran reunido de nuevo en una fiesta sorpresa que alguien hubiera tramado en su honor. Martin cogió al perro en brazos y lo levantó. Nunca había visto a nadie tan radiante de alegría como a Martin en aquel instante.

Selma se puso de pie de repente, como si una figura invisible se lo hubiera ordenado.

—Que conste que no ha sido idea mía —se excusó mi madre—. Feliz cumpleaños, Selma.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Elsbeth, que ya había empezado a lavar los platos y tenía las manos levantadas, enfundadas en los guantes de goma, intentando evitar, en vano, que el perro saltara para saludarla también a ella.

—Un mestizo —dijo mi padre—. Es una mezcla de lobero irlandés.

El lobero irlandés es la raza de perro más grande que existe en el mundo. Todos los que estábamos en la cocina de Selma lo sabíamos porque mi padre nos había hablado de ello. Sabíamos, por ejemplo, que llegaban a medir noventa centímetros de altura porque él nos lo había contado.

Otro de los temas preferidos de mi padre era la altura de las personas y de los animales. En lo que respecta a las personas, a menudo se equivocaba con sus estimaciones, pero no le gustaba nada que le corrigieran. Martin y yo le parecíamos bajitos para nuestra edad a pesar de que estábamos por encima de la media, pero es que, ya de niño, cuando Selma inclinaba su extraordinaria estatura para acercarse a él, mi padre le decía: «Qué pequeñita eres, mamá».

—Aunque creo que también tiene algo de caniche —dijo mi padre con tono apaciguador—. Seguramente no acabará creciendo tanto —sentenció, contemplando al perro con satisfacción—. Puede que incluso tenga algo de cocker spaniel, que no se caracterizan por ser muy inteligentes pero al menos tienen buen carácter —añadió, y nos dedicó una sonrisa conciliadora, como si nos hubiera descrito a nosotros y no al perro—. Apuesto a que será de tamaño mediano. Más o menos como un caniche mediano.

Siempre que llegaba una persona o un animal nuevo, comentábamos cualquier parecido que se nos ocurría. Martin vio en él a un oseño extraviado y descolorido; Elsbeth, a un poni que, por un capricho de la naturaleza, tenía garras en lugar de cascos; el óptico dijo que tal vez era un mamífero terrestre nuevo, desconocido hasta el momento; y la triste Marlies, que entretanto había sacado un espejo de mano y se estaba examinando los párpados con preocupación, levantó la cabeza y dijo:

—No sé lo que es, pero parece tan malo como un invierno.

Y en cierto modo tenía razón. El perro era del color de la nieve derretida, una especie de gris desteñido, con el pelaje desgredado como el de los loberos irlandeses de pura raza. Todavía tenía el cuerpo pequeño, pero sus

patas eran tan largas y gruesas como zarpas de oso, y todos teníamos claro lo que eso significaba.

Selma todavía estaba de pie frente al banco de la cocina. Se quedó mirando al perro un buen rato y luego miró a mi padre como si fuera una tienda de objetos de regalo.

—Yo no había pedido ningún perro —dijo.

—Tampoco habías pedido un libro de fotografías de Alaska —dijo Elsbeth— y acabarás disfrutándolo mucho.

—Y el perro también, seguro. Parece lleno de vitalidad —dijo el óptico, y Selma los miró a los dos, a Elsbeth y al óptico, como si fueran cockers spaniels de pura raza.

—Además, no es para ti —dijo mi padre—, sino para mí. Me lo he comprado esta mañana.

Selma respiró hondo y volvió a sentarse, aunque volvió a levantarse enseguida en cuanto oyó lo que le dijo mi padre a continuación.

—Pero sólo me lo quedaré si accedes a cuidarlo de cuando en cuando.

—¿Qué entiendes tú por «de cuando en cuando»? —preguntó Selma.

—Tengo que marcharme —dijo mi madre, que ni siquiera había llegado a cruzar el umbral—. Lo siento, pero tengo que marcharme ya.

Mi madre siempre tenía que marcharse ya.

—Bueno, con una cierta frecuencia —dijo mi padre, y todos entendimos que «con una cierta frecuencia» significaba cada día durante los horarios de visita de la consulta.

—Venga, adiós —se despidió mi madre.

Durante un buen rato todos guardamos silencio, Selma más. A todos nos pareció que había llegado la hora de marcharse, puesto que la homenajeadá no parecía dispuesta a añadir nada y mi padre también se había callado. Sumados, el silencio de Selma y el de mi padre eran tan grandes como un lobo irlandés de dos metros de altura.

Así pues, el óptico le dio un beso en la mejilla a Selma y se marchó.

Elsbeth saludó al perro con unas palmaditas en el lomo, se quitó los guantes de goma y se marchó. Marlies dejó de buscar en su espejo aquella presunta inflamación de los párpados y aquella presunta desesperación invisible y también se marchó. Martin levantó al perro una vez más antes de irse y Selma y mi padre arrastraron sus respectivos silencios vitales hacia fuera, hasta los escalones de la entrada.

Yo me senté junto a Selma en los escalones para comerme la carcasa vacía de un Mon Chéri. El perro se tendió a mis pies, tan pegado a mí que notaba los latidos de su corazón en los dedos de los pies. Estaba cansado, el reencuentro con aquellos viejos amigos a los que tanto había echado de menos pese a no haberlos visto jamás hasta entonces lo había dejado agotado.

Al fondo del prado que lindaba con el bosque, apareció el corzo. Siempre que se dejaba ver, Selma se levantaba, iba hacia el garaje, abría la puerta y la volvía a cerrar de golpe. Era martes, el día que Palm, el padre de Martin, salía a cazar cuando se levantaba la veda, por lo que Selma asustaba al corzo a propósito, para que huyera corriendo y se escondiera en lo más hondo del bosque, lejos de la escopeta de perdigones de Palm.

Como era de esperar, el corzo se asustó y huyó corriendo. El perro también se asustó, pero no huyó corriendo. Selma regresó del garaje y me parece increíble que por aquel entonces todavía no nos hubiéramos dado cuenta de lo mucho que se parecía a Rudi Carrell. «Mira, Rudi Carrell —podría haber pensado cualquiera, y con motivo—. Mira, Rudi Carrell. Estaba en el garaje y viene directamente hacia nosotros.»

Selma se sentó de nuevo en los escalones, se aclaró la garganta y miró fijamente a mi padre.

—¿Astrid no puede encargarse de él?

—No, no puede tenerlo en la tienda —dijo mi padre, y pareció como si a Selma le hubieran entrado unas ganas repentinas de abrir una tienda también.

—Lo he comprado por prescripción médica —se justificó mi padre.

—O sea que el perro ha salido de las chorradas del doctor Maschke —dijo

Selma.

—No sé a qué viene tanto desprecio —dijo mi padre—. Es para la congoja.

—¿Qué congoja?

—La mía —respondió mi padre—, esa congoja que se me ha encapsulado.

—Pero ¿de dónde ha salido? —preguntó Selma.

—No lo sé —contestó mi padre—, pero la llevo dentro y se me ha encapsulado.

Yo pensaba que cuando algo se encapsulaba se sabía exactamente qué era, aunque tal vez ese requisito sólo se cumplía cuando dentro de la cápsula no había congoja, sino medicamentos o astronautas. En cualquier caso, mi padre afirmó que el doctor Maschke había descubierto cómo acceder a la congoja que él sufría.

—Tengo que externalizar mi congoja —susurró con entusiasmo y dirigiendo una sonrisa a su madre—. Por eso me he comprado el perro.

—No lo entiendo —dijo Selma, pero no lo dijo enfadada, sino más bien conmovida y algo incrédula.

Mi padre intentó explicarle la importancia que el doctor Maschke le daba al hecho de exteriorizar esa congoja y de tenerla cerca pero no dentro.

—O sea que la congoja es el perro, si no lo he entendido mal.

—Exacto —dijo mi padre aliviado—. El perro es casi como una metáfora. Una metáfora de la congoja.

—Una congoja del tamaño de un caniche mediano —constató Selma.

El perro levantó la cabeza y me miró. Tenía una mirada muy dulce, los ojos muy negros, muy húmedos y muy grandes. De repente me di cuenta de que era como si lleváramos tiempo esperando a que ese perro llegara. Era como si lo hubiéramos echado de menos, sobre todo Martin y yo.

—Durante las horas de visita de la consulta podrías dejarlo en casa de Palm —propuso Selma.

—¿Estás loca? —exclamó mi padre.

Me quedé mirando al perro. Estaba clarísimo que no serviría como perro de caza. Palm sólo tenía perros de caza, y siempre estaban en el patio amarrados con cadenas que se tensaban, reteniendo sus tirones y provocando sus ladridos cada vez que yo pasaba por delante de ellos cuando iba a recoger a Martin.

—No sirve como perro de caza —dije.

—Precisamente —apuntó Selma, que por un momento había pensado que no tendría que preocuparse tanto por el corzo si conseguía encasquetarle a Palm un perro de carácter dócil que fuera incapaz de cazar.

—A Palm no le interesará un perro sin instinto cazador —dije.

En realidad, Palm no se interesaba por nada aparte de los perros con un alto porcentaje de instinto cazador y las bebidas con un alto porcentaje de alcohol. Ni siquiera por su hijo, porque no veía en él un alto porcentaje de nada, y eso no sólo lo sabía Selma, lo sabíamos todos.

Debido a su avanzada edad, Selma había conocido la vida anterior de Palm, una vida anterior a Martin y a mí. Selma me había contado que, antes de empezar a beber, Palm había conocido bien el mundo y sus luces, que lo sabía todo sobre la órbita elíptica de la Luna y su relación con el Sol, porque un cazador, según Palm, tenía que saber muy bien lo que iluminaba el mundo.

—Nos lo podemos quedar, ¿verdad? —pregunté con tono de súplica.

De un modo insólito, el corzo apareció de nuevo en el prado. Normalmente bastaba con que Selma diera un solo portazo, pero tuvo que volver a levantarse, ir hasta el garaje y dar dos portazos seguidos para que el corzo desapareciera.

Luego se sentó otra vez con nosotros.

—¿Y qué nombre le vas a poner? —preguntó—. ¿El doctor Maschke te ha sugerido algo al respecto?

—*Congoja* —propuso mi padre—. Había pensado en *Congoja*.

—Es poco sonoro —dijo Selma—. No sería práctico para llamarlo.

Yo quería quedarme el perro a toda costa, por lo que me puse a pensar con una ansia febril cómo podía mejorar ese *Congoja*, de manera que costara menos llamarlo, y cuando por fin se me ocurrió algo y lo dije en voz alta, el perro se levantó y huyó corriendo. Selma dijo que no le extrañaba nada, que ella también habría huido a escape ante esa propuesta. Salimos a buscarlo por el bosque y lo encontramos enseguida tras unas matas, escondiéndose de mi propuesta como un corzo de la escopeta de Palm, y sólo porque yo había sugerido llamarlo *Congui*.

El perro (que se acabó llamando *Alaska*, un nombre propuesto por Martin que mi padre aceptó de inmediato porque Alaska era un lugar enorme y frío, igual que su congoja) crecía deprisa: cada mañana nos sorprendíamos de lo mucho que había aumentado su tamaño, y es que ya se sabe que sobre todo crecemos mientras dormimos. Algunas noches yo interrumpía mi crecimiento para ver cómo *Alaska* dormía y crecía. De noche en casa no se oían más que los crujidos y susurros de los árboles mecidos por el viento, aunque para mí no eran crujidos y susurros de los árboles mecidos por el viento, sino crujidos y susurros de huesos: el ruido que hacían los huesos de *Alaska* mientras dormía y crecía en todas las direcciones.

Mon Chéri

Si Selma no hubiera soñado con un okapi la noche anterior, Martin y yo habríamos ido a pasear por el Uhlheck después de la escuela, como de costumbre. Habríamos reconstruido la cabaña que teníamos en el bosque, puesto que Palm siempre nos la derribaba cuando se emborrachaba. Tampoco es que le costara mucho trabajo, la cabaña era de lo más inestable, pero el hecho de que costara tan poco arrasarla debía de ser frustrante para Palm, porque, una vez derribada, se entretenía destrozando los restos a pisotones.

También habríamos ido al campo a jugar al levantamiento de pesos. Martin era el levantador de pesos y yo, el público. Buscábamos una rama ligera y él la levantaba como si pesara muchísimo. Mientras tanto, iba respondiendo preguntas que yo no le formulaba. «Seguro que te estás preguntando cómo el peso superpesado Vasili Alekséyev consiguió dominar la arrancada de ciento ochenta kilos —decía—. Tienes que imaginártelo más o menos así», añadía, y acto seguido levantaba la rama por encima de la cabeza, haciendo temblar sus hombros estrechos y sus brazos delgados, y contenía el aliento para ponerse tan colorado como los levantadores de pesas de verdad. «Lo llamaban *la grúa de Shajty*», decía Martin con orgullo mientras me dedicaba una reverencia. Entonces yo le aplaudía. «Seguro que quieres saber cómo Blagoy Blagoev consiguió levantar ciento ochenta y cinco kilos de golpe», decía Martin, y acto seguido me lo mostraba temblando y sonrojándose todavía más que antes, y yo aplaudía de nuevo. «Tienes que aplaudir con más fervor», solía requerirme Martin más o menos tras la cuarta actuación, y yo intentaba aplaudir con más fervor, tal como él me indicaba. «Genial», me decía él entonces.

Sin embargo, por culpa del sueño de Selma, ese día no fuimos a jugar al Uhlheck. A pesar de que el cielo estaba despejado, temíamos que en los campos pudiera sorprendernos una tormenta que no supiera que su existencia era imposible sin nubes. Temíamos la posibilidad de encontrar en el bosque algo todavía más peligroso que Palm, una bestia infernal a la que no le importara lo más mínimo que las bestias infernales no existieran, por ejemplo.

Fuimos desde la estación a casa de Selma directamente. El día después del sueño nos sentíamos más seguros dentro de casa. Teníamos diez años y temíamos una muerte que no existía en lugar de la verdadera muerte, la que acechaba tras una puerta.

El óptico estaba sentado a la mesa de la cocina de Selma, con una cartera de piel enorme sobre el regazo y más callado de lo normal. Selma estaba muy ocupada limpiando, luchando contra una suciedad que ni siquiera existía.

Martin y yo nos sentamos en el suelo y convencimos al óptico para que jugara con nosotros al juego de las semejanzas: consistía en nombrar dos cosas sin ninguna relación aparente para que el óptico encontrara algún aspecto común que las conectara.

—Las matemáticas y el paté de hígado —dije yo.

—Son dos cosas que se adquieren —dijo el óptico—, y ninguna de las dos te gusta.

—¿Qué significa *adquirir*? —preguntó Martin.

—Quedarse con algo —aclaró Selma.

Estaba encaramada al banco de la cocina, junto al óptico, y soplaba el polvo que presuntamente se había acumulado sobre una fotografía de mi abuelo. Uno de los zapatos de Selma tenía los cordones desatados.

—Las cafeteras y los cordones de los zapatos —sugerí.

Mientras el óptico lo pensaba, Selma bajó del banco y se ató el zapato.

—Las dos cosas se utilizan de buena mañana —explicó el óptico—, y las

dos sirven para ponernos en marcha.

—Un poco cogido por los pelos —opinó Selma.

—Da igual —dijo el óptico—. En cualquier caso, lo que he dicho es cierto.

—Las botellas retornables y los árboles de Navidad —propuso Martin.

—Ésta sí que es fácil —dijo el óptico—: suelen ser de color verde oscuro, y emiten un sonido cuando el viento o alguien los sopla.

Selma cogió una pila de folletos publicitarios y revistas de televisión de una silla para sacudir los cojines del asiento. En una de las imágenes de portada aparecía la actriz del culebrón que ella veía, la que interpretaba el papel de Maggie. Su marido en la serie había sufrido un grave accidente y la semana anterior lo habían desconectado de la máquina que lo mantenía con vida.

—La muerte y el amor —sugerí.

—Ésta también es sencilla —dijo el óptico—: no se puede ensayar ninguna de las dos cosas, tampoco se pueden rehuir, y las dos te pillan desprevenido.

—¿Qué significa que te pillen desprevenido? —pregunté.

—Cuando algo llega en el momento menos esperado —aclaró Selma—. Y ahora, marchaos —añadió.

Quería que no nos escondiéramos, quería que hiciéramos lo mismo de siempre a pesar de su sueño, y quedó claro que no estaba dispuesta a ceder ante nuestras protestas.

—Y llevaos a *Alaska* —dijo.

El perro se levantó al oír la orden, pero algo tan grande tarda lo suyo en levantarse del todo, por muy joven que sea.

Cruzamos el campo de manzanos y fuimos a casa de Elsbeth. Eran las cuatro de la tarde, lo sé porque iba contando con los dedos las horas que faltaban para poder decir que habíamos sobrevivido al sueño de Selma. Once horas.

Alaska se detuvo bajo un manzano porque encontró un pajarillo que se había caído del nido. Todavía estaba vivo, y aunque ya le habían salido las plumas, todavía no sabía volar. Quise llevarle el pájaro a Selma, estaba segura de que ella sabría cómo alimentarlo y de que, aunque el pájaro no fuera más que un herrerillo, acabaría convirtiéndolo en una de esas águilas ratoneras que vuelan trazando círculos por encima del Uhlheck.

—Nos lo llevamos a casa —decidí.

—No —objetó Martin—, será mejor que lo dejemos en paz.

—Pero se morirá.

—Exacto, morirá.

Intenté mirar a Martin como lo hacían los personajes del culebrón de Selma.

—No podemos permitirlo —cité.

—Sí podemos —dijo Martin, y añadió que así era como funcionaba el mundo y que tenía que seguir su curso, algo que también había dicho otro personaje del culebrón—. Esperemos que el zorro no tarde en llegar.

Pero quienes llegaron fueron los gemelos del pueblo vecino, que al parecer habían descubierto al pájaro caído del nido antes que nosotros.

—Hemos ido corriendo a buscar los garrotes —dijeron—, para matarlo.

—¡Ni hablar! —exclamé.

—Es para que no sufra —dijeron los gemelos, y añadieron el mismo argumento que utilizaba Palm cada vez que disparaba a un animal del bosque, que lo hacía sólo «para proteger el medio ambiente».

—¿No podríamos esperar a que llegue el zorro? —pregunté.

Pero antes de que terminara la frase los gemelos ya habían empezado a apalear al pobre animal. Con el primer golpe no acertaron. El segundo sólo le rozó la cabeza, pero sin mucho ímpetu. Vi cómo se le enrojecía un ojo, y luego Martin me agarró la cabeza y hundió mi cara en su cuello.

—No mires —me dijo.

Oí otro golpe, y luego a Martin, gritando:

—¡Idiotas! ¡A ver si acertáis de una vez!

En ese momento decidí que me casaría con Martin, me pareció lo mejor que podía hacer con alguien tan dispuesto a ahorrarme ciertas imágenes que resultan desagradables cuando el mundo sigue su curso.

—Ah, sois vosotros —dijo Elsbeth al vernos frente a la puerta—. Bueno, no está nada mal, para variar —añadió, y es que medio pueblo había llamado ya a su puerta ese día.

Esa mitad del pueblo había cruzado la verja de la casa de Elsbeth con el cuello de la chaqueta levantado y mirando a su alrededor como solían hacer los hombres que acudían al local erótico de Gaby, en la ciudad.

Los vecinos del pueblo no eran supersticiosos, pero de todos modos, como es natural, estaban dispuestos a lo que fuera con tal de esquivar a la muerte, y pensaban que quizá habría alguna sandez que pudieran decir o hacer para rehuirla. Al fin y al cabo, ese tipo de cosas nunca se sabe con seguridad si son ciertas o no. Llamaban a la puerta de Elsbeth y entraban en su casa con gesto compungido. «Sólo venía a preguntar si se puede hacer algo para evitar la muerte», susurraban, y Elsbeth les dedicaba la mirada que los párrocos reservan para los feligreses que sólo aparecen por la iglesia para la misa del Gallo.

Elsbeth tenía remedios para la gota, para el amor que no llegaba, para los hijos que se resistían a llegar y para las hemorroides que se resistían a marcharse, así como para los terneros que no podían nacer por estar mal colocados en el vientre de la madre. Tenía algo para mantener a raya a la gente que ya había muerto y una manera amable de echar a las almas inquietas y de asegurarse de que no volvieran más. Incluso tenía algo para borrar los recuerdos y, por supuesto, también algo contra las verrugas. Sin embargo, para evitar la muerte no tenía nada, y no le gustaba reconocerlo cuando la gente acudía a verla. Por eso esa misma mañana había hecho creer a la esposa del alcalde que una buena forma de evitar la muerte era apoyar la

frente contra la cabeza de un caballo, aunque en realidad era un remedio para el dolor de cabeza. Más tarde, acuciada por los remordimientos, Elsbeth fue a buscar a la esposa del alcalde y la encontró en el establo, con la frente apoyada en la cabeza de un caballo. No recordaba haberla visto jamás tan relajada. Tanto ella como el caballo estaban completamente quietos, igual que Selma y el okapi en el sueño. Elsbeth le puso la mano en el hombro con mucho cuidado.

«Te he mentado —admitió—. Esto sólo sirve para remediar el dolor de cabeza. No puedo darte nada contra la muerte.»

La esposa del alcalde ni siquiera se volvió para mirarla.

«Pues es muy agradable —dijo—. Yo creo que servirá.»

Cada pocos minutos, alguien llamaba a la puerta de Elsbeth. Nos sentamos los tres en el sofá, uno al lado del otro, y *Alaska* se tendió hecho un ovillo delante de la mesita. Encima de la mesita alicatada con baldosas de color beige teníamos unas limonadas que Elsbeth nos había servido en tarros de mostaza vacíos. Los vecinos no paraban de llamar a la puerta, y cada vez que Elsbeth nos preguntaba cómo nos iba la escuela, qué había levantado Martin ese día o si ya habíamos reconstruido la cabaña del bosque, tenía que levantarse para abrir. Entonces oíamos cómo alguien entraba en el recibidor y le preguntaba si se podía hacer algo para evitar la muerte. También oíamos cómo se marchaban enseguida después de recibir una respuesta negativa.

—¡Pero tengo algo contra el dolor de muelas o contra el amor no correspondido, si lo necesitas! —le oíamos gritar a Elsbeth mientras la visita de turno se alejaba.

A través de la ventana del salón veíamos cómo la gente rechazaba esos ofrecimientos con amabilidad, negando con la cabeza despacio, y cómo volvían a bajarse el cuello de la chaqueta al llegar a la puerta de la verja.

Martin, *Alaska* y yo nos limitamos a observar cómo Elsbeth se levantaba de un brinco, iba hacia la puerta y regresaba al cabo de un rato, arrastrando los pies enfundados en unas vetustas pantuflas. Elsbeth era patizamba, por lo

que cuando las suelas se le gastaban por los lados, se calzaba la pantufla derecha en el pie izquierdo y la izquierda en el pie derecho para poder seguir usándolas, hasta que alguien se compadecía de ella y le regalaba otro par.

Elsbeth era bajita y gorda, tan gorda que cuando conducía tenía que colocarse un trozo de alfombra sobre la barriga para que el roce del volante no se la despellejara. El caso es que el cuerpo de Elsbeth no estaba concebido para levantarse y sentarse cada dos por tres, de manera que bajo los brazos y en la espalda del vestido, estampado con grandes flores muy parecidas a las del papel pintado del salón y casi tan tenso como éste, aparecieron unas grandes manchas oscuras.

—Niños, ya veis lo que pasa aquí —nos dijo al fin—. Será mejor que vayáis a ver a la triste Marlies.

—¿Es necesario? —preguntamos.

—Vamos, sed buenos —dijo Elsbeth, y justo entonces volvieron a llamar y tuvo que levantarse otra vez—. También merece que la cuidéis.

A decir verdad, el problema de Marlies no era la tristeza, sino el mal humor. Los mayores siempre se referían a ella como «la triste Marlies», sobre todo cuando hablaban con Martin y conmigo, para que nos sintiéramos obligados a visitarla y ellos pudieran ahorrarse ese calvario, y es que pasar el rato con Marlies no es que fuera muy divertido precisamente. Por eso siempre nos mandaban a nosotros, y por eso siempre ponían énfasis en lo triste que estaba, la pobre.

Vivía en la última casa del pueblo, o la primera que encontrabas al llegar. A Martin le parecía un lugar muy adecuado, ya que si a unos delincuentes les daba por venir al pueblo, Marlies y su mal humor se encargarían de ahuyentarlos enseguida.

Atravesamos la gran verja de Marlies y dimos un rodeo para no pasar junto a su buzón, bajo el que se había instalado una colmena que Marlies no quería retirar por nada del mundo. Debido a la presencia del panal, el cartero

no se atrevía a acercarse al buzón y se limitaba a dejar las cartas entre los barrotes de la verja, donde no tardaban en reblandecerse sin haber salido siquiera del sobre.

—¿Podemos pasar? —preguntamos cuando Marlies entreabrió la puerta apenas un resquicio.

—A ese perro no lo quiero dentro —respondió.

—Siéntate, *Alaska* —le ordené.

Pero *Alaska* prefirió tenderse justo frente a los escalones de la entrada, como si sospechara que nos quedaríamos un buen rato. Marlies se metió en la cocina y nosotros la seguimos.

Marlies no había elegido ni una sola cosa de las que componían su hogar. Tanto el edificio como todos los muebles habían sido propiedad de su tía: la cama del piso de arriba, las mesitas, el ropero, el destartado sofá, las estanterías de hierro forjado de la sala de estar y los percheros, y también la moqueta, la cocina y el frigorífico, la mesa de la cocina, las dos sillas y hasta las sartenes pesadas y pringosas que tenía colgadas sobre los fogones.

La tía de Marlies se había suicidado: se había ahorcado en la cocina a los noventa y dos años de edad, algo que Marlies nunca llegó a comprender, puesto que consideraba que a los noventa y dos años ya no valía la pena ahorcarse. Marlies nos hablaba de su tía muy a menudo, nos contaba que era una cascarrabias insoportable y que siempre estaba de un mal humor absolutamente insufrible. «Se colgó justo ahí», decía Marlies cada vez que entrábamos en su cocina, y señalaba un gancho que había junto a la lámpara del techo, aunque Martin y yo nunca nos atrevíamos a mirarlo.

El olor era la única aportación de Marlies a la casa: olía a cigarrillos, a la lamentable superposición de un desodorante barato sobre un sudor acre, a comida pasada desde hacía varios días, a una alegría extinta desde hacía décadas, a ceniceros carbonizados, a basura, a ambientadores de pino y a colada húmeda abandonada demasiado tiempo en la cesta. Marlies caminaba encorvada, y eso que debía de rondar la veintena. Llevaba la permanente

partida en dos mitades y tenía el pelo como un estropajo. Siempre que veía el pelo de Marlies recordaba un champú que vendían en la tienda, «para cabellos castigados», según la etiqueta. A Martin y a mí siempre nos extrañó esa expresión, porque creíamos que los castigos podían recibirlos las personas o los animales, pero no una parte del cuerpo y mucho menos los cabellos. Gracias a Marlies habíamos aprendido que el mal humor crónico también podía ser un castigo, incluso para el pelo.

Marlies se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Como siempre, no llevaba puesto más que un suéter holgado y unas bragas de esas que vendían en la tienda del pueblo en paquetes de tres unidades de colores distintos. Selma también las tenía. En cualquier caso, el color de las bragas de Marlies no era fácil de descifrar, costaba distinguir si era amarillo, albaricoque o celeste claro, puesto que estaban tan deslucidas como su mirada.

—Bueno, ¿qué pasa? —nos preguntó por fin.

—Sólo veníamos a ver cómo estabas —dijo Martin.

—No os hagáis ilusiones —dijo Marlies—, no me tocará a mí.

Lo dijo con cierto pesar, como si tuviera un boleto de lotería con unas probabilidades ínfimas de ganar el premio gordo.

—¿Queréis comer algo? —nos preguntó.

De todas las preguntas que podría habernos hecho, ésa era la que más temíamos.

—Sí —respondimos, aunque enseguida nos entraron ganas de rectificar y decir que no, pero Elsbeth nos había convencido de que la triste Marlies se ponía todavía más triste cuando alguien rechazaba su comida.

Marlies se acercó a la cocina, repartió en dos platos un bote de guisantes que ya tenía abierto, añadió algo de puré de patatas frío y lo remató con sendas lonchas de jamón cocido. Luego nos plantó los platos delante y se dejó caer en la silla de nuevo, de manera que sólo quedó la otra silla libre.

—¿Tienes algo para que pueda sentarme? —pregunté.

—No —respondió Marlies, y encendió el pequeño televisor que había

sobre el frigorífico; estaban emitiendo el culebrón de Selma.

Martin enderezó la espalda y se dio una palmada en un muslo, de modo que me senté en su regazo.

El puré de patatas era del mismo color indeterminado que las bragas de Marlies. Los guisantes quedaron rodeados de un charco rojizo. El jamón cocido brillaba y estaba salpicado de bultitos oscuros que parecían marcas de viruela.

Martin y yo nos metimos en la boca el tenedor lleno al mismo tiempo e intercambiamos una mirada. Él empezó a masticar.

—Acaba tan rápido como puedas —susurró, apresurándose a vaciar el plato.

En lugar de menguar, tuve la sensación de que los guisantes se multiplicaban y crecían dentro de mi boca. Le lancé una mirada fugaz a Marlies, que estaba absorta en el culebrón de Selma, y luego abrí la boca y dejé caer los guisantes con puré de nuevo en el plato.

—No puedo tragármelo, Martin —susurré.

Martin vació su plato en un santiamén, y luego el vaso de agua para terminar de tragarse los guisantes con puré, y se quedó mirando mi plato, que todavía estaba lleno.

—Lo siento —se disculpó con un susurro—, pero si me trago también todo eso, acabaré vomitando —dijo justo antes de soltar un eructo involuntario que le hizo llevarse la mano a la boca, asustado.

Marlies se volvió hacia nosotros.

—¿Qué? ¿Está bueno?

—Sí, gracias —dijo Martin.

—Pero si apenas has comido nada —exclamó al ver mi plato—. Come, o se te enfriará —añadió, como si en algún momento hubiera estado caliente.

Enseguida volvió a concentrarse en el televisor. En la pantalla aparecían Matthew y Melissa en medio de unas tierras. Selma tenía una debilidad especial por el destino de esos dos personajes.

«Te quiero, Melissa, pero ya sabes que nuestro amor es imposible», decía Matthew.

—Levántate —me susurró Martin.

Me puse de pie con cuidado para que Marlies no se diera la vuelta, aunque estaba más pendiente de la réplica de Melissa.

«Yo también te amo.»

Martin reunió el contenido de mi plato sobre una loncha de jamón y utilizó la otra para taparlo. Acto seguido, lo recogió como pudo y se lo metió en el bolsillo frontal de los pantalones. Suerte que tenían unos bolsillos más que generosos.

«Pero estamos hechos el uno para el otro, Matthew», se desesperaba Melissa desde el televisor, justo antes de que sonara la sintonía de cierre.

Marlies apagó el televisor y se volvió hacia nosotros.

—¿Queréis repetir?

—Gracias, pero no —dijo Martin.

—¿Y tú qué haces de pie? —me preguntó a mí.

Yo me había levantado para no aplastar la comida que Martin se había embutido en el bolsillo.

—Es que no hay más sillas —dije.

—Pues vuelve a sentarte encima de tu amigo —dijo Marlies—, me pone nerviosa verte ahí plantada como un pasmarote.

Pensé en el óptico, que a menudo no podía sentarse por culpa de la espalda.

—Es que no quiero sufrir una hernia discal —dije—, me paso el día sentada.

—Caray, tan joven y tan hecha polvo ya —añadió Marlies suspirando.

Encendió un cigarrillo, un Peer de los largos, que acabó apagando en mi plato vacío. Empezó a hablar, y todo lo que dijo podrían haberlo dicho también Matthew o Melissa. Yo me quedé de pie junto a la mesa de la cocina, mirando de reojo los pantalones de Martin, en los que no tardó en aparecer

una gran mancha oscura. Él acercó su silla a la mesa tanto como pudo para que Marlies no se la viera si por algún motivo le daba por levantarse. Sin embargo, continuó ahí sentada, diciendo que no le gustaba el culebrón, que las últimas Fiestas de Mayo tampoco, y que sabía que no le gustaría ni cómo seguiría el culebrón ni las siguientes Fiestas de Mayo.

—¿Por qué no te gustaron las Fiestas de Mayo? —preguntó Martin, encogiendo la barriga para acercarse más a la mesa porque notaba que el puré de patatas empezaba a empaparle la cintura de los pantalones.

—Nunca me han gustado —respondió Marlies.

—Vámonos, Martin —le susurré.

—¿Y por qué ves el culebrón si no te gusta? —preguntó Martin.

Yo me agaché fingiendo que tenía que atarme un zapato. Miré bajo la mesa y vi que Martin tenía la piel de gallina a la altura de la pantorrilla, donde la papilla de guisantes, puré de patatas y jamón empezaba a formar un reguero verduoso.

—Porque lo demás que echan es todavía peor —respondió Marlies.

—Bueno, creo que deberíamos marcharnos —dije.

Nos pusimos de pie, y Martin se colocó detrás de mí.

—Adiós, Marlies —dijo él, pegado a mi espalda.

—Gracias —le dije una vez fuera—. Sólo por esto, dejaré que me levantes mil veces.

—De acuerdo —dijo riendo—, pero ahora no.

En cuanto hubimos dejado atrás la casa de Marlies, Martin se quitó los pantalones, le dio la vuelta al bolsillo y el puré y el jamón cayeron sobre la hierba. Intentamos raspar los restos de guisantes y puré de patatas que habían quedado pegados.

—Necesito unos pantalones nuevos —dijo.

Teníamos las manos pegajosas, por lo que las tendimos hacia *Alaska*, pero después de olisquearlas no se atrevió a lamerlas. Martin volvió a ponerse los

pantalones y fuimos corriendo a su casa.

Al ver a Palm frente a la verja del jardín, frenamos en seco. No habíamos contado con él, creíamos que estaría en el campo.

—Ven, vamos a mi casa —susurré—. Puedo prestarte unos pantalones míos.

Sin embargo, su padre ya nos había visto.

—¡Venid aquí enseguida! —gritó, y nos acercamos a la valla tras la que ladraban los perros.

Alaska intentó esconderse detrás de nosotros.

—¿Te has meado encima o qué? —rugió Palm, con la mirada fija en los pantalones de Martin.

Apeataba a aguardiente, y sacudió a su hijo agarrándolo por los hombros. La cabeza de Martin iba de un lado a otro, pero él no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos.

—No ha sido culpa suya —dije desesperada—. Se ha guardado mis guisantes, no es culpa suya, Palm.

—¿Qué eres? ¿Un bebé? —bramó Palm.

Pero Martin seguía con los ojos cerrados y parecía extrañamente relajado, como cuando cerraba los ojos de espaldas a la puerta del tren regional y me iba diciendo campo, bosque, prado, prado, prado.

—Sólo intentaba ayudarme —dije.

Palm se inclinó hacia mí y me fulminó con la mirada. Tenía la piel de la cara destrozada, como si la hubiera tenido cubierta de plumas y alguien se las hubiera arrancado todas a tirones. Siempre que Palm me miraba de ese modo, yo no podía evitar preguntarme cómo era posible que alguien tan sombrío supiera tantas cosas sobre las luces del mundo.

—Y tú lo que intentas es tomarme el pelo —siseó entre dientes, y ese siseo me pareció todavía peor que sus rugidos.

Pensé en el pajarillo, en el ojo enrojecido por el golpe, y me di cuenta de que no estaba dispuesta a permitir que el mundo siguiera su curso, al menos

el mundo en forma de Palm.

Me coloqué delante de Martin.

—¡Déjalo en paz! —grité.

Palm me apartó de un empujón. Yo era muy ligera, abatirme le costó incluso menos que derribar la cabaña del bosque. Palm agarró a Martin, que seguía con los ojos cerrados, y se lo llevó a casa a rastras. *Alaska* gruñó por primera y única vez en su vida y la puerta se cerró con tanta contundencia que pensé que no se abriría nunca más.

Mareada, imaginé maneras de morir entre cuatro paredes, y me parecieron demasiado posibles. Los perros del patio no paraban de ladrar. Me quedé ahí, mirando fijamente la puerta que se había tragado a Martin, y luego mirando todo lo que había alrededor.

Prado, campo, bosque.

Siempre en nuestro recuerdo

Después de que Palm hubiera encerrado a Martin en su casa, fui corriendo a la floristería de mi madre, que estaba justo al lado. La floristería se llamaba Puras Flores, un nombre del que mi madre estaba muy orgullosa y que a mi padre le parecía horrible. Olía a lirios y abetos, porque mi madre tenía almacenadas muchas coronas. Vendía flores y decoraciones fúnebres no sólo en nuestro pueblo, sino también en los de los alrededores, y siempre tenía mucho trabajo. Entré a ver a mi madre, y como siempre tuve que esperar a que acabara de hablar por teléfono porque estaba consultando el texto de las cintas de una corona, decidiendo el color de las flores de los centros de mesa para una boda o ayudando a la esposa del alcalde con el ramo más adecuado que podía regalar a la esposa del alcalde del pueblo vecino.

En algún momento, mi madre terminó y se volvió hacia mí. Sin embargo, aún había otra prioridad antes que yo, un asunto que mi madre nunca resolvía y que la mantenía siempre ocupada, incluso cuando hablaba conmigo, y ese asunto era una pregunta que la acuciaba desde hacía más de cinco años.

Hacía más de cinco años que mi madre no paraba de preguntarse si tenía que abandonar a mi padre, y esa pregunta la saturaba por completo. No se la hacía nunca a nadie, sólo se la planteaba a sí misma, pero con tanta frecuencia e intensidad que era incapaz de llegar a ninguna respuesta. Incluso sufría alucinaciones relacionadas con ello, y cuando preparaba una corona, en los mensajes típicos del tipo «Descanse en paz» o «Siempre en nuestro recuerdo», se le aparecía la pregunta «¿Debería dejarlo?» escrita en letras negras y con el característico relieve gofrado.

Pero la pregunta «¿Debería dejarlo?» no sólo se le aparecía en las cintas

de las coronas. Veía esa pregunta por todas partes: cuando se despertaba por la mañana, la frase ya danzaba frente a sus ojos. Giraba dentro de su taza mientras removía el primer café con leche de la mañana y se fundía en el humo que salía de su cigarrillo. La encontraba escrita en los cuellos de los abrigos y en los sombreros de las clientas de la floristería, impresa en el papel con el que envolvía las flores, o salía en forma de vapor de la olla mientras preparaba la cena.

Esa pregunta dejaba a mi madre hecha polvo, porque hurgaba en su interior como quien revuelve un bolso buscando las llaves y acaba sacando todo su contenido, que no era poco.

«¿Me estás escuchando?», le preguntaba yo cuando intentaba explicarle que había aprendido a leer las horas o a atarme los cordones de los zapatos. «Claro que sí, cielo. Claro que te escucho», me respondía, y lo cierto es que lo intentaba, pero aquella pregunta era más atronadora que cualquier cosa que yo pudiera contarle. Mucho más tarde me planteé qué habría sucedido si en lugar de haber estado tan pendiente de esa pregunta hubiera estado un poco más pendiente de mí, o cómo sería yo ahora si Selma y el óptico no hubieran estado a mi lado, si no hubiera podido contar con ellos para todo, si no hubieran estado ya en el mundo desde que lo crearon.

—Bueno, ¿qué te ocurre, Luischen? —preguntó mi madre por fin.

—Tengo miedo de que le pase algo malo a Martin —dije—, por lo del sueño de Selma. Y por Palm.

Mi madre me acarició la cabeza.

—Vaya, lo siento —dijo.

—¿Estás segura de que me escuchas? —pregunté.

—Claro que sí —dijo mi madre—. Vamos, ¿por qué no vas a ver a Martin y así lo animas un poco?

Dicho esto, entró una clienta del pueblo de al lado, por lo que tiré la toalla y decidí ir a ver a Selma.

Las cadenas que contenían a los perros de Palm en el patio eran largas. *Alaska* se detuvo frente a la verja y Selma y yo nos mantuvimos pegadas al muro de la casa en todo momento. Cada vez que los perros intentaban saltar sobre nosotras, las cadenas se lo impedían en el último instante y hacían caer a los animales de lomos al suelo, pero enseguida volvían a levantarse, revolviéndose furiosos.

—¿Crees que aguantarán? —pregunté, agarrada a la mano de Selma.

—Tranquila, no se romperán —respondió ella—. Esas cadenas son de calidad.

Agarró una escoba que encontró apoyada en la pared junto a la puerta e intentó mantener a raya a los perros.

—¡Fuera, bestias del infierno! —gritó, aunque eso no pareció impresionarlos lo más mínimo.

Entonces llamó a la puerta con el puño y en el piso de arriba se abrió una ventana y Palm asomó la cabeza.

—¡A ver si controlas a tus perros! —gritó Selma— y dejás en paz a tu hijo de una vez. Como vuelvas a ponerle la mano encima a Luise, te juro que enveneno a esos malditos chuchos.

—¡No te entiendo! —gritó Palm, con una sonrisa irónica en los labios—. ¡Esos chuchos hacen demasiado ruido!

Selma lanzó la escoba hacia los perros y le acertó a uno en una pata. El animal cayó al suelo aullando y se levantó de nuevo.

—¡Deja en paz a los perros! —bramó Palm.

Yo cerré los ojos con fuerza y hundí la cara en el pecho de Selma, que lo hinchó para coger aire.

—Escúchame bien, Palm —dijo, con un tono de voz más sereno—. Luise teme que le hagas algo malo a Martin.

—¡Algo malo! —repitió Palm en tono de burla, y alargó una mano hacia la derecha y acercó a Martin a la ventana—. Vamos, díselo tú. ¿Te he hecho algo malo? —preguntó.

Martin siempre iba bien peinado, pero tenía un mechón rebelde en la coronilla. Por mucho empeño que pusieras en domarlo, era inevitable que volviera a levantarse al cabo de pocos minutos, como si quisiera señalar algo en el cielo.

Martin se aclaró la garganta antes de responder.

—No —dijo.

Los perros seguían ladrando.

—¡Ten cuidado, Martin! —gritó Selma—. Y tú, Palm, que sepas que te estaré vigilando. Todos te estaremos vigilando.

Friedhelm pasó por la calle danzando a ritmo de vals, con los brazos extendidos como si bailara con alguien invisible. Iba cantando *O du schöner Westerwald*.

En la casa de enfrente bajaron las persianas a toda prisa.

—¡Yo en tu lugar me largaría de aquí, Selma! —gritó Palm riendo—. Esas cadenas no son precisamente nuevas —nos advirtió justo antes de cerrar la ventana.

Nos volvimos hacia los perros. Selma se quitó un zapato, lo lanzó hacia la jauría y le acertó a uno en la cabeza. El perro cayó al suelo, aullando, pero se levantó enseguida. Del zapato de Selma, nunca más se supo, los perros lo hicieron pedazos como si fuera un conejo muerto.

—¡Te estaré vigilando, Palm! —gritó Selma.

Luego lanzó el otro zapato a la jauría y volvimos a casa. Selma, por supuesto, con los pies descalzos.

Eran las cinco de la tarde. «Todavía faltan diez horas», pensé. Quise asegurarme contándolas una vez más con los dedos, pero, en cuanto los hube extendido, Selma me envolvió la mano con la suya hasta formar un puño y no me la soltó hasta que llegamos a casa.

A las cinco de la tarde, cuando medio pueblo había pasado ya por casa de Elsbeth y las cosas se habían calmado más de lo que a ella le habría gustado,

un trago se le colgó del cuello. Un trago es un espíritu travieso e invisible que normalmente se cuelga del cuello de los viajeros para torturar sus pensamientos. Sin embargo, puesto que Elsbeth no paraba de dar vueltas por la casa sumergida en un silencio tan irreal como el de un bosque por la noche, no le sorprendió que el trago se hubiera confundido y la hubiera tomado con ella.

El trago iba repitiendo como un loro lo que ella le había dicho ya a medio pueblo. Le hablaba del sueño de Selma y de la posibilidad de que alguien muriera, también de la posibilidad de que no ocurriera nada y de que al final no falleciera nadie, aunque quizá sí, lo más seguro es que acabara habiendo algún difunto.

Elsbeth se acercó al teléfono con la intención de llamar al último número marcado, puesto que aparte de lidiar con el trago que llevaba colgado del cuello tenía que enfrentarse también a la realidad, y en ese instante la realidad incumbía a la última persona a la que había llamado. Cuando estaba a punto de pulsar el botón de rellamada, el trago le susurró que el final estaba cerca.

Acabó llamando a Selma, la primera persona a la que solía recurrir cuando tenía miedo. Pero nadie respondió porque en esos momentos Selma se estaba enfrentando a los perros de Palm. Elsbeth se quedó un buen rato con el teléfono en la mano y el tono agudo de llamada resonando en su oído derecho.

De todos modos, podía adivinar lo que le habría dicho Selma: «Haz lo mismo que harías cualquier otro día».

Elsbeth colgó el auricular.

—¿Qué estaría haciendo cualquier otro día a esta misma hora? —preguntó en voz alta.

«Por desgracia, hoy no es un día cualquiera», respondió el trago.

Elsbeth trató de ignorarlo.

—¿Qué estaría haciendo ahora mismo? —repitió.

«¿Tener miedo?», sugirió el trago.

—No —replicó Elsbeth—. Debería estar comprando espesante para salsas.

Había poca gente guardando cola en la caja de la tienda. Elsbeth aprovechó la espera para intentar desembarazarse del trasco que llevaba colgado del cuello, con la dificultad añadida de que sólo tenía una mano libre, puesto que en la otra llevaba el espesante para salsas. Después de pagar, ya fuera de la tienda, en su cabeza seguía sonando el tono del teléfono, el eco de los pitidos de la llamada infructuosa a Selma. No sabía cómo librarse ni de esos pitidos ni del trasco que llevaba colgado del cuello. De improviso, se topó con el óptico.

—Hola —la saludó.

Tanto el tono de señal como el trasco quedaron acallados por la sorpresa.

—Hola —respondió Elsbeth—. ¿También estabas comprando algo?

—Sí —dijo el óptico—. Parches de calor para la espalda.

—Yo, espesante para salsas —explicó Elsbeth.

Un proveedor se disponía a entrar en la tienda empujando un carro cubierto con una lona gris, pero se detuvo a medio camino para atarse los cordones de un zapato. Tal como lo había dejado, el carro parecía un muro gris, y Elsbeth lo vio como el implacable muro de las lamentaciones frente al que todos acabamos arrodillados en un momento u otro.

«Qué poético», se burló el trasco, y Elsbeth sintió vergüenza y por unos instantes llegó al extremo de dudar si realmente lo había dicho en voz alta.

—¿Quieres uno? —preguntó el óptico.

—¿Un qué?

—Un parche de calor —aclaró—. Bueno, más que nada porque te veo con la mano en el cuello y el calor es una maravilla para los músculos agarrotados.

—Ah, sí —dijo Elsbeth—. Gracias.

El óptico tenía la óptica justo al lado de la tienda.

—Te lo pondré en un pispás —le aseguró.

El óptico abrió la puerta y se quitó la chaqueta. En la solapa del chaleco de punto llevaba prendido un pequeño rótulo en el que se leía: EMPLEADO DEL MES.

—Pero si eres el único que trabaja aquí —dijo Elsbeth.

—Ya —respondió el óptico—, se supone que es una broma.

—Ah, claro —dijo Elsbeth.

Siempre le había costado entender las bromas a la primera, y por un segundo volvió a oír la voz crispada de su difunto marido: «Era una broma, Elsbeth, por el amor de Dios», aunque en realidad quizá lo había dicho el trasgo.

—A Martin y a Luise les parece divertido —dijo el óptico.

—Sí, a mí también —aseguró Elsbeth—. Y bastante.

—Vamos, siéntate —le ordenó el óptico.

Elsbeth ocupó el taburete giratorio que estaba delante del foróptero, el aparato con el que el óptico graduaba la vista a sus clientes. Cuando éramos más pequeños, el óptico nos había contado a Martin y a mí que ese aparato servía para ver el futuro, y como el foróptero era tan estrambótico, nos lo creímos inmediatamente. De hecho, en cierto modo y aunque no lo reconozca, yo aún sigo creyéndomelo.

—Deberías destaparte un minuto la zona de los hombros —dijo el óptico.

Elsbeth levantó las dos manos hasta la nuca y se bajó un poco la cremallera que cerraba por detrás el apretado vestido. Con ese gesto ya sintió cierto alivio. Se bajó la parte que le cubría los hombros para que la nuca le quedara al descubierto, tanto como se lo permitiera el trasgo que llevaba colgado del cuello, que, por suerte, ahora estaba callado y cada vez la asía con menos fuerza.

El óptico abrió el parche caliente y retiró la lámina de plástico que recubría el adhesivo.

—En realidad, este tamaño no está pensado para la nuca —explicó—, pero servirá de todos modos.

Elsbeth pensó en su cercano final y se preguntó si el óptico habría dejado escrita alguna verdad acallada.

Después de colocarle el parche con mucho cuidado, el óptico puso la mano encima para asegurarse de que quedaba bien pegado. Poco a poco, el calor empezó a recorrer la piel de Elsbeth. Y el trago acabó soltándose.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó Elsbeth.

El sexo con Renate me quita el sentido

Selma y yo regresamos a su casa. Era una edificación de dos plantas erigida en lo alto de una cuesta y que daba al bosque por la parte posterior. Su estado era ruinoso, y el óptico estaba convencido de que la casa seguía en pie porque Selma la quería con verdadero fervor. Mi padre le había propuesto en muchas ocasiones la posibilidad de demolerla y construir otra, pero Selma no quería ni oír hablar de ello. Además sabía que mi padre también veía la casa como una metáfora de la vida, de una vida torcida que amenazaba con desmoronarse en cualquier momento.

Mi difunto abuelo, el marido de Selma, había construido la casa con sus propias manos, por eso ella quería conservarla tal como estaba a cualquier precio.

También fue mi abuelo el primero que le mostró un okapi a Selma, en una fotografía en blanco y negro que encontró leyendo el periódico. Se lo había enseñado tan satisfecho como si, en lugar de haberse topado con una foto en el periódico, hubiera sido la primera persona del mundo en ver uno de verdad.

—¿Qué clase de bicho es ése? —había preguntado ella.

—Es un okapi, querida —le había respondido mi abuelo—, y si puede existir algo así, entonces todo es posible. Incluso que tú te cases conmigo y yo construya una casa en la que vivamos juntos. Que sí, que te lo digo en serio —había añadido al ver la mirada escéptica de Selma, que desde el primer momento había visto en él al amor de su vida pero todavía tenía que descubrir en él a un obrero capaz de llevar a cabo una hazaña semejante.

Mi abuelo se llamaba Heinrich, como el férreo cochero del cuento «El

príncipe rana», aunque es evidente que mi abuelo no fue férreo ni mucho menos, porque murió bastante antes de que yo naciera. Aun así, cuando Martin y yo oíamos que alguien gritaba «Heinrich» para llamar a alguien, nosotros añadíamos a coro: «¡El coche se rompe!», como en el cuento, aunque a Selma nunca le hizo ni pizca de gracia.

Tuve que llegar yo sola a la conclusión de que mi abuelo había muerto, porque en realidad nadie me lo contó jamás de forma explícita. Selma me había explicado que había caído durante la guerra, pero con eso sólo consiguió que lo visualizara dando un tropezón memorable. Mi padre me había dicho que había pasado a mejor vida en la guerra, pero con eso sólo consiguió que visualizara a mi abuelo gozando de un nivel de vida espectacular entre batalla y batalla.

Martin y yo admirábamos a mi abuelo por lo mucho que había metido la pata, mucho más de lo que nosotros nos habríamos atrevido jamás. Elsbeth siempre nos contaba cómo, siendo todavía un niño, lo habían echado de la escuela por haber colgado el abrigo de piel de camello del director del colegio en lo más alto del asta de una bandera, y también cómo en otra ocasión se había vendado él mismo la cabeza para justificar que no había hecho los deberes a causa de una fractura en la base del cráneo. «¡El coche se rompe!», gritábamos cuando nos contaba esas historias. «El coche no, pero la casa sí», añadía a veces mi padre, y eso a Selma tampoco le hacía ni pizca de gracia.

De hecho, en la planta baja había algunas tablas tan delgadas que Selma había atravesado el suelo con los pies en más de una ocasión. Lejos de infundir dudas en su determinación, esos percances acababan convertidos en anécdotas de aire nostálgico, como el día en que el suelo cedió bajo sus pies en la cocina justo después de sacar el ganso de Navidad del horno: quedó hundida hasta la cintura y con las piernas colgando en el sótano, pero a pesar de todo consiguió evitar que el ganso asado se le cayera. Fue el óptico quien la ayudó a salir del agujero y, junto con mi padre, reparó el suelo. Lástima

que ni al óptico ni a mi padre se les diera especialmente bien reparar suelos. Sin lugar a dudas, Palm lo habría hecho mucho mejor, pero nadie estaba dispuesto a pedirle ayuda.

El óptico fue el primero en desconfiar de su propio remiendo, por lo que decidió señalar el lugar en cuestión con cinta adhesiva de color rojo para evitar que lo pisáramos en la medida de lo posible. Marcó también el lugar de la sala de estar que se había hundido bajo los pies de Selma poco después de que mi padre hubiera anunciado que empezaría una terapia de psicoanálisis, y todos sorteábamos esas dudosas reparaciones de un modo automático. Incluso *Alaska* las sorteaba. De hecho, el día del cumpleaños de Selma, cuando el perro entró por primera vez en la cocina, esquivó instintivamente la zona marcada con cinta roja.

Selma amaba esa casa, tanto que, siempre que salía, le daba unas palmaditas a la fachada como si fuera el flanco de un caballo.

—Deberías abrirte más al mundo —decía mi padre— en lugar de encerrarte en una casa cuyo suelo se te puede tragar en cualquier momento.

—Bueno, pero aparte de eso no tiene nada más —decía Selma.

—Eso es lo peor, que no tiene nada más —replicaba mi padre.

Y luego empezaba con aquello de demoler la casa y construir otra en la que hubiera más espacio, porque el piso superior era demasiado estrecho y podría ser más amplio por aquí y por allí, hasta que Selma se ponía furiosa y le decía a mi padre que se largara a otra parte con esa mentalidad suya de usar y tirar, pero que cuando se largara hiciera el favor de vigilar dónde ponía los pies.

Al regresar a casa encontramos a mi padre en la puerta. Había cerrado ya la consulta y nos esperaba sentado en los escalones.

—No llevas zapatos —constató, dirigiéndose a Selma—. ¿Estás perdiendo la cabeza o es que te has zampado unos cuantos Mon Chéri de más?

—Tranquilo, sólo he lanzado mis zapatos a los perros —dijo Selma.

—Pues no es precisamente un signo de cordura que digamos —insistió mi padre.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó Selma, abriendo la puerta—. Vamos, entra.

El óptico apartó las manos del parche caliente y agarró a Elsbeth por los hombros para darle la vuelta y mirarla a los ojos.

—Por supuesto —dijo el óptico—. Puedes confiar en mí para lo que sea.

—Es sólo... —empezó a decir Elsbeth— que quisiera confesar algo por si hoy..., por si me tocara a mí...

—Lo dices por el sueño —intervino el óptico.

—Exacto —reconoció Elsbeth—. Aunque la verdad es que yo creo que no sucederá nada —mintió.

—Yo también lo creo —dijo el óptico, mintiendo también—. Es absolutamente improbable que un sueño pueda anunciar una muerte. Me parece una bobada, si quieres saber mi opinión.

Un poco de paripé contribuye a distender el ambiente antes de la inminente confesión de una verdad acallada. Al óptico le vino a la cabeza Martin, que gesticulaba y pegaba brincos siempre que se disponía a intentar levantar algo demasiado pesado para él.

—No sé por dónde empezar, no es fácil —dijo Elsbeth.

—Si quieres, puedo contarte yo algo a cambio.

Elsbeth clavó su mirada en la del óptico. El pueblo entero sabía perfectamente lo mucho que amaba a Selma, pero él no tenía ni la más mínima sospecha de que el pueblo entero lo supiera, seguía creyendo que su amor era un secreto, mientras que el pueblo entero llevaba años preguntándose cuándo el pobre óptico desembucharía de una vez lo que debería haber desembuchado ya mucho tiempo atrás.

Sin embargo, lo que Elsbeth no sabía era hasta qué punto Selma estaba al corriente de ese amor. En una ocasión había presenciado cómo mi madre

intentaba abordar el tema directamente, algo que a Elsbeth no le había parecido nada bien, pero que no había conseguido evitar.

—¿Te ves con el óptico, Selma? —le había preguntado mi madre.

—Claro —respondió ella—, nos vemos cada día.

—Me refería a si te ves con él.

—Claro, eso decía: a diario.

—Oye, Astrid, dime una cosa —intervino Elsbeth, con la vana esperanza de cambiar el rumbo de la conversación—: a ti que te interesan las flores, ¿sabías que los botones de oro son un buen remedio para las hemorroides?

Pero mi madre no estaba dispuesta a tirar la toalla.

—No, Selma. Me refiero a si te ves con él como pareja —insistió—. Quiero decir si te ves formando una pareja con el óptico.

Antes de responder, Selma miró fijamente a mi madre como si ésta fuera un cocker spaniel.

—Yo ya tuve pareja —dijo.

Elsbeth tenía la sensación de que Selma había racionado su amor para una sola persona, y había sido una ración generosa, pero la había destinado únicamente a Heinrich. Al fin y al cabo, Elsbeth era la hermana de Heinrich. Los había conocido juntos y estaba convencida de que nada podía haber después.

En esos momentos, sentada en el taburete de la óptica, Elsbeth no podía creer que después de tantos años le hubiera tocado a ella enterarse de lo que todos sabían ya desde hacía tanto tiempo.

—Tú primera —dijo el óptico, sentándose tras su escritorio y mirando a Elsbeth de frente.

Entretanto, el parche estaba ya muy caliente. Elsbeth respiró hondo.

—Rudolf me engañó durante años —confesó Elsbeth.

Rudolf era su difunto esposo.

—Lo sé porque he leído sus diarios. Todos.

No quedó claro qué le parecía más grave a Elsbeth: el hecho de haber sido engañada por su marido, o que ella hubiera fisgoneado en los diarios de él.

—Lo he intentado todo para olvidar el tema —prosiguió—. Dicen que puedes olvidar cosas si comes algo de pan encontrado, ¿sabes? Y lo he intentado, pero no ha servido de nada. Seguramente porque antes había extraviado el pan a propósito, y entonces no es lo mismo.

—No se puede encontrar algo que se ha perdido a propósito —constató el óptico—. ¿Llegaste a hablar sobre ello con Rudolf alguna vez?

Elsbeth volvió a subirse la cremallera del vestido.

—Los diarios de Rudolf son amarillos —dijo Elsbeth, como si no hubiera oído la pregunta—. Vulgares libretas de hojas pautadas de color amarillo girasol.

—¿Hablaste con él sobre el tema? —insistió el óptico.

—No —respondió Elsbeth, y se llevó una mano a la nuca y la presionó contra el parche—. Fingí no saber nada. Y ahora es demasiado tarde.

El óptico sabía muy bien lo que eso suponía. Lo sabía en primera persona, por todas las veces que había intentado engañarse acerca del amor que sentía por Selma.

—Llenó muchos diarios, todos de color amarillo girasol, y, aunque sólo los leí una vez, sé perfectamente lo que escribió en ellos. A menudo, cuando estoy tendida en la cama, una voz interior me los va recitando de memoria.

—¿Qué te recita exactamente? —preguntó el óptico.

—Cosas sobre la otra mujer, por ejemplo. Cosas fuertes.

—Dime alguna frase para que me haga una idea —propuso el óptico—, si no te importa. Así me quedo yo con la frase —añadió— y tú puedes librarte de ella.

Elsbeth cerró los ojos y se presionó el nacimiento de la nariz con el índice y el pulgar, como si tuviera dolor de cabeza.

—«El sexo con Renate me quita el sentido» —dijo de repente.

Justo en ese instante sonó la campanilla de la puerta y entró la esposa del

tendero.

—¡Buenos días! —gritó, acercándose a ellos—. ¿Qué? ¿Os he pillado en plena revisión?

—Más o menos —dijo el óptico.

Elsbeth no dijo nada, pero por dentro empezó a preguntarse de forma compulsiva si la esposa del tendero habría oído la última frase: si estaría pensando que Elsbeth mantenía relaciones sexuales con una tal Renate y que esas relaciones sexuales con una tal Renate le quitaban el sentido.

Resultó que la esposa del tendero necesitaba una cadenita nueva para las gafas y, por suerte, se decidió enseguida por una con brillantes de bisutería.

—Mañana tengo que ir a la ciudad. A que me hagan la permanente —le explicó a Elsbeth—. ¿Podrías ocuparte de *Trixi*?

Trixi era el terrier de la esposa del tendero. No había oído la frase, Elsbeth se había dado cuenta de inmediato porque estaba segura de que por nada del mundo le habría confiado la custodia de su terrier si en algún momento hubiera creído que el sexo con una tal Renate le quitaba el sentido.

—Por supuesto, será un placer —dijo Elsbeth.

—Eso si mañana todavía estamos vivas, claro —bromeó la esposa del tendero.

—Esperemos que así sea —comentó el óptico, abriendo la puerta para despedir a la mujer.

Luego volvió a sentarse tras el escritorio y miró fijamente a Elsbeth, intentando transmitirle que podía dedicarle todo el tiempo del mundo. Incluso si ese día le tocaba a él morir por el sueño de Selma, habría tenido todo el tiempo del mundo.

Cruzó las piernas antes de hablar.

—Que el sexo con Renate le quitara el sentido a tu marido no significa necesariamente que los encuentros fueran agradables, si quieres saber mi opinión. Al fin y al cabo, que te aticen en la cabeza con una sartén también te quita el sentido.

Elsbeth sonrió. Aquella verdad acallada siempre había supuesto un peso abrumador para ella. Fue un consuelo constatar que el óptico era capaz de aligerarla con tanta facilidad.

—Hace un rato, un proveedor ha entrado en la tienda con un carro cubierto con una lona gris —dijo Elsbeth—. Parecía un muro, el muro de las lamentaciones frente al que todos nos arrodillamos en un momento u otro, ¿no te lo ha parecido a ti también?

—Lo siento, pero no me he fijado —respondió el óptico—, aunque imagino que debía de ser como tú dices.

—Antes no tenía el cuello agarrotado —confesó Elsbeth—. En realidad era un trago.

—Ya lo sé —dijo el óptico—. Pero ya ves que el calor también va de maravilla para librarse de los tragos.

Elsbeth se aclaró la garganta.

—Tú también querías confesarme algo, ¿no? —preguntó, sentándose más erguida y cruzando las manos sobre el regazo.

El óptico se pasó las suyas por el pelo. Se levantó y dio un par de vueltas por la sala, siguiendo con la mirada los estantes llenos de monturas y estuches. Además, sin darse cuenta dio un pasito hacia la derecha, como siempre que le atacaban las voces interiores.

Elsbeth se planteó cómo debía reaccionar si el óptico le acababa confesando que amaba a Selma: no sabía si fingir sorpresa o si, después de tanto tiempo, sería mejor intentar reaccionar con naturalidad y decir algo como «Vaya, ¡menuda novedad!». También sopesó la posibilidad de recomendarle que se lo confesara a la propia Selma, y pensó además en cuál sería la reacción del óptico si constataba que había perdido varias décadas intentando ocultar algo tan grande, que por mucho que se hubiera empeñado en ocultarlo colocándose delante era inevitable que acabara sobresaliendo por todos lados.

—Se trata de Martin —dijo el óptico—: Palm no cuenta con él para nada.

—Lo sé —dijo Elsbeth, esbozando una sonrisa reconfortante.

—Nunca cuenta con él, y nunca ha contado con él. De hecho, la madre de Martin tuvo que sufrir lo mismo.

—Lo sé —dijo Elsbeth, y entonces se planteó la posibilidad de que el óptico estuviera preparando el terreno para introducir el tema de Selma.

—A veces incluso le pega.

—Sí. Eso también me lo temía.

El óptico no paraba de andar arriba y abajo.

—Sale a pegar tiros a los corzos completamente borracho, suerte que no acierta ni uno. Un día amenazó a Selma con una botella rota.

—Sí —asintió Elsbeth, y, recordando la enorme capacidad que había demostrado siempre el óptico para relacionar conceptos de lo más dispares, pensó que también podría hacerlo entre Palm y su amor por Selma.

El óptico se detuvo en seco y se quedó mirando a Elsbeth.

—Bueno, pues resulta que anoche aserré las patas de la atalaya en la que suele apostarse para cazar —confesó.

Este lugar es genial

Cayó el atardecer y Selma me repitió lo mismo que había estado diciendo todo el día: «Haz lo que harías cualquier otro día». De manera que decidí prepararle un baño a *Alaska*. No cabía entero en la ducha, por lo que tuve que lavarle primero los cuartos traseros y luego los delanteros, y, mientras lavaba una parte, el resto del perro sobresalía de la cabina de la ducha. Además, dejé la puerta del baño abierta para poder oír cómo Selma le decía a mi padre:

—Todo el pueblo tiene miedo por culpa de mi sueño.

Mi padre reaccionó con una carcajada.

—Mamá, por favor, ¡menuda chorrada! —exclamó.

Selma abrió una caja de Mon Chéri.

—Quizá tengas razón —dijo—, pero que sea una chorrada no mejora las cosas.

—El doctor Maschke se moría de risa cuando se lo contaba.

—Qué bien, me alegro de que el doctor Maschke se divierta tanto contigo.

Mi padre suspiró.

—Yo quería hablar de algo completamente distinto —dijo, y acto seguido levantó la voz para dirigirse a mí—. Ven, Luischen. Tengo algo que contarte.

Yo había intentado secar a *Alaska*, pero no había conseguido que dejara de gotear. Pensé en la clase de cosas que decían en el culebrón de Selma cada vez que algún personaje decía «Tengo algo que contarte». Estamos en bancarrota, te dejo, Matthew no es hijo tuyo, William está clínicamente muerto, procederemos a desconectarlo.

Entré en la cocina acompañada por *Alaska*. Mi padre estaba sentado en una silla y Selma estaba apoyada en la mesa.

—*Alaska* todavía está chorreando —dijo ella.

—¿Os acordáis de Otto? —preguntó mi padre.

—Claro —dijimos nosotras.

Otto era el cartero jubilado que había muerto tras uno de los sueños de Selma, el que había decidido no moverse más.

—Pues de eso se trata —dijo mi padre—: me parece que lo dejaré todo. Bueno, puede. Quizá haga un gran viaje.

—¿Y cuándo volverás? —pregunté.

—¿Y adónde irás? —preguntó Selma.

—No sé, por el mundo —dijo mi padre—. A África. O a Asia. Algo por el estilo.

—Por el estilo —repitió Selma—. ¿Y cuándo te marchas?

—Todavía no lo sé —respondió mi padre—. Sólo me lo estoy planteando, y he decidido contaros que me lo estoy planteando.

—¿Y para qué quieres ver mundo? —preguntó Selma.

La pregunta era insólita. Cuando alguien anuncia que quiere ver mundo, nadie suele preguntar para qué. No es necesario justificar la voluntad de ver mundo.

—Porque no quiero pudrirme aquí —dijo mi padre.

—Ah, muchas gracias, muy amable —respondió Selma.

Alaska seguía goteando y, de repente, me sentí muy cansada, como si en vez de haber salido del baño acabara de regresar de una travesía en la que hubiera estado andando el día entero cargada con una gran mochila.

Pensé en cómo podía convencer a mi padre de que se quedara.

—Pero si este lugar es genial —dije al fin—. Vivimos rodeados de una espléndida sinfonía de verdes, azules y dorados.

Era lo que decía el óptico de cuando en cuando. Que vivíamos en un entorno pintoresco, en un lugar maravilloso, paradisiaco. Eran frases que había leído en las postales que el tendero tenía en el mostrador. Sin embargo, en el pueblo casi nadie compartía su opinión. Pasábamos por alto esa belleza,

la ignorábamos y la dejábamos de lado, y al mismo tiempo habríamos sido los primeros en protestar enérgicamente si en algún momento nos hubieran impedido disfrutar de ella. El único que sabía apreciarla de cuando en cuando pese a la rutina era el óptico. De pronto se quedaba quieto, en lo más alto del Uhlheck, por ejemplo, y nos agarraba a Martin y a mí por los hombros. «Fijaos bien en lo increíblemente bonito que es todo», nos decía, y luego extendía una mano hacia los abetos, hacia los campos de trigo, o hacia el vasto cielo que desplegaba «una espléndida sinfonía de verdes, azules y dorados». Entonces nosotros contemplábamos los abetos, el cielo y todas aquellas cosas que tanto dábamos por sentadas y sólo queríamos continuar andando. «Ahora disfrutad de esto un momento», decía el óptico, y nosotros lo mirábamos del mismo modo que mirábamos a Elsbeth cuando nos decía que fuéramos a ver a la triste Marlies.

—Cierto —dijo mi padre—. De hecho, no me voy para siempre. Volveré.

—¿Cuándo? —pregunté.

Selma se me quedó mirando, se sentó a mi lado en el banco de la cocina y me tomó de la mano. Yo me apoyé en su hombro y pensé que Selma y yo podíamos quedarnos ahí sentadas sin más, esperando a pudrirnos juntas.

—¿No podrías concretar un poco más? —preguntó Selma—. ¿Todo esto es fruto de las chorradas que te cuenta el doctor Maschke?

Mi padre levantó la cabeza de repente.

—No es necesario que demuestres tanto desprecio —murmuró.

Se notaba que no se había preparado lo más mínimo para nuestras preguntas, que había esperado que dijéramos «Muy bien, de acuerdo, hazlo y ya darás señales de vida, que lo pases estupendamente».

—¿Y qué dice Astrid de todo esto? —preguntó Selma—. ¿Y qué pasará con *Alaska*? Apenas ha tenido tiempo de librarte de esa congoja encapsulada.

—Por Dios —exclamó mi padre—, yo sólo he dicho que estoy pensando en marcharme.

Pero no era verdad. Mi padre ya lo había decidido hacía mucho tiempo,

aunque allí sentado era tan poco consciente de ello como lo éramos Selma y yo, igual que ignorábamos que *Alaska* se convertiría en el perro de Selma, porque mi padre no podía llevárselo a ver mundo. Porque *Alaska*, según mi padre, no estaba hecho para vivir aventuras.

Selma y yo estábamos sentadas en el banco de la cocina frente a mi padre y las dos pensábamos en lo mismo: en la consulta que el doctor Maschke tenía en la ciudad. Mi padre nos la había descrito con todo lujo de detalles: la sala estaba llena de fotografías de paisajes, los mismos paisajes que aparecían en las postales del expositor de la tienda de regalos, con mares, lagos, montañas e inmensos prados de hierba, aunque sin aforismos escritos encima porque eran fotos que el doctor había tomado personalmente. También había unos cuantos objetos colgados. Mientras el doctor Maschke buscaba congojas encapsuladas en el relato de mi padre, éste contemplaba una máscara africana, una figura de Buda fijada a la pared con tacos y tornillos, una toquilla decorada con lentejuelas, un odre de cuero o una cimitarra.

Según nos había contado mi padre, el rasgo más distintivo del doctor Maschke era su cazadora de cuero negro. Al parecer, no se la quitaba nunca durante las sesiones y crujía cada vez que se inclinaba o se recostaba en su sillón.

Selma y yo estábamos seguras de que el doctor Maschke también quería dejarlo todo salvo la chaqueta de piel. Que quería marcharse a ver mundo y que por pura comodidad le había implantado ese deseo a mi padre. Con su elocuencia debía de haber conseguido que mi padre deseara marcharse a ver mundo, dejándolo todo y dejando que todos los demás nos pudriéramos, como le habría gustado hacer al mismo doctor Maschke desde el principio.

—¿Y cuándo volverás? —pregunté por segunda vez.

Friedhelm pasó danzando bajo la ventana de la cocina de Selma. Iba cantando en voz tan alta que incluso el más leve de los rayos de sol llegaba hasta el fondo de su corazón.

—No puedo más —exclamó mi padre.

Se levantó de golpe, salió corriendo de casa, agarró a Friedhelm y se lo llevó a su consulta. Mi padre tenía remedios para todos los estados de ánimo, y a Friedhelm le puso una inyección que lo dejó cansado, tan cansado que se quedó dormido en la misma camilla de la consulta hasta el día siguiente a mediodía, sin tener la menor idea de que se despertaba en un mundo en el que, aparte de mí, ya nadie pudo seguir durmiendo.

Selma y yo nos quedamos sentadas en la cocina.

—Permíteme —se disculpó, acariciándome el brazo—, será sólo un momento —añadió.

Al oír eso creí que Selma se disponía a levantarse para ir a algún sitio, pero lo que hizo fue quedarse sentada a mi lado, mirando por la ventana. Su silencio creció a un ritmo mucho más rápido que el charco de agua que se había formado debajo de *Alaska*, y justo cuando yo empezaba a pensar que sería una buena idea interrumpirlo, sonó el timbre de la puerta.

En el umbral apareció Martin. Se había cambiado los pantalones y llevaba el pelo recién peinado.

—Te ha dejado volver a salir —constaté.

—Sí —dijo Martin—. Se ha dormido. ¿Puedo entrar?

Eché un vistazo a la cocina. El silencio había subido de nivel, superando incluso la altura del perro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martin.

—Nada —respondí.

De repente cayó al suelo un pequeño rastrillo de mano que Selma había dejado en el canalón que pasaba por encima de la puerta.

—Menudo viento sopla hoy —dijo Martin, aunque no era cierto.

Lo vi muy pálido, pero al menos sonreía.

—¿Puedo? —me preguntó.

—Claro —respondí, rodeándole el cuello con los brazos—. Levántame.

Empleado del mes

Martin y yo entramos en la cocina y nos quedamos mirando a Selma. Debimos de parecerle bastante desvalidos, porque enseguida se aclaró la garganta y respiró hondo.

—Eh, pareja de pasmarotes: puede que ahora mismo os cueste imaginar cómo, pero os aseguro que todo se arreglará. Por muy raros que sean vuestros padres, ya veréis como en el momento menos pensado se acaban centrando. Creedme.

Nosotros la creímos. De hecho, siempre creíamos todo lo que decía. Años atrás, a Selma le detectaron un lunar sospechoso en la espalda, y por la noche, antes de recibir los resultados de las analíticas, ya le mandó una carta a una conocida del pueblo vecino que estaba muy preocupada por ella. «Todo ha ido bien», le había escrito Selma. Y una vez más, al final se había demostrado que tenía razón.

—Pero has soñado con un okapi —dijo Martin—. Todavía tiene que morir alguien.

Selma suspiró. Consultó el reloj y vio que se acercaban las seis y media, la hora a la que salía a pasear por el Uhlheck cada tarde, sin excepción, desde la creación del mundo.

—Vamos —dijo.

—Pero ¿hoy también? —preguntamos, temiendo que nos sorprendiera una bestia infernal imposible o una tormenta improbable.

—Hoy más que nunca —contestó Selma—. No dejaremos que nada nos impida actuar como de costumbre.

El Uhlheck estaba oscuro. El viento soplaba entre los abetos, y Martin y

yo caminábamos cogidos de las manos de Selma, en silencio.

Andábamos en silencio sobre todo porque, según mis cálculos, a la muerte no le quedaban más que ocho horas para actuar y no queríamos llamar su atención. Las conté con los dedos de la mano que me quedaba libre, pero Selma fingió que no se daba cuenta.

—¿Qué queréis ser de mayores? —preguntó de repente.

—¡Médico! —grité yo.

—¡Dios mío! —exclamó Selma—. Pero bueno, peor sería que quisieras ser psicoanalista. ¿Y tú, Martin?

—El óptico vio en el foróptero que seré levantador de pesas —dijo él—. Y yo también lo creo.

—Por descontado —dijo Selma.

—¿Y tú? —preguntó Martin, levantando la mirada hacia ella.

Selma le acarició la cabeza antes de responder.

—Tal vez me dedique a cuidar animales —respondió.

Martin recogió un palo que había encontrado atravesado en el camino.

—Seguro que queréis saber cómo Ígor Nikitin consiguió levantar ciento sesenta y cinco kilos.

—No te quepa la menor duda —respondió Selma, con una sonrisa en los labios.

Martin actuó como si el palo fuera un peso descomunal, lo levantó por encima de su cabeza y lo mantuvo allí unos instantes, con los brazos temblorosos, hasta que lo dejó caer. Le dedicamos un largo aplauso que él, radiante de alegría, nos agradeció con reverencias.

—Regresemos a casa —dijo Selma en cuanto hubieron pasado treinta minutos, justo cuando empezaba a llover.

Dimos media vuelta y regresamos a casa envueltos por la oscuridad.

—Volveremos andando como verdaderas bestias —propuso Selma—, ¡y empezaremos por el pato!

Nos pusimos en fila india y empezamos a caminar imitando sus andares a

medida que iba cambiando de animal, y antes de que nos diéramos cuenta ya estábamos en la puerta de casa.

Selma nos preparó patatas cocidas. Luego llamó a casa de Palm y le preguntó si Martin podía quedarse a dormir con nosotros, pero su padre no se lo permitió, ni siquiera como una excepción.

Hacia las dos de la madrugada, Elsbeth se levantó y se vistió. Tras varias horas dando vueltas en la cama, había tomado una decisión.

Abrió la puerta de casa y salió en plena noche, cargada con un rollo de alambre en una mano, un bote de cola de carpintero en la otra y en la cabeza la firme decisión de salvar al óptico.

La atalaya de Palm estaba en un prado al que sólo se podía acceder por un camino forestal. La noche en el bosque era negra como las cintas de las coronas funerarias. Elsbeth escrutó la penumbra deseando divisar amarillo girasol en alguna parte.

Cuando llegó a la linde del bosque, las dudas la asaltaron de nuevo. Después del sueño de Selma, la idea de adentrarse en el bosque por la noche sólo podía considerarse pésima, y Elsbeth tuvo la sensación de estar precipitándose a las fauces de la muerte. De hecho, si la muerte no aprovechaba una oportunidad tan clara como ésa, perdería mucha credibilidad. Aunque, por otro lado, la muerte se encontraba ya sometida a una presión inmensa, puesto que le quedaba apenas una hora para actuar, y en esos casos era normal que rebajara sus exigencias y se conformara con cualquier cosa. Además, a Elsbeth no se le ocurría ninguna forma de muerte que fuera al mismo tiempo rápida y efectista desde el punto de vista dramático, todas las que le venían a la cabeza a duras penas servirían para salvar los muebles.

De todos modos, Elsbeth se adentró en el bosque, porque no estaba dispuesta a abandonar su propósito.

Se acordó de que lo mejor que se puede hacer cuando aparece el miedo es

cantar.

«El bosque está negro y silencioso...», cantó, con la voz algo quebrada, y es que realmente estaba oscuro como la cinta de una corona fúnebre, pero de silencioso no tenía nada: por todas partes se oían murmullos, susurros y crujidos. Pensó que tal vez era el trasgo ahuyentado por el parche caliente que le había colocado el óptico y que aún llevaba pegado en la nuca. Paró de cantar porque apenas oía su propia voz, y se dio cuenta de que tenía que estar muy desesperada para cantarle a una niebla fantástica que no tenía la más mínima intención de levantarse. Además, temía que su canto pudiera atraer algún peligro o que pudiera distraerla de detectar alguna presencia.

Por desgracia, Elsbeth lo sabía todo sobre las criaturas que pueden hallarse de noche en el bosque. Pensó en la muchacha de los matorrales, que cada cien años aparecía entre los arbustos con un cesto colgado de la espalda, pidiendo que la peinaran y la despiojaran. Cuando alguien la peinaba y le quitaba los piojos, recibía a cambio una hoja amarilla que se acababa convirtiendo en oro. En cambio, si alguien no accedía a su petición, se lo llevaba para siempre. Y a Elsbeth no le interesaban en absoluto las hojas de oro. Se imaginó a aquella temible muchacha de los matorrales saliendo en ese mismo instante de entre los abetos, agarrándola con unas manos monstruosas, mirándola con unos ojos monstruosos. Se imaginó cómo sería meter las manos en el pelo enredado de esa muchacha y buscarle los piojos con la oscuridad que reinaba en el bosque, y luego se imaginó cómo querría que la peinara y cómo le gustaría que le tocara el pelo, y luego pensó en el sexo con Renate, que quitaba el sentido, y cómo un buen golpe de sartén en el cráneo o toparse con la muchacha de los matorrales también te lo podían quitar, que «eso no significa necesariamente que fueran encuentros agradables, si quieres saber mi opinión», y entonces recordó que había tomado la determinación de salvar al óptico, y que para salvar al óptico tenía que salvar a Palm.

Elsbeth no llevaba el calzado más adecuado para andar por el bosque: unos zapatos de tacón de piel sintética que acabaron con la punta agrietada y

los tacones despegados. Elsbeth nunca se ponía botas de goma, le parecían demasiado vulgares, y aunque sólo saliera de casa para visitar a Selma o para comprar algo en la tienda, intentaba ir siempre elegante. «Nunca sabes a quién te puedes encontrar», decía. La humedad del follaje se filtraba por los lados de sus zapatos, y las medias, empapadas, se veían todavía más negras de lo que eran.

El bosque se abrió de repente, sin transiciones graduales, zonas más claras o árboles más bajos que lo transformaran poco a poco en un prado. Y en medio de ese prado abrupto se alzaba la atalaya de Palm como un monumento inacabado, como la cofa de un buque fantasma. Mientras se acercaba a la atalaya, Elsbeth se preguntó si alguien habría estado por allí a esas horas de la noche en alguna ocasión. Alguien, no un zorro, un corzo o un jabalí, sino alguien a quien la muchacha de los matorrales, siempre al acecho, pudiera haber suplicado que la peinara y la despiojara. En el prado reinaba el silencio, y Elsbeth prefirió oír los crujidos y murmullos del bosque nocturno, porque le inquietó mucho más constatar que los únicos sonidos audibles los estaba produciendo ella. De pronto su respiración y sus pasos apresurados le parecieron tan estridentes como la música de fondo que acompaña a las escenas de suspense de *El lugar del crimen*, justo antes de que la víctima sucumba a un ataque cuyas consecuencias harán empalidecer al forense y provocarán el vómito de un curtido comisario convocado a toda prisa.

Elsbeth se acercó a la parte trasera de la atalaya y palpó uno de los postes que el óptico había aserrado hasta dejarlo casi seccionado. «Seccionado», pensó Elsbeth, y le vino a la memoria el cuello de la chica de la última emisión de *El lugar del crimen*. Desenroscó el tapón del bote de cola y rellenó primero la hendidura de ese poste y, luego, la de otro. «No pienses en la muchacha de los matorrales —se decía—, no pienses en el cuello seccionado», y empezó a temer por su propia respiración, demasiado acelerada y demasiado sonora.

Desenrolló el alambre para envolver con él el primer poste. Le temblaban

las manos, como si en lugar de ser tuyas fueran las de un personaje de *El lugar del crimen*.

Y, en ese preciso instante, alguien tosió por encima de ella.

Elsbeth cerró los ojos. «Me ha tocado —pensó—. Me ha tocado a mí ser quien morirá tras el sueño de Selma.»

—Fuera de aquí —siseó una voz desde arriba.

Elsbeth levantó la mirada y en las ventanas sin cristal de la atalaya vio el rostro de Palm. «No asesinaré a alguien que le está salvando la vida», pensó.

—Buenas noches, Palm —dijo Elsbeth—. Perdona si te molesto, pero tendrías que bajar enseguida.

—Lárgate —insistió Palm—. Estás espantando a los cerdos.

Elsbeth tardó unos segundos en comprender que se refería a los jabalíes.

—Hay veda nocturna —dijo Elsbeth, armándose de valor.

Sin embargo, Palm había bebido lo suficiente como para que la veda nocturna le trajera tan al paio como la muchacha de los matorrales.

Elsbeth empezó a envolver el primer poste aserrado. Las gotas de cola chorreaban por el poste como si fueran resina y se secaron a medio camino, antes de alcanzar el suelo.

—¿Estás chiflada o qué? —siseó Palm.

—Quien tema a la muerte, debe envolver un poste de atalaya con alambre —se le ocurrió decir a Elsbeth.

Palm no dijo nada.

—Siete vueltas hay que dar. Y en una noche sin luna —prosiguió Elsbeth—. Además, quien tema a la muerte no debe subir a ninguna atalaya.

—Yo no le tengo miedo a la muerte —dijo Palm, y lo dijo convencido.

Lo que Palm no sabía era que cuando le llegara el momento de enfrentarse a la muerte descubriría que no le tenía miedo, sino pavor. Pero entonces no podía saberlo, porque ese temor pavoroso no aparecería hasta que la muerte hubiera abierto la puerta.

—Pero Selma ha soñado con un okapi —dijo Elsbeth.

Palm tomó un trago de su botella antes de responder.

—Es increíble lo chiflados que estáis todos —dijo.

Elsbeth siguió enrollando el alambre alrededor del poste.

«Es increíble lo chiflada que estoy, sí —pensó—. Esto no servirá para nada.»

—Vaya, no tenía bastante con una idiota y ahora va y llega otro —anunció Palm tras un sonoro eructo.

Elsbeth se dio la vuelta. Alguien con un frontal luminoso caminaba hacia ella por el prado, alguien alto, que andaba deprisa: el óptico.

Había corrido durante todo el trayecto, desde la puerta de su casa, a través del pueblo, a través del bosque, por los prados, con una bolsa cargada de clavos, un martillo y un par de tablas de madera. Ni siquiera se había dado cuenta de que, mientras corría, las voces interiores se habían callado. Por primera vez, las voces no habían reclamado que alguien las peinara y las despiojara, y es que esas voces demostraban una cortesía insólita cediendo el paso a cualquiera que tuviera la firme determinación de salvar a alguien.

Sin aliento, el óptico se detuvo ante Elsbeth.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó.

—Salvarte —dijo Elsbeth.

El óptico había salido sin chaqueta, y todavía llevaba en el suéter el letrerito que lo distinguía como empleado del mes. Vació la bolsa a los pies de Elsbeth, sujetó unos cuantos clavos entre los labios y se puso a clavar las tablas de madera a los postes de un modo frenético, haciendo un ruido ensordecedor.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Palm desde arriba—. Largaos ya —siseó—. Ahuyentaréis al cerdo.

El óptico, con la sangre helada en las venas, levantó la mirada hacia la atalaya.

—¡Tienes que bajar enseguida! —gritó Elsbeth.

—¡No! —chilló el óptico, dejando caer los clavos que sujetaba en la boca

—. Quédate ahí arriba, por el amor de Dios, Palm. Y no te muevas —añadió.

Luego se inclinó hacia Elsbeth:

—Si baja ahora, todo esto se derrumba —susurró sin dejar de dar martillazos, y el corazón le latía con fuerza siguiendo más o menos el mismo ritmo, como si intentara ayudarlo.

—¡Deja de dar golpes de una vez! —gritó Palm desde arriba.

—Lo siento, me había equivocado —le dijo Elsbeth—: no era «dar siete vueltas de alambre al poste de una atalaya», sino «golpearlo con un martillo».

—¡Ya me habéis hartado! —berreó Palm, y acto seguido cogió su escopeta y se puso de pie.

—¡Quédate donde estás! —gritó Elsbeth.

—¡No bajes, por favor! —chilló el óptico.

Sin embargo, Palm se dio la vuelta y empezó a bajar por la escalerilla sin dejar de berrear, absolutamente furioso.

—¡Quien no tema a la muerte deberá quedarse en lo alto de una atalaya pase lo que pase! —gritó Elsbeth.

—¡Quédate arriba! —gritó el óptico entre martillazos.

Al ver que Palm se tambaleaba encaramado a la escalera, el óptico soltó el martillo y se aferró al poste que todavía no había podido asegurar en un intento desesperado de estabilizarlo al menos un poco con su propio peso.

—¡Ahuyentarás al cerdo! —gritó Elsbeth.

Cuando Palm pisó el sexto travesaño se le resbaló un pie de tanto tambalearse y perdió el equilibrio.

Cayó al suelo desde muy arriba. El óptico soltó el poste enseguida y se lanzó hacia la escalera para ayudar a Palm. No obstante, y aunque a Elsbeth le pareció ver la caída a cámara lenta, la reacción del óptico no fue lo suficientemente rápida.

«Le ha tocado a él, le ha tocado morir a Palm», pensó Elsbeth justo antes de que éste impactara contra el suelo, frente a los pies del óptico, que cayó de rodillas a su lado.

Palm no se movía y tenía los ojos cerrados. Respiraba con dificultad y apestaba a aguardiente. Elsbeth se preguntó si, aparte de Martin y de la madre de Martin, alguien más se había atrevido a acercarse tanto a él en alguna ocasión, y apoyó la cara en su cuerpo como si se tratara de un simple animal disecado.

—Palm, di algo —pidió el óptico.

Pero Palm no dijo nada de nada.

—¿Puedes mover la piernas? —preguntó Elsbeth.

Palm seguía sin responder, pero al cabo de un momento se volvió hacia un lado.

No le había tocado a Palm.

El frontal luminoso pasó a alumbrar su perfil, el paisaje lunar de su nariz y su pelo rubio, apelmazado en la nuca. Elsbeth le cogió una muñeca y encontró los latidos de su pulso. Estaba a punto de soltarle el brazo cuando sus ojos repararon en el reloj de pulsera.

—¡Mira! —exclamó, agitando la mano de Palm frente a los ojos del óptico, que también se había arrodillado a su lado—. ¡Son las tres! —gritó Elsbeth, emocionada—. ¡Son las tres! Ya han pasado veinticuatro horas. Son las tres y no hemos muerto.

—Enhorabuena —dijo el óptico en voz baja—. Y a ti también, Werner Palm.

Sin levantar la cabeza, Palm se zafó de la mano con la que Elsbeth lo tenía agarrado y metió un brazo bajo la cabeza para adoptar una posición más cómoda.

—Os mataré, cabritos —murmuró—. Os pegaré un tiro a cada uno.

Elsbeth le dio unas palmaditas en la cabeza, como hacía con el terrier de la esposa del tendero.

—Seguro que sí, Palm —dijo ella—. Un tiro a cada uno —añadió antes de echarse a reír y darle una buena palmada en el muslo al óptico, y es que, a

esas alturas, una vez transcurridas las veinticuatro horas, a Elsbeth todo le parecía inmortal, al menos hasta la siguiente ocasión.

En el pueblo, el viejo Häubel también consultó el reloj y también se sintió inmortal hasta la siguiente ocasión, pero, al contrario que Elsbeth, no se sintió afortunado. Se levantó con mucha dificultad, acercó su figura frágil y casi transparente a la claraboya y la cerró para que no pudiera escapar ninguna alma.

Veintinueve horas después

Veintiséis horas después del sueño de Selma, cuando apenas asomaba un nuevo día, los habitantes del pueblo, todavía con el pijama puesto, el corazón intacto y la cabeza bien asentada sobre los hombros, se apresuraron a quemar las cartas que tan apresuradamente habían escrito.

El alivio que sintieron al constatar que seguían existiendo fue tal que se propusieron tomarse las cosas con más alegría y gratitud a partir de entonces. Se propusieron, por ejemplo, disfrutar mucho más de los juegos de luz que el sol tejía por las mañanas entre las ramas de los manzanos. La gente del pueblo ya se lo había propuesto otras veces, cuando una teja había caído del techo y no les había acertado en la cabeza, por ejemplo, o cuando los resultados de un diagnóstico habían acabado excluyendo la dolencia sospechada. Sin embargo, poco tiempo después de ese estallido de gratitud y alegría estallaba también una cañería, o llegaba una factura inesperada, de manera que la gratitud y la alegría quedaban agudadas enseguida y nadie sentía ya ni gratitud ni alegría por el hecho de seguir existiendo, sino que más bien se indignaban por el hecho de que siguieran existiendo las facturas inesperadas o las cañerías dispuestas a estallar en cualquier momento, y los juegos de luz que el sol tejía entre las ramas de los manzanos pasaban a importarles un carajo.

De madrugada, cuando el cartero llegó para vaciar el buzón, se encontró a varias personas esperándole para recuperar cartas que habían mandado con demasiada precipitación. De repente, aquellas cartas se habían convertido en confesiones incómodas, y las expresiones que habían escrito en ellas les

parecían exageradas para seguir viviendo como hasta entonces, porque contenían demasiados *siempres* y demasiados *nuncas*. El cartero se armó de paciencia y dejó que la gente hurgara en su saco para recuperar las verdades desembuchadas con demasiado apremio.

En cambio, las verdades que se habían pronunciado ante la presunta inminencia del último aliento no se podían retirar. El zapatero vio cómo su matrimonio se iba al traste y decidió mudarse al pueblo vecino nada más empezar el día. Su esposa le había confesado que su hijo no era, estrictamente hablando, hijo suyo, una verdad oculta durante demasiado tiempo que había salido acompañada por un hedor enrarecido y un estruendo hasta cierto punto comprensible.

También hubo verdades que nadie lamentó haber desembuchado, como la del bisnieto del viejo granjero Häubel. Llevado por la necesidad de desahogarse, por fin le había contado a la hija del alcalde que durante las últimas Fiestas de Mayo había bailado con la hija del tendero sólo por despecho, que en realidad había querido bailar con ella pero que estaba convencido de que no habría accedido a bailar con él ni en un millón de años. De hecho, tras el sueño de Selma, el bisnieto de Häubel le había confesado a la hija del alcalde que la amaba sólo a ella y que nada en el mundo podía evitar que la siguiera amando durante el resto de sus días. Puesto que la hija del alcalde también amaba al bisnieto de Häubel, todos se alegraron de que esa verdad hubiera salido a la luz en el último momento, y que hubiera salido no porque la muerte estuviera al acecho, sino por todo lo contrario, porque, de no haberlo confesado, la vida se habría equivocado. El bisnieto de Häubel había estado a punto de mudarse a la ciudad por pura resignación, y la hija del alcalde había estado a punto de convencerse a sí misma de que, al fin y al cabo, el bisnieto de Häubel no debía de ser el hombre de su vida como le habría gustado. Todos se alegraron de que aquella verdad se hubiera aireado, y seguramente la boda se habría celebrado enseguida de no haber sido por lo

que sucedió a continuación, capaz de quitarle a cualquiera las ganas de celebrar una boda.

A las seis y cuarto, veintisiete horas y quince minutos después del sueño, cuando todos creían haberse salvado ya, Selma me metió el bocadillo en la mochila de la escuela. Yo estaba sentada a la mesa de la cocina, se me hacía tarde y ya no me quedaba tiempo para pasar mis deberes al cuaderno de Martín. Recuerdo que me apretaban los zapatos. «Necesito unos zapatos nuevos», le dije a Selma, y ésta me respondió que al día siguiente iríamos a la ciudad a comprarlos y que Elsbeth también necesitaba un par nuevo.

Lo que yo no sabía, como es natural, era que ese día siguiente en el que íbamos a ir a la ciudad para comprarme unos zapatos no llegaría jamás. Por supuesto, no sabía que pocos días después tendría que ponerme los zapatos de los domingos aunque me quedaran grandes, que le cogería la mano a Selma en el cementerio y que todos formarían un corro a mi alrededor y entre ellos el óptico, el empleado del mes, hecho un mar de lágrimas, para que yo no pudiera ver bien cómo el mundo seguía su curso ni cómo bajaban el ataúd, cuyo tamaño, según el párroco, ya indicaba que alguien no había tenido ocasión de disfrutar ni siquiera de media vida. El caso es que lo vi de todos modos y con toda claridad. Toda aquella gente junta no había bastado para evitarlo, y como es natural, tampoco podía saber que en el momento en el que el ataúd llegara al fondo del hoyo, casi sin hacer ruido, yo daría media vuelta y saldría corriendo; ni que Selma, claro está, me encontraría debajo de la mesa de su cocina, justo en el lugar en el que estaba ahora con los pies embutidos en unos zapatos demasiado pequeños; ni podía saber que me quedaría allí hecha un ovillo, con la cara tiznada por una especie de papilla rojiza y frente a un montón de Mon Chéri a los que les había sorbido el relleno; ni que Selma también se pondría en cuclillas, ni que la vería llorar acurrucada junto a mí bajo la mesa, ni que me diría «Ven aquí, bomboncito de licor», ni que luego todo se volvería negro porque cerraría los ojos ante la

blusa de Selma, negra como las cintas de las coronas fúnebres. Todo eso no lo sabía, como es natural, porque perderíamos el juicio si supiéramos ese tipo de cosas de antemano, si de algún modo pudiéramos saber que la vida entera está a punto de dar un vuelco antes de que eso suceda.

Más o menos a las siete y cuarto ya estábamos en el tren. Martin no me había levantado en el andén porque había tenido que dictarle los deberes a toda pastilla.

—Vamos —dijo Martin cuando el tren hubo arrancado.

Se apoyó con la mochila colgada a la espalda en la puerta del tren y cerró los ojos. Yo me coloqué ante él para poder mirar hacia fuera a través de la ventanilla de la puerta.

—La fábrica de alambre —dijo Martin justo cuando la fábrica de alambre pasó frente a mis ojos.

—Exacto —dije.

—Campo, prado, la granja del chiflado de Hassel —dijo él.

—Exacto —dije yo.

—Prado —prosiguió Martin—, bosque, bosque. Segunda atalaya.

—Primera atalaya —lo corregí.

—Perdón —dijo Martin con una sonrisa—, primera atalaya. Y otro campo.

—Perfecto —dije.

Yo miraba hacia fuera por encima de la cabeza de Martin, que todavía llevaba el mechón rebelde repeinado, sabiendo que antes de llegar a la escuela ya se le habría levantado para señalar hacia arriba.

—Bosque, prado —dijo Martin a un ritmo más rápido, y es que habíamos llegado a la parte del trayecto en la que el tren aceleraba de verdad y era necesario concentrarse mucho para decirlo todo en el momento justo—. Prado, prado —dijo.

Y entonces la puerta del tren se abrió de golpe.

Segunda parte

Alguien de fuera

—Cierre la puerta, por favor —dijo el señor Rödder.

En realidad, sabía que era imposible. La puerta no cerraba bien porque el marco se había combado y las losetas de moqueta marrón, que parecían hechas con el pellejo de un teckel de pelo duro, estaban demasiado levantadas. Para que la puerta pudiera quedar como máximo ajustada, tenías que apoyar todo tu peso en ella, como si alguien la estuviera empujando desde fuera y tú te hubieras empeñado en impedir que entrara. Y además nadie, aparte del señor Rödder y de mí misma, quería entrar jamás en la diminuta trastienda de la librería, que siempre olía a moho y no tenía ni una sola ventana.

Incluso sin nosotros, aquel cuarto estaba lleno a rebosar. Había una mesa plegable con una cafetera, varias máquinas de fax averiadas, cajas registradoras desechadas y un montón de carteles publicitarios enrollados y arrugados.

Entre todos esos trastos viejos, tendido en el suelo, también estaba *Alaska*. Ya era viejo, había vivido mucho más de lo que se puede esperar de un perro, hasta el punto de que parecía que tuviera varias vidas y las estuviera encadenando sin morir entre una y otra.

Al señor Rödder no le gustaba nada *Alaska*, y todavía le gustaba menos que me lo llevara a la librería cuando no me quedaba más remedio. *Alaska* era enorme, tenía el pelo hirsuto y gris y olía como una verdad jamás aireada. Cada vez que yo entraba por la puerta con *Alaska*, deshaciéndome en incontables disculpas y explicaciones, el señor Rödder cogía un bote de ambientador que tenía junto a la caja registradora y, sin mediar palabra, lo

rociaba con Brisa Azul Oceánica, aunque tampoco es que sirviera de mucho. «Este animal depauperado no puede estar aquí», decía el señor Rödder después de rociar a *Alaska* con ambientador y meterlo en la trastienda. «No es adecuado para él», decía cuando *Alaska* se tendía en el suelo entre todos aquellos trastos averiados, y aparte de decirlo furioso, parecía como si la falta de adecuación no fuera una desventaja para el perro, sino para el lugar.

Así pues, entre *Alaska* y el ambientador, la diminuta trastienda olía a perro viejo y a Brisa Azul Oceánica. El señor Rödder y yo estábamos encajados ahí dentro y, como cada vez que entrábamos y quedábamos encajados, el hecho de caber entre tanto trasto viejo era tan incomprensible que parecía como si en lugar de haber entrado por una puerta que no cerraba nos hubieran metido desde arriba, como si una mano gigantesca hubiera retirado el techo y se hubiera exprimido los sesos para encontrar un espacio libre en el que cupiéramos sin tener que quitar nada.

—Tengo que hablar con usted sobre un asunto —dijo el señor Rödder.

El aliento le olía a caramelo de violeta. Se pasaba el día chupando caramelos de violeta porque le daba miedo tener mal aliento. Había intentado darle caramelos de violeta a *Alaska*, pero a mí no me pareció adecuado y *Alaska*, al percibir mi objeción, no les hizo ni caso. Debido a los caramelos de violeta, el aliento del señor Rödder olía como una decoración fúnebre, pero nunca me atreví a comentarle que eso también podía considerarse tener mal aliento.

—Esta mañana ha venido Marlies Klamp —dijo el señor Rödder—. Ha vuelto a quejarse de la última recomendación que le hizo. El libro no le gustó en absoluto. Sería conveniente que aprendiera a conocer mejor a nuestros clientes.

—Pero si ya la conozco —repliqué—. A Marlies no le gusta nunca nada.

—Entonces intente conocerla un poco más —dijo el señor Rödder.

Acercó su rostro al mío. Tenía las cejas como las de un teckel de pelo duro: prominentes y siempre alborotadas.

—De lo contrario, no superará el periodo de prueba —sentenció.

Lo dijo como si fuera una cuestión de vida o muerte, y a mí me sorprendió que aquella decisión dependiera precisamente de Marlies.

Marlies apenas salía de su casa, y cuando salía era normalmente para quejarse de algo. Se había quejado al tendero porque no le había gustado el sabor de un plato congelado, al óptico porque las gafas le quedaban torcidas sobre la nariz, y al de la tienda de artículos de regalo porque no querría sus artículos ni regalados. Era de esperar que también se quejara al señor Rödder acerca de mis recomendaciones.

La semana pasada había ido a verla para hablar del tema.

—¡No hay nadie! —gritó ella desde el otro lado de la puerta.

Di la vuelta a la casa y eché un vistazo a través de la ventana de la cocina. El interior estaba a oscuras, no se veía nada de nada. Pero la ventana estaba entreabierta.

—Será sólo un momento, Marlies —le dije—. ¿Podrías no presentarle más quejas sobre mí al señor Rödder, por favor? De lo contrario, no superaré el periodo de prueba.

Marlies no dijo nada.

—¿Qué te gustaría que te recomendara? —pregunté a través de la rendija.

Me acordé del día en que *Alaska* llegó a casa y yo me puse a pensar, con fervor pero sin éxito, en un nombre con gancho. En cambio, Martin encontró el nombre adecuado a la primera.

—No pienso parar de quejarme —me dijo Marlies—. No te quepa la más mínima duda. Y ahora, lárgate.

—Muy bien —le dije al señor Rödder—. Intentaré conocerla mejor.

—Se lo agradecería mucho, la verdad —dijo.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y cargó el peso del cuerpo sobre las puntas de los pies, un gesto que repetía con frecuencia. Cada

vez que se ponía de puntillas de ese modo, parecía a punto de salir galopando para derribar a alguien con su inmensa barriga.

—Bueno, pues eso es todo —dijo.

—Yo también tenía que hablar con usted —empecé—: quería preguntarle si la semana que viene podría tomarme unos días libres. Es que viene a verme una persona nada menos que desde Japón.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó el señor Rödder, como si en lugar de una visita hubiera mencionado un ataque reumático.

—Sólo serán dos días —añadí.

Alaska se despertó. Levantó la cabeza, y al mover la cola tiró al suelo un montón de rollos de carteles publicitarios. El señor Rödder soltó un suspiro.

—La verdad es que su petición me parece excesiva —dijo.

—Ya lo sé —admití—. Lo siento mucho, de veras.

Justo entonces sonó la campanilla de la puerta.

—Un cliente —dijo el señor Rödder.

—Puede que prefiera pensarlo un poco antes de darme una respuesta —propuse.

—Un cliente —repitió el señor Rödder.

Nos abrimos paso entre los cachivaches de la trastienda, pasamos por encima de *Alaska* y llegamos a la puerta que ni cerraba ni se abría fácilmente.

El cliente en cuestión resultó ser el óptico. Estaba junto a la puerta, y nada más vernos cogió un libro de una pila de novedades y se nos acercó.

—Buenas tardes —le dijo al señor Rödder—. He sentido la necesidad de decirle que me siento muy bien aconsejado por su empleada.

—Ajá —se limitó a responder el señor Rödder.

—Sabe adivinar lo que me gustará antes incluso de que lo sepa yo —dijo el óptico. Todavía llevaba el rótulo de empleado del mes en el suéter.

—Ya está bien —susurré.

—¿No es usted el óptico del pueblo vecino? —preguntó el señor Rödder

con tono desconfiado—. Y ustedes dos se conocen personalmente, ¿no es cierto?

—De vista, sí —contestó el óptico—. Pero lo que quería decirle es que su empleada es capaz de detectar mis gustos como quien lee un libro abierto.

—Pues es que vamos a cerrar —le dije, empujándolo hacia la puerta.

Cuando ya había dado media vuelta para marcharse, el óptico se dirigió una vez más al señor Rödder.

—En mi vida me habían hecho tantas recomendaciones y tan fabulosas, y le aseguro que he recibido muchas a lo largo de mi vida —decía mientras yo lo echaba a la calle.

—Gracias —le dije, ya fuera—. Pero no era necesario, de verdad.

El óptico me miró entusiasmado.

—Ha sido buena idea, ¿a que sí? Seguro que funcionará.

Por la noche abrí la puerta de casa, entré con *Alaska* en la cocina y le di un trozo de paté de hígado en el que había metido sus pastillas para asegurarme de que se las tomaba. El contestador automático parpadeaba, y la pantalla me informó de que tenía cinco mensajes nuevos, pero ese contestador automático había salido de la trastienda llena de cachivaches averiados del señor Rödder y siempre notificaba muchos más mensajes nuevos de los que había en realidad. Además, cortaba las llamadas al cabo de pocos segundos, anunciaba que ponía llamadas en espera sin cumplir jamás la promesa y, cuando escuchabas los mensajes hasta el final, afirmaba tres veces seguidas que no había mensajes nuevos. Pulsé el botón de reproducción.

«Tiene cuarenta y siete mensajes nuevos», dijo el contestador. El primero resultó ser de mi padre, aunque la conexión era muy precaria. «La conexión es muy precaria», dijo la voz de mi padre. Viajaba por lugares remotos y, cuanto más remotos eran, más retumbaba su voz cuando me llamaba, como si estuviera en un espacio vacío cada vez mayor.

No comprendí gran cosa, solamente «avisar» y «Alaska», de manera que

no supe si me hablaba del estado o del perro. Además, el contestador cortó la llamada enseguida para avisarme de que estaba a punto de reproducir el mensaje siguiente.

«Soy Werner Palm —dijo Palm. Luego hizo una pausa, como si estuviera dando al contestador la oportunidad de saludarlo personalmente—. Sólo quería preguntarte si vendrás este fin de semana. Como siempre, te deseo...», y el contestador cortó la llamada.

—Toda la gracia de Dios —dije.

«Siguiente mensaje», dijo el contestador. «Toda la gracia de Dios», dijo Palm.

«Siguiente mensaje», repitió el contestador.

«Soy Rödder.» Rödder hablaba a una velocidad tremenda, porque era muy consciente de las taras de mi contestador. «Es lunes y son las seis cincuenta y siete de la tarde. Sobre su solicitud para librar la semana que viene, le informo de que, como excepción y sin que sirva de precedente...», y el contestador cortó la llamada. A continuación se oyó la voz de Frederik: «Soy yo».

—¡Frederik! —exclamé.

«No te asustes, Luise —dijo Frederik—, quería...», pero el contestador cortó la llamada porque no hacía distinciones, porque ante ese contestador todo el mundo era igual, y yo me asusté porque Frederik me hubiera pedido que no me asustara, y pensé: «No vendrá, ahora me dirá que no vendrá».

«Siguiente mensaje», dijo el contestador.

«Bueno —dijo Frederik—, lo que quería decirte es que ha habido un cambio de planes», pero el contestador cortó la llamada de nuevo con el mensaje «La llamada se ha puesto en espera». A continuación anunció el mensaje siguiente y yo pensé: «No vendrá, no vale la pena esperarlo», y Frederik dijo: «Llego hoy mismo. Estoy al caer».

Y luego se quedó callado. El contestador automático también se quedó callado, pero sin cortar la llamada. Puede que el mensaje también hubiera

cogido por sorpresa al contestador y lo hubiera sacado de la indiferencia que solía demostrar, que el contestador tampoco supiera qué hay que hacer cuando se recibe un mensaje como ése y por equivocación hiciera justo lo correcto, es decir, seguir grabando la llamada.

Alaska y yo nos quedamos mirando el parpadeo del aparato, nos quedamos mirando el silencio de Frederik, y yo intenté asimilar que estaba al caer.

«Estoy esperando a que se corte —dijo Frederik por fin—. Siento no haber podido avisarte antes. Espero que no sea un inconveniente. Hasta luego, Luise.»

«No tiene mensajes nuevos —dijo el contestador automático—. No tiene mensajes nuevos, no tiene mensajes nuevos. —Y luego, de forma excepcional, lo repitió una vez más, para dejarlo absolutamente claro—: No tiene mensajes nuevos.»

Marqué el número que casi toda la gente que conocía marcaba en caso de emergencia.

Selma lo cogió tras el tercer tono, y el auricular tardó un rato en llegar a la oreja. Al otro lado de la línea no se oía más que un susurro monótono, como si el auricular fuera una especie de detector que tuviera que recorrer todo el cuerpo antes de llegar a la oreja.

—¿Hola? —dijo Selma finalmente.

—Viene Frederik —dije.

—Ya lo sé —respondió Selma—. La semana que viene.

Alaska me miró, mi voz sonaba estridente.

—Tranquila —añadió Selma—. De hecho, está muy bien, si te paras a pensarlo.

—¿El qué?

—Que esté a punto de llegar.

—¿Qué?

—Al fin y al cabo, eso es lo que querías.

—No recuerdo haber deseado justo eso, la verdad —dije, y oí que Selma

sonreía.

—Pero yo sí —dijo.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté—. Y, por favor, no me digas que haga lo que haría cualquier otro día.

—No, no hay ningún okapi de por medio —dijo Selma.

—Pero lo parece.

—Pues te equivocas —dijo—. Yo en tu lugar me ducharía enseguida. Suenas un poco sudorosa.

Llamaron a la puerta y *Alaska* se levantó.

—Llaman —dijo Selma.

—Es él —dije.

—Es posible —dijo Selma—. Un poco de desodorante también servirá.

Llamaron otra vez.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté.

—Abrir, Luise. Abrir.

Abrir

Después de haber cerrado los ojos bajo la mesa de la cocina de Selma y contra su blusa negra como las cintas de las coronas el día que enterraron a Martin, tardé mucho en volver a abrirlos.

En algún momento, Selma se las había arreglado para salir de debajo de la mesa, todavía con mis brazos alrededor del cuello, y se había sentado en una silla. Me había quedado dormida abrazada a ella.

Luego llegaron mis padres, se arrodillaron a nuestro lado y trataron de despertarme con suavidad, susurrándome al oído. Mi madre tenía hipo, como siempre que lloraba. Puesto que era la encargada de confeccionar todas las coronas fúnebres de nuestra región, había tenido que elaborar también las del entierro de Martin.

—Estas coronas, no —había dicho al principio—, me niego a preparar estas coronas.

Sin embargo, acabó confeccionándolas durante la noche anterior al entierro. Hasta la mañana siguiente, en todo el pueblo y los bosques de los alrededores no se oyó más que el hipo de mi madre y el sonido de las cintas entre sus dedos.

—Luise —susurró mi madre—. ¿Luise?

—La tenderemos en el sofá —musitó mi padre.

Con mucho cuidado, intentó apartar mis brazos del cuello de Selma, pero no lo consiguió. Cada vez que mi padre intentaba liberar a Selma de mi abrazo, yo me agarraba con más fuerza aún sin emerger de aquel sueño tan sorprendentemente profundo.

—Déjala —dijo Selma—. Me quedaré aquí sentada. Ya veréis como no

tarda en despertarse.

Sin embargo, no podía estar más equivocada: pasé tres días seguidos durmiendo, aunque más adelante Selma aseguró que habían sido cien años.

Puesto que yo no parecía dispuesta a soltarla, tuvo que cargar conmigo durante tres días seguidos. El caso es que una niña de diez años dormida pesa bastante más que una niña de diez años despierta, y durante esos tres días Selma se preguntó en más de una ocasión si Martin también habría sido capaz de sostenerme en volandas durante un minuto estando dormida.

Mientras me mantuve aferrada a ella, Selma no se fio en absoluto de que las partes de la cocina y de la sala de estar que amenazaban con hundirse pudieran aguantar nuestro peso conjunto, por lo que las evitó sistemáticamente para estar más segura. «No pises ahí», murmuraba para sí misma cuando nos acercábamos a una zona marcada con cinta roja, y es que le parecía muy distinto hundirse en el suelo sola que con alguien en brazos.

Selma acarreaba mi peso sobre el pecho, sobre la espalda, a veces sobre los hombros. Cuando tenía que ir al baño, se bajaba las medias y las bragas con una mano y me desplazaba hasta su regazo. Cuando tenía hambre, abría sobres de sopa con los dientes, y no tardó en aprender a desenvolver los Mon Chéri con una sola mano. Cuando se acostaba, me tendía frente a su pecho o tras su espalda, pero siempre con los brazos alrededor de su cuello. Durante tres días, Selma no sólo tuvo que llevarme a mí, sino que se vio obligada a seguir llevando también aquella blusa negra como las cintas de las coronas, ya que no pudo cambiarse de ropa y ducharse hasta que la hube soltado.

El segundo día, Selma me llevó a cuestas hasta la tienda. Encontró al tendero todavía vestido de luto, sentado delante de su establecimiento cerrado. POR DEFUNCIÓN, rezaba un rótulo que había colgado en la puerta. Como si no lo supiera ya todo el pueblo.

—¿Podrías abrirme un momento? —preguntó Selma.

El tendero se puso de pie, pero parece ser que no le extrañó lo más mínimo que yo todavía estuviera dormida sobre los hombros de Selma.

—Necesito pienso para perros.

—Lo siento, pero no me queda —respondió el tendero—. Solamente tengo latas.

Selma se lo pensó un poco.

—¿Y paquetes de embutido? ¿Cuántos tienes?

El tendero entró a mirarlo.

—Nueve —dijo.

—Pues me los llevo todos —dijo Selma—. Y me harías un favor si me los vendes ya desempaquetados. Los metes aquí dentro y ya está —añadió, y se dio la vuelta para mostrarle una bolsa que llevaba colgando entre los dedos, cruzados bajo mi trasero.

Sin mediar palabra, el tendero abrió los nueve paquetes de embutido y metió las lonchas apelmazadas dentro de la bolsa.

—¿Puedes sacar tú mismo el monedero? —preguntó Selma, señalándose con la barbilla el bolsillo de su falda negra.

—Invita la casa —dijo el tendero.

Selma pasó por delante de la óptica y se vio reflejada en el escaparate. Yo iba colgada de su cuello igual que el trago se había colgado del de Elsbeth, y la bolsa se balanceaba por debajo con cada paso. El óptico no vio a Selma, de lo contrario habría salido enseguida y habría intentado ayudarla de algún modo. Ella, en cambio, sí lo vio a él, y también iba vestido de negro, con ese traje bueno que cada año le quedaba más grande. Estaba sentado en un taburete, con la cabeza metida en la semiesfera del campímetro, un aparato que le había comprado a un oftalmólogo de la ciudad.

El óptico estaba comprobando su campo visual. Justo delante, no veía más que un color gris claro con un bonito punto rojo en el centro de un espacio semiesférico de pequeñas dimensiones. Por los bordes de su campo visual

aparecían unos puntitos parpadeantes que el óptico tenía que señalar a medida que los veía. Le tranquilizaba meter la cabeza en aquella semiesfera y asegurarse de que los puntitos parpadeantes seguían allí.

Selma pasó por delante de la casa de Elsbeth, que también iba aún vestida de negro y que estaba en el jardín apuntando con un soplador de hojas hacia un manzano. Era el mes de abril, por lo que las hojas del árbol todavía eran muy jóvenes.

—¿Qué haces con eso?! —le preguntó Selma, gritando por encima del estruendo del soplador.

Elsbeth ni siquiera se volvió para mirarla.

—¡Quiero que pase el tiempo! —gritó—. Quiero que llegue el otoño de una vez. El otoño del año que viene. O del otro.

Las hojas no estaban ni mucho menos dispuestas a desprenderse de las ramas. Eran brotes fuertes, sólidos, y no comprendían las intenciones de Elsbeth ni se sentían amenazadas. Como mucho, ventiladas.

—Pues dale al turbo —propuso Selma, pero Elsbeth no oyó el comentario.

—¿Y tú qué haces?! —preguntó Elsbeth, todavía gritando y sin apartar la vista del manzano.

—¡Cargo con Luise! —gritó Selma.

—¡Eso también está bien! —gritó Elsbeth.

Selma se despidió de la espalda de Elsbeth y continuó andando hasta la casa de Palm.

Al principio, a Selma se le había pasado por la cabeza la posibilidad de dejar morir de hambre a los perros de Palm, aprovechando que su dueño no los alimentaba desde hacía varios días. De hecho, Palm no había salido de casa desde la muerte de Martin, ni siquiera para asistir al entierro.

Selma había pasado a buscarlo justo antes sospechando que no aparecería, y se había dado cuenta de que los perros ladraban todavía más que de

costumbre debido al hambre. Había llamado al timbre y había aporreado la puerta, pero Palm no había salido a abrir.

—¡Palm, tienes que venir! —había gritado finalmente bajo la ventana de la cocina.

Luego se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo:

—¡Tienes que enterrarlo!

Selma tuvo que cerrar los ojos para poder gritar esa frase, una frase que nadie debería gritar jamás porque es demasiado escandalosa incluso susurrada.

—¡No podemos hacerlo sin ti, Palm! —gritó Selma de nuevo, y todavía lo repitió una vez más.

Palm no llegó a abrir la puerta y tuvimos que enterrar a Martin sin él.

En esos momentos, frente a la casa de Palm, Selma se planteó la posibilidad de volver a casa de Elsbeth o a la óptica para que alguien la ayudara con las lonchas de embutido, pero al final le pareció demasiado engorroso.

A Selma siempre le parecía un engorro dejarse ayudar, y más engorroso aún encontrar la manera de agradecerlo después. Prefería caerse de una escalera mal afianzada, llevarse un calambre manipulando el cable de una lámpara, sufrir un ataque de lumbago o incluso atravesar el suelo de su casa. Cualquiera cosa antes que pedir ayuda y luego tener que agradecerla de alguna forma.

Selma se inclinó hacia delante, alargó un brazo y vertió el contenido de la bolsa en el suelo. Se agachó procurando que yo no me desplazara hacia un lado, procurando también que no se le desplazara ninguna vértebra, e incluso de ese modo, con la cara enrojecida por el esfuerzo y los discos intervertebrales casi aplastados, a Selma le pareció que agradecer la ayuda habría resultado todavía más engorroso. Luego lanzó las lonchas de embutido por encima de la jaula de los perros, que no paraban de ladrar.

Selma me agarró con fuerza y enderezó la espalda de nuevo con un

suspiro que sus vértebras repitieron a coro. Fue hacia la parte trasera de la casa y vio que la puerta del sótano no estaba cerrada con llave.

Subió por las escaleras del sótano y cruzó la cocina, donde intentó no fijarse en la rebanada de pan con Nutella mordisqueada que había en un plato; cruzó la sala de estar, donde intentó no fijarse en el pijama de Obélix que había sobre el respaldo del sofá, hasta que, por fin, llegó al dormitorio de Palm.

A juzgar por lo que encontró, aquel dormitorio no se había ventilado desde hacía varios años. Había un armario ropero gigantesco, oscuro, a juego con la cama de matrimonio, con el colchón amarillento, con las sábanas y la colcha revueltas en uno de los lados y las almohadas en la parte de los pies. Estaba anocheciendo y Selma tuvo que encender la luz.

Palm estaba tendido en el suelo, sobre un costado. Estaba durmiendo con la cabeza apoyada en la mochila de Martin.

La habían encontrado a cien metros de la vía, casi intacta, sólo la correa del hombro derecho estaba rota.

Selma se sentó en la cama, en el lado de la ropa revuelta. Bajó un hombro para poder desplazarme desde la espalda hasta su regazo y dejó que mi cabeza quedara apoyada sobre el pliegue de su codo. Notó que el corazón le latía a un ritmo irregular, esos días le ocurrió a menudo, y se daba cuenta cada vez que su corazón perdía el compás, y se tensaba igual que el óptico al oír sus voces interiores.

Observó a Palm, durmiendo, y luego a mí, que también dormía. «Dos corazones desgarrados y uno que no anda como debería», pensó Selma, y también pensó en el Heinrich del cuento y en su corazón antes de dejarse caer de espaldas sobre la colcha de la cama de Palm, que apestaba a aguardiente y a ira.

La cabeza le quedó justo debajo de la lámpara del techo, un globo de cristal en el que se vislumbraban varias polillas muertas, todas con el corazón muerto. Selma cerró los ojos.

Tras sus párpados apareció el eco estático de una imagen, en la que todo lo que en realidad era oscuro se había vuelto claro y lo que en realidad era claro, muy oscuro. Vio a Heinrich andando por la calle, volviéndose como siempre para saludarla una última vez, una ultimísima vez. Proyectada en el interior de sus párpados volvió a ver esa imagen congelada del ultimísimo saludo, la imagen congelada de la sonrisa de Heinrich, aunque su pelo oscuro era claro, y sus ojos claros, muy oscuros.

Selma se quedó un buen rato así. Luego se levantó cargando conmigo de nuevo y se tambaleó un poco cuando su corazón dio un paso vacilante hacia la derecha. Selma empezó a andar con la colcha de la cama agarrada en una mano, arrastrándola hasta que quedó sobre las piernas y la barriga de Palm y, entonces sí, la dejó caer.

«Tienes que dejar de cargar con ella», dijo el óptico. «Debería examinarla», dijo mi padre. «Tiene que comer algo», dijo mi madre. «Ya vas muy encorvada», dijo Marlies. «Y a ti también te conviene comer algo», dijo Elsbeth.

Todos dieron su opinión excepto Palm, *Alaska* y yo.

«Es que no se suelta —dijo Selma—. Ya se despertará, tampoco es que pese tanto», mintió. En realidad pesaba como una roca.

Selma se propuso hacer lo que siempre hacía para no arriesgarse a no volver a hacer nada nunca más y que le ocurriera como al difunto cartero jubilado, que en algún momento se le coagulara la sangre o el entendimiento y acabara muriendo o perdiendo la cabeza. Selma tenía muy claro que ahora no podía permitirse ni una cosa ni la otra.

Puesto que era jueves, decidió hacer lo que hacía cada jueves: encender el televisor para ver su culebrón preferido. Mientras tanto, yo dormía en su regazo. Nada más empezar el culebrón, un desconocido apareció por la puerta de la mansión victoriana y Melissa se dirigió a él como si se tratara de Matthew, aunque no lo era. Selma se acercó a la pantalla con los ojos muy

abiertos y constató que, en efecto, no era Matthew, y que solamente se le parecía un poco desde lejos. Probablemente, el actor que hasta entonces había interpretado a Matthew se había hartado de salir en el culebrón, o se había dejado seducir por una oferta en un culebrón de otra cadena, o simplemente había fallecido y habían tenido que buscar a toda prisa un sustituto que se le pareciera.

Selma apagó el televisor y se puso a escribir una carta dirigida a la cadena de televisión. Escribió que eso no se hacía, que cuando alguien moría o se largaba a otra cadena no podían sustituirlo por otra persona y fingir que no había ocurrido nada, que una solución tan facilona como la de sustituir a un actor por otro no se podía permitir, y mucho menos en una mansión victoriana como aquélla.

Selma explicó todo esto en tres páginas muy bien argumentadas. Luego llegó el óptico, que la encontró sentada a la mesa de la cocina, ocupada con su carta, mientras yo dormía sobre su regazo, como si fuera una manta. Selma alzó la mirada hacia él y el óptico le ofreció su pañuelo.

Puesto que Selma quería volver a hacer lo de siempre cuanto antes, a las seis y media salió a pasear por el Uhlheck. «Vamos, *Alaska*», dijo, pero el perro no quiso acompañarla, parecía como si *Alaska* también hubiera decidido dedicar esos días sólo a dormir.

El óptico siguió a Selma hasta el Uhlheck, por si yo o alguno de los discos intervertebrales de Selma nos movíamos y quedábamos mal colocados. Iba mirando al suelo, los ojos le dolían de tanto llorar y de tanto mirar por el campímetro y tenía la sensación de que, en adelante, no habría nada que ver. La belleza sinfónica que tantas veces nos había presentado a Martin y a mí había quedado relegada a un segundo plano.

La tercera tarde empezó a llover en el Uhlheck. El óptico lo había previsto y se había llevado el impermeable de Selma, incluido el sombrero, una especie de cono transparente con puntitos blancos. Colgó el impermeable en

los hombros de Selma y me cubrió con él, luego le puso el sombrero para salvaguardar su peinado y se lo ató bajo la barbilla. Poco después de echar a andar, Selma se detuvo tan de repente que el óptico chocó contra ella y, al ver que se tambaleaba, la agarró para evitar que cayéramos al suelo, igual que cuando se había aferrado al poste aserrado de la atalaya de Palm.

—A decir verdad, sí que pesa un poco, sí —reconoció Selma.

Dicho esto, dio media vuelta y regresó hacia su casa. Por primera vez desde la creación del mundo, no dio un paseo de treinta minutos por el Uhlheck. Sin embargo, el óptico se sorprendió al ver que Selma, lejos de subir por la pendiente que llevaba hasta su casa, continuaba cuesta abajo hasta la tienda del pueblo. No se detuvo hasta que se plantó frente a la máquina de tabaco.

—¿Tienes cambio? —le preguntó, y me apartó del hombro de manera que quedé ladeada sobre su espalda, con la cabeza colgando por encima de su trasero.

Selma había fumado cuando Heinrich todavía vivía, y en muchas fotos aparecían los dos con un cigarrillo entre los labios. Si en alguna foto aparecían sin cigarrillo, era, según Selma, porque se les había caído de tanto reír. Había dejado el tabaco al saber que estaba embarazada y se convirtió en una de esas personas que agitan la mano y empiezan a toser indignadas cuando alguien fuma a menos de cuatro metros de distancia.

—Selma, no me parece que sea un buen motivo para volver a fumar —dijo el óptico.

Una fracción de segundo después de que la frase saliera de sus labios se dio cuenta de que era la tontería más grande que había dicho en mucho tiempo, y eso en una época en la que las tonterías no escaseaban precisamente. Como tontería, era incluso más tonta que aquello de que el tiempo lo cura todo o de que los caminos del Señor son inescrutables.

—Entonces dime un motivo mejor —replicó Selma—, dime un solo motivo que pueda ser mejor que éste.

—Lo siento —dijo el óptico mientras se sacaba el monedero del bolsillo de la chaqueta y le daba cuatro marcos.

Selma los echó en la máquina y pulsó el primer botón, pero no salió nada. Volvió a intentarlo y luego lo intentó con los demás botones, pero el resultado fue el mismo y acabó aporreando la máquina, furiosa. La cabeza me iba de un lado para otro, pero no cayó ni una cajetilla.

—Vaya mierda de trasto —dijo Selma.

—Déjalo —dijo el óptico—. Yo tengo.

—¿Tú? Pero si tú no fumas.

—Yo diría que sí.

Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y pescó una cajetilla y un mechero. Sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios, lo encendió y se lo tendió a Selma. Ésta aspiró el humo hasta que le llegó al ombligo, apoyó el hombro que le quedaba libre en la máquina de tabaco y cerró los ojos.

—¡Espléndido! —exclamó.

Selma se fumó el cigarrillo sin abrir los ojos, apoyada en la máquina de tabaco, con el gorro transparente en la cabeza y bajo la atenta mirada del óptico. Mientras duró ese cigarrillo, al óptico se le ocurrieron al menos una docena de inicios de carta distintos. Miró hacia arriba, hacia el cielo que ya oscurecía, y al ver el espacio infinito que se extendía por encima de su cabeza pensó que pronto empezarían a aparecer puntos luminosos, que probablemente nadie vería.

Selma abrió los ojos, tiró la colilla al suelo y la apagó pisándola con empeño.

—No tenía ni idea de que fumaras —dijo.

«Hay tantas cosas que no sabes, Selma, tantas cosas...», estuvo a punto de responder el óptico, pero sus voces interiores salieron en tropel para impedirlo y la duda fue sólo un fugaz titubeo. «No es un buen momento», le dijeron las voces, y por una vez tenían razón.

Ya en casa, Selma me deslizó desde sus hombros hasta su barriga y se tendió en la cama conmigo. A esas alturas ya había adquirido mucha práctica.

El óptico se sentó en el borde de la cama. Era la primera vez que se sentaba en aquella cama, en la que Selma soñaba de cuando en cuando con un okapi. Era estrecha y estaba cubierta con una manta mullida y una colcha floreada.

Selma encendió la lámpara de la mesita. Junto a ella había un despertador de viaje plegable, que tenía la carcasa forrada con piel sintética de color beige y un tictac muy sonoro. Sobre la cama, un cuadro con marco dorado en el que se veía a un joven rodeado de carneros y tocando una especie de flauta.

Si el óptico se hubiera fijado en el cuadro, se habría dado cuenta de que el joven en cuestión parecía no haber recibido ningún embate de la vida. De haber tenido ojos para algo más allá de Selma y de mí, todo le habría parecido bonito: la piel sintética de color caca del despertador y su tictac escandaloso, las flores enormes de la colcha, los carneros rollizos, la lámpara de latón y la pantalla de cristal glaseado con forma de gorro de gnomo. El amor secreto que sentía por ella era tan inmenso que todo cuanto había en la habitación le habría parecido increíblemente bello. Sin embargo, el óptico sólo tenía ojos para Selma y para mí, las dos tendidas en la cama frente a frente, con mis brazos alrededor de su cuello.

Selma miró al óptico y él asintió.

—Luise —susurró Selma—, tienes que soltarme de una vez. Ya va siendo hora.

Me cogió las manos y me las separó sin esfuerzo. Yo me volví de espaldas, pero sin llegar a abrir los ojos.

—¿Todavía estamos todos? —pregunté.

Selma y el óptico se miraron, y en ese momento ella volvió a crear el mundo.

—No —respondió—. Ya no estamos todos. Pero el mundo sí está. El mundo entero menos uno.

Me coloqué de lado y encogí las piernas. Mis rodillas tocaban la barriga de Selma y ella me acariciaba el pelo.

—*Alaska* no es lo suficientemente grande —dije.

Selma y el óptico cruzaron miradas una vez más, y la del óptico fue interrogante. Selma formó con los labios una palabra que el óptico no identificó, por lo que ella lo intentó de nuevo. Al ver que el óptico seguía sin comprender nada, Selma hizo una mueca y, con toda la expresividad de la que su rostro era capaz, articuló la palabra *dolor* sin llegar a pronunciarla. El gesto fue tan exagerado que el óptico estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Cierto —dijo Selma—. *Alaska* no es lo suficientemente grande, ni mucho menos.

—Tampoco pesa lo suficiente —constaté—. ¿Cuál es el animal más pesado del mundo?

—El elefante, supongo —respondió Selma—, pero ni con eso bastaría.

—Necesitamos diez elefantes —sentenció.

El óptico se aclaró la garganta.

—Lo siento, pero os equivocáis: el animal más pesado sobre la faz de la Tierra no es el elefante, sino la ballena azul. Una ballena azul adulta puede pesar hasta doscientas toneladas. No hay animal más pesado en el mundo.

El óptico se inclinó hacia mí. Se alegró de haber podido explicar algo precisamente en esos momentos en los que las explicaciones eran más bien escasas. Y no porque se negara a darlas, sino porque no las encontraba.

—Tan sólo la lengua de una ballena azul ya pesa tanto como un elefante entero —prosiguió—, por lo que se puede inferir que la ballena azul pesa cincuenta veces más que su lengua. Imaginaos.

Selma se lo quedó mirando.

—¿De dónde sacas esas cosas? —preguntó con un susurro.

—Ni idea —respondió el óptico, también en voz baja.

—Suenas como si te lo hubieras inventado —susurró Selma.

—Lo sé, pero creo que es cierto —susurró el óptico.

—Si pesas sólo cincuenta veces más que tu lengua, es que pesas poco —dije.

—A menos que seas una ballena azul —dijo Selma.

—Con una única bocanada de aire, una ballena azul podría hinchar doscientos globos de golpe —explicó el óptico.

Selma se lo quedó mirando y él se encogió de hombros.

—Es verdad —susurró.

—Doscientos globos también pesan poco —dije—. ¿Por qué querría alguien hinchar tantos globos?

—¿Qué? —preguntó el óptico.

—Hinchar doscientos globos con una bocanada de ballena —aclaré.

—No lo sé —dijo el óptico—. Si tienes que decorar algún lugar grande, para celebrar una fiesta, por ejemplo.

—¿Por qué una fiesta? ¿Para celebrar qué? —pregunté.

Selma me acariciaba la frente sin parar, y sus meñiques me rozaban a veces los párpados, que todavía mantenía cerrados.

—El corazón de una ballena azul late sólo entre dos y seis veces por minuto —explicó el óptico—. Al parecer, es por su gran tamaño, se ve que pesa una barbaridad. Más de una tonelada.

—Martin podría haberlo levantado —aseguré.

—Martin podría haber levantado incluso diez ballenas azules adultas —dijo Selma—. Al mismo tiempo. Diez ballenas azules, una encima de la otra. Ballenas adultas, por mucho que les pesen la lengua y el corazón.

—Martin no llegó a adulto —constaté.

—Eso serían dos mil toneladas más o menos —calculó el óptico.

—Para él sería pan comido —aseguró Selma.

—No quiero despertarme —dije, y durante un rato no se oyó más que el tictac del despertador.

—Ya lo sé —dijo Selma al fin—. Pero nos alegraríamos mucho si te decidieras a hacerlo de una vez.

—Cierto —dijo el óptico.

Luego se aclaró varias veces la garganta, aunque la molestia que tenía en el cuello no podía desaparecer tosiendo, y luego me acarició las mejillas con cuidado, con mucho cuidado, poco a poco, como si pasara el dedo por encima de una palabra especialmente complicada del horóscopo de un sobrecillo de azúcar.

—Luise, ¿no crees que nos alegraríamos mucho si te decidieras a despertarte de una vez, cielo? —dijo el óptico en voz baja.

Lo dijo con la prisa de quien ha terminado de hablar y está a punto de echarse a llorar, sabiendo que tardará en poder volver a articular palabra.

Abrí los ojos y vi a Selma y al óptico sonriéndome a la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche. Él tenía la cara empapada por las lágrimas.

Miré a mi alrededor, vi el dormitorio de Selma y pensé que el mundo entero era tan pequeño como el estómago de una ballena. Selma todavía me acariciaba la frente y siguió acariciándome más y más.

Y más.

Esto es lo que hay

Frederik apareció hace medio año, justo el día en que desapareció *Alaska*. La noche anterior, Selma no había cerrado bien la puerta. Por la mañana se la encontró abierta de par en par y se dio cuenta de que *Alaska* se había marchado.

El óptico opinó que habría ido a buscar a mi padre, que por aquel entonces ya viajaba sin descanso. Selma, en cambio, creía que *Alaska* se había largado porque habíamos estado demasiado ocupados con nuestros asuntos y últimamente le habíamos hecho tanto caso como al paisaje.

Yo misma había estado ocupada siguiendo los pasos del señor Rödder, puesto que trabajaba como aprendiz en la librería desoyendo el consejo que mi padre me había dado por teléfono: al ver que no estaba dispuesta a marcharme a vivir al extranjero, me había recomendado que como mínimo me trasladara una temporada a una gran capital porque, según él, sólo se crece de verdad cuando estás lejos de casa. Sea como sea, al final decidí no marcharme muy lejos, más bien todo lo contrario: a la vuelta de la esquina, la capital de la comarca. Vivía en un piso de una sola habitación de la ciudad donde estaba la librería del señor Rödder. «Bueno —había dicho mi padre por teléfono—, tampoco creo que estés hecha para la aventura, igual que *Alaska*.»

Selma también había estado ocupada porque empezaba a sufrir reumatismo. Poco a poco se le iban deformando las articulaciones, sobre todo los dedos de la mano izquierda. Después del diagnóstico, mi padre la había llamado desde vete a saber dónde cerca de la costa y le había dicho que había charlado por teléfono sobre ella con el doctor Maschke, y parece ser que los

crujidos de su chaqueta de piel se oían incluso por teléfono a pesar de la mala conexión de las llamadas de larga distancia. El caso es que el doctor estaba convencido de que Selma sufría reumatismo porque estaba demasiado aferrada a cosas a las que uno no debería aferrarse. Mientras se lo contaba, Selma se había cambiado el auricular de mano, porque había descolgado con la zurda y la tenía algo deformada, y ya con el auricular en la mano derecha le había exigido a su hijo que parara de darle la lata con lo de abrirse al maldito mundo y mi padre acabó colgándole el teléfono.

Pasamos el día entero buscando a *Alaska*. Al principio, Marlies también nos ayudó a buscarlo, puesto que Elsbeth la había convencido de lo bien que le sentaría respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, al cabo de diez minutos dio media vuelta. «El perro se ha largado —dijo—, a ver si os hacéis a la idea.»

Decidimos peinar el bosque, buscando entre los árboles caídos y asolados por la carcoma, mirando tras las ramas más bajas y gritando el nombre de *Alaska* una y otra vez. Yo iba detrás de Selma, que avanzaba aferrada con un brazo al óptico y con el otro a Elsbeth, que iba mal calzada con sus arruinados zapatos de tacón. Los tres rondaban los setenta años y la semana anterior habíamos celebrado mis veintidós.

«¿Cómo se puede ser tan joven?», había preguntado el óptico pasando el dedo por la llama encendida de las velas del pastel. «No tengo ni idea», le respondí yo, aunque en realidad el óptico no me lo había preguntado a mí, sino que había lanzado la cuestión al aire.

Por aquel entonces, *Alaska* ya había llegado a una edad incompatible con el hecho de ser un perro. Poco antes de su desaparición, Selma había visto un documental sobre delincuentes que robaban perros para experimentar con ellos y ahora estaba muy preocupada.

—No creo que eligieran precisamente a *Alaska* para sus experimentos —dijo Elsbeth—. ¿Qué quieres que experimenten con un perro tan viejo como

él?

—La fórmula de la inmortalidad —respondió Selma.

Yo, en cambio, no creía que estuvieran buscando la fórmula de la inmortalidad con *Alaska* y temía más bien todo lo contrario: que *Alaska* se hubiera retirado para morir tranquilo. No me lo imaginaba escondido, y en realidad hasta el momento tampoco me lo había imaginado muriendo. Cada vez que me acercaba a un árbol derribado o a un montón de hojas secas, temía que *Alaska* hubiera encontrado allí el mejor lugar para esperar a la muerte.

A primera hora de la mañana, en cuanto nos dimos cuenta de que *Alaska* había desaparecido, había llamado por teléfono a Palm por miedo a que saliera a cazar, confundiera a *Alaska* con un ciervo y le pegara un tiro.

—Yo nunca haría algo así, Luise —me había respondido Palm—. ¿Queréis que os ayude a buscarlo?

Desde la muerte de Martin, doce años atrás, Palm no había vuelto a probar ni una sola gota de alcohol. Selma lo ayudó a reunir todas las botellas que tenía en casa, tanto las vacías como las llenas. Encontraron botellas bajo el fregadero, bajo la cama, en el armario ropero y en el del cuarto de baño. Tuvieron que hacer cinco viajes hasta el contenedor de vidrio.

Palm se había vuelto muy religioso. Colgaba citas bíblicas por toda la casa, y la mayoría estaban relacionadas con la luz: «Yo soy la luz que ilumina el mundo» en la puerta del frigorífico, «He venido al mundo como una luz» en el aparador, «Yo soy la luz» en el oscuro armario ropero de su dormitorio.

A Elsbeth le costaba comprenderlo.

—¿Qué sentido tiene? —se preguntaba siempre—. ¿Cómo es posible que se haya vuelto tan religioso justo cuando Dios le ha mostrado su peor cara?

Sin embargo, Selma le respondió que aquello al menos tenía más sentido que intentar arrancar las hojas de los manzanos en pleno mes de abril y que, al fin y al cabo, Palm había sido un experto en el tema de las luces.

Poco después de la muerte de Martin, el miedo que me daba Palm pasó a

ser distinto al que me había dado hasta entonces. Después de la muerte de Martin, lo que me daba miedo de Palm era su dolor. No sabía cómo acercarme a él, del mismo modo que no sabría cómo acercarme a un animal inmóvil que no hubiera visto jamás, en caso de que por algún motivo decidiera acercarme a un animal semejante. El dolor le había arrebatado a Palm todo lo que no necesitaba, y en su caso eso equivalía a arrebatárselo todo, también la ira. Y sin ira todavía me inquietaba más.

La mirada de Palm ya no era salvaje, como tampoco lo era su pelo. Se acostumbró a llevarlo siempre bien peinado, aunque tenía, igual que Martin, un mechón rebelde que tarde o temprano acababa levantado. Cuando alguien se lo hacía notar, Palm siempre respondía lo mismo: «Señala hacia al Señor».

Desde la muerte de Martin, Palm visitaba a Elsbeth, al óptico o a Selma para comentar pasajes de la Biblia. Ellos lo dejaban entrar en sus casas y pasar el tiempo que quisiera sentado en la cocina, en la sala de estar o en el taburete de la óptica. Con los años, Palm había consolidado unas creencias, pero nadie sabía con seguridad si esas creencias tenían la solidez necesaria para soportar tantas horas de silencio encerrado en casa, o la fuerza necesaria para sostener todo lo que ya no existía.

Durante sus visitas, Palm solía hablar sobre pasajes de la Biblia consigo mismo, anticipando las escasas preguntas que surgían en cada caso. «Sin duda querrás saber por qué Jesús le dijo al ciego que no podía volver a la aldea —decía—. Yo te lo puedo explicar», añadía. O bien: «Seguro que te habrás preguntado más de una vez cómo lo hizo Jesús para conseguir que los paralíticos caminaran de nuevo. Pues yo te lo explicaré con mucho gusto», decía, y acto seguido se explayaba con el tema mientras el óptico removía su taza de café sin prestar la más mínima atención a sus palabras. Incluso Elsbeth, que se tomaba la molestia de escucharle de verdad, en algún momento se quedó dormida en el sofá, sentada y con la boca abierta, mientras Palm proseguía con sus explicaciones.

Selma era la única persona que realmente se molestaba en intervenir en

esos monólogos sobre la Biblia, como mínimo con comentarios simples para que Palm siguiera hablando: «Sí, Palm, realmente me lo estaba preguntando, ¿por qué no me lo cuentas?». Muchas veces le planteaba dudas para que él pudiera extenderse con sus explicaciones y así transcurrieran un par de horas más. Según Selma, para Palm se trataba de eso: de pasar un par de horas en compañía de alguien. De cuando en cuando, durante las visitas de Palm, Selma se encerraba en el baño y se zampaba cinco Mon Chéri de un tirón, a pesar de que a esas alturas ya empezaba a tener la mano izquierda bastante deformada y tenía que abrirlos con una sola mano, como durante aquellos tres días en los que había cargado conmigo a todas partes. Después de su dosis de Mon Chéri respiraba hondo, se metía un caramelo de eucalipto en la boca y regresaba a la cocina, donde Palm la esperaba para proseguir con sus explicaciones.

Ninguno de nosotros se atrevía a tocar a Palm. Como mucho, le estrechábamos la mano, pero nunca lo abrazábamos ni le dábamos palmaditas en el hombro. Sabíamos muy bien que no le gustaba que lo tocaran, como si creyera que eso podía convertirlo en polvo y desmoronarlo por completo.

—No, no, te lo agradezco, pero no es necesario —le dije cuando se ofreció a ayudarnos a encontrar a *Alaska*.

Temía que se pasara el rato entero citando la Biblia. Al fin y al cabo, está repleta de pasajes que encajan cuando alguien busca algo.

—Espero que la gracia de Dios os acompañe durante la búsqueda —dijo Palm.

—«Buscad y encontraréis» —repliqué yo para darle una alegría, y realmente funcionó.

Estuvimos buscando a *Alaska* hasta el atardecer, gritando su nombre mientras recorríamos los dos pueblos vecinos, preguntando a todos los que encontrábamos si habían visto un perro grande, demasiado grande. Elsbeth se

hizo tan pesada como Palm con sus comentarios bíblicos, no paró de interrogarnos por si a alguno de nosotros le picaba la mano derecha, porque, según ella, era un indicio inequívoco de estar a punto de encontrar lo que se busca. «No —respondíamos—, todavía no nos pica.»

—No puedo caminar más —dijo Selma al fin.

—Dejémoslo aquí —dijo el óptico—. Seguiremos buscándolo mañana. Quién sabe, quizá *Alaska* lleva un buen rato esperándonos en la puerta de casa.

Yo no quería dejar de buscarlo, no paraba de pensar que alguien está realmente perdido cuando ya nadie lo busca. Además, temía que mi padre llamara por teléfono, le tenía mucho cariño a *Alaska*. Lo veía muy de vez en cuando, pero eso sólo facilitaba el afecto, y es que resulta mucho más difícil meter la pata cuando no estás. Mi padre había llamado por la mañana, pero la conexión había sido especialmente mala. Selma le había contado que *Alaska* había desaparecido haciendo caso omiso a nuestros gestos frenéticos y exagerados que pretendían indicarle que no le dijera ni una palabra al respecto. No obstante, Selma no había comprendido las señales y se había limitado a preguntarse, extrañada, por qué agitábamos las manos como si nos hubiéramos quemado, y encima todos al mismo tiempo.

«Tenéis que encontrarlo como sea», había dicho mi padre, o al menos eso era lo que Selma había entendido entre interferencias y cortes de sonido. Eso y que por la noche volvería a llamar. Ya me imaginaba a Selma contándole que habíamos buscado a *Alaska* por todas partes y que no lo habíamos encontrado. Ya me imaginaba a mi padre metido en una cabina telefónica de algún lugar remoto, intentando descifrar las palabras de una llamada de calidad deficiente y consiguiendo comprender solamente «todas partes» y «no».

—Vosotros regresad a casa —dije—, yo seguiré buscando un poco más.

Decidí no regresar pasando por los pueblos que ya habíamos recorrido, sino

siguiendo la linde del bosque. Estaba oscureciendo lentamente, y cuando llegué a la parte del Uhlheck en la que Selma se soñaba junto a un okapi, salieron tres hombres de entre los árboles. Aparecieron de un modo tan súbito y silencioso que pareció que, más que salir del bosque, hubieran salido de la nada.

Me detuve en seco. Los tres hombres llevaban la cabeza afeitada, hábitos negros y sandalias: eran monjes. Creo que si hubiera encontrado un okapi no me habría sorprendido tanto.

Los monjes andaban mirando al suelo con mucha atención. Cuando por fin levantaron la cabeza a pocos pasos de mí, me vieron y se detuvieron.

Tal como se pararon, uno al lado del otro, parecía que formaran parte de una de esas rondas de reconocimiento que salen en los episodios de *El lugar del crimen*, en las que un testigo debe identificar al sospechoso entre varios individuos. Para que el testigo lo tenga más difícil, los que forman parte de la rueda de reconocimiento suelen parecerse mucho. «El criminal llevaba un hábito negro —habría declarado el testigo en este caso—, y una sonrisa afable.»

—Buenas tardes —dijo el monje del medio—. Lo siento, no pretendíamos asustarla.

Yo no me había asustado, al menos hasta que el monje del medio dijo que no me asustara. Entonces sí, entonces me sobresalté como un testigo en el preciso instante en el que reconoce al culpable del delito. Me mareé un poco y di un paso titubeante hacia la derecha. Y no porque algo externo o interno me obligara, sino porque, justo cuando el monje del medio me dijo «Buenas tardes», me di cuenta de que mi vida entera estaba a punto de dar un vuelco.

Yo siempre había creído que ese tipo de cosas no pueden notarse de antemano, pero allí mismo, en el Uhlheck, constaté todo lo contrario.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, incapaz de pensar en otra pregunta más adecuada para la situación.

—Meditamos caminando —respondió el monje—. Hay un simposio sobre

meditación en ese pueblo de ahí —explicó, señalando hacia el otro lado del bosque—. En una casa con un nombre muy acorde con el tema.

—La Casa de la Reflexión —dije.

Años atrás, una viuda del pueblo vecino había transformado su granja en una casa de huéspedes que solía alojar a grupos de terapia, sobre todo los fines de semana. Cuando yo todavía era una niña, se puso de moda la terapia del grito. Martin y yo habíamos ido algún día al pueblo de al lado y habíamos oído los alaridos que salían de la casa en cuestión y que obligaban a los vecinos a cerrar las ventanas y bajar las persianas. Alguna vez incluso nos habíamos divertido respondiendo a esos gritos al límite de nuestras voces, hasta que algún vecino desesperado había salido de casa, suplicando algo como «Por favor, vosotros también no».

—¿Y tú? —preguntó el monje del medio.

Todavía era el monje del medio, todavía no tenía nombre, todavía era posible que se llamara Jörn, o Sigurd, lo que habría sido una lástima teniendo en cuenta que durante los años siguientes yo pronunciaría su nombre unas setenta y cinco mil veces y pensaría en él unas ochocientas mil veces más.

—Estoy buscando a *Alaska* —dije.

A uno de los monjes se le escapó una risita. Al menos era tan viejo como el granjero Häubel.

—¿Es una metáfora? —preguntó el monje del medio.

—No —respondí, aunque entonces pensé en mi padre y en el doctor Maschke—. Bueno, sí —me corregí—, también es una metáfora. Pero por encima de todo es un perro.

—¿Cuánto hace que se ha perdido?

—Desde anoche, creo —dije, porque, cuando te acabas de dar cuenta de que tu vida está a punto de dar un vuelco, el tiempo se vuelve difuso y ya no distingues una noche pasada de la siguiente.

El monje del medio miró al más anciano y éste asintió.

—Te ayudaremos —dijo.

—¿A buscar al perro? —pregunté, porque cuando el tiempo se vuelve difuso cuesta más comprender las cosas.

—Exacto, a encontrar al perro —dijo el monje.

—A buscarlo —dije.

—A encontrarlo —insistió.

—Es más o menos lo mismo —comentó el monje vetusto.

—¿Sois monjes budistas? —pregunté, y los tres asintieron al unísono como si hubieran estado ensayando la respuesta para ocasiones como ésta.

—¿Cómo es el perro en cuestión? —preguntó el monje vetusto.

—Grande, gris y viejo —respondí.

—Bien —dijo el monje vetusto—. Dispersémonos pues.

Dio media vuelta y volvió a entrar en el bosque.

El segundo monje fue hacia la derecha, y el monje que hasta el momento había sido el monje del medio me puso una mano en el hombro y me dedicó una sonrisa. Tenía los ojos muy azules, casi turquesa. «Azules como los lagos de Masuria», diría Selma más tarde. «Azul como el azul del Mediterráneo bajo el sol de mediodía del Mediterráneo», diría Elsbeth. «Es una especie de azul cian, para ser más exactos», diría el óptico. «Azul como el color azul y punto», diría Marlies.

—¿Quieres que vayamos juntos? —me preguntó—. Por cierto, me llamo Frederik.

Mientras andábamos uno al lado del otro buscando a *Alaska* con la mirada, de reojo me dediqué a contemplar a Frederik del mismo modo que Selma contemplaba al okapi en su sueño. Era alto, llevaba las mangas del hábito arremangadas y exhibía unos brazos bronceados como si acabara de regresar de unas vacaciones de verano, y cubiertos por un vello rubio que me permitió imaginar cómo debía de tener el pelo antes de afeitarse la cabeza.

Durante mucho rato no nos dijimos nada en absoluto. Yo busqué con desesperación algo que preguntarle, pero se te ocurren muchas preguntas

cuando de repente te topas por el Uhlheck con un monje budista. Y por si eso fuera poco, si encima el monje está a punto de darle un vuelco a tu vida, todas esas preguntas que se te ocurren intentan salir a la vez en tropel y quedan encajadas entre ellas y se atascan hasta que crean un tapón.

Frederik, en cambio, no parecía que tuviera preguntas. Pensé que quizá era una cuestión fundamental, que quizá ser monje budista implicaba renunciar a las dudas, pero luego resultó que no era así. A mi lado, Frederik también estaba pensando cuál era la mejor manera de deshacer un tapón de preguntas. «¿Qué esperabas? —me escribió mucho después—. Algo así no me ocurre todos los días.»

Frederik se metió la mano en el bolsillo del hábito y sacó una chocolatina Mars. La desenvolvió y me la ofreció.

—¿Quieres?

—No, gracias —dije.

—¿Qué me puedes contar sobre *Alaska*?

—Es el perro de mi padre —dije.

Mientras duraron el paseo por el Uhlheck y la chocolatina, Frederik me lanzó unas cuantas miradas fugaces, aunque enseguida volvía a centrarse de nuevo en el paisaje, que mostraba sus mejores galas para la ocasión, como Elsbeth cuando venía a visitarnos en domingo. Los campos de cereales estaban dorados, y el cielo, inmaculado.

—Este lugar es genial —dijo Frederik.

—Sí, ¿verdad? —dije—. Es una espléndida sinfonía de verdes, azules y dorados.

En Frederik todo era diáfano: tanto el pelo ausente en la cabeza como la incontestable presencia de sus ojos de color turquesa. «¿Cómo se puede ser tan guapo?», pensé, y lo pensé con la misma entonación con la que el óptico se había preguntado: «¿Cómo se puede ser tan joven?».

Me detuve y agarré a Frederik de una manga del hábito.

—Mira —le dije—, esto es lo que hay: tengo veintidós años. Mi mejor

amigo murió después de apoyarse en la puerta mal cerrada de un tren regional. Han pasado doce años desde entonces. Siempre que mi abuela sueña con un okapi, alguien muere al cabo de poco tiempo. Mi padre está convencido de que sólo se puede crecer desde la distancia, por lo que no para de viajar. Mi madre tiene una floristería y un idilio con Alberto, el propietario de la heladería. Esa atalaya que ves allí —dije, señalando hacia el prado contiguo—, pues el óptico la aserró porque quería cargarse al cazador. El óptico está enamorado de mi abuela, pero nunca se lo ha confesado. Y trabajo como aprendiz en una librería.

Todo esto no se lo había contado a nadie, en parte porque algunas cosas ya las sabía quien me conocía, y en parte porque otras no se podían saber. Pero a Frederik quise contárselo todo para que supiera dónde se metía.

Frederik contemplaba los campos mientras me escuchaba, como alguien que intenta memorizar una ruta mientras se la describen.

—Eso vendría a ser todo lo que hay —dije.

Frederik puso su mano sobre la mía, puesto que todavía lo tenía agarrado de la manga, y siguió mirando a lo lejos.

—¿Es él? —preguntó.

—¿Quién?

—*Alaska* —dijo Frederik.

Desde lejos, muy lejos, algo se nos acercaba corriendo. Era algo gris que se iba haciendo más y más grande a medida que se acercaba, tan grande como *Alaska*, y cuando ya casi no podía estar más cerca y llegó hasta nosotros, resultó ser él.

—También se puede crecer desde la proximidad —dijo Frederik mientras yo me ponía en cuclillas y abrazaba al perro, que llegó sin aliento y con un montón de ramitas y hojas pegadas en el pelaje.

—¿Dónde demonios has estado?! —exclamé, y en ese momento me pareció de lo más extraño que *Alaska* no hiciera una excepción y me respondiera.

Fui quitándole las ramitas y las hojas del pelaje y comprobé si tenía alguna herida. Estaba ileso.

—Es un perro realmente bonito —dijo Frederik.

Ésa fue la primera y única vez que me mintió. *Alaska* era simpático, pero daba igual el ángulo desde el que lo miraras: bonito no era.

Cuando me levanté de nuevo, Frederik y yo quedamos frente a frente. Enseguida intenté que se me ocurriera algo que pudiera perder de inmediato. Me habría servido cualquier cosa siempre que hubiéramos podido seguir buscándola juntos.

Frederik se rascó el cráneo afeitado.

—Bueno, pues yo debería regresar —dijo—. ¿Por dónde tengo que ir para llegar a la Casa de la Reflexión?

—Te acompañamos —dije, y mi voz sonó sobrada de energía y de felicidad, como esas situaciones en las que una despedida inminente ya no lo es tanto—. Te acompañaremos todo el camino hasta la Casa de la Reflexión.

Fuimos hasta la linde del bosque, *Alaska* anduvo entre nosotros dos y yo posé mi mano sobre su lomo como si se tratara de una barandilla. Seguimos el camino sin desviarnos hasta que, demasiado pronto, apareció frente a nosotros el pueblo de al lado.

—Esto es lo que hay —dijo Frederik de repente, cuando ya casi habíamos llegado a la Casa de la Reflexión—: en realidad nací en Hesse.

—Y yo que creía que habías salido de la nada.

—Vendría a ser más o menos lo mismo. Hace dos años dejé la carrera para...

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, y es que el atasco se había disuelto, las preguntas empezaban a fluir y yo las iba cogiendo al vuelo a medida que las necesitaba.

—Veinticinco. Dejé los estudios, me marché a vivir a un monasterio de Japón y...

—¿Por qué?

—No me interrumpas cada vez que hablo —dijo Frederik—. Yo a ti no te he interrumpido. Bueno, simplemente pasé unas semanas en un monasterio budista y decidí seguir ese camino. ¿Qué hora es, por cierto?

A esas alturas ya estábamos delante de la Casa de la Reflexión. La puerta estaba decorada con una pequeña corona, y enseguida me di cuenta de que la había hecho mi madre. A aquel modelo lo había llamado Sueño Otoñal y era una corona elaborada con hojas de tela y unos agradables colores otoñales. «Pero todavía estamos en verano —pensé—. Es demasiado pronto para un Sueño Otoñal.»

Frederik se sacó un reloj de pulsera del bolsillo. «Demasiado pronto», pensé.

—Demasiado tarde —dijo él—. Tengo que entrar enseguida.

Alaska se había sentado justo delante de Frederik, como si se hubiera propuesto cortarle el paso.

—Gracias por ayudarme —dije en voz baja.

«Ojalá —pensé— la Casa de la Reflexión empiece a desmoronarse ahora mismo por el efecto retardado de tanta terapia del grito sobre las paredes.»

Frederik me miró fijamente.

—Hasta la vista, Luise —dijo—. Ha sido una verdadera aventura conocerte.

—Lo mismo digo.

Frederik me acarició el hombro y yo cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo, Frederik ya estaba entrando y la puerta estaba a punto de cerrarse tras él. Supuse que esa puerta, al contrario de otras que yo conocía, cerraría a la perfección.

Dicen que justo antes de morir vemos pasar la vida frente a nuestros ojos, pero seguro que hay situaciones en las que pasa a mayor velocidad que en otras: si te precipitas al vacío inesperadamente, por ejemplo, o si tienes el cañón de un arma en la barbilla. Mientras la puerta se cerraba detrás de Frederik, tuve tiempo de pensar en la velocidad de una vida que se precipita

al vacío, en que *Alaska* había salido a buscar aventuras a pesar de que mi padre no creía que tuviera espíritu aventurero, en que alguien que te conoce desde hace tiempo no puede juzgar si tienes espíritu aventurero, en que eso solamente puede juzgarlo alguien surgido del bosque de repente y por casualidad. Mientras veía cómo la puerta se cerraba, pensé en lo que Frederik me había contado: que se había decidido por aquel camino, y también pensé que yo todavía no me había decidido nunca por nada, que había dejado que las cosas simplemente ocurrieran, y pensé que no le había dicho que sí a nada, que como mucho había dicho que no. Pensé que una despedida engolada no tenía que intimidarme en absoluto, que podría superarlo y que cualquier despedida era negociable siempre y cuando no muriera nadie. Con las puertas de un tren regional que se abren inesperadamente no se puede negociar, pero con una puerta decorada con un Sueño Otoñal colgado antes de tiempo y que se está cerrando sí se puede. Y en el último momento, justo antes de que la puerta llegara a cerrarse del todo, antes de que se esfumara la posibilidad, di un salto hacia delante y metí un pie en el hueco.

—¡Ay! —exclamó Frederik, que al parecer se llevó un golpe en la frente.

—Lo siento —dije—. Pero necesito tu número de teléfono.

Lo miré con una sonrisa radiante: por fin me había abierto al mundo, y eso me parecía tan incomparable por sí solo que en ese mismo instante me habría dado absolutamente igual si el mundo me hubiera mandado a freír espárragos.

Frederik se frotó la frente.

—Hablar por teléfono es muy engorroso —dijo—. En el monasterio no utilizamos el teléfono.

—Bueno, dámelo de todos modos —insistí.

—Veo que eres testaruda —dijo con una sonrisa, y eso era algo que nadie me había dicho jamás.

Se sacó un bolígrafo del bolsillo.

—¿Tienes un papel?

—No —dije, tendiéndole mi mano—. Pero me lo puedes escribir aquí —propuse.

—En la mano no cabrá —dijo él.

Giré el brazo, Frederik me agarró la muñeca y escribió su número de teléfono en la parte interna de mi antebrazo. El bolígrafo me hacía cosquillas en la piel mientras Frederik escribía y seguía escribiendo un número larguísimo que empezaba en la raíz de la mano y que llegó prácticamente hasta el codo. Casi todos los números de teléfono que sabía por aquel entonces tenían sólo cuatro cifras.

—Gracias —le dije—. Será mejor que entres enseguida.

—Hasta la vista pues —dijo Frederik, y acto seguido dio media vuelta y cerró la puerta.

—Vamos, *Alaska* —dije.

Sin embargo, poco después de ponernos en marcha, cuando ya nos habíamos alejado unos metros de la Casa de la Reflexión, la puerta se abrió.

—¡Luise! —gritó Frederik—. ¡Oye, ¿qué es un okapi?!

Me volví.

—¡El okapi es un animal insólito que vive en los bosques tropicales! —grité—. ¡Es el último mamífero de gran tamaño que se descubrió, una especie de mezcla de cebra, tapir, corzo, ratón y jirafa!

—¡No sabía que existía algo semejante! —gritó Frederik.

—¡Hasta pronto! —grité.

La puerta se cerró y, a falta de público, me incliné ante *Alaska* y le dediqué una reverencia como las que Martin me dedicaba a mí tras haber levantado un palo. Al fin y al cabo, había metido un pie en el hueco de la puerta para impedir que se cerrara. Al fin y al cabo, le había enseñado a Frederik que existe un animal tan raro que cualquier cosa a su lado parece normal.

Alaska y yo regresamos corriendo al pueblo. El óptico y Selma, que se habían

sentado en los escalones de la entrada, se levantaron de un brinco y vinieron corriendo a nuestro encuentro.

—¡Ahí está! —exclamaron—. Gracias a Dios, ¿dónde te habías metido?

Alaska no dijo nada por motivos obvios, y yo tampoco porque estaba sin aliento.

Cuando Selma y el óptico hubieron terminado de saludar a *Alaska*, levantaron los ojos hacia mí.

—¿Y a ti qué te ocurre? —preguntó Selma, y es que realmente parecía que hubiera rescatado a *Alaska* justo antes de que una organización criminal empezara a experimentar con él o incluso conmigo.

—Es monje —dije—. Monje budista. Y vive en Japón.

—¿Quién? —preguntó el óptico.

—Un momento —dijo Selma.

El caso es que era martes, y los martes, en la parte del prado que quedaba junto al bosque, aparecía el corzo. Selma se había vuelto muy permisiva con Palm, pero no habría tolerado que le hiciera daño al corzo. Hacía años que no era el mismo corzo de siempre, otro ejemplar había ocupado el lugar del corzo original, pero eso a ella le traía sin cuidado; es evidente que no aplicaba el mismo criterio que con los actores de culebrones. Fue hacia el garaje, abrió la puerta y la volvió a cerrar de un portazo para que hiciera mucho ruido. El corzo huyó corriendo, Selma regresó con nosotros y se sentó junto al óptico en los escalones de la entrada. Los dos me miraron con gran expectación, como si hubiera anunciado que estaba a punto de recitarles un poema.

—Bueno, ¿qué nos estabas diciendo? —preguntó el óptico.

Les conté lo de los monjes que habían salido del bosque y les hablé del monje del medio, que se llamaba Frederik, que era de Hesse y vivía en Japón. Y también les expliqué cómo en el último momento me había decidido a poner un pie en el hueco de la puerta de la Casa de la Reflexión. Se lo conté todo casi sin respirar, como si en ese rato no hubiera parado de correr aun sin moverme del sitio.

—¿Y qué han venido a hacer precisamente aquí unos monjes budistas de Japón? —preguntó el óptico.

—A meditar caminando —dije con tono solemne, y extendí hacia ellos el antebrazo como solían hacerlo los pacientes cuando mi padre tenía que extraerles sangre—. Tenemos que copiar este número antes de que se emborrone. ¿Habíais visto alguna vez un número de teléfono tan largo como éste?

—Cuanto más largo es el número, más lejos está el lugar —dijo Selma.

Entramos en casa y nos sentamos a la mesa de la cocina. Selma estaba tan contenta de haber recuperado a *Alaska* que se lo puso sobre el regazo. Nadie se lo había puesto sobre el regazo desde que había crecido del todo y, de hecho, Selma quedó completamente hundida debajo de *Alaska*.

El óptico se sentó a mi lado, se sacó la estilográfica del bolsillo de la camisa y se puso las gafas. Yo extendí el antebrazo delante de sus ojos, sobre la mesa de la cocina, y él procedió a transcribir las cifras en una hoja de papel, lo que le llevó un buen rato.

—Seguro que de este número sale una buena melodía —comentó el óptico, y es que Selma había tenido que sustituir recientemente el teléfono con ruedecilla de toda la vida por uno más moderno, de los que emiten un pitido distinto según el botón que se pulsa.

—Sí, probablemente la marcha nupcial —dijo Selma desde debajo de *Alaska*.

Cuando el óptico terminó de escribir el número, sopló la tinta con cuidado para asegurarse de que no se emborronaría.

—Gracias —dije, y acto seguido me levanté y colgué la hoja de papel en la puerta del frigorífico de Selma.

El óptico y yo nos plantamos frente al número de teléfono como habíamos hecho tiempo atrás ante el reloj de la estación, cuando nos había enseñado a Martin y a mí a leer la hora.

—No sé yo —dijo Selma, camuflada bajo el cuerpo de *Alaska*. Parecía un

número de ventriloquía—. ¿No podría haber sido alguien que viviera más cerca? ¿Ese tan simpático de la escuela de oficios, quizá?

—Lo siento, pero no —dije.

El teléfono nuevo empezó a sonar de repente. Fui corriendo a cogerlo y supe que quien llamaba era mi padre antes incluso de que él me saludara con su habitual «Hola, la conexión es muy mala».

—Lo he encontrado, papá —le dije—. Y al perro también.

Sólo llamaba para saber cómo está *Alaska*

Cuando te mueres de ganas de llamar a una persona pero nada te aterrera más que hacer esa llamada, sorprende la cantidad de teléfonos que hay por el mundo. Había el teléfono nuevo de la sala de estar de Selma y, en el piso de arriba, el teléfono elegante y estilizado de mi madre. Había el de la trastienda del óptico y el que Elsbeth tenía sobre la mesita auxiliar, forrado de terciopelo de color verde cazador. También había el teléfono de mi piso en la ciudad y el que el señor Rödder tenía junto a la caja registradora de la librería, por no hablar de que en el trayecto desde mi piso hasta la librería había una cabina de teléfonos amarilla.

«Nosotros estamos preparados —me decían todos esos teléfonos—. Por nosotros no será.»

El óptico también estaba preparado. Un día después de que Frederik hubiera salido del bosque de repente, se plantó en la librería con una hoja de papel en la que había escrito un montón de títulos de libros budistas. No teníamos ni un solo ejemplar de la lista, y cuando el señor Rödder llamó al distribuidor para hacer el pedido, tuvo serias dificultades para que el hombre entendiera los nombres indescifrables de esos autores japoneses. El señor Rödder acabó deletreándolos todos, gritando ante el auricular como si el distribuidor estuviera en alta mar.

Cuando por fin llegaron los libros, el óptico se instaló en la cocina de Selma con la pila de ejemplares y un rotulador fosforescente. Los leía con gran concentración e iba marcando los pasajes que le parecían interesantes y que resultaron ser muchos.

—Selma —exclamaba de cuando en cuando—, te lo aseguro, esto es

fabuloso.

Sentada frente al óptico, Selma se dedicaba mientras tanto a zurcir calcetines, a tramitar transferencias y a pegar sellos de correos que luego acariciaba con el índice deformado de la mano izquierda. «Todo lo hace igual —pensó el óptico—, como si fuera la primera o la última vez.»

—¿Sabías que el «yo» no existe? —preguntó el óptico—. ¿Que ese presunto «yo» no es más que una puerta de vaivén por la que entra y sale nuestra respiración?

—Tú eres una puerta de vaivén con las mejillas bastante rojas —dijo Selma.

—Vamos, tienes que respirar —dijo él.

—Llevo toda la vida respirando.

—Sí, pero respirar bien —insistió el óptico, y acto seguido hizo una demostración tomando aire lentamente y sacándolo hasta el final—. Aquí pone que la iluminación empieza y termina con una limpieza a fondo —añadió—. ¿Lo sabías?

—No lo sabía —admitió Selma—, pero tenía la esperanza de que así fuera.

—¿Y sabías que en realidad no se puede perder nada?

Selma se quedó mirando al óptico fijamente, dejó el último sobre franqueado con los demás y se puso de pie.

—¿Sabes una cosa? Ya tengo bastante con las explicaciones de Palm para que vengas tú ahora con las tuyas.

—Lo siento —se disculpó el óptico, y continuó leyendo—. Sólo una más, Selma —dijo al cabo de un minuto—. Es muy breve, escucha: «Cuando miramos algo, ese algo puede desaparecer ante nuestros ojos. Pero cuando no intentamos verlo, no puede desaparecer». Esta frase no la entiendo. ¿Tú sí?

—No —respondió Selma.

Y entonces pensó que el óptico quizá desaparecería en ese mismo instante, que, al fin y al cabo, no sería tan descabellado, teniendo en cuenta que su

«yo» no existía. Sin embargo, el óptico siguió allí, subrayando fragmentos.

—Cuando hables con Luise tienes que preguntarle qué significa esto —murmuró él un segundo antes de que yo la llamara por teléfono.

—¿Y bien? ¿Ya has hablado con él? —me preguntó Selma.

—Por supuesto que no —respondí.

Todavía no había llamado a Frederik por miedo a quedarme bloqueada. Siempre que me enfrentaba a algo importante, aparecía uno de esos bloqueos que habían estado a punto de hacerme suspender las pruebas de selectividad y que habían impedido que me sacara el carné de conducir a la primera, y en esa ocasión el bloqueo fue tan espectacular que se extendió hasta el volante y ni siquiera pude salir del aparcamiento. Después de bloquearme en la entrevista para conseguir el empleo en la librería, si el señor Rödder nos acabó contratando a mí y a mi bloqueo fue sólo porque no se presentó nadie más para optar al puesto.

—Por eso se me ha ocurrido que sería mejor llamarte a ti —le dije a Selma—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Selma—. Pero el óptico no. Se cree que es una puerta de vaivén.

—Dile que le pregunte lo de las desapariciones —intervino el óptico.

—Y ahora me pide que le preguntes al monje cómo es posible que no se vea algo que no se intenta ver —dijo Selma—, o algo así.

—¿O sea que todavía no lo ha llamado? —preguntó el óptico.

—No —susurró Selma apartándose del teléfono.

—En eso consiste el budismo, en buena parte: en «no hacer» —dijo el óptico.

—Pasaré a veros esta noche —dije.

Cuando llegué, el óptico todavía estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo. Selma estaba ocupada convirtiendo un montón de patatas hervidas en puré, como si se hubiera propuesto demostrar que era capaz de hacer desaparecer algo.

—¿Creéis que estoy a punto de bloquearme? —pregunté.

—No —respondió el óptico, que estaba tan absorto en la lectura que ni siquiera había escuchado la pregunta.

—No —respondió Selma, que estaba tan concentrada triturando patatas que ni siquiera había escuchado la pregunta.

—Entonces lo haré ahora —dije—. Voy a llamarlo.

—Bien —dijeron Selma y el óptico al unísono y sin levantar los ojos ni de los pasajes marcados ni de las patatas trituradas sin piedad.

Entré en la sala de estar, cogí el teléfono y empecé a marcar el número. Cuando ya iba por la mitad, el óptico entró corriendo.

—¡No lo hagas! —gritó, colgándome el teléfono con un dedo—. La diferencia horaria —añadió al ver mi mirada atónita—: ahora mismo allí son las cuatro de la madrugada.

Pasé la noche en el sofá cama que Selma tenía en la sala de estar, un verdadero armatoste de pana gruesa. Solía quedarme a dormir en casa de Selma a menudo, aunque las otras veces subía al piso que mi madre tenía justo encima. A diferencia de las noches que dormía en la ciudad, las que pasaba en el pueblo me parecían increíblemente tranquilas y oscuras. Lo que se espera de una noche, por otra parte.

Hacia las dos de la madrugada me desperté. Encendí la lamparita que había sobre la mesita del sofá y me acerqué a la ventana dando un rodeo para evitar una zona peligrosa que el óptico había marcado con cinta adhesiva de color rojo. Fuera reinaba la oscuridad, no se veía nada más allá de mi propio reflejo sobre el cristal. Llevaba puesto uno de los camiones de Selma: holgado, floreado y largo hasta los tobillos.

Calculé las ocho horas de diferencia horaria. «Si no llamo ahora, ya no llamaré —pensé—. Este momento pasará y no volverá jamás.» Así pues, cogí el cable telefónico enrollado, lo desenrollé para poder acercarme de nuevo a la ventana y marqué el número de Frederik.

Tuve que esperar tanto hasta que alguien cogió la llamada que pareció que el sonido hubiera tenido que salvar mil obstáculos en su camino hasta Japón: desde la casa de Selma hasta la ciudad, lo cual ya entrañaba cierta dificultad, y luego atravesando los Cárpatos, las llanuras ucranianas, el mar Caspio, Rusia, Kazajistán y China. Justo cuando empezaba a parecerme imposible llamar por teléfono desde Westerwald y que alguien pudiera cogerlo en Japón, al otro extremo de la línea alguien descolgó el teléfono.

—*Moshi moshi* —dijo una voz muy animada.

Más que un saludo, parecía el nombre de un juego infantil.

—*Hello* —dije—. *I am sorry, I don't speak Japanese. My name is Luise and I am calling from Germany.*

—*No problem* —dijo la animada voz—. *Hello.*

—*I would like to speak to Frederik* —dije ante el auricular, a oscuras y frente a la ventana—. El monje Frederik —intenté aclarar, y sonó como si pretendiera hablar con una montaña llamada Frederik.

—*No problem* —dijo la voz una vez más.

Me alegré de saber que en Japón había tan pocos problemas.

Durante un buen rato no oí más que murmullos. Mientras la animada voz buscaba a Frederik, yo me dediqué a buscar una buena frase para empezar, algo que también sonara animado. Debería haberme ocupado de eso antes de llamar, debería haber ensayado con Selma y el óptico una frase que sonara de primera, pero ya era demasiado tarde y ni siquiera encontraba una frase de segunda tras la profunda oscuridad de la ventana. «Hola, Frederik —pensé—, te llamaba porque tengo una pregunta sobre el budismo.» «Hola, Frederik, ¿qué tal el vuelo de regreso?» «Hola, Frederik, por cierto, tú que eres de Hesse...»

Por fin, alguien se puso al teléfono, aunque resultó ser otro monje que tampoco era Frederik.

—*Hello* —dijo—, *how can I help you?*

—*Hello* —respondí una vez más, y le repetí que deseaba hablar con

Frederik.

Ese monje le pasó el teléfono a otro que tampoco resultó ser Frederik, y así sucesivamente, hasta que hube saludado a seis monjes más.

—*No problem* —dijo también el último monje.

De fondo oí unos pasos apresurados y enseguida supe que era él.

—¿Sí? —dijo.

Agarré el teléfono con las dos manos antes de responder.

—Hola —dije, y a continuación, la nada más absoluta.

—Hola, Luise —dijo Frederik.

Era evidente que se me notó que no sabía qué decir ni por dónde empezar, que ni siquiera me había preparado una primera frase. Frederik reaccionó enseguida fingiendo haber sido él y no yo quien había llamado.

—Hola —dijo—, soy Frederik. Sólo llamaba para saber cómo está *Alaska*.

Mi mano dejó de temblar al instante.

—Gracias —dije—, muchas gracias.

—No hay problema —respondió Frederik.

—*Alaska* está bien —dije—. ¿Tú también?

—Bueno, yo siempre estoy bien —dijo Frederik—. ¿Y tú?

Apoyé la frente en el cristal de la ventana para responder.

—¿Se ve algo desde donde estás? —pregunté.

—Sí —respondió Frederik—. Brilla el sol. Y estoy viendo unas cabañas de madera que hay justo delante, tienen el tejado lleno de musgo. Y tras ellas veo también las montañas. Y una cascada.

—Yo no veo nada —dije—. Es noche cerrada. ¿Qué hora es allí?

—Las diez de la mañana.

—Aquí son las dos de la madrugada —dije.

—A ver si encontramos algo en lo que estemos de acuerdo —dijo Frederik, riendo.

Me senté en el alféizar de la ventana y el bloqueo se sentó a mi lado, adoptando el tono de voz de Marlies y diciéndome: «Aquí estoy. Esto no

funcionará, vete haciendo a la idea».

—Veamos, ¿por qué no me cuentas lo que no ves? —preguntó Frederik.

—El abeto que hay frente a la ventana del salón —respondí—. Y otro árbol que no sé cómo se llama a su lado. Vacas en el prado de enfrente, el arroyo y el puente.

La puerta de la sala de estar se abrió poco a poco y *Alaska* entró para tenderse a mis pies hecho un ovillo. Me levanté para acariciarlo e intenté mirar hacia fuera de nuevo, pero no conseguí más que ver mi reflejo difuso y preferí cerrar los ojos. «Si no me libero de este bloqueo ahora mismo —pensé—, no cambiará nada, no avanzaré y mi vida se irá al traste.»

—¿Todavía estás ahí? —preguntó Frederik.

«Las cosas no pueden desaparecer cuando no las miras», había dicho el óptico, más o menos. Me pregunté si tal vez podían desaparecer mientras pensabas en ellas.

—Sí —dije—. Perdona, me había bloqueado. Es como si estuviera dispersa.

Frederik se aclaró la garganta.

—Te llamas Luise —me dijo—, y seguro que también tienes un apellido. Tienes veintidós años. Tu mejor amigo murió después de apoyarse en la puerta de un tren regional que no cerraba bien. Han pasado doce años desde entonces. Siempre que tu abuela sueña con un okapi, poco después muere alguien cercano. Tu padre cree que sólo se crece desde la distancia y por eso está siempre de viaje. Tu madre tiene una floristería y un idilio con Alberto, el propietario de la heladería. El óptico aserró la atalaya del campo porque quería cargarse a un cazador, y ese óptico está enamorado de tu abuela pero nunca se lo ha confesado. Y trabajas como aprendiz de librera.

Abrí los ojos de nuevo y sonreí hacia la ventana.

—La conexión es muy buena —dije.

—Bastante, sí —dijo Frederik—. Apenas un leve murmullo de fondo.

Cogí el teléfono y empecé a pasear por la habitación dejando atrás el

cable. Lástima que no pudiera hacerse lo mismo con el bloqueo.

—¿Hoy ya has meditado caminando? —pregunté.

—No —dijo Frederik—, pero sentado sí. A primera hora. Durante noventa minutos.

Pensé en el óptico y en la hernia discal que sufría por culpa de pasar tantas horas sentado en el trabajo.

—¿Y no te duele?

—Sí —dijo Frederik—, de hecho, duele bastante, pero eso da igual.

—¿Por qué te hiciste monje?

—Porque me pareció lo correcto —dijo Frederik—. ¿Y tú por qué trabajas en una librería?

—Porque surgió la oportunidad.

—También está bien —dijo Frederik—, cuando surge una oportunidad como ésa.

—¿Siempre llevas ese hábito oscuro?

—Casi siempre.

—¿Y no te pica?

—No —respondió Frederik—, de hecho, no. Lo siento, Luise, me gusta hablar contigo pero ahora debo irme.

—¿Tienes que seguir meditando?

—No —dijo—, tengo que subir al tejado para quitar el musgo.

Me detuve frente a la marca roja del suelo.

Frederik me había salvado con la primera frase, pero no tendría que volver a hacerlo con la última. Me la guardé para el ultimísimo momento de la conversación.

—Bueno, que te vaya muy bien todo, Luise —dijo Frederik.

Levanté un pie y lo sostuve en alto sobre la marca roja del suelo.

—Me gustaría volver a verte —afirmé.

Frederik no dijo nada. Pasó tanto rato sin que dijera nada que temí que se hubiera petrificado de repente y se hubiera convertido en una montaña

llamada Frederik.

—Se te da muy bien lo de meter el pie en el hueco de la puerta en el último instante —dijo, y de golpe su voz sonó muy seria—: Tendré que pensarlo —añadió—. Ya te llamaré.

—Pero ¿cómo? —pregunté, puesto que él no tenía mi número de teléfono, pero, antes de que pudiera agregar nada más, Frederik ya había colgado.

Cuando Selma abrió la puerta, vestida con un camisón holgado, floreado, largo hasta los tobillos y con una redecilla en el pelo para conservar el peinado, yo seguía balanceando el pie por encima de la marca del suelo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, y me agarró por los hombros y me obligó a girar sobre mí misma como si me creyera sonámbula.

—Me he desvelado —dije, tendiendo el auricular hacia ella—. Y he llamado a Japón.

—Sin duda, un momento estelar para este aparato —dijo mientras me cogía el auricular de las manos.

Luego, agarrándome otra vez por los hombros, me guio por la sala de estar hasta el sofá. Tenía la sensación de estar bailando una polonesa.

—Le he preguntado si quería volver a verme y me ha dicho que tiene que pensarlo —dije, sentándome en el sofá.

—Quizá tú también deberías pensártelo dos veces —dijo Selma, sentándose a mi lado.

La redecilla del pelo le dibujaba cuadritos en la frente.

—¿Por qué?

—Porque está muy lejos —dijo Selma.

Estábamos sentadas muy juntas y formábamos un cuadro tremendamente floreado.

—Casi todos están lejos —dije.

—Exacto —dijo Selma—, por eso no estaría mal tener a alguien cerca. Lo único que digo es que deberías considerar la posibilidad de que no llegue a

suceder nada.

—Algo sucederá, no te quepa la menor duda —dije, y catorce días más tarde llegó una carta.

Un sábado me la trajo a casa de Selma la viuda del pueblo vecino.

—¡Tengo correo aéreo para ti, Luise! —dijo, levantando mucho la voz.

Me pregunté si sería un efecto retardado de tanta terapia del grito. Me entregó un sobre de color azul celeste increíblemente delgado. Bajo unos cuantos sellos repletos de flores de colores, con una letra muy meticulosa, estaba escrita la dirección:

A/A Luise
en casa de Selma (en el pueblo vecino)
en la Casa de la Reflexión
Fichtenweg 3
57327 Weyersroth
*** – Germany

—¡Hay que admitir que mandar una carta de este modo es arriesgado! —vociferó la viuda—. Por cierto, que la dirección es casi más larga que la carta en sí. Te escribe que ya se ha decidido, que a finales de año volverá a Alemania y que sería una buena ocasión para que os vierais. Ah, y también te manda muchos recuerdos, ese tal Frederik.

—¿Por casualidad le ha dado por abrir la carta? —preguntó Selma.

—No ha sido necesario —bramó la viuda, y acto seguido le dio la vuelta al sobre y lo sostuvo ante la lámpara del techo del recibidor, por encima de nuestras cabezas.

El sobre era tan delgado y la tinta tan negra que la carta se podía leer sin necesidad de abrirla.

Fechas de caducidad

En septiembre vino a visitarnos mi padre. Como siempre, se plantó en la puerta sin avisar, muy bronceado y con el pelo apelmazado, restos de desierto africano o de estepa de Mongolia en las suelas de los zapatos y una mochila con manchas de moho provocadas por la nieve del Ártico. Como siempre, antes incluso de cruzar la puerta, nos dijo que tenía que marcharse al día siguiente, como si fuera un conjuro necesario para entrar en casa.

Desde que había empezado a viajar sin tregua, mi padre llevaba dos relojes en la muñeca. Uno marcaba la hora del país por el que estaba viajando; el otro, la hora de Europa Central. «Así siempre os llevo conmigo», decía.

Cuando pasó entre nosotros me pareció enorme. Ocupaba un espacio tan desproporcionado que tuvimos que cambiar de posición, como los muebles que intentas colocar de algún modo después de mudarte a un piso más pequeño. No parábamos de chocarnos y nos sentíamos algo arrinconados mientras mi padre nos relataba sus aventuras con grandes gestos y un brillo reluciente en la mirada. Hablaba tan alto que parecía acostumbrado a hacerse oír por encima de mares tormentosos o de vientos del desierto.

Alaska se puso más que contento de volver a ver a mi padre. No se apartó de su lado en ningún momento e incluso parecía rejuvenecido. Saltaba a su alrededor sin dejar de menear la cola y, siendo *Alaska* tan grande como era, tiró al suelo varias tazas de café, las revistas de la mesita de centro e incluso una maceta con violetas del alféizar de la ventana.

—Lo que puede llegar a hacer el amor —exclamó Selma mientras barría los fragmentos de hierba y tierra que iba dejando *Alaska* a su paso—. Ya sé

que no es posible, pero yo diría que *Alaska* ha crecido un poquito más todavía durante la última media hora.

—¿Y qué? ¿Cómo van las cosas por aquí? —dijo mi padre con un matiz compasivo, como si no estuviera preguntando por nuestras vidas, sino por la evolución de un catarro o de una reunión de vecinos especialmente aburrida de la que había conseguido librarse.

»¿Cómo te va con el budista?

—Vendrá pronto a visitarme —dije.

—El doctor Maschke también es un experto en budismo —dijo mi padre mientras sacaba una bolsa de plástico de su mochila—. Todo eso de liberarse de las ataduras y cosas por el estilo. Podrías ir a verlo y hablar con él sobre el tema, Luise. Seguro que le haría mucha ilusión.

Mi padre vació la bolsa de plástico sobre la mesa de la cocina de Selma: eran regalos envueltos en páginas de algún periódico árabe. Selma desenvolvió un caftán verde claro decorado con lentejuelas.

—Qué bonito —dijo, pasándose el caftán por la cabeza intentando no estropearse el peinado, y luego envolviendo con él su largo cuerpo; por debajo de la tela reluciente sobresalían sus zapatos ortopédicos de color marrón claro.

Al óptico le regaló un tarro de miel de Túnez, y a mí, un macuto.

—Es de piel de camello auténtica —dijo mi padre.

—Qué práctico —dijo el óptico.

Mi madre no estaba en casa, por lo que su regalo se quedó sobre la mesa de la cocina.

Por la noche nos sentamos en los escalones de la entrada: mi padre ocupaba todo el primer escalón, *Alaska* se tendió a sus pies y Selma, el óptico y yo nos sentamos detrás de mi padre, compartiendo el escalón superior. Mi padre, que estaba fumando un cigarrillo de clavo, echó la cabeza hacia atrás y señaló el cielo nocturno.

—¿No es asombroso —dijo— que en todos los lugares del mundo se vean las mismas estrellas? Es increíble, ¿no? —añadió, y la imagen que evocó fue tan bonita que el óptico prefirió no precisar que la afirmación no era estrictamente cierta.

En lugar de mirar hacia el cielo nocturno, Selma se fijó en la cabeza de mi padre. Se colocó bien las gafas y se inclinó tanto hacia delante que llegó a tocarle el pelo con la punta de la nariz.

—Tienes piojos —constató.

—¡Mierda! —exclamó mi padre.

—En algún lugar todavía guardo una lendrera que compré para los niños —dijo Selma, y acto seguido fue a buscar el peine con el que años atrás nos había quitado los piojos a Martin y a mí.

Yo me quedé contemplando el cielo con mi padre.

—¿Ya has estado en Japón? —pregunté.

—No —respondió él—. No es un país que me interese especialmente, a pesar de la afición del doctor Maschke por el budismo.

Selma volvió a salir con la lendrera, un gorro de piscina y una botella de plástico.

—También he encontrado loción contra los piojos —dijo.

—¿Y todavía está en buen estado? —preguntó el óptico—. Al menos debe de tener quince años.

Mi padre le quitó a Selma de las manos la botella de loción y la examinó desde todos los ángulos.

—No veo ninguna fecha de caducidad —dijo.

—Pues ya está —dijo Selma, desenroscando el tapón de la botella, y es que, según ella, si algo no tenía la fecha de caducidad impresa, es que no caducaba.

Selma impregnó el pelo de mi padre con loción y se lo peinó hacia atrás. Con el pelo brillante y peinado de ese modo se parecía a Rock Hudson. Volvió a levantar la mirada hacia el cielo nocturno.

—Es increíble —dijo mi padre.

—Mantén la cabeza erguida, por favor —dijo Selma—. Tengo que ponerte el gorro. Esto tiene que actuar durante toda la noche.

Era un gorro de piscina de Elsbeth, violeta y decorado con flores y volantes. Selma se lo había tomado prestado muchos años atrás y no se había acordado de devolvérselo.

—Lo siento, no tengo nada mejor —se disculpó Selma.

—No importa —dijo mi padre.

Selma metió las manos en el gorro de baño para ensancharlo, y en la superficie de plástico violeta, entre los volantes decorativos, aparecieron varios desgarros: era evidente que el gorro de baño tenía fecha de caducidad, por mucho que no la llevara escrita en ninguna parte.

Mi padre se palpó los volantes que le cubrían la cabeza y se volvió hacia mí.

—¿Qué te parece? —preguntó, sonriendo.

—Muy elegante —dije.

—Por cierto, ¿dónde está Astrid? —preguntó mi padre.

Selma, el óptico y yo intercambiamos miradas. No sabíamos si mi padre estaba al corriente del idilio que mi madre mantenía con el propietario de la heladería.

—Seguramente volverá pronto a casa —dije—, está en la heladería.

—¿Ah, sí? —dijo mi padre, y entonces nos dimos cuenta de que no lo sabía.

Cuando al cabo de unos minutos mi madre cruzó el puente que llevaba hasta casa y nos iluminó con los faros del coche, Selma le puso una mano en el hombro a mi padre.

—Peter, cariño, tienes que saber que, durante este tiempo, Astrid también se ha abierto un poco al mundo.

Mi madre bajó del coche y se quedó petrificada al ver a mi padre. Luego se recompuso y se nos acercó con una bandeja envuelta en la mano. Mi padre

se puso de pie.

—Hola, Astrid —le dijo.

Mi madre vio primero a mi padre con el gorro de baño y luego a Selma vestida con el caftán.

—Realmente, a vosotros dos os sienta bien cualquier cosa —comentó.

Mi padre quiso abrazar a mi madre, pero ella extendió una mano enseguida para evitarlo. Desenvolvió la bandeja y reveló los tres vasitos de helado que contenía, cada uno con tres bolas de helado que ya habían empezado a derretirse.

—Tienen un aspecto delicioso —dijo mi padre.

—Por desgracia, sólo he traído tres —dijo mi madre—. Al fin y al cabo, no sabía que estarías aquí.

—Puedes quedarte el mío —le dije a mi padre.

—No —dijo mi madre—, mejor acompáñame arriba, Peter. Tengo que contarte algo.

Mi padre entró con ella en casa y desde fuera los oímos subir las escaleras hasta el piso de arriba.

—Pobre —exclamó Selma—. Esperemos que esto también le siente bien.

Dejamos la bandeja a un lado para que los helados acabaran de derretirse. El óptico cogió el paquete aplastado de cigarrillos de clavo que mi padre había dejado sobre el escalón y se encendió uno. Dijo que tenía la sensación de estar fumándose la floristería de Astrid.

Selma no se había enterado de que el óptico fumaba hasta poco después de la muerte de Martin, pero el caso es que hasta ese momento no le había visto encender ni un solo cigarrillo delante de ella. Se lo quedó mirando fascinada, como un niño que ve por primera vez a un adulto orinando de pie. El óptico no pudo disfrutar del cigarrillo, y no porque supiera a flores, sino por la atención con la que Selma lo observaba.

—Por favor, no me mires así —le dijo.

—Es que no puedo creer que fumes —dijo Selma, sin dejar de mirarlo.

El óptico suspiró.

—Yo tampoco —dijo mientras apagaba el cigarrillo.

«Es mejor que Selma no sepa ciertas cosas», pensó el óptico.

Al cabo de veinte minutos, mi padre regresó y se sentó de nuevo con nosotros. Metió un dedo bajo el gorro de baño para rascarse la cabeza, pero le quedaba tan tenso que ni siquiera pudo moverlo.

—Bien —dijo—. Bien.

—¿Qué quieres decir con «bien»? —preguntó Selma, acariciándole la espalda.

—Quiero decir que cada uno tiene lo suyo —dijo—, y eso está bien.

Cogió el paquete de cigarrillos de clavo y yo pensé que quizá durante la noche tendría que digerir lo que mi madre le había contado sobre Alberto. Pero no fue así. Mi padre ni siquiera mencionó al heladero. Durmió en el sofá rojo de Selma, al día siguiente se enjuagó la loción para piojos y volvió a guardar su ropa, recién lavada y todavía algo húmeda, en la mochila.

—Me marchó otra vez —dijo—. Me alegro de haberos visto.

Y, en cuestión de segundos, *Alaska* recuperó su edad y se volvió tan viejo como antes.

—¡Ah, por fin! —exclamó el señor Rödder frunciendo las cejas como de costumbre—. Ya era hora. Marlies Klamp ha vuelto a venir hoy mismo y se ha quejado de su última recomendación. Dice que no le ha gustado nada. Me sabe mal, Luise, muy mal, pero como esto siga así me veré obligado...

—Le he traído una cosa —dije, entregándole el macuto de piel.

Por unos instantes, al librero se le iluminó el rostro.

—Dios mío, Luise. Es precioso —susurró, acariciando el cuero—. ¿De verdad es para mí?

—Para usted, sí —confirmé—. Es de piel de camello auténtica.

—No sé qué decir —balbuceó el señor Rödder—. Tengo una idea: la

colgaremos sobre la estantería de libros de viajes. ¿De dónde ha sacado esta joya?

—Contactos... —me limité a responder.

Mientras estaba encaramada a la escalera de mano plegable para colgar el macuto sobre la sección de libros de viajes, de repente mi madre apareció a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, y dejé el macuto sobre un estante.

Mi madre llevaba la espalda cubierta con una especie de chal de color azul marino y largos flecos dorados. Desde lo alto de la escalera le veía las raíces grises de los cabellos teñidos de negro.

—No le ha importado nada —dijo mi madre, y por el tono con el que lo dijo parecía como si le hubiera hecho un regalo espectacular a mi padre y él no se hubiera emocionado lo más mínimo.

La hiedra según Elsbeth

«Dentro de poco, Luise recibirá una visita de Japón», le dijo Selma a Elsbeth en octubre. Y también le pidió que no se lo contara a nadie porque no sabía si a mí me parecería bien que se supiera. Por lo visto, para Elsbeth ese «nadie» no incluía al tendero.

Elsbeth aprovechó que tenía que comprar una trampa para ratones para llevarle al tendero un Sueño Otoñal de los que hacía mi madre, sabiendo que le gustaba ambientar la tienda según la época del año. Cuando llegó, se lo encontró colocando las botellas de licor justo al lado de la caja para poder tenerlas más controladas, ya que los gemelos del pueblo vecino habían vuelto a robarle alguna.

—Si se asa tierra de cementerio en una sartén, el ladrón devolverá el botín —le explicó Elsbeth—. Aunque también unas simples trampas para ratones entre las botellas serían una buena solución. Por cierto, necesito una.

Cuando el tendero volvió del almacén con la trampa, le preguntó a Elsbeth cómo iban las cosas y ella le soltó sin más:

—Luise está esperando una visita, viene a verla un monje budista que vive en Japón.

—¡No me digas! —exclamó el tendero, caminando ya hacia la caja—. ¿Esos monjes viven en celibato?

—Pues no tengo ni idea —respondió Elsbeth mientras comprobaba el funcionamiento de la ratonera, una de esas que atrapan el ratón por el pescuezo—. En cualquier caso, yo sí.

—Pues no estaría mal saberlo —dijo el tendero—. Por si Luise está enamorada de él.

—¿Quién vive en celibato? —preguntó la nieta del granjero Häubel, que acababa de entrar en la tienda.

—Yo —dijo Elsbeth.

—Y un monje de Japón del que Luise se ha enamorado —añadió el tendero mientras le daba a Elsbeth el dinero del Sueño Otoñal.

—Debe de ser guapísimo —dijo Elsbeth.

—Entonces seguro que no vive en celibato —dijo la nieta del granjero Häubel.

Elsbeth se indignó y le dijo que eso no tenía nada que ver con el aspecto físico.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el tendero—. ¿Lo has visto? ¿Hay fotos tuyas?

—Por desgracia, no —respondió Elsbeth—, pero Luise se lo dijo a Selma.

El óptico se acercó con una ración de pescado congelado para una sola persona en una mano y unos parches de calor en la otra.

—Escuchad esto —dijo—: «Cuando miramos algo, ese algo puede desaparecer ante nuestros ojos. Pero cuando no intentamos verlo, no puede desaparecer». ¿Vosotros lo comprendéis?

—Es la excusa más original que he oído en mi vida para justificar un robo en una tienda —constató el tendero.

Elsbeth le mostró al óptico la trampa para ratones.

—¿Sabías que los ratones muertos ayudan a prevenir las afecciones oculares? —preguntó ella—. Puedo traerte unos cuantos a la óptica, cuando los haya cazado.

—No es necesario, gracias —respondió el óptico.

—Luise está enamorada de un budista de Japón que no vive en celibato y que vendrá a verla dentro de tres semanas —explicó la nieta del granjero Häubel.

—No pienso entrar en ese tema —dijo el óptico—. Es la vida de Luise, ¿no tenéis nada mejor que hacer que entrometeros en asuntos ajenos?

—No —dijeron el tendero y la nieta de Häubel al unísono.

—Por desgracia —añadió Elsbeth.

El óptico suspiró.

—Todo eso de que está enamorada me parece exagerado —dijo—. Casi ni lo conoce.

—No es necesario conocer a una persona para amarla —dijo Elsbeth.

—¿Tú sabes algo sobre el tema? —preguntó la nieta del granjero Häubel.

—Claro que sí —respondió el óptico, creyendo que la pregunta no se refería al budista, sino al budismo, y se aclaró la garganta—: «Conocer implica vivir en una ecuanimidad imperturbable».

—Eso sí que suena a celibato —dijo el tendero mientras metía los parches de calor del óptico en una bolsa.

El óptico iba soltando citas por el estilo en todas partes y acabó poniendo de los nervios a todo el mundo, igual que Friedhelm con aquella canción dedicada a la belleza de Westerwald.

Desde la aparición de Frederik, el óptico había intentado recurrir al budismo para contrarrestar sus voces interiores, que se volvían insoportables especialmente a partir de las diez de la noche. Sin embargo, tampoco es que le funcionara esa táctica, ya que las voces contraatacaban con las sentencias de las postales de la ciudad.

A las diez de la noche, el óptico dejaba las pantuflas de pana sobre la alfombra y se metía en su estrecha cama individual.

De niño, su madre siempre le decía que guardara las preocupaciones dentro de las pantuflas, que al día siguiente habrían desaparecido. Sin embargo, la estrategia no llegó a funcionar jamás: las voces interiores del óptico se sentían muy por encima de ser meras preocupaciones capaces de caber dentro de unas simples pantuflas.

Las voces atacaban regularmente al óptico con reproches sobre lo que había hecho mal o sobre lo que simplemente no había hecho, y eran capaces

de recriminarle cualquier cosa, de cualquier época de su vida, sin cuartel. Daba absolutamente igual que el óptico hubiera dejado de hacer alguna de esas cosas precisamente siguiendo el consejo de las voces: esas omisiones también motivaban reproches por su parte.

«Cuando tenías seis años tampoco te atreviste a tirarte al río Apfelbach — le decían, por ejemplo—. Y eso que todos los demás sí se atrevieron.»

—Pero si fuisteis vosotras las que me dijisteis que no me tirara —se quejaba el óptico.

«Eso no viene al caso», replicaban entonces. Eran siempre ellas, y no el óptico, quienes determinaban lo que venía al caso y lo que no.

Eso sí, el tema preferido de las voces era Selma.

«¿Cuánto tiempo más pasará hasta que te atrevas a decirle que la amas?», le preguntaban con fruición.

—Lo sabéis de sobra —respondía el óptico—. Nadie lo sabe mejor que vosotras.

«Vamos, dínoslo», insistían las voces.

—¡Pero si siempre me estáis reprochando que quiera decírselo! —exclamaba el óptico.

Cuando a las voces les daba demasiada pereza mencionar un ejemplo concreto para sus reproches, algo que sucedía sobre todo hacia la medianoche, recurrían a las palabras *todo*, *nada*, *nunca* y *siempre*, sabiendo que fastidiaban especialmente al óptico, y que lo fastidiaban cada vez más cuanto más envejecía. *Siempre* y *nunca*, por encima de todo, son palabras que se digieren cada vez peor con el paso de los años.

«Nunca has sido decidido, nunca te has atrevido realmente a nada», le decían las voces, y se lo decían con tanta claridad y con tanta decisión que en ocasiones al óptico le costaba creer que la gente que tenía alrededor, por ejemplo Selma, no las oyeran. Se acordaba del difunto marido de Elsbeth, que había sufrido molestos acúfenos hasta tal punto de que un día se había echado a llorar en la consulta de mi padre, acercándose a él para que las

orejas de los dos quedaran muy cerca. «¿No lo oye? —le había preguntado a mi padre, absolutamente desesperado—. ¡No es posible que no lo oiga!»

—A callar —intentó ordenarles el óptico antes de tenderse de lado e intentar concentrarse en las pantuflas que había dejado sobre la alfombra.

«Nunca te has atrevido a hacer nada», insistieron las voces.

—¡Ya lo sé! ¡Pero fuisteis vosotras las que lo impedisteis! —se quejó el óptico.

Las voces se limitaron a responder que eso no venía al caso, que lo que contaba de verdad eran los resultados. Así podían pasarse la noche entera, dando vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte. El resultado, lo único que contaba, llegaba al día siguiente, cuando el óptico trasnochado y atormentado por sus voces interiores se dejaba caer sobre el taburete de exploraciones de la óptica, intentando sobrellevar el peso de esos *siempre* y esos *nuncas* mientras hundía la cabeza en el campímetro, el único lugar en el que estaba a salvo de las voces.

En esa época, y desde la aparición de Frederik, el óptico siempre tenía algún libro sobre budismo encima de la mesita de noche. Cuando las voces lo acechaban hablando de Selma, con sus *nuncas* y sus *siempre*, lo abría por alguna de las páginas que previamente había marcado.

—«Yo soy el río —decía el óptico—, y vosotras sois las hojas de los árboles que flotan sobre mi superficie.»

«Hablando de ríos —replicaban las voces—, sólo te recordaremos el nombre de uno: Apfelbach.»

—«Yo soy el cielo —decía el óptico—, y vosotras sois nubes que pasan de largo.»

«Te equivocas, óptico —respondían las voces—, el cielo no existe por sí mismo, y, en cualquier caso, la nube eres tú: una nube bastante indefinida, difusa, y nosotras somos el viento que te lleva de aquí para allá.»

A principios de noviembre, cuando yo todavía no podía siquiera sospechar

que habría un cambio de planes y Frederik llegaría al día siguiente, recorrí el pueblo con una lista en la mano. Empecé por Marlies, para sacarme de encima cuanto antes la parte más difícil.

—¡No hay nadie! —gritó ella a través de la puerta cerrada.

—Por favor, Marlies, será sólo un momento —supliqué.

—¡Que no hay nadie! —gritó—. A ver si te haces a la idea.

Rodeé la casa y eché un vistazo por la ventana de la cocina. Marlies estaba sentada ante la mesa, en suéter y bragas, como siempre. Tenía treinta y tantos años, pero parecía más joven. Por algún motivo se conservaba muy bien.

Me incliné sobre la ventana entreabierta.

—Marlies —dije a través de la rendija—, pronto vendrá a verme alguien desde Japón.

—Me importa un pimiento —me espetó.

—Ya lo sé —dije—. Sólo quería pedirte que, si por casualidad te encuentras con mi visita, tal vez podrías..., ¿podrías mostrarte un poquito más accesible? ¿Más cordial, en cierto modo? Será poco tiempo y yo te lo agradecería muchísimo.

Oí cómo Marlies se encendía un cigarrillo y poco después me echó el humo hacia la rendija.

—Yo no soy simpática —dijo—, a ver si te haces a la idea.

—De acuerdo —dije con un suspiro—. Aparte de esto, ¿va todo bien?

—No podría ir mejor —dijo Marlies—. Y ahora, adiós.

—Que te diviertas —dije, y me aparté de la pared para seguir hasta la casa de Elsbeth.

La encontré en el jardín, con la mirada fija en un manzano recubierto de hiedra y las manos cruzadas bajo su inmenso busto.

Era el manzano que había intentado desnudar con el soplador de hojas poco después de la muerte de Martin. Cuando por fin quedó pelado, durante el otoño siguiente, Elsbeth le había pegado una patada al tronco y, entre

lágrimas, se había quejado de que era demasiado tarde y que para eso las hojas bien podrían haberse quedado en las ramas.

Elsbeth señaló hacia la hiedra.

—Quiero cortar esto, pero al mismo tiempo no quiero cortarlo —murmuró.

Las tijeras de podar estaban apoyadas en el tronco del manzano.

—¿Qué te impide hacerlo? —pregunté.

—En ocasiones, la hiedra puede ser una persona hechizada —explicó Elsbeth— que tiene que crecer hasta la copa del árbol para liberarse del embrujo.

—Hablando de supersticiones...

—La cuestión es —prosiguió Elsbeth— si debo liberar a la persona o al árbol.

La hiedra había llegado ya a la parte superior del tronco.

—Yo optaría por el árbol —dije—. Si es una persona, como mínimo habrá completado la mitad del camino, que ya es más de lo que se puede decir sobre algunos de nosotros.

Elsbeth me acarició la mejilla con sus gruesos dedos.

—Cada vez te pareces más a Selma —constató, cogiendo las tijeras de podar.

—Elsbeth, pronto llegará alguien que viene desde Japón para verme y quería pedirte si tal vez sería posible que no hicieras tantos comentarios supersticiosos.

—¿Por qué? —preguntó Elsbeth mientras empezaba a cortar la hiedra sin mucha decisión: antes de cada corte, pedía disculpas por si la hiedra en realidad era una persona.

—Porque es raro —dije.

—Lo siento —dijo Elsbeth antes de cortar—. Pero ¿no sería más raro todavía que no dijera nada supersticioso? Perdóname si antes eras una persona, lo siento mucho.

—Yo creo que no —opiné—. Además, hay muchos otros temas de conversación.

—¿Por ejemplo?

—Pues la polémica sobre cuándo debe celebrarse la Navidad en la casa consistorial —propuse—. Si es mejor que sea por la tarde o por la noche.

—No es que suene muy interesante que digamos —comentó Elsbeth—. Pero, tranquila, no haré comentarios supersticiosos —dijo, y acto seguido se disculpó una vez más antes de cortar una raíz de la hiedra—. Espero no olvidarme —añadió—. Un momento.

Me pasó las tijeras de podar, cerró los ojos, dio dos grandes pasos hacia delante y luego dos hacia atrás.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Es un pequeño ritual para no olvidar las cosas —respondió Elsbeth.

Al óptico lo encontré con la cabeza metida en el campímetro. Selma también estaba en la óptica con él porque le había llevado un trozo de pastel. Estaba apoyada en el canto de la mesa del foróptero, el aparato con el que Martin y yo creíamos que se podía ver el futuro.

—Tranquilo, es Luise —dijo Selma cuando sonó la campanilla de la puerta; de ese modo el óptico sabía que no había entrado ningún cliente y podía seguir señalando los puntos que veía en su aparato—. ¿Podrás llevarte a *Alaska*, cuando te marches? —me pidió, señalando al perro con la mano deformada, brillante a causa de la pomada para el dolor con la que se la había untado—. Mañana tengo que ir al médico.

—Claro —dije—. Yo también quería pedirlos algo.

—Tú dirás —dijo el óptico.

—A ti te quería pedir que no le hagas demasiadas preguntas sobre budismo a Frederik.

El óptico sacó la cabeza del campímetro e hizo girar su taburete hacia mí.

—¿Por qué no?

—Porque no viene por motivos profesionales —dije, y pensé en mi padre, cuando todavía ejercía la medicina y la gente no paraba de preguntarle sobre síntomas cuando se lo encontraban fuera de la consulta, por la calle, en la heladería o incluso en la sala de espera del doctor Maschke.

—¿Qué es esa hoja de papel? —preguntó el óptico.

Le tendí la hoja cuadriculada que había arrancado de mi cuaderno de anillas y el óptico la leyó en voz alta:

Marlies: más simpática

Óptico: nada de budismo

Elsbeth: menos supersticiosa

Selma: menos escéptica

Palm: menos citas bíblicas

Mamá: parecer menos ausente

Yo: menos bloqueada, menos asustada, menos preocupada, comprarme unos pantalones nuevos

El óptico se llevó las manos a la riñonada.

—Creí que el budismo consistía precisamente en la autenticidad —dijo.

—Sí —admití—, pero no necesariamente en nuestro caso.

—Lo de los pantalones nuevos me parece bien —opinó Selma.

—Pero ¿por qué nada de citas bíblicas? —preguntó el óptico.

—He pensado que tal vez le molesten, como budista que es —expliqué, como si el budismo y el cristianismo fueran equipos de fútbol rivales.

—Creía que habías dicho que no venía por motivos profesionales —replicó el óptico.

—Y yo creía que los budistas no se enfadaban. Pero supongo que en este caso debería haber sido más escéptica —dijo Selma.

—Además, el budismo también consiste en no intentar controlar las cosas —añadió el óptico antes de volver a meter la cabeza en el campímetro.

—Vamos —me dijo Selma—, acompáñame a dar un paseo. Ya son casi las seis y media y creo que te irá bien un poco de aire fresco.

Fuimos a pasear por el Uhlheck a pesar de los crujidos que el temporal arrancaba del bosque. Íbamos con el cuello del abrigo levantado, el pelo me azotaba la cara y Selma empujaba su silla de ruedas por el camino embarrado.

A Selma ya le costaba bastante caminar, pero no estaba dispuesta a renunciar a su paseo diario por el Uhlheck, por lo que se había comprado una silla de ruedas algo especial, con los neumáticos gruesos como los de una bicicleta de montaña. No quería que la empujaran, por eso siempre iba a mi lado, avanzando a trompicones, hasta que se hartaba, se levantaba y la acababa utilizando como si fuera un andador.

Selma sacó a pasear sus cavilaciones y aprovechó para leer las mías, que a medida que se acercaba la llegada de Frederik se negaban cada vez más a airearse. Preferían enrollarse alrededor de mi cuerpo y de los árboles cercanos como guirnaldas de letras.

—¿Por qué te preocupas tanto? —preguntó Selma—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

Me fijé en la silla de ruedas, en la dificultad con la que avanzaba por encima del lodo.

—¡Heinrich, el coche se rompe! —exclamé.

Selma me miró de reojo.

—No lo creo —dijo.

—Me da mucho miedo que le parezcamos todos demasiado raros.

—Bueno, él tampoco se queda corto —exclamó Selma—: un monje budista que aparece de repente de entre los árboles zampándose una chocolatina...

Una de las ruedas de la silla estuvo a punto de pisar un charco, pero Selma lo esquivó.

—No se trata sólo de eso, ¿verdad? —preguntó.

—No —admití.

A medida que se acercaba la visita de Frederik, cada vez me fiaba menos

de mi corazón, como le ocurría a la gente del pueblo cuando Selma tenía uno de sus sueños. No lo tenía acostumbrado a tanto trajín y me latía a una velocidad preocupante. Recordaba que cuando el infarto es inminente te hormiguea un brazo, pero no recordaba cuál, por lo que me notaba el hormiguelo en los dos.

—Estás confundiendo algo —dijo Selma.

«El amor te pilla por sorpresa —pensé—, aparece como el agente judicial que había llegado recientemente al pueblo de al lado para embargarle la casa al granjero Leidig. El amor se presenta de improviso y estampa su sello en todo lo que tienes para dejarte claro que ya no te pertenece.»

—Estás confundiendo algo, Luise —dijo Selma—. Eso no es el amor, sino la muerte.

Me pasó un brazo por encima de los hombros, parecía como si me estuviera empujando a través del lodo, como hacía con la silla de ruedas.

—Y en realidad hay una sutil diferencia —prosiguió, sonriendo—: del reino de los enamorados, ha conseguido regresar más de uno.

Mientras Selma y yo paseábamos por el Uhlheck, el óptico se dedicó a comprobar las incontables lentes del foróptero. Por supuesto, por mucho que Martin y yo nos lo hubiéramos creído, el foróptero no le permitió ver que al día siguiente el señor Rödder volvería a quejarse de *Alaska* y rociaría la librería con Brisa Azul Oceánica a mansalva. Tampoco le permitió ver que habría un cambio de planes y que mi contestador automático averiado, normalmente tan locuaz, se quedaría sin palabras al oír que Frederik vendría antes de tiempo, que estaba al caer. No le permitió ver que me encontraría con Frederik en el descansillo, que no sabríamos si abrazarnos ni cómo hacerlo. No le permitió ver que Frederik soltaría una carcajada y diría: «Me miras como si fuera el diablo en persona. Soy yo, Frederik. Hablamos por teléfono, ¿recuerdas?».

Y si la máquina le permitió verlo, en cualquier caso no me dijo nada.

Felicità

—Llegas demasiado pronto —dije al ver a Frederik en la puerta de mi piso, y creo que entre todas las primeras frases posibles no podría haber elegido una peor.

—Ya lo sé, lo siento, es que aplazaron un... Estás tiritando —dijo de pronto—. Tiembles como una hoja.

—Ya, es normal —mentí—. Siempre me pasa.

En la puerta del piso tenía colgada una pequeña corona de pasta de sal que justo en ese instante cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Frederik bajó la mirada hacia los fragmentos del suelo y luego la levantó de nuevo hacia mí.

—Sí, aquí todo se aguanta un poco por los pelos —me excusé.

Frederik me dedicó una mirada cálida, atenta y absolutamente irresistible.

—Entra —le dije, sosteniendo la puerta abierta.

En mi minúsculo recibidor había dos cajas de mudanza con todos los trastos de la consulta de mi padre. Tenía sus cosas repartidas por varios sitios: unas cuantas cajas en el sótano de Elsbeth, unas cuantas en mi piso y la mayoría en casa de Selma.

Además, *Alaska* vino a ocupar el poco espacio que quedaba libre en el recibidor, de manera que pareció como si de repente nos hubiéramos encerrado los tres en un armario. Frederik intentó agacharse para saludar a *Alaska*, pero ni siquiera para eso había suficiente espacio.

—¿Y esto de aquí qué es? —preguntó, señalando una especie de cofre de plástico translúcido que había encima de las cajas.

—Instrumental para la zona del cuello, la nariz y los oídos —expliqué.

—Y aparte de eso, ¿tienes alguna habitación más? —preguntó Frederik.

—Por aquí —dije, y lo acompañé a mi cuarto.

Intenté ver mi dormitorio como debió de verlo Frederik, como si lo viera por primera vez. El sofá cama, medio tapado con la manta de *Alaska*; la misma estantería que había tenido desde niña; la cama, un somier con colchón y los libros que estaba leyendo apilados en un rincón. Frederik se fijó en la estantería pero desvió rápidamente la mirada y prefirió acercarse a una pequeña fotografía que tenía en la pared, la única cosa de todo el piso que no había limpiado. «Es lo que pasa con las visitas —me había dicho Selma en una ocasión—: te deslomas adecentando la casa y enseguida van y se fijan justo en la única cosa que habías olvidado limpiar.»

—Ése es Martin —dije.

En la fotografía, Martin y yo teníamos cuatro años. Nos la hizo Selma por Carnaval. Yo iba disfrazada de violeta, con un sombrero violeta de Elsbeth que me quedaba demasiado grande, y Martin iba disfrazado de fresa. El óptico se había puesto césped artificial en los hombros y daba el pego como parterre. Tenía a Martin en brazos.

—La estantería está torcida —dijo Frederik sin apartar los ojos de la fotografía.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Mucha.

—He pensado que podríamos ir a un restaurante japonés que hay cerca de aquí. Sirven un plato llamado Ayuno Budista y he pensado...

—A decir verdad —me interrumpió Frederik—, preferiría comer patatas. Patatas fritas. Con ketchup.

Estuvimos paseando por la ciudad con *Alaska* y me sorprendió que a la gente no le sorprendiera lo guapo que era Frederik, que nadie chocara contra una farola o se hiciera un esguince en el cuello de tanto volverse para mirarlo, que la pareja que pasó por nuestro lado discutiendo no perdiera el hilo de la

conversación para siempre. Unas cuantas personas nos miraron de reojo, pero seguramente fue porque Frederik llevaba su hábito de monje.

Entramos en un bar en el que había dos mesas altas, una tragaperras y un pequeño televisor encendido. La tragaperras era un verdadero festival de lucecitas y ruiditos y el local entero olía a grasa incrustada.

—Este lugar es genial —dijo Frederik, y además lo dijo en serio.

Al final se acabó zampando cuatro raciones de patatas fritas.

—¿Quieres? —me preguntaba una y otra vez al ver que me había terminado ya mi ración, y cada vez que me lo preguntaba me ofrecía alguna patata pinchada con el tenedor de plástico—. Esto es genial, me encanta.

En el televisor que quedaba por encima de nuestras cabezas, Al Bano y Romina Power cantaban *Felicità*.

—Ahora que lo pienso: ¿cómo le va a tu madre con el heladero? —preguntó Frederik mientras vaciaba otro sobrecito de ketchup sobre las patatas.

—Bien. Aunque creo que mi madre todavía quiere a mi padre.

—Vaya —exclamó Frederik—. ¿Y tu padre?

—Está de viaje.

—¿Y el óptico? ¿Ya se lo ha dicho a tu abuela?

—No.

—Vaya —repitió Frederik antes de meterse cinco patatas de golpe en la boca.

—Entonces ¿qué coméis, en Japón? —pregunté con una sonrisa.

—Arroz y poca cosa más, básicamente —dijo Frederik, limpiándose el ketchup de la comisura de los labios—. ¿Todavía queda Coca-Cola? Iré a buscar otra botella.

Frederik se puso de pie y fue hacia el frigorífico del mostrador pasando junto al tipo que jugaba a la tragaperras, que ni siquiera se volvió para mirarlo. De repente me alegré de que me acompañara al pueblo, porque allí nos vería gente que luego podría dar fe de que Frederik había estado allí. El

tipo de la tragaperras y el camarero no me servían como testigos. Por incomprensible que fuera, estaban pendientes de cosas que no tenían nada que ver con Frederik: un juego de azar y una freidora.

Cuando volvió a la mesa, Frederik me miró con esos ojos claros que, como bien diría el óptico más tarde, eran de color azul cian, y por su expresión parecía que, en lugar de un refresco de cola, llevara un tesoro oculto. Me ofreció la botella, la cogí y me di cuenta de que ya no temblaba. «Me alegro de que estés aquí», pensé. Frederik se rio y se reclinó en su silla.

—Me alegro de estar aquí —dijo con alivio, como si en algún momento hubiera temido sentir todo lo contrario.

Pasamos la noche a una distancia salvable con tan sólo estirar un brazo: él durmió en el sofá, y yo, en la cama. El hábito quedó sobre el respaldo de una silla, como un fantasma desmayado. Yo había temido que Frederik usara algún tipo de ropa interior rara, algo budista, similar a los calzones de los luchadores de sumo. Por suerte, usaba calzoncillos de persona normal.

Frederik había movido el sofá cama para no ver la estantería torcida ni queriendo. Los dos nos tendimos mirando hacia el techo, como si alguien hubiera anunciado que en cualquier momento proyectarían en él un documental premiado y estuviéramos esperando a que empezara. Yo no podía imaginar lo mucho que se me notaba que no dormía hasta que Frederik dijo:

—Deberías dormirte de una vez, Luise.

—Pero si estoy quietísima —dije.

—Se oye hasta aquí lo quietísima que estás.

En plena noche, mientras Frederik y yo seguíamos esperando la proyección del documental, mi madre se despertó en la cama de Alberto de un sobresalto.

Eran las tres de la madrugada y Alberto no estaba a su lado. A menudo se levantaba por la noche y bajaba a la heladería para crear un helado nuevo.

Mi madre parpadeó ante el espacio que había quedado vacío junto a ella y

vio la colcha apartada. Tardó un poco en comprender que, aparte de Alberto, echaba de menos algo más.

Era la eterna pregunta de si tenía que dejar a mi padre. La pregunta había desaparecido y de repente mi madre se dio cuenta de que no volvería jamás, porque en el sobresalto había dejado a mi padre.

Se dejó caer de nuevo en la almohada y miró hacia la bombilla desnuda y oscura que colgaba sobre la cama de Alberto. Podías pasar años sufriendo el acoso de una pregunta insistente, pero ponías cartas en el asunto y desaparecía de inmediato, en el instante fugaz que dura un sobresalto. Mi madre había dejado a mi padre, y el hecho de que él ya la hubiera dejado a ella no venía al caso. Mi padre vivía inmerso en un verdadero desfase horario y, desde su punto de vista, lo había dejado ella primero.

Y mi padre, por supuesto, se había dado cuenta. Se había dado cuenta a pesar de estar muy lejos, en Siberia, y había llamado desde una cabina telefónica justo en el segundo en el que mi madre se había sobresaltado, aunque no había podido coger el teléfono porque no estaba en casa, sino sentada en la cama de Alberto. Por eso a mi padre, en la cabina telefónica siberiana, no le quedó más remedio que esperar e insistir, y Selma, en el piso de abajo, tuvo que taparse los oídos con la almohada para no oír cómo el timbre del teléfono sonaba sin parar.

Después del sobresalto, mi madre no consiguió dormirse de nuevo, de modo que decidió vestirse y, sin pasar por la heladería para saludar a Alberto, salió a pasear por el pueblo dormido. Contempló las fachadas de las casas que tan bien conocía desde hacía décadas y por primera vez las notó realmente familiares, cercanas. Mientras caminaba por las calles, el espacio que ganaba con la desaparición de la pregunta se extendía más y más.

Mi madre siempre había tenido las yemas de los dedos frías, pero, en ese instante y por primera vez desde que podía recordar, notó cierta calidez. A mi madre no se le daba bien separarse, pero ya separada se sentía muy bien.

Estuvo paseando más tiempo del que daba de sí el pueblo, y no quería

despertarme, pero se sentía tan feliz de estar allí que no pudo esperar más allá de las seis de la mañana para entrar en la cabina telefónica que había junto a la tienda, donde el rótulo de la puerta se encendió parpadeando y el repartidor se detuvo delante.

Frederik y yo nos sobresaltamos mucho cuando sonó el teléfono. Me asusté porque sabía que la gente sólo llamaba tan temprano por una muerte inminente o por un amor inmediato, y, puesto que todo lo que el amor podía tener de inmediato estaba tendido en el sofá junto a mí, pensé que había muerto alguien.

—Siento despertarte tan temprano, Luise —se disculpó mi madre—. Pero sentía la necesidad de contarte una cosa: he dejado a tu padre —dijo—, ¡y ahora estoy sola!

Lo dijo con el mismo entusiasmo que si me hubiera dicho todo lo contrario: «¡He conocido a alguien!».

—Enhorabuena —dije.

—Y quería decirte —prosiguió, respirando profundamente—, quería decirte que siento mucho no haber estado siempre a tu lado.

Me pasé la mano por la cara y pensé que, si realmente le había dado muy fuerte por disculparse, la conversación podía durar un año entero.

—Cosas de la vida —le solté, por decir algo.

Mi madre miraba la camioneta del proveedor. El hombre empujaba hacia la tienda un carro de reparto cubierto con una lona gris y se detuvo a medio camino para atarse los cordones de un zapato.

Si en ese preciso instante hubiera aparecido Elsbeth y hubiera dicho: «Mira, Astrid, parece un muro de las lamentaciones implacable, frente al que todos nos arrodillamos en un momento u otro», mi madre habría comentado: «Sí, parece exactamente eso».

—Pues tengo que aceptar estas cosas de la vida —dijo mi madre.

—Sí —dije—, yo lo hago. Además desde hace tiempo. Y me va bastante

bien, la verdad.

—Sigue durmiendo un poco más, Luischen —dijo mi madre.

Y de veras me habría encantado, igual que a Frederik, porque ninguno de los dos tenía la más mínima intención de seguir esperando a ver si proyectaban el documental. Sin embargo, en cuanto hube colgado el teléfono, volvió a sonar una vez más, y una vez más no fue por un motivo relacionado con la muerte, sino con el amor.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Soy yo —dijo mi padre.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—Entonces ¿por qué me llamas tan temprano?

—Porque no consigo que Astrid me coja el teléfono —dijo mi padre—, y quería decirte algo.

—Siento mucho no haber estado siempre a tu lado —dije.

—¿Qué? —dijo mi padre—. Pero si siempre has estado a mi lado cuando te he necesitado.

—Era broma.

—¿Cómo dices? —preguntó—. No te entiendo muy bien, la conexión es muy mala. Yo...

—¿Estás borracho?

—Sí. Quería decirte que me vi obligado a dejar a tu madre, que no tuve elección. Que no puedes pasar toda la vida al lado de alguien que no para de preguntarse si debería dejarte.

—¿Seguro que no has hablado con mamá?

—Seguro —dijo mi padre—. Ya te he dicho que no he conseguido que me coja el teléfono.

—¿Y por qué me llamas y me lo cuentas a mí?

—Porque no consigo que tu madre me coja el teléfono —dijo entre interferencias.

—Yo también he estado a punto de no coger el teléfono, papá.

—Sólo una cosa más, Luischen —dijo mi padre—. Cuando la gente de Siberia se dispersa para adentrarse en un bosque, grita en intervalos regulares los nombres de los demás, de manera que éstos responden: «¡Estoy aquí!», y todos pueden estar seguros de que a nadie se lo zampa un oso siberiano, y yo he llamado a Astrid, pero no consigo hablar con ella y...

—Papá, tengo visita —lo corté—. Y no es un oso siberiano.

—Dios mío, Luise, lo siento mucho, se me había olvidado —dijo mi padre—. Salúdalo de mi parte.

Colgué, regresé a mi cuarto, me tumbé en la cama, me tapé con la colcha hasta la barbilla y miré a Frederik.

—Pareces la persona más cansada del mundo —me dijo preocupado.

—Mi padre no consigue hablar con mi madre porque mi madre no le coge el teléfono a mi padre, y no se lo coge porque ella ha decidido dejarlo después de que él la hubiera dejado a ella, porque estaba harto de que ella se preguntara sin parar si tenía que dejarlo —intenté explicar—. Ah, y te manda saludos, por cierto.

—¿Y es necesario que te molesten con todo eso? —preguntó Frederik antes de acostarse de nuevo—. Dame la mano.

La saqué por el borde de la cama y la tendí hacia él de modo que me la pudiera agarrar sin problemas. Nos separaba la distancia justa para mantener esa posición y así estuvimos durante un buen rato.

—¿Te parece bien si mañana vamos al pueblo? —pregunté.

—Con mucho gusto —dijo Frederik.

Y así nos quedamos un buen rato, hasta que Frederik acabó durmiéndose y dejó caer mi mano.

Sesenta y cinco por ciento

Fuimos en mi coche. Llovía a cántaros y los limpiaparabrisas se movían a un ritmo frenético.

—No veo casi absolutamente nada —dije.

Frederik se inclinó hacia mí y desempañó un poco el cristal con la manga de la chaqueta. Iba tarareando una melodía que no me sonaba de nada. Pensé en la lista con la que había recorrido el pueblo y deseé haber incluido algo más después de los pantalones nuevos que me había acabado comprando. Conducía con la cabeza muy cerca del parabrisas, como si esa posición forzada me sirviera para descifrar lo que había tras el cristal totalmente empañado y anegado. *Alaska* dormía plácidamente en el asiento de atrás.

—Respira, Luise —dijo Frederik mientras abría ventanitas en el vaho del cristal para que yo pudiera divisar la carretera; desde que leía libros sobre budismo, el óptico también lo decía a menudo.

—Llevo toda la vida respirando —exclamé yo.

Frederik me puso una mano en la barriga.

—Sí, pero desde aquí —dijo—. No es bueno respirar sólo de forma superficial.

Selma tenía razón, había confundido algo. Frederik no me había sorprendido como lo habría hecho un agente judicial o un infarto de miocardio, y yo había cumplido mi propósito de controlar el bloqueo. Pensé que el preciado «aquí y ahora» del que siempre hablaba el óptico debía de ser eso. Y ahí estaba yo, aunque a duras penas veía nada, en pleno «aquí y ahora» en lugar de dejarme llevar por los *peros* y los *cuandos*, cogiéndole la mano a Frederik. Luego vino el gran estrépito, y aunque en ese instante tuve

la certeza de que algo había estallado en mi corazón, algo que lo había mantenido frenado durante demasiado tiempo, lo cierto es que fue un pistón del motor.

Frederik fue corriendo bajo la lluvia hasta una cabina de teléfonos para llamar a Selma, avisarla de que nos retrasaríamos y pedirle que el óptico buscara la tarjeta del Club del Automóvil y nos mandara a un mecánico. *Alaska* y yo nos quedamos en el coche. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía los pies mojados. Miré hacia el suelo y vi que la zona del embrague, el freno y el acelerador estaba encharcada. Miré hacia atrás, entre los asientos, y vi que también allí había agua. Salí del coche con *Alaska* y di una vuelta entera al vehículo sin saber muy bien qué buscaba.

Frederik llegó calado hasta los huesos, con el hábito que llevaba bajo la chaqueta completamente pegado a las piernas. Abrí la puerta del coche y le mostré la zona de los pedales. Frederik se inclinó sobre el asiento del conductor.

—¿Cómo ha entrado ahí el agua?

—No tengo ni la más remota idea —dije—. Cuando me he dado cuenta, ya estaba así. He preferido salir, me daba miedo sufrir una descarga eléctrica.

Nos quedamos en el arcén, soportando el frío de noviembre bajo la insistente lluvia, y me acordé de lo que el óptico nos había dicho a Selma y a mí: que cada momento tiene algo bello por mucho que a veces cueste descubrir qué es. Le di unos toques a Frederik en el antebrazo y señalé hacia el asfalto.

—Mira qué colores se ven en ese charco de ahí, parece un arcoíris.

—Mucho me temo que es aceite —constató.

El mecánico llegó de muy buen humor.

—¿Ya ha empezado el Carnaval? —dijo, riendo.

—Eso parece —dijo Frederik, señalando el impermeable blanco del mecánico, que parecía más propio de los equipos forenses de las series

policíacas.

El mecánico examinó el motor.

—Este pistón no volverá a moverse jamás —sentenció—. Está gripado.

—Además, hay agua en la zona de los pies —dije—, y eso que el coche estaba bien cerrado.

El mecánico arqueó las cejas y rodeó el vehículo con una lentitud que no encajaba en absoluto con lo mucho que llovía. Comprobó las ventanillas, el techo y las puertas, pero no encontró nada destacable y decidió echar un vistazo a los bajos del coche. Yo estaba pensando en las frases budistas del óptico, por lo que no se me ocurrió preguntarle si era posible hacer todo eso un poco más deprisa.

—¿Y bien? —preguntó Frederik cuando el mecánico volvió a salir de debajo del coche.

—A decir verdad, no me explico cómo ha entrado tanta agua —dijo el hombre, consternado; era evidente que no estaba acostumbrado a encontrar averías tan inexplicables.

Alaska tiritaba y yo temblaba de pies a cabeza. Frederik me rodeó con un brazo a pesar de que él también tiritaba. Al final, el mecánico se dio por vencido, encogiéndose de hombros.

—El agua siempre busca su cauce —dijo.

—Eso es cierto —dijo Frederik—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Los llevaré yo —respondió el mecánico.

Ató mi coche a su camioneta y lo remolcó. Dentro iba Frederik, mientras que *Alaska* y yo fuimos con el mecánico para mostrarle el camino. El tipo cubrió el asiento con una lona para que no se lo dejáramos todo empapado.

—El agua siempre busca su cauce, por mucho que nos empeñemos en evitarlo —dijo.

El ambientador con forma de arbolito que colgaba del retrovisor decía que era de manzana verde, pero olía exactamente igual que el spray de Brisa Azul Oceánica del señor Rödder. Costaba apreciarlo por culpa del olor a

perro mojado, requería un esfuerzo tan vano como el de los limpiaparabrisas intentando contrarrestar la lluvia. Me giré, saludé a Frederik y él me devolvió el saludo.

—Después de todo, el cuerpo humano está formado por un sesenta y cinco por ciento de agua —explicó el mecánico.

—Especialmente, en los días como hoy —repliqué, apartándome de la cara el cabello empapado.

Ante nosotros apareció el rótulo del pueblo. El mecánico y Frederik se detuvieron frente a la pendiente que llevaba hasta casa, donde nos esperaban Selma y el óptico bajo un paraguas de color rojo.

Mil años en el mar

Vinieron hacia nosotros y Selma abrió otro paraguas.

—*Konnichiwa* —dijo el óptico con una profunda reverencia, y Frederik respondió del mismo modo.

Frederik y Selma se dieron la mano y se miraron atentamente.

—Pues no parece de Japón —comentó Selma—. Más bien de Hollywood.

El óptico y yo pensamos en las varias vidas que tenemos según el budismo, porque por la manera en que se miraron Selma y Frederik parecía que hubieran coincidido al menos en una vida, y no en una cualquiera: era como si juntos hubieran luchado para evitar el fin del mundo o como si hubieran crecido juntos en la misma familia.

—Usted tampoco es como yo me esperaba —dijo Frederik—. Se parece a alguien de la tele, pero ahora no sabría decirle a quién.

Y fue en ese preciso instante cuando el óptico y yo caímos.

«Dios mío, tiene razón», pensó el óptico. Yo llegué a la misma conclusión con el mismo grado de sorpresa, y ninguno de los dos entendíamos cómo habíamos podido vivir hasta entonces sin habernos dado cuenta.

Selma frunció el ceño al ver que el óptico y yo la mirábamos como si la estuviéramos viendo por primera vez.

—Vamos dentro, rápido —dijo, y entramos en casa.

—Tenga cuidado de no poner los pies ahí —dijo el óptico, señalando la zona marcada con cinta roja en la cocina—, podría hundirse el suelo. Por eso puse la marca —explicó.

Frederik examinó la cinta roja desde el umbral de la puerta.

—Hace ya mucho tiempo que las puse —añadió el óptico—. Y bueno, sí, ya sé que no es plan que estén así.

—Por lo visto, sí —dijo Frederik con una sonrisa, y acto seguido se quitó los zapatos, por lo que los demás decidimos descalzarnos también.

Selma nos trajo toallas y un albornoz y luego entramos en la cocina. Intenté fijarme en la cocina de Selma como si la viera por primera vez, como la estaba viendo Frederik. El papel amarillo de la pared, el aparador azul celeste con cortinas plisadas de color gris en las puertas de cristal, el banco del rincón y la vieja mesa de madera, llena de arañazos. El linóleo gris con el círculo rojo marcado en el suelo, cerca de la ventana, ese suelo gris sobre el que Martin había dicho en una ocasión que parecía el ojo de una ballena, un ojo rodeado por unos párpados absolutamente hinchados. Y el calentador sobre el fregadero, en el que Martin y yo pegábamos los cromos que nos salían en las galletas Hanuta: una manzana mordida sonriente que decía: «Estoy para comerme», o una nuez con el ceño fruncido que exclamaba: «Soy dura de pelar». Intenté ver como si fuera la primera vez la lechuza de macramé que le había regalado a Selma la esposa del tendero y las cortinas de lino que llegaban justo hasta el alféizar de la ventana.

No lo conseguí, era como intentar perder algo a propósito.

Selma tenía una fuente de coles de Bruselas en el horno, como siempre que alguien la visitaba por primera vez: después de comer un plato de coles de Bruselas las cosas no podían empeorar. A través de los cristales empañados de las ventanas vimos que llovía todavía con más intensidad, llovía como si todas las cataratas del mundo se hubieran puesto de acuerdo para caer encima de nosotros al mismo tiempo.

En la mesa de la cocina, junto a un paquete de Mon Chéri, había un libro sobre budismo que enseguida fue a parar al cajón de los cubiertos.

—¿Puedo? —preguntó Frederik, y señaló el paquete de Mon Chéri.

—Por supuesto —dijo Selma.

—Delicioso —dijo Frederik, asintiendo muy serio.

Selma también asintió, como si los Mon Chéri exigieran un paladar excepcional al alcance de pocos expertos en todo el mundo.

—Estáis chorreando —dijo finalmente Selma.

—Oh, lo siento —se disculpó Frederik.

Con una mano cogió el albornoz y una toalla y con la otra pescó otro Mon Chéri.

El óptico empezó a despejar la mesa y Selma fue a remover la salsa que tenía en los fogones, pero, cuando la puerta del baño se cerró detrás de Frederik, los dos se dieron la vuelta y se me acercaron corriendo.

—¿Todo bien? ¿Hormiguelo en los brazos? —preguntó Selma.

—¿Grado de bloqueo? —preguntó el óptico.

Ambos me miraban como si acabaran de ingresarme en urgencias.

Le acaricié el pelo a Selma, reconociendo ya lo mucho que se parecía al de Rudi Carrell.

—Todo bien —los tranquilicé—. Bloqueo casi inapreciable, estado general estable.

—Me alegro —dijo Selma.

Frederik salió del baño con el albornoz puesto y el hábito empapado colgado de un brazo, y yo entré en el baño con una toalla y un vestido de Selma.

Mientras las coles de Bruselas se cocían en el horno, Frederik se sentó frente al radiador de la sala de estar, justo en el lugar desde el que mi bloqueo y yo le habíamos llamado por teléfono por primera vez.

La sala de estar estaba más ordenada que de costumbre. Los estantes, con los libros derechos como velas y sin una sola mota de polvo; los periódicos, perfectamente apilados sobre la mesita; y los cojines sobre el sofá rojo daban la impresión de no haber soportado jamás el peso de nadie.

Frederik vio que Selma colgaba nuestra ropa empapada en el tendedero.

—¿La ayudo? —preguntó.

Selma, cómo no, rechazó el ofrecimiento.

—De ninguna manera. Usted quédese ahí hasta que entre en calor, que está calado hasta los huesos.

Selma lo tendió todo con tanto esmero que parecía que la ropa fuera a quedarse ahí para siempre, como si estuviera marcando la pauta que las generaciones venideras utilizarían para aprender a tender la colada.

—Usted sí que es una buena budista —dijo Frederik.

Selma puso la última pinza en mis pantalones y se volvió hacia él.

—Menos mal que alguien se ha dado cuenta —dijo ella.

Todos nos comimos un segundo plato de coles de Bruselas excepto Frederik, que se zampó cuatro. Cuando el óptico hubo terminado, dejó los cubiertos en el plato y se aclaró la garganta.

—Me gustaría hacerle una pregunta —le dijo a Frederik mirándome a mí de reojo—. ¿Es cierto que algo puede desaparecer si intentamos verlo pero no puede desaparecer si no intentamos verlo? —preguntó, intentando disimular el dolor de la patada en la espinilla que le di por debajo de la mesa—. No es que me interese el punto de vista del budismo —se apresuró a aclarar—, se lo pregunto como óptico.

Frederik se limpió los labios con la servilleta antes de responder.

—Pues yo tampoco lo sé —reconoció—. Tendré que pensarlo.

Selma señaló hacia la ventana: tres figuras con paraguas se acercaban por la cuesta. Eran Elsbeth, Palm y el tendero.

Selma les abrió la puerta.

—Hola —dijo Elsbeth, tendiéndole una batidora de cocina—. He pensado que ya iba siendo hora de que te la devolviera. Y mira tú qué casualidad, como andaba por aquí he pensado...

—Sí, y nosotros hemos traído helados —dijo el tendero desde detrás de Elsbeth, cargado con una bandeja enorme.

Selma se apartó para dejarlos entrar y volvió con ellos a la cocina. Yo me acerqué más al óptico, dudando de que lo de abrirse al mundo fuera realmente bueno.

El óptico me sonrió.

—El budismo también consiste en aceptar cada vivencia sin condiciones —me susurró.

Elsbeth se había acicalado de lo lindo: llevaba un vestido negro con un estampado de enormes flores violetas y un sombrero violeta con el velo negro y un ramillete de violetas en el ala. Frederik se levantó y Elsbeth le estrechó la mano.

—Ay, encantada de conocerle —exclamó con una sonrisa radiante—, le esperábamos con verdadero anhelo.

—Gracias —dijo Frederik—. Bonito sombrero.

Elsbeth se sonrojó.

—¿Usted cree? —preguntó, tocándose el ramillete de violetas—. Por cierto, ¿sabía que quien huele violetas o se vuelve loco o le salen pecas?

—Elsbeth, por favor —susurré, consiguiendo que se sonrojara todavía más.

—Bueno, eso es lo que dice cierta gente —se apresuró a añadir—. Pero yo no, que conste. Considero que son más bien... —Miró a su alrededor con la esperanza de que alguien la ayudara a terminar la frase, pero a nadie se le ocurrió nada—. Bueno, últimamente tenemos polémica respecto a la fiesta de Navidad que se celebra en la casa consistorial —dijo, sin que viniera a cuento—. No nos ponemos de acuerdo sobre si deberíamos celebrarla por la tarde o por la noche. Es... —empezó a decir, y fue como si intentara recordar algo que hubiera aprendido muchos años atrás— un tema muy interesante.

Frederik se inclinó sobre ella y olió el ramillete de violetas.

—Espero que me salgan pecas —dijo—. ¿Qué hay dentro de ese paquete?

—Encantado —dijo el tendero, colocándose delante de Elsbeth—. Yo soy el tendero —se presentó, y comenzó a desenvolver la bandeja, en la que había

siete vasitos de helado con sombrillas—. Son de la heladería, hemos traído dos Amores Furtivos medianos, un Anhelos Intenso —dijo, dejándolos sobre la mesa a medida que los iba enunciando—, una Tentación Ardiente, y el mejor de todos, la última creación de Alberto: un Astrid Tropical. Por cierto, que Astrid también vendrá dentro de nada.

—Delicioso —dijo Selma.

Nos apretujamos todos alrededor de la mesa, que Selma procedió a recoger enseguida, y Palm, que todavía no había abierto la boca, quedó arrinconado en un extremo como si fuera un chiquillo tímido, con el mechón rebelde apuntando hacia el cielo. Debido a la falta de espacio, el óptico tuvo que poner un brazo sobre el respaldo del banco y pasarlo por detrás de Palm, aunque se cuidó mucho de tocarlo.

—Éste es el señor Werner Palm —dijo Selma, y Frederik le estrechó la mano por encima de la mesa.

—Me alegro de conocerle —dijo Frederik.

Palm no dijo nada. Se limitó a sonreír y asentir.

—Cuéntenos —pidió Elsbeth—, ¿cómo es la vida en el monasterio?

—¿Por qué se decidió precisamente por el budismo? —preguntó el tendero—. ¿No pensó en la posibilidad de aprender un oficio en lugar de eso?

—¿Hay alguna budista en su vida? —preguntó Elsbeth.

—A mí me interesaría saber cómo se puede sobrellevar la tentación ardiente y el anhelo intenso cuando uno está obligado a mantener una indiferencia impertérrita —dijo el tendero—. ¿Es usted célibe?

—El óptico nos contó que a veces, durante la meditación, otros monjes les pegan —dijo Elsbeth—. ¿Es eso cierto?

—¿Nos sabría decir algo en japonés? —preguntó el tendero.

—¿Queréis hacer el favor de callaros de una vez? —dijo, levantando la voz.

Todos se me quedaron mirando como si hubiera propuesto algo de lo más inadecuado que más valía ignorar, de manera que enseguida volvieron a

clavar sus miradas en Frederik. Éste dejó la cuchara junto al Anhelado Intenso y explicó que el monasterio era un lugar muy silencioso y que el budismo en realidad era un oficio, que no había ninguna budista en su vida, en cualquier caso ninguna incompatible con el celibato, que a veces sí recibían algún bastonazo durante la meditación, pero que era para bien, para reforzar la musculatura del cuello, y luego dijo:

—*Umi ni sennen, yama ni sennen.*

—¿Qué significa? —preguntó Elsbeth.

—Mil años en el mar y mil años en las montañas —dijo Frederik.

—Ay, qué bonito —exclamó Elsbeth, y me dio unas palmaditas en la mano por encima de la mesa—. Esto podría haberlo dicho tu padre perfectamente.

Todos sonrieron a Frederik como si por fin empezaran a proyectar un documental premiado.

Frederik también esbozó una sonrisa, aunque parecía más bien avergonzado.

—Son ustedes muy amables —dijo.

—Sí, ¿verdad? —dijo Elsbeth, sentándose más erguida.

Frederik se levantó.

—Voy a ver si ya se ha secado el hábito —dijo, y todos asentimos con sorpresa, puesto que habíamos asumido que el albornoz que llevaba puesto también era un hábito.

En cuanto Frederik salió por la puerta, todos se volvieron hacia mí.

—Un buen tipo —dijo el tendero.

—Es fantástico —dijo Elsbeth—. No es tan guapo como decías, pero es muy inteligente.

Hablaban de él como si yo fuera una exploradora, y Frederik, mi último descubrimiento. Palm se limitaba a asentir sin decir nada.

—Bioluminiscencia —dijo el óptico de repente.

—¿Qué es eso? —preguntó Elsbeth.

—Es la capacidad de ciertos animales para emanar luz —explicó.
Selma no dijo nada, se limitó a acariciarme el pelo.

Frederik y yo fuimos con *Alaska* a pasear por el Uhlheck. Él se puso el impermeable amarillo del óptico por encima del hábito. Yo todavía llevaba puesto el vestido de Selma bajo su impermeable amarillo.

—Somos una verdadera sinfonía amarilla —dijo Frederik.

También nos habíamos puesto botas de agua. Selma tenía botas de agua de todas las épocas y de todos los tamaños. Frederik sostenía el paraguas de Selma para cobijarnos a los dos.

—Werner Palm no es muy hablador —comentó Frederik.

Le expliqué que casi nunca decía nada a menos que se le ocurriera una cita bíblica que viniera a cuento, pero que siempre estaba encerrado en su casa y eso era lo más importante: que Palm estuviera con nosotros, que se sentara a la mesa en lugar de quedarse solo en su casa.

—Tú tampoco es que hables mucho, Luise —dijo Frederik.

No le confesé que me había agobiado el hecho de verlo sentado a la mesa, el hecho de abrirme al mundo, al fin y al cabo, y también el hecho de que él también se abriera a mi mundo, es decir, al mundo formado por Selma, el óptico, el tendero, Elsbeth y Palm. No le dije nada sobre la lista que llevaba en el bolsillo de los pantalones, sobre los puntos que nadie había cumplido, ni constaté que en esas circunstancias no puede decirse gran cosa y más vale mirar y callar.

—Rudi Carrell —dije.

—¿Dónde? —preguntó Frederik, levantando la mirada.

—Selma —dije—. Se parece a Rudi Carrell.

—¡Exacto! —exclamó Frederik—, me refería precisamente a él.

Llovía con tanta intensidad que apenas se veía nada: el camino y el campo ya ni siquiera se distinguían y la belleza del paisaje, al que por una vez podría haber prestado atención como si lo hubiera descubierto yo misma, quedó

aguada por la lluvia. Agarré el paraguas por uno de los bordes, puesto que amenazaba con romperse.

Frederik cerró el paraguas, me agarró la mano y se produjo una especie de desfase horario pero a lo grande: como si hubieran pasado muchos años desde la noche anterior, cuando me había cogido la mano por primera vez, como si fuera de lo más natural que en esa situación me cogiera de la mano.

Volvimos a casa corriendo como sólo había corrido de niña con Martin, cuando creíamos que nos perseguía una bestia infernal o un muerto inexistente. *Alaska* corría a nuestro lado y seguro que le costaba lo suyo, porque con el pelaje empapado debía de pesar más que nunca.

El óptico nos llevó en coche de vuelta a la ciudad.

Realmente, Palm no había abierto la boca en todo el rato. Sólo al final, cuando todos se habían levantado y esperaban junto a la puerta para despedirnos efusivamente, Palm había dado un paso adelante, le había estrechado la mano a Frederik y le había dicho:

—Le deseo toda la abundante bendición de Dios.

—Yo también se la deseo a usted —había respondido Frederik, y la reverencia que le dedicó a Palm fue tan honda que Palm extendió la otra mano para agarrarlo creyendo que perdería el equilibrio, aunque al final no fue necesario sostenerlo.

Cuando llegamos al final del pueblo, frente a la casa de Marlies, nos encontramos con mi madre. Se cubría la cabeza con un ramo de flores enorme, con los tallos muy largos y envuelto en celofán. El óptico frenó junto a ella y bajó la ventanilla. Estaba lloviendo a cántaros otra vez, y mi madre metió la cabeza empapada por la ventanilla.

—Mierda, siempre llego tarde —exclamó—. Lo siento. —Alargó la mano por encima de la cabeza del óptico y estrechó la de Frederik—. Soy Astrid, la madre de Luise. Y desde hace poco, también la ex del padre de Luise.

—Encantado —dijo Frederik.

Mi madre sacó la cabeza del coche.

—Esto es para usted —dijo, metiendo el ramo por la ventanilla; eran gladiolos de tallos larguísimos.

—Oh, gracias, son muy bonitas —dijo Frederik.

Se colocó el ramo entre las piernas, las flores tocaban el techo del coche.

Mi madre golpeó la ventanilla de atrás y me dedicó una sonrisa. Parecía contenta y muy joven. Mientras la saludaba vi que algo se movía tras ella, en la ventana de la oscura sala de estar de Marlies. Mi madre se tapó la cabeza con el bolso, un gesto completamente inútil, y siguió corriendo calle abajo. Yo abrí la puerta del coche y fui corriendo a casa de Marlies.

—¡Marlies, soy yo! —grité—. ¿Quieres venir a saludar un momento?

Nada, ni el más mínimo movimiento.

—No es necesario que seas simpática. Fue una mala idea pedírtelo.

Marlies abrió la ventana apenas un resquicio.

—¡Dejadme en paz, tú y tu absurda visita! —gritó.

—De acuerdo —dije—. Que te diviertas —añadí, y volví a subir al coche.

Frederik se volvió hacia mí.

—¿Viene alguien más?

—No —dije—. Ya no vendrá nadie más.

El pesado corazón de la ballena azul

El coche del óptico era un Passat familiar de color naranja de la década de 1970 que también podría haber servido para encontrar la fórmula de la inmortalidad. El óptico había utilizado ese coche para llevarnos a la escuela a Martin y a mí cuando el tren regional no podía circular por culpa de la nieve, y también para llevarme a mí cada día durante el medio año siguiente a la muerte de Martin, puesto que yo me negaba a volver a subir al tren.

—¿Por qué no se abrió la puerta que estaba en mi lado? —le había preguntado al óptico dos meses después de la muerte de Martin, desde el asiento trasero del Passat.

El óptico se detuvo en la cuneta. Puso las luces de emergencia y me miró durante un buen rato por el espejo retrovisor. Yo iba sentada sobre dos cojines para que el cinturón de seguridad me quedara a la altura correcta. Desde la muerte de Martin, el óptico me obligaba a abrochármelo incluso en el asiento de atrás.

Se volvió hacia mí.

—¿Te acuerdas de cuando te enseñé a leer la hora y te expliqué lo de la diferencia horaria?

Asentí.

—También te expliqué las mayúsculas y las minúsculas, el uso de los acentos y las tablas de multiplicar. Y te enseñé a reconocer todos los árboles de hoja caduca y de hoja perenne que conozco. Te expliqué cosas sobre animales acuáticos y terrestres.

Volví a asentir y pensé que si el óptico era capaz de relacionar las cosas más dispares, también debía ser capaz de relacionar las tablas de multiplicar

con la puerta de un tren regional.

—Y cuando seas mayor —prosiguió el óptico—, te explicaré muchas cosas más. Puedo enseñarte la estructura y el funcionamiento del ojo humano, y enseñarte a conducir y a colgar cualquier cosa en la pared con tacos. Puedo explicarte cómo funcionan las coordenadas terrestres y las constelaciones. Te puedo explicar incluso cosas que ni yo mismo comprendo. Cuando quieras saber algo sobre lo que yo no tenga ni idea, leeré todo lo que encuentre sobre el tema para poder explicártelo. Puedes contar conmigo para lo que sea porque estaré a tu lado —dijo el óptico, y extendió una mano por encima del asiento para acariciarme la mejilla—. También para intentar responder a preguntas como ésta.

Salió del coche, rodeó el Passat y se sentó junto a mí en el asiento trasero.

—Es la primera vez que me siento aquí detrás —dijo, mirando a su alrededor—. La verdad es que se está muy bien aquí contigo, Luise.

Se miró las manos como si hubiera atrapado mi pregunta al vuelo, como si la estuviera sujetando para poder examinarla desde todos los ángulos.

—Pero no hay respuesta para esa pregunta —dijo el óptico—. En ninguna parte del mundo la encontrarás. Ni siquiera fuera del mundo.

—¿Ni siquiera en Kuala Lumpur? —pregunté, puesto que era el lugar en el que se encontraba mi padre entonces.

—Ni siquiera allí —dijo el óptico—. Buscar respuestas a ese tipo de preguntas es como si Vasili Alekséyev intentara levantar cien mil kilos.

—Eso no puede hacerlo nadie —dije.

—Exacto —respondió el óptico—. Es anatómicamente imposible. Y la respuesta a esa pregunta también es anatómicamente imposible.

Puso su mano sobre la mía, tan pequeña en comparación que desapareció por completo.

—Habrà momentos en la vida en los que te preguntarás si has hecho algo bien —dijo—. Es lo más normal, también es una pregunta de peso. Una pregunta de ciento ochenta kilos, diría yo. Pero esa pregunta tiene respuesta.

Sueles encontrarla cuando ya eres bastante mayor, y no sé si Selma y yo todavía estaremos aquí cuando llegue ese momento. Por eso quiero decirte esto ahora: cuando aparezca esa pregunta y no se te ocurra ninguna respuesta, recuerda que a tu abuela y a mí nos has hecho muy felices, tan felices que eso ya justificará toda tu vida, desde el principio hasta el final. A medida que me hago mayor, estoy más y más convencido de que nos crearon sólo para ti. Y que si existe un buen motivo para existir, ése eres tú.

Me apoyé en el hombro del óptico y él apoyó su mejilla en mi cabeza. Durante un buen rato no se oyó más que el sonido intermitente de las luces de emergencia.

—Muy bien, pero ahora alguien debería llevarme a la escuela —dije.

El óptico sonrió.

—Ése soy yo —dijo, y me dio un beso en la cabeza y volvió a ocupar el asiento del conductor.

Durante un buen rato, Frederik intentó encontrar la manera de dejar aquellas flores enormes en algún lugar más cómodo. Al final desistió y decidió apoyar la cabeza en la ventanilla para al menos poder ver algo por uno de los lados.

El óptico le iba lanzando miradas de vez en cuando, pero el ramo le impedía verle la cara.

Alaska dormía. Ocupaba casi todo el asiento trasero, y eso que tenía la cabeza sobre mi regazo. Sólo se oía el golpeteo de la lluvia, el trajín de los limpiaparabrisas y el crujido del celofán. Con las yemas de los dedos toqué la parte superior de la ventanilla cerrada que el agua recorría en diagonal.

«Este viejo coche te protege», pensé.

—¿Puedo confiarle algo? —preguntó el óptico de repente, sin desviar la mirada de la carretera.

—Por supuesto —respondió Frederik tras el ramo de flores.

El óptico echó un vistazo fugaz por el retrovisor, se aclaró la garganta y todo lo que soltó a continuación lo dijo en voz baja, con la secreta esperanza

de que la lluvia me impidiera oír su voz.

—Nos ha contado lo de los bastonazos —dijo el óptico—. He leído que también reciben golpes cuando se dejan llevar por sus pensamientos durante la meditación. Bueno, pues en mi caso son los mismos pensamientos los que me aporrearán. Y estoy formado por más de un sesenta y cinco por ciento de pensamientos.

A continuación le contó a Frederik lo mucho que lo atosigaban esas voces, que lo llevaban de acá para allá y que se lo reprochaban todo, incluso lo que no había hecho porque ellas mismas se lo habían impedido. Le contó que había intentado contrarrestarlas con los aforismos de las postales y, más adelante, con el budismo, y que había intentado imaginarse como cielo y como río. Frederik no decía nada, seguía con la cabeza apoyada en el cristal, mirando las farolas difusas por el efecto de la lluvia sobre los cristales.

—Seguro que me toma por loco —dijo el óptico—. Seguro que piensa que lo que necesito, y con urgencia, es un médico.

El óptico abrió un hueco en el vaho del parabrisas con la manga del abrigo.

—Ya fui a un médico —dijo—, y me hicieron una electroencefalografía.

El óptico lanzó una mirada hacia Frederik, pero sólo encontró el silencio de los gladiolos.

—Seguro que cree que debería ir a ver a un médico que no use instrumentos ni aparatos. Seguro que piensa que debería acudir a un psicólogo. Pero no quiero ver a ningún psicólogo —dijo, y acto seguido puso el intermitente, puesto que ya casi habíamos llegado—. Los psicólogos llevan chaquetas que crujen y mandan a sus pacientes a ver mundo. Y yo eso no lo quiero. Soy demasiado viejo para el mundo.

«Eres tan viejo como el mundo», pensé desde el asiento trasero.

—Todo esto todavía no se lo había contado a nadie —confesó el óptico a los limpiaparabrisas, a la lluvia, al celofán, a Frederik—. Espero no haber abusado de su confianza.

Detuvo el coche frente a mi casa y fue entonces cuando Frederik, por fin, dijo algo.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

—Venga con nosotros, por favor —añadió.

El óptico me miró y yo asentí.

—De acuerdo, pero me marcharé enseguida.

Ya en mi piso, el óptico rodeó el sofá cama desplegado para ver de cerca la foto de Carnaval enmarcada y la descolgó de la pared.

—Aquí salimos todos —dijo—. Y no me queda nada mal ese disfraz de parterre.

Frederik no llegó a cruzar la puerta de la habitación.

—No puedo con esa estantería —dijo, y se metió en la cocina.

—¿Qué le ocurre a la estantería? —susurró el óptico.

—Según él, está torcida —dije.

El óptico se apartó un paso de ella y examinó la estantería con atención.

—Pues sí. Ahora que lo dices, sí.

—¡¿Podéis venir un momento?! —gritó Frederik desde la cocina.

Nos lo encontramos sentado en una de las dos sillas y señalando la otra. Sobre la mesa estaban los instrumentos de otorrinolaringología de mi padre.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el óptico.

—Por favor, siéntese —se limitó a decir Frederik.

El óptico me lanzó una mirada interrogante y, al ver que yo me encogía de hombros, se sentó. Frederik se puso el espejo frontal de mi padre en la cabeza, pero resultó que le quedaba holgado, por lo que tuvo que sostenerlo con una mano. En la otra tenía un espejo nasal plateado. El óptico lo miró fijamente.

—Ahora examinaré esas voces —dijo Frederik.

—Por el amor de Dios —exclamó el óptico—, esto no va a ninguna parte.

—Ya verá como sí —dijo Frederik—. Es un método nuevo. Japonés.

El óptico lo miró como si fuera el monje quien necesitara un psicólogo con urgencia.

—Y ahora, haga el favor de mirar al frente y quedarse muy quieto —ordenó Frederik, y a continuación se inclinó hacia delante y examinó la oreja del óptico con el espejo.

—En realidad ese instrumento es para la nariz —dije.

Frederik me lanzó una mirada fugaz con el espejo entre las cejas.

—En Japón no —dijo, y lo acercó todavía más a la oreja izquierda del óptico.

Alaska entró y olfateó el estuche de mi padre, donde estaba el resto del instrumental. Seguramente notó su olor, porque de repente pareció más animado.

—¿Y bien? —preguntó el óptico al cabo de un rato.

—Ya las veo. Claramente, además —dijo Frederik.

El óptico no se atrevía a mover ni un dedo. De pronto se acordó de cuando tenía cinco años, de una vez que lo habían llevado al médico del pueblo vecino porque tenía varicela. Había llegado lleno de pústulas rojas, con escalofríos y una fiebre alta que, tanto de día como de noche, le provocaba unas pesadillas terribles que lo hacían llorar incluso mucho después de despertarse.

Había temido ir al médico. Le daba miedo que el doctor le dijera: «Ahora, nada de lloriqueos», y también el tacto frío del estetoscopio. Sin embargo, el médico lo había recibido con mucha amabilidad. «Siéntate, por favor, hombrecito de puntitos», le había dicho, y se había frotado las manos para calentarlas y había calentado también el estetoscopio echándole el aliento, para que no lo notara frío. Luego le había explicado que con un jarabe y un unguento que él le daría entrarían en su cuerpo unos cuantos campeones de boxeo, muy fuertes pero diminutos, tanto que era imposible verlos a simple vista, pero que no obstante eran muy poderosos y especialistas en luchar contra la varicela. El óptico se había encontrado mejor de inmediato al saber

que esos campeones de boxeo invisibles que introduciría en su cuerpo estaban de su parte, dispuestos a cargarse la fiebre y las pesadillas.

Por supuesto, el óptico no había creído ni por un segundo que Frederik hubiera conseguido ver las voces. Pero el niño que había sido en algún momento estuvo encantado de creérselo.

—¿De veras? —preguntó el óptico—. ¿Puede verlas?

—Claramente —insistió Frederik—. Al menos hay tres voces. Y tiene razón, son..., son realmente odiosas.

—¿Verdad que sí? —dijo el óptico, sonriendo.

—No se mueva, por favor —dijo Frederik, y el óptico enseguida miró al frente de nuevo—. Bastante odiosas, sí. Y parece que llevan mucho tiempo ahí.

—Cierto —confirmó el óptico—. Es exactamente como usted dice.

Frederik se sujetó el frontal con más fuerza, cogió el espéculo con los dientes y con la mano libre agarró su taburete por una de las patas para cambiar de posición y examinar al óptico desde el otro lado.

—Ahora le echaré un vistazo al oído derecho —dijo—. Ah, ahora las veo por detrás.

El óptico seguía mirando al frente, muy concentrado en los azulejos que había sobre el fregadero.

—Hay quien les pone nombre —dijo Frederik—, pero a mí no me ha servido de nada.

El óptico, atónito, se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—¿Usted también tiene?

—Claro —dijo Frederik—. Por favor, mire hacia delante otra vez.

—¿Y tiene remedio? —preguntó el óptico, inmóvil.

—A decir verdad, no —dijo Frederik—. Lo más probable es que las voces no desaparezcan —añadió, dándole unos golpecitos con el espéculo en el

lóbulo de la oreja—. ¿Adónde quiere que vayan? No tienen a nadie más, aparte de usted. Además, lo único que saben hacer es atormentarlo.

A Frederik le resbaló el frontal hasta los ojos y se lo echó atrás hasta el cogote.

—Lo que tiene que hacer es ignorarlas. Olvide las postales y el budismo. Son tan viejas que no las sorprenderá con esas cosas.

Dejó el espejo sobre la mesa de la cocina y miró al óptico. Éste cogió el instrumento y lo examinó durante un buen rato.

—Es fantástico lo que se puede hacer con la tecnología moderna —dijo, sonriendo.

El óptico regresó a casa y, una vez allí, se dejó caer bocabajo en su estrecha cama individual. Se sentía pesado, tan pesado como el corazón de una ballena azul, tan pesado como algo anatómicamente imposible de levantar. «Tengo que contarle a Selma —pensó antes de quedarse dormido— que se puede ser tan sólido y pesado. Más que nada, por si no lo sabe.»

Por supuesto, las voces no dejaron en paz al óptico por el mero hecho de que alguien hubiera fingido haberlas visto. Las cosas no se resuelven tan a la ligera. Eso sí, a partir de entonces fueron menos pesadas.

El óptico dejó de prestarles atención. Dejó de contradecirlas, de enfrentarse a ellas y de decirles que él era el cielo o un río. Al fin y al cabo, le rebatían esos argumentos con demasiada facilidad. Optó por no decirles nada más. Simplemente dejó de hablarles.

Con el tiempo, las voces se convirtieron en meros susurros, y sus quejas, en tristes lamentos. El óptico no perdió las voces, pero las voces, con el tiempo, perdieron al óptico.

Cada vez que decían algo, y lo cierto es que seguían hablando a menudo y con insistencia, sus palabras caían más y más en el vacío, como ocurre con los mensajes de un contestador automático averiado.

Bioluminiscencia

—Hacía mucho tiempo que no hablaba tanto como hoy —dijo Frederik.

Estábamos sentados en el alféizar de la ventana, mirando hacia el sofá y la cama, donde la noche anterior ni él ni yo habíamos conseguido pegar ojo. Entre los dos había un cuenco con cacahuetes que Frederik ya había vaciado y vuelto a rellenar.

—Me gustaría poder quedarme más tiempo —dijo Frederik—, pero tengo que volver mañana.

Lo miré y seguramente se me notó que no estaba nada conforme.

—¿Te parece mal? —preguntó.

Pensé en la autenticidad que tanto perseguía el budismo, en cómo yo había intentado anularla en todo el mundo y en cómo el esfuerzo había resultado ser en vano, puesto que la autenticidad se había abierto paso a pesar de todo, y también pensé que las cosas no habían ido nada mal, al fin y al cabo. «Autenticidad —pensé—. Vamos, Luise, tú puedes: a la de una, a la de dos y a la de...»

—No —dije, maldiciéndome los huesos por dentro—. No, no me parece mal.

Un libro de la estantería cayó al suelo. *Compendio del psicoanálisis*. Me lo había regalado mi padre.

—Allí donde vas no paran de caer cosas —apuntó Frederik.

Lo miré de reojo como quien mira a alguien a quien ama y no quiere que se note demasiado. Parecía cansado. Yo estaba absolutamente desvelada, pero fingí un bostezo.

—Se ha hecho tarde —dije—. Debería ir a cepillarme los dientes.

—Pues hazlo —dijo Frederik, y fui a cepillarme los dientes, regresé y me senté de nuevo a su lado.

—Yo también debería cepillarme los dientes —dijo él.

—Pues hazlo —dije yo, y Frederik fue a cepillarse los dientes, regresó y se sentó de nuevo a mi lado.

—Tengo que darle la pastilla a *Alaska* —dije.

—Pues hazlo —dijo Frederik.

Fui a la cocina, donde *Alaska* ya se había tendido en su manta bajo la mesa, hecho un ovillo. Metí la pastilla en una bola de paté, se la di, regresé y me senté de nuevo al lado de Frederik.

—¿Para qué es? —preguntó.

—Para el hipotiroidismo y la osteoporosis —respondí.

Me puse a pensar qué podía hacer a continuación.

—Voy a llamar a Selma —dije—. Le preguntaré si todavía llueve tanto por allí.

—Sí, hazlo —dijo Frederik.

«¿Cómo se puede ser tan guapo?», pensé, y también recordé que el budismo se basa precisamente en la inacción.

—Por cierto: durante todo el rato no hago otra cosa que no besarte —dije.

Me levanté enseguida para ir hacia el teléfono, pero Frederik me agarró por una muñeca.

—Pues yo ya no puedo más —dijo, poniéndome una mano en la nuca y acercando mi cara a la suya—. Todo tiene un límite.

Y entonces me besó y lo besé y fue como si nos hubieran creado para vivir ese momento.

Frederik se quitó el hábito por la cabeza como si fuera un jersey muy largo y luego empezó a desabrochar los botones del vestido de Selma. Los desabrochó muy concentrado, como si estuviera marcando la pauta que las generaciones venideras utilizarían para aprender a desabrochar botones, y eso le llevó muchísimo tiempo. Fue como si hubiera tenido que desabrochar

botones desde Alemania hasta Japón, lo que concedió a mi bloqueo la oportunidad de acomodarse con nosotros en el alféizar de la ventana. Debido al bloqueo, me puse a pensar que nunca había estado desnuda delante de nadie como lo estaría pronto delante de Frederik, y cuando hubo terminado de desabrochar los botones pensé que siempre había procurado desnudarme a oscuras y bajo techo, y que tenía motivos para ello, aunque por suerte también pensé que las cosas pueden desaparecer con sólo decirlas.

—No soy ni la mitad de bonita que tú —dije.

Frederik terminó de desabrochar el último botón, el de abajo del todo, se irguió de nuevo y me apartó el vestido de los hombros.

—Eres tres veces más bonita —dijo.

Me levantó en volandas y me tumbó en la cama, pero sólo a mí: el bloqueo se quedó en el alféizar.

Y todo lo que Frederik hizo a partir de entonces lo hizo con determinación, como si se hubiera pasado años estudiando un mapa de mi cuerpo, como si en Japón tuviera ese mapa colgado en la pared de su cuarto y lo hubiera examinado durante horas y horas para aprenderse el camino de memoria.

Yo no tenía ningún mapa del cuerpo de Frederik. No sabía ni por dónde empezar, por lo que recorrí su pecho y su barriga con las manos.

Frederik me las cogió enseguida.

—Tú ahora no harás nada —me dijo, y empujándome suavemente los hombros me echó de nuevo sobre el colchón.

—¿Frederik? —susurré mientras él seguía explorando mi cuerpo por abajo, por dentro, demostrando que su boca y sus manos no buscaban, sino que encontraban.

—¿Qué? —murmuró él, como si yo hubiera interrumpido un descubrimiento revolucionario de la forma más inoportuna posible.

—Es que... —balbuceé— es que... eres increíblemente preciso.

Frederik levantó la mirada.

—¿No crees que como eslogan sería más adecuado para una maquinilla de afeitar?

Me sonrió, pero sus ojos ya no eran de color azul cian ni turquesa, sino casi negros. Me acordé de lo que el óptico me había contado de niña acerca de las pupilas, que se dilatan cuando hay mucha oscuridad o cuando sientes mucha alegría.

Frederik se tumbó a mi lado, apoyó la cabeza en mi cuello y puso una mano en mi pecho. Dentro, el corazón me latía desbocado, y pensé que no tenía nada que ver con el de una ballena azul.

—¿Por qué estás tan quieto? —pregunté.

Frederik me besó antes de responder.

—Estoy tan quieto porque tú estás muy nerviosa —dijo, acariciándome el cuello con el dorso de la mano—. Ya te he dicho que no tienes que hacer nada —susurró.

—Si no hago nada de nada —dije.

—No es verdad —susurró Frederik—. No paras de pensar todo el rato.

Volví la cabeza hacia él y posé mis labios en su frente.

—¿Y tú no piensas en nada?

—No —dijo a un milímetro de mi cuello y aferrándose a mi cintura—. Mañana seguramente pensaré unas cuantas cosas, pero ahora no —murmuró, posando la mano plana bajo mi ombligo.

Incapaz de seguir inmóvil ni un segundo más, rodeé su espalda con mis brazos.

—Seguro que mañana pensaré muchas muchas cosas —siguió susurrando mientras usaba una pierna para separar las mías—, pero ahora no, Luise —dijo, aunque esa parte ya no la oí.

Hacia las tres de la madrugada me desperté y vi a Frederik durmiendo a mi lado, bocabajo y con la cara vuelta hacia mí. Lo estuve observando un buen rato y le acaricé el codo con la yema de un dedo.

—Recuérdalo todo bien —dije en voz baja, y me lo dije a mí misma pero también al bloqueo, que seguía en el alféizar.

Me senté en el borde de la cama. Por unos instantes pensé que debía de haber llovido y había entrado agua en la habitación, pero el charco oscuro que había en medio de la sala resultó ser el hábito de Frederik.

La colcha estaba en el suelo desde hacía mucho. La recogí muy despacio, con la calma propia de un pescador anciano recuperando su red del agua. Me llevó un buen rato. Mis brazos eran agua en un noventa por ciento, me había entregado por completo al amor.

Entretanto, el óptico se había sentido más pesado que nunca, se había dormido bocabajo en su estrecha cama individual y no movió ni un solo músculo en toda la noche. Entretanto, Elsbeth se había quedado dormida en su sofá al lado de Palm. Elsbeth se despertó apenas un instante, lo justo para darse cuenta de que se había dejado llevar por el sueño.

—Perdona, Palm, pero es que me cansa mucho escuchar tantas citas y tantos comentarios sobre la Biblia.

—No tienes por qué disculparte, querida Elsbeth —contestó él con una sonrisa.

Tras lo que Elsbeth volvió a quedarse dormida enseguida y Palm prosiguió con sus explicaciones hasta que el sueño lo venció también a él.

Entretanto, Marlies seguía despierta. Estaba de pie frente a la ventana, comiendo guisantes directamente de la lata. Comía de pie y sin ocultarse, algo que sólo era posible de noche, cuando sabía que nadie pasaría a molestarla. Se zampaba los guisantes de mala gana pero con avidez, porque su cuerpo le había recordado de golpe y porrazo que, una vez más, no había comido nada en todo el día; incluso sorbía el agua de los guisantes que le chorreaba por la barbilla ayudándose con la mano. Entretanto, mi padre se plantaba frente a una cabina de teléfonos en Moscú, consultaba la hora en el reloj de pulsera que le indicaba la hora de Europa Central y volvía a colgar el

auricular. Entretanto, mi madre estaba acostada junto a Alberto en el piso que éste tenía sobre la heladería, incapaz de deshacerse del hipo. Unas horas antes, Alberto le había preguntado si quería mudarse a vivir con él y mi madre había estallado en carcajadas. Hacía tanto tiempo que mi madre no se reía tanto y con tantas ganas..., era como si la idea de mudarse con Alberto fuera el chiste más divertido del mundo. Alberto se había ofendido y con razón. «De acuerdo —había dicho—, pero como mínimo podrías intentar contenerte.» «Lo siento —había respondido mi madre, incapaz de refrenarse—, esto no tiene nada que ver contigo, de verdad. Todavía no me explico por qué me hace tanta gracia», le había dicho, con lágrimas en los ojos. Luego había intentado dormirse pero el hipo se lo impedía, porque cada vez que pensaba en las palabras *mudarte conmigo* volvía a estallar en carcajadas. Eso hizo enfurecer a Alberto. «¡Ya está bien! ¡Me voy a dormir al sofá!», dijo, indignado.

Y, entretanto, Selma estaba tendida en su cama, bajo su colcha floreada, soñando. Por suerte, sólo estuvo a punto de soñar con un okapi, y es que en el último momento resultó ser una vaca deforme que paseaba con ella en la penumbra del Uhlheck.

Los animales notan esas cosas

Al final acabé durmiendo hasta media mañana, y me desperté porque alguien llamó a la puerta. Frederik se había esfumado, pero su hábito y su maleta seguían allí. Confundida, fui hacia la puerta y descolgué el auricular del portero electrónico.

—Baja, por favor —dijo Frederik—. Tienes que ayudarme a subir una cosa.

No tenía bata, por lo que decidí ponerme el hábito de Frederik y bajé las escaleras. Me lo encontré en la puerta del edificio, rodeado de seis cajas de cartón.

—Pareces una de esas galletas de jengibre con forma de muñeco —dijo al verme—, pero demasiado tostada.

—Pues tú pareces normal —dije al ver que iba vestido como la gente normal, con unos vaqueros y un suéter—. ¿Qué es todo esto? —pregunté, señalando las cajas.

—Es que no puedo con esa estantería torcida —dijo—. Te he comprado una nueva.

Primero dejamos las cajas en el vestíbulo del edificio y luego las subimos por las escaleras. Frederik iba detrás de mí.

—¿Cómo las has traído hasta aquí? —pregunté.

Frederik se detuvo.

—Quien reúna todos los dones de la vida encontrará la inspiración —dijo. Me di la vuelta y lo miré fijamente.

—Era broma —dijo Frederik—. Tenían servicio de transporte.

Ya arriba, consultó el reloj.

—Debo marcharme —dijo—, tendrás que montarla tú sola.

En ese momento, ninguno de los dos podía imaginar que tardaría nueve años en hacerlo.

Los aeropuertos están repletos de verdades cuidadosamente acalladas ansiosas por salir a la luz en el último momento. Por todas partes se veían personas abrazándose por última vez, y yo esperaba que se estuvieran abrazando porque las verdades que habían salido a la luz hubieran resultado ser mucho menos espantosas y terribles de lo esperado. Aunque tal vez la gente se abrazaba sólo para que las verdades ocultas no tuvieran la oportunidad de emerger y de extender su hedor y su estruendo justo antes de partir.

Estábamos frente al panel de salidas. Frederik dejó su maleta en el suelo y me miró fijamente.

—Te los devolveré —dijo—. Te los enviaré —insistió, refiriéndose a los ciento veintitrés marcos alemanes que yo le había prestado.

Nos habíamos despistado y tardamos demasiado en recordar que no teníamos coche y que, por tanto, debíamos tomar un taxi.

—¿Es necesario que suba también ese mastodonte peludo? —se había quejado el taxista.

—Sí, es imprescindible —había respondido Frederik—. El mastodonte peludo siempre nos acompaña a todas partes.

Habíamos ocupado el asiento trasero y *Alaska* se había colocado entre nosotros dos, con medio cuerpo sobre el asiento y la otra mitad en el espacio reservado para los pies. Frederik ya había anunciado que más adelante le pasarían muchas cosas por la cabeza, y al parecer había llegado el momento. Lo estuve observando mientras pensaba.

Guardamos silencio durante todo el trayecto, y poco antes de llegar a la salida del aeropuerto Frederik me rodeó con un brazo, lo que implicó

necesariamente abrazar también a *Alaska*.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó él.

—Estoy tan callada porque tú estás muy nervioso —le había dicho yo.

Era cierto: yo no estaba nerviosa. Todavía no, al menos. Empecé a ponerme nerviosa cuando llegamos a la terminal de salidas.

—No —dije—, no hace falta que me devuelvas el dinero. Al fin y al cabo, tú me has regalado la estantería.

Volvimos nuestras miradas hacia el gigantesco panel indicador en cuanto oímos que se actualizaba. Los caracteres fueron cayendo uno tras otro con el característico golpeteo de los paneles analógicos, y se convirtieron en una masa difusa de color gris. Igual que todos los que también esperaban a nuestro alrededor, estábamos pendientes de que volvieran a quedar ordenados y no apartábamos los ojos de ellos, como si el panel indicador tuviera que revelarnos cómo proseguirían nuestras vidas. Al final, los caracteres dejaron de moverse y, efectivamente, el panel reveló cómo proseguiría la vida, aunque sólo durante los cinco minutos siguientes. El corto plazo característico de esos paneles.

—«Puerta 5b» —leyó Frederik.

Mientras nos movíamos por la terminal, *Alaska* tensó la correa tan de repente que a punto estuve de perder el equilibrio. Tiraba en dirección a un hombre que caminaba hacia nosotros, al que miré entornando los ojos. No lo había visto jamás, pero enseguida me di cuenta de quién era.

—Disculpe que lo aborde de este modo —le dijo a Frederik—, soy el doctor Maschke, psicoanalista. Usted es budista, ¿verdad? —preguntó, tendiéndole la mano con un gesto que hizo crujir su chaqueta de piel.

—Sí —respondió Frederik—, soy budista. —Hizo una pausa para lanzarme una mirada fugaz—. Eso creo, al menos.

—Estoy muy interesado en el budismo. ¿Practica usted el *zazen*?

Frederik asintió y el doctor Maschke clavó todavía más los ojos en él. Parecía tan embelesado como el señor Rödder al ver el macuto de piel.

Lo observé con detenimiento: era pelirrojo, con barba, bien recortada y del mismo color. Llevaba unas gafas de montura metálica y debía de tener más o menos la misma edad que mi padre.

—Maschke, encantado —me dijo, estrechándome la mano apenas un instante, porque quería centrarse de nuevo en Frederik enseguida, pero se detuvo al verme la cara.

—Me recuerda usted a alguien.

—A mi padre —dije.

—¡Increíble! —exclamó el doctor Maschke—. ¡Usted es la hija de Peter! Se parecen una barbaridad. Me alegro de conocerla.

Alaska se puso muy contento, y pensé que quizá era porque su presencia había sido idea del doctor Maschke.

—*Alaska* fue idea del doctor Maschke —le expliqué a Frederik—, y el hecho de que mi padre viaje por el mundo también.

—No —me corrigió el doctor Maschke—, todo lo contrario. Intenté quitarle esa idea de la cabeza. Siempre le he recomendado que se quedara con usted. Disculpe —añadió, dirigiéndose a Frederik una vez más—, tengo una pregunta sobre la relación del budismo y el *yogācāra*.

—De ninguna manera —repliqué indignada—, todo fue idea suya.

No fue hasta ese preciso instante cuando me di cuenta de que no tenía ni el más mínimo indicio que apuntara hacia el doctor Maschke como responsable de esa idea de viajar por el mundo, y de que Selma y yo simplemente habíamos deducido que las cosas habían sucedido de un modo diametralmente opuesto a como habían sucedido en realidad.

—Pues hágamela —dijo Frederik.

El doctor Maschke se aclaró la garganta.

—Para ser más precisos, mi pregunta es sobre los ocho *vijñānas*.

—¿Qué le pasa a *Alaska*? —pregunté al ver que todavía le duraba la

alegría de ver al doctor Maschke.

—Ah, pasamos un bonito día juntos —dijo Maschke, acariciándole la cabeza a *Alaska* entre los crujidos de su chaqueta—. Y para ser todavía más precisos, mi pregunta es relativa al *ālayavijñāna*.

—La conciencia-almacén —dijo Frederik.

—Exacto —dijo el doctor Maschke, sonriendo.

—¿Qué ha querido decir con eso de que pasaron un bonito día juntos? —pregunté.

—*Alaska* vino a verme este verano —dijo el doctor Maschke—. Y se quedó conmigo hasta tarde.

De repente recordé el día en que desapareció *Alaska* y apareció Frederik.

—¿Estaba con usted? —pregunté sorprendida.

Frederik se me quedó mirando.

—O sea que ésa fue la aventura de *Alaska* —dijo Frederik—. Luise, estás pálida, ¿te encuentras bien?

De acuerdo, estaba pálida, pero tampoco es raro palidecer cuando descubres que las cosas, en lugar de ser como creías, son todo lo contrario.

—¿Y por qué se escapó para ir a verlo precisamente a usted?

—Supongo que debía de echar de menos a Peter —dijo el doctor Maschke—, y yo estoy muy unido a su padre. Los animales notan esas cosas.

—Yo también estoy muy unida a mi padre —dije.

—Sí, pero tiene que entender que el vínculo que establece el psicoanálisis es muy distinto —dijo el doctor.

Frederik me puso una mano en la espalda, pero yo no podía dejar de mirar a Maschke y dentro de mi cabeza todo quedó reducido a un único pensamiento, pero muy ferviente: «Lárguese».

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo Frederik, dirigiéndose al doctor Maschke.

—Pero el *ālayavijñāna*... —empezó a decir el doctor—. ¿Cuándo sale su vuelo? El mío, dentro de media hora.

Frederik se volvió hacia mí al notar que lo empujaba con disimulo.

—Le he prometido a Luise que le enseñaría las «cuatro nobles verdades» antes de marcharme, supongo que lo comprenderá —dijo y, como no podía ser de otro modo, el doctor Maschke lo comprendió.

—Ha sido un verdadero honor conocer a un profesional como usted. Me alegro mucho de que se haya decidido por este camino.

—Bueno, vale ya —exclamé, y me las arreglé para que pareciera que se lo decía a *Alaska*, puesto que no paraba de menear la cola y de tensar la correa en dirección al doctor Maschke mientras éste se despedía.

Lo seguimos con la mirada.

—Es todo lo contrario —constaté, en voz baja—. No me lo puedo creer.

Llegamos al control de seguridad, el punto a partir del cual yo ya no podía acompañar a Frederik. El doctor Maschke y la conciencia-almacén nos habían robado mucho tiempo y sólo nos quedaban unos pocos minutos.

—¿Sabes? —dijo Frederik—, puede que haya más cosas que sean todo lo contrario de lo que creías.

—¿Como por ejemplo?

—Quizá hayas nacido para surcar los siete mares.

—Gracias de nuevo por la estantería.

—Respira, Luise.

—¿Cómo era?

—Desde la barriga.

—Hablando de barrigas —dije, y le di un paquete enorme de cacahuetes que me había guardado en el bolso para él.

—Vaya, gracias —dijo Frederik, pasándose la mano por la cabeza como si se hubiera olvidado de que la llevaba afeitada—. Luise, ya sé que nos han quedado muchas dudas por resolver.

No me pareció que Frederik tuviera dudas. En cambio, yo las tenía frente a los pies, como zonas marcadas con cinta roja capaces de hundirse en

cualquier momento: «¿Qué pasará a continuación?», por ejemplo, o también: «¿Y ahora qué?».

—Pero ahora mismo no tengo ni una sola respuesta —prosiguió Frederik—. A menos que alguna de las dudas sea sobre la relación del budismo con el *yogācāra*.

Sonrió y, con suavidad, me envolvió la cara con sus manos.

—Vuelves a estar muy difusa, Luise.

Me habría gustado decirle que no había nacido ni mucho menos para surcar los siete mares, que me traía sin cuidado la de veces que las cosas eran todo lo contrario de lo esperado, que si para algo había nacido era para estar con él, pero esas palabras también estaban tras la cinta roja.

—Tienes que marcharte —le dije.

—Sí.

—Vete tranquilo.

—Ya, pero... para eso, antes tendrías que soltarme la mano —dijo, y entonces le solté la mano.

—Ahora ya puedes —le dije.

Cruzó la puerta de cristal, que se cerró tras él sin que yo pudiera evitarlo metiendo el pie, porque es imposible hacer algo semejante cuando estás compuesta por un noventa y nueve por ciento de agua.

Frederik se apresuró y yo agarré la correa de *Alaska* con más fuerza para contrarrestar sus tirones. Frederik se dio la vuelta, me saludó, y en su mirada descubrí una sorpresa repentina: miraba por encima de mi cabeza como si acabara de ver que se aproximaba un frente tormentoso. Me di la vuelta y vi que, justo detrás de mí, tenía al doctor Maschke.

—Volverá —me dijo.

Lo anunció como si fuera un científico laureado durante la presentación de un descubrimiento revolucionario. Lo dijo tan satisfecho que, poco después, yo ya no estaba segura de si realmente lo había dicho por Frederik o por otra

persona cuyo retorno fuera anatómicamente imposible, como mi abuelo y como Martin.

—Lárguese —le dije.

Todavía no se lo había dicho a nadie y eso me hizo pensar en Marlies, que se pasaba el día diciéndoselo a todo el mundo.

El doctor Maschke me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Puede expresar su rabia con tranquilidad. Quien nunca siente rabia, no puede avanzar.

—Lárguese y haga el favor de llevarse con usted los crujidos de su chaqueta de piel —dije, y funcionó.

Por el módico precio de ciento veinticuatro marcos alemanes regresé a la ciudad, directamente a la librería. Pagué al taxista con la sensación de que ningún otro día me saldría tan caro como ése. Pensé en el agente judicial que se había presentado en la granja del granjero Leidig y que después de precintárselo todo le había dicho: «Todo esto ya no le pertenece».

Ver más arriba

La fiesta de Navidad que se celebró en la casa consistorial transcurrió sin polémicas y finalmente tuvo lugar por la tarde. Palm pasó la mayor parte del tiempo callado a pesar de que surgieron muchas ocasiones para citar la Biblia. Durante toda la velada no dijo más que dos palabras: *Por Martin*.

Todas las fiestas de Navidad organizadas por el consistorio se concluían con un brindis propuesto por el óptico: «Por Martin», exclamaba todo el pueblo al unísono y mirando hacia lo alto, en este caso, un techo revestido. Sin embargo, Martin estaba todavía más arriba: sentado en una nube del cielo y cerca del Señor, desde donde nos saludaba. Todo eso nos lo había explicado Palm, que en vez de brindar con vino lo hizo con zumo de arándanos.

Después de la fiesta, el óptico, Palm y Elsbeth vinieron a casa de Selma. Mi madre la había decorado con coronas y ramos, olía como si estuvieras en el bosque. A pesar de haberlo intentado todo, no hubo manera de que el árbol de Navidad nos quedara recto, por lo que el óptico se puso los guantes de jardinero y, mientras nosotros cantábamos, lo estuvo sosteniendo por arriba con el brazo extendido, como si el árbol fuera un preso que amenazara con fugarse.

Cantamos un par de villancicos y dejamos el auricular del teléfono sobre el sofá para que mi padre, desde Bangladesh, pudiera unirse al coro.

Después de cantar y de soplar las velas, el óptico dejó el árbol apoyado en la pared.

—Tengo que contaros algo —dijo de pronto—. No puedo seguir ocultándolo durante más tiempo.

Selma, con el asado de Navidad en las manos; Elsbeth, llevando seis

platos a la mesa; y mi madre y yo, sentadas en el sofá junto a Palm, a punto de brindar con el licor de huevo de Selma. Todos nuestros movimientos quedaron congelados de repente, fue como si nos hubieran hechizado. «Ahora —pensamos—, ahora nos contará lo que todos ya sabemos desde hace tanto tiempo.»

Petrificada y con el asado en las manos, parecía que Selma lamentara haber alargado un paso para sortear una zona marcada de color rojo y hubiera preferido que el suelo se hundiera y la tierra se la tragara.

El óptico se acercó a Palm y éste se lo quedó mirando con los ojos como platos.

—¿A mí? —preguntó.

—Sí, a ti —respondió el óptico.

Palm se levantó y los demás retomamos los movimientos que habían quedado en suspenso.

—Werner Palm —dijo el óptico, con las manos temblorosas—, fui yo quien aserró tu atalaya. Lo hice porque quería matarte y me siento terriblemente mal por ello.

Selma soltó el aire que había estado reteniendo y por unos instantes su cuerpo largo y enjuto al completo se redujo a una simple espiración.

—Pero si no sucedió nada —exclamó Elsbeth enseguida, todavía con los platos en la mano—. Y han pasado doce años desde entonces.

—Aun así —insistió el óptico, mirando a Palm—, te pido disculpas de todo corazón.

El óptico estaba temblando. Ninguno de nosotros había sospechado que aquello le hubiera afectado tanto. Palm levantó la mirada hacia el óptico y entornó los ojos como si estuviera intentando descifrar algo.

—No pasa nada —dijo—. Incluso me parece comprensible.

En ese momento fue el óptico quien respiró tranquilo, y su cuerpo largo y enjuto al completo se redujo a una simple espiración. Pese a que no se podía,

hizo ademán de abrazar a Palm, pero éste lo detuvo en cuanto lo vio levantar los brazos.

—Yo también tengo que contaros algo —dijo Palm, y Selma decidió dejar el asado sobre la repisa de la ventana—. Mejor dicho: tengo que contarte algo a ti, Selma —precisó, con las manos agarradas tras la espalda.

Por unos segundos, los demás volvimos a temer una confesión amorosa, preguntándonos si a Selma podía llegarle el amor de alguien inesperado, si estábamos a punto de descubrir que Palm la amaba en secreto y se había decidido a revelarlo, y preguntándonos también qué decidiría Selma si Palm le confesaba su amor. Al fin y al cabo, desde la muerte de Martin y dejando de lado el corzo, Selma no había tenido un no para él.

Dejé la copa de licor de huevo sobre la mesita del sofá y le cogí la mano a mi madre.

—Quería matarte, Selma —dijo Palm en voz baja, y acto seguido se miró los pies, enfundados en los zapatos de los domingos—. Antes de la muerte de Martin—. Levantó la mirada un instante—. Por tus sueños. Creía que, si te mataba, no moriría nadie más.

Todos nos quedamos mirando fijamente a Selma. No había manera de saber si dejaría pasar esa confesión o si de golpe rechazaría todo el cariño y todas las explicaciones que pudieran proceder de Palm. Enseguida entendimos que él había tenido en cuenta esa posibilidad.

Sin embargo, Selma no le dio más importancia.

—Bueno, pero no lo hiciste —dijo, acercándose a Palm.

—Ya tenía el arma cargada —susurró él.

Selma estuvo a punto de acariciarle el hombro, pero sabiendo que no se podía, se limitó a acariciar el aire unos centímetros por encima.

—Fuiste muy amable no pegándome un tiro entre las cejas —dijo ella.

—Fui un estúpido —dijo Palm, sollozando—. Sólo el Señor es inmortal.

—Se enfriará el asado —avisó Selma—. ¿Alguien más quiere confesar un intento de asesinato o empezamos a comer?

—A comer, sin duda —dijo mi madre—. Por cierto, nos hemos olvidado de Peter.

—Ay, Dios —exclamó Selma, corriendo hacia el teléfono.

—No me he enterado de nada, la conexión es muy mala —dijo mi padre—. ¿Ya habéis terminado de cantar?

—Sí —respondió Selma—, ya ha cantado todo el mundo.

Más tarde, esa misma noche, fui con *Alaska* a casa de Marlies para llevarle un trozo de asado envuelto en papel de aluminio. Antes, Marlies venía al menos los días festivos, pero últimamente se negaba incluso a eso.

Era una noche muy clara y muy fría.

—Fíjate qué noche tan bonita —le dije a *Alaska*—. Una verdadera sinfonía de claridad, frialdad y oscuridad.

Friedhelm pasó danzando y cantando un villancico en voz baja: *Todos los años igual*. Se quitó el sombrero al verme pasar y yo respondí con un saludo. Me pregunté si la dosis contra el pánico que mi padre le había inyectado seguía segregando satisfacción y felicidad a pesar de los doce años que habían transcurrido desde entonces.

Tenía asumido que Marlies no me abriría la puerta de ninguna manera, por lo que fui directamente a la parte trasera de la casa y la llamé por la rendija de la ventana de la cocina.

—Felices fiestas, Marlies —le dije—. Te dejo aquí un trozo de asado. Está buenísimo.

—No lo quiero —replicó Marlies—. Lárgate.

Me apoyé en la pared junto a la ventana de la cocina.

—Te lo has perdido —dije—. Palm estuvo a punto de matar a Selma, y el óptico casi mató a Palm.

En la cocina se oyó un ruido abrupto, un movimiento precipitado de sillas.

—¿Qué? —preguntó Marlies.

—Bueno, hoy no, ¿eh? Hace tiempo.

Marlies no dijo nada.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, que vendrían a verme desde Japón? — pregunté—. Pues estuvo aquí hace unas semanas. Y ahora no da señales de vida.

Marlies no dijo nada.

—Que me vaya haciendo a la idea, ya lo sé —dije—. Ay, por cierto: he superado el periodo de prueba en la librería. Incluso a pesar de que no has parado de quejarte.

—Tus recomendaciones son una mierda —dijo Marlies.

—Probablemente por eso no da señales de vida —dije.

Dejé el asado en el alféizar de la ventana, donde el papel de aluminio brillaba como la luz de la luna reflejada en un caldero.

En enero, el óptico y yo acompañamos a Selma a la ciudad para que la viera un médico. Se le seguían deformando las articulaciones, y para demostrar lo que ya era evidente a simple vista insistieron en hacerle radiografías de las manos, los pies y las rodillas. Tenía que quedarse completamente quieta, de manera que cerró los ojos y no los abrió ni siquiera cuando, entre radiografía y radiografía, alguien entraba en la sala y le modificaba la postura para la siguiente toma. Selma se quedó allí sentada, contemplando aquella imagen en blanco y negro que se proyectaba en el interior de sus párpados, en la que aparecía Heinrich, girándose por ultimísima vez para saludarla con una sonrisa en los labios. Mientras tanto, el aparato de radiología iba tomando fotos blancas y grises del cuerpo inmóvil de Selma, y ésta, ante la imagen de Heinrich, intentaba no mover ni un pelo para evitar que las fotos salieran movidas.

El óptico y yo esperamos sentados en la antesala de radiología.

—Una carta desde el otro extremo del mundo tarda su tiempo en llegar. Seguro que dará señales de vida —me decía el óptico justo cuando Selma

salió de la sala de radiología. En la mano llevaba algo a medio camino entre un calzador y una horquilla.

—Mirad lo que me han regalado —dijo ilusionada.

Desde hacía poco, a Selma le costaba levantar los brazos hasta la cabeza, y el trasto que llevaba en la mano era una horquilla para arreglarse el pelo.

—Por lo demás, también podrías ser tú quien dé señales de vida —dijo Selma más tarde, ya en el coche del óptico.

Tenía toda la razón del mundo, por eso al día siguiente le dije al señor Rödder que me pondría a ordenar un poco la trastienda. El librero asintió y yo cerré como pude la puerta, aparté un montón de trastos averiados, desplegué la mesita, abrí una botella de licor de avellana que nos había regalado un cliente, me tomé media taza para animarme y empecé a escribir una carta para Frederik.

Escribí que la carta que sin duda Frederik debía de haberme mandado, por desgracia, no había llegado. Luego le escribí muchas frases sobre la cantidad de obstáculos que debía superar una carta para recorrer la distancia entre Japón y Westerwald, sobre lo bajas que eran las probabilidades de que acabara llegando algún día porque había que sumar, además, los posibles errores humanos a los que estaba expuesta una carta semejante durante el trayecto hasta su destino. Y también le escribí que la única carta suya que había recibido había sido la que había llegado en verano.

A continuación, cuando ya me había tomado tres medias tazas de licor de avellana, recurrí a los *nuncas* y a los *siempre*. Le escribí a Frederik que le había dado un vuelco a mi vida, que lo había amado desde el primer momento, y que nunca nada se interpondría en un amor capaz de superarlo todo. Le escribí que el budismo no me parecía precisamente buena idea, ya que estaba clarísimo que las cosas también desaparecían aunque no intentáramos verlas, que quedaba más que demostrado por el hecho de que yo llevara semanas sin intentar verlo y, sin embargo, parecía haberse esfumado

de la faz de la Tierra. Gracias al licor de avellana, tuve la lucidez excepcional de escribir una frase particularmente inspirada: «Selma, Elsbeth y el óptico te mandan muchos recuerdos». Le escribí que el día anterior el óptico había vuelto a decidir por enésima vez que repararía cuanto antes, definitivamente y con la ayuda de Palm, las partes del suelo de la casa que más amenazaban con hundirse. «¡No es plan vivir así!», había exclamado el óptico, refiriéndose a una situación que llevaba muchos años prolongándose. Le escribí que tampoco era plan que él no hubiera dado señales de vida, y que quizá me estaba equivocando, que en realidad había ocurrido todo lo contrario, que me había escrito siete cartas y había tenido la desgracia de que ninguna de ellas llegara a destino por los motivos anteriormente expuestos que podía ver más arriba.

Volví a tapar la botella de licor de avellana, la guardé debajo de la mesa y me metí en la boca cuatro caramelos de violeta. El señor Rödder tenía cajitas de caramelos de violeta por todas partes, incluso dentro de la jarra de la cafetera averiada.

Abrí la puerta como pude, esquivé al señor Rödder, que estaba ocupado desembalando las novedades, fui hasta el mostrador y cogí un pliego de sellos de correos. No tenía ni idea de lo que costaba mandar una carta a Japón. Para asegurarme, pegué todos los sellos que me cupieron en una cara del sobre.

Al cabo de un rato, el óptico entró en la librería. En realidad sólo venía a buscarme, pero aprovechó para coger un libro sobre bricolaje del hogar, afirmar que yo se lo había recomendado y que le había cambiado la vida.

—¡Que sí! —gritó el señor Rödder desde la parte de atrás—, ya lo he pillado.

—Estás muy rara —dijo el óptico—. Oye, ¿has bebido? Hueles a..., no sé, parece licor de violetas.

—Para delante del buzón —le dije camino del pueblo—. Le he escrito una carta a Frederik.

—¿Precisamente hoy? —preguntó el óptico—. ¿En este estado?

—Exacto —dije.

—Quizá deberías consultarlo con la almohada —propuso el óptico—. O, al menos, enseñársela a Selma.

Antes de mandar una carta importante, siempre se la enseñábamos primero a Selma. O cuando el óptico tenía que mandar recordatorios de facturas impagadas a algún cliente, siempre se los enseñaba primero a Selma: «¿Crees que suena demasiado antipática?», le preguntaba él. «Demasiado amistosa es lo que es», respondía Selma en la mayoría de los casos.

—Tonterías —dije yo—. Se la pienso mandar ahora mismo. ¿De qué sirven tantos remilgos?

Le pasé un brazo por encima de los hombros al óptico como lo haría un instructor de autoescuela arrogante.

—La espontaneidad y la autenticidad son esenciales —sentenció.

Deseé haber elegido palabras más sencillas, cuya correcta pronunciación no dependiera de la cantidad de licor de avellana que hubiera ingerido. Luego salí del coche y lancé la carta al buzón.

Hacia las siete de la mañana del día siguiente, ya volvía a estar delante del mismo buzón. El cartero abrió la puertecilla y volcó el contenido en el saco.

—Por favor, devuélveme mi carta —le pedí.

El viejo cartero llevaba ya un año jubilado y uno de los gemelos del pueblo vecino había ocupado su puesto.

—Ni hablar —dijo.

Yo ya había perdido media hora esperando junto al buzón. Tenía frío y dolor de cabeza. Imaginé lo fantástico que sería tener la escopeta de Palm en las manos en ese instante. «Que me des la carta, capullo —le habría dicho, cargando el arma—. Estas cartas no se moverán de aquí hasta que yo haya recuperado la mía.»

—Por favor —le supliqué.

El cartero sonrió y de su boca salieron unas nubecillas de vapor.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Todo lo que tengo —dije.

—¿Y eso sería?

Saqué mi monedero del bolso.

—Diez marcos.

El cartero me birló el billete de la mano, se lo metió en el bolsillo, abrió el saco y lo sostuvo frente a la barriga.

—Tú misma.

Me incliné sobre el saco, demasiado ancho y demasiado hondo para las pocas cartas que había en el buzón, y con los dedos entumecidos lo revolví hasta que encontré mi carta.

—Feliz año nuevo, Luischen —dijo el cartero.

A la mañana siguiente encontré una carta de Frederik en el buzón de casa. Llegó en un sobre azul de correo aéreo y lo sostuve frente a la luz del recibidor. Sin embargo, esa vez había utilizado un papel más grueso y no se vislumbraba nada. Las palabras quedaban difusas como las letras del panel de salidas del aeropuerto mientras se actualizaba.

Querida Luise:

Perdona que no te haya escrito hasta ahora. He tenido mucho que hacer (seguramente cuesta creerlo, pero es cierto). Por estas fechas siempre llegan huéspedes y yo soy el encargado de explicarles cómo funciona la vida en el monasterio: cómo deben comer, cómo deben sentarse, cómo deben caminar, cuándo hay que guardar silencio y cuántas horas pueden dormir. Al llegar al monasterio hay que aprender a hacerlo todo de nuevo, como después de sufrir un accidente grave.

He pensado mucho en ti. Me sentí muy bien contigo, pero también acabé agotado. No estoy acostumbrado a pasar tanto tiempo con tanta

gente. Aquí, en el otro extremo del mundo, no es que hablemos mucho que digamos.

Y, como puedes imaginar, tampoco estoy acostumbrado a intimar tanto con alguien. Por cierto, lo de intimar contigo es todo un tema: eres un enigma para mí, Luise. A veces demuestras tanta determinación que eres capaz de meter el pie para impedir que se cierre una puerta, pero luego hay momentos en los que pareces difusa y tengo la sensación de contemplarte a través de un cristal empañado que sólo me permite entrever lo que ocultas detrás.

Cuando estuve contigo, con vosotros, me enamoré de ti. De lo que pude ver de ti, al menos (ver más arriba lo del cristal empañado).

Sin embargo, este enamoramiento tiene que cambiar. No encajamos, Luise. Yo me decidí por esta vida en Japón y supuso un largo camino que requirió mucho coraje por mi parte. Sé que no suena nada romántico, pero tengo claro que no quiero ponerlo todo patas arriba. Para mí es muy importante que todo esté en su sitio.

Y a mí me corresponde estar aquí, sin ti.

No sé lo que piensas sobre todo esto, es decir, sobre nosotros. ¿Suscribes lo de que no encajamos?

FREDERIK

No llevaba nada más en la mano aparte de la carta, pero cuando abrí la puerta y, poco a poco, empecé a andar hacia la librería tuve la sensación de estar cargando con un equipaje muy pesado.

«Como si estuvieras tras un cristal —pensé—. Campo, prado. La granja del chiflado de Hassel. Prado, bosque. Bosque. Primera atalaya. Campo. Bosque. Prado. Prado, prado.»

El peso de la carta me lastró durante todo el día, también cuando salí de la librería y tuve que arrastrarlo por la calle mayor, donde había quedado con el óptico. Incapaz de centrarme en nada más que en aquellas palabras de Frederik, de repente choqué con el doctor Maschke, que se había parado en medio de la acera.

—Vaya, menuda sorpresa. Me alegro de verla —dijo con los brazos en jarra mientras me contemplaba como si me acabara de fabricar—. Es increíble —añadió—, realmente su cara está cortada por el mismo patrón que la de su padre.

Enfoqué la mirada más allá del doctor, en la tienda de artículos de regalo, y vi el humo tras el expositor de postales.

El doctor Maschke parecía dispuesto a explicarme todas las preguntas que había querido hacerle a Frederik y me habló de no actuar, de no apegarse, de no esto y de no lo otro. «Se trata de ponerle un no a todo», pensé, aunque apenas escuché lo que me contaba. Yo seguía con la imagen del cristal empañado y lo único que me sorprendió fue no haber oído ningún tintineo después de chocar con el doctor.

Le dije varias veces que tenía prisa, pero el doctor Maschke siguió hablando de todos modos. Hablaba y hablaba sin parar, hasta que, de pronto, Marlies dobló la esquina.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. ¿Ya has vuelto a quejarte por algo?

No es que hiciera mucho frío, pero Marlies llevaba un gorro bien calado hasta las cejas y una bufanda que ocultaba la parte inferior de su juvenil rostro.

Me pregunté cuál era el secreto de Marlies para conservarse tan bien. Quizá no envejecía porque el tiempo no veía necesario dejar marca alguna en su cara; al fin y al cabo, para ella todos los días eran iguales.

Llevaba un paquete alargado bajo el brazo que quedó apuntando como un arma hacia el doctor Maschke.

—Me he comprado otro cerrojo de barra.

—Pero si ya tienes uno así —le dije.

Marlies tenía cuatro cerrojos en la puerta. Me pregunté cómo era posible que una sola puerta tuviera tantos cerrojos, y, por culpa de la carta de Frederik, la imagen de una puerta derribada bajo el peso de sus propios cerrojos me pareció tan triste que estuve a punto de echarme a llorar.

—Nunca se tienen suficientes cerrojos —dijo Marlies—. Bueno, me voy a casa.

El doctor Maschke contempló a Marlies como si hubiera visto una belleza oculta en su exceso de ropa.

—Hágalo —dijo el doctor—. Blaise Pascal dijo en una ocasión que la mayoría de los males de la humanidad tienen su origen en el hecho de no saber quedarse tranquilamente en casa.

Marlies se aferró al paquete que llevaba bajo el brazo y sonrió. Era la primera vez en la vida que la veía sonreír, había llegado a creer que para ella era anatómicamente imposible.

—Cierto —dijo Marlies.

También era la primera vez en la vida que le oía decir que algo era cierto.

—Yo también debo irme —dije.

El doctor Maschke me agarró por una manga y el movimiento hizo crujir su chaqueta de piel.

—A propósito de quedarse en casa —dijo—, ¿sabe por qué su padre siempre está de viaje?

Volví a mirar hacia el expositor de postales, tras el que el óptico se había encendido otro cigarrillo.

—¿Es normal eso de hablar con desconocidos acerca de sus pacientes? —pregunté—. ¿No está prohibido?

—A su padre lo considero más un amigo que un paciente —respondió el doctor Maschke—. Y nada más lejos de mi intención que imponer mis conclusiones —dijo, aunque en realidad debía de haber muchas cosas todavía

más lejanas, porque se subió las gafas y prosiguió de todos modos—, pero creo que su padre siempre está de viaje porque busca a su padre.

—¿Cómo? —dijo Marlies—. Pero si está muerto.

—Eso es de lo más práctico —respondió el doctor Maschke—: así puede buscarlo por cualquier lugar.

Se nos quedó mirando como solía mirarme Martin justo después de mostrarme la gesta de algún campeón de halterofilia, cuando esperaba mi aplauso.

Tras el expositor de postales dejó de salir humo y la punta de un zapato aplastó la colilla para apagarla.

—Tengo que marcharme —dije—. ¿Quieres que te llevemos, Marlies?

—¡Hasta ahí podríamos llegar! —exclamó, y se echó el paquete al hombro y se marchó.

—¿Podría darme la dirección del budista? —me preguntó el doctor Maschke.

—¡Hasta ahí podríamos llegar! —exclamé, y, con la carta en la mano, crucé la calle corriendo en dirección al óptico y me lancé a sus brazos.

Por la noche, Selma, Elsbeth, el óptico y yo nos sentamos en los escalones de la entrada, sobre la manta del sofá, para ver estrellas fugaces. El óptico había leído que era una noche especialmente propicia.

Selma, el óptico y Elsbeth se habían quitado las gafas y habían dedicado un buen rato a leer la carta de Frederik con detenimiento, como si fuera difícil de descifrar.

—A mí no me parece bien —dije—. No tiene ni pies ni cabeza, aunque tampoco es que pueda hacer nada para cambiarlo. ¿Cómo puede esperar que suscriba algo así?

El óptico se levantó y cogió uno de sus libros budistas de la cocina, con la esperanza de encontrar alguna frase que sirviera de ayuda cuando alguien se niega a suscribir algo.

Se puso las gafas y empezó a hojearlo.

—«La vida consiste sobre todo en uno mismo —leyó—, se trata de establecer cierta intimidad con el mundo». Intimidad con el mundo —repitió—, ¿no os parece bonito? —preguntó, y subrayó la frase de nuevo, a pesar de que ya la tenía subrayada.

Elsbeth se metió un Mon Chéri en la boca.

—Podríamos intentar engatusarlo para que se enamore sin que se entere —dijo.

Según Elsbeth, si no se podía cambiar el amor, había que intentar cambiar a Frederik.

—Hay muchos métodos para ello. Si se mezclan recortes de uñas en una copa de vino y se lo toma, se volverá loco de amor. El mismo efecto se consigue también si se mezcla una lengua de gallo con la comida sin que se dé cuenta. O si se le cuelga una cadena de huesos de lechuza del cuello. —Se quedó pensando un momento—. Quizá funcione también con huesos de canario. Bueno, lo decía por *Piopío*.

Piopío era el canario de Elsbeth. Se le había muerto esa misma mañana.

—O bien —prosiguió, cogiendo otro Mon Chéri—, puedes intentar que Frederik coma pan encontrado. Eso le hará perder la memoria y así a lo mejor se olvida de que no quiere revolver las cosas.

Me imaginé intentando engatusar a Frederik para que me amara del mismo modo que engatusaba a *Alaska* cada noche con una bola de paté para que se tomara la pastilla.

—También funcionaría llevar encima una verbena desenterrada con una cuchara de plata —propuso Elsbeth—, sirve para que todos se enamoren de ti. Y entre esos todos estará también él, digo yo.

Se quedó mirando los envoltorios de color rosa que tenía sobre el regazo.

—Por supuesto, el problema es que, para todos esos remedios, tendría que estar aquí —razonó—. Aunque eso también podemos conseguirlo. Para

recibir visitas hay que meter tres cepillos en un horno. Tal vez una de las visitas sea de alguien especial.

—O esperar una lluvia de estrellas —dijo Selma, y todos miramos hacia arriba.

—Eso de pedir deseos a las estrellas fugaces es una patraña —dijo Elsbeth—, no sirve para nada.

—Puede ser —dijo Selma—. En cualquier caso, si no estás de acuerdo, deberías despedirte de él.

El óptico se aclaró la garganta.

—A decir verdad, yo no creo que se haya dicho la última palabra con relación a este asunto —murmuró.

—Es que además nos hemos enamorado todos de él —dijo Elsbeth.

—Eso es cierto —dijo Selma—, pero aun así...

—¿Sabíais —preguntó el óptico, sin apartar la mirada del libro— que no somos más que ondulaciones en el tiempo?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estábamos diciendo? —preguntó Elsbeth mientras metía los envoltorios en un jarrón vacío.

Después guardamos silencio sin dejar de mirar al cielo, y vimos caer cinco de esas estrellas fugaces que no servían para nada. Elsbeth fue la única que en lugar de mirar hacia arriba se fijó en mí y vio cómo se me volvían a llenar los ojos de lágrimas por culpa de aquella carta descabellada y de aquel giro imprevisto.

Se podía hacer cualquier cosa con el amor: se podía esconder con más o menos acierto, se podía arrastrar y se podía levantar en volandas, se podía acarrear por todos los países del mundo o se podía meter en ramos de flores. Se podía enterrar o se podía enviar al cielo. Y si permitía todas esas cosas era porque era paciente y flexible, el amor lo aguantaba todo. Todo menos cambiarlo.

Elsbeth me apartó un mechón de la frente con suavidad y me pasó un brazo por los hombros.

—Quien se come un corazón de murciélago, deja de sentir dolor —susurró antes de levantarse—. Me marchó, mañana tengo que levantarme temprano para ir de compras a la ciudad —explicó, y los demás pensamos que debía de querer aprovechar las rebajas de la tienda de tallas grandes.

Nos despedimos y Elsbeth, aquella ondulación en el tiempo con zapatos de tacón gastados, dio media vuelta y se marchó.

—¿De dónde saco yo ahora una lengua de gallo? —la oímos murmurar mientras se alejaba.

Selma me acarició la espalda.

—Tienes que tomar una decisión, Luise —me dijo, intercambiando una mirada con el óptico por encima de mi cabeza.

Si algo sabían por experiencia tanto uno como el otro era que el amor no se podía cambiar.

De momento, nada

Durante toda la noche me pareció imposible suscribir la carta y me estuve preguntando qué tenía que hacer para tomar las riendas. También me lo estuve preguntando al día siguiente, en la librería, mientras ordenaba los pedidos por orden alfabético de los apellidos de los clientes. De repente, el señor Rödder me dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Desde cuándo la F viene antes que la A? —preguntó, y justo entonces la puerta se abrió de par en par y el óptico entró como un vendaval.

—Elsbeth ha sufrido un accidente —dijo.

Por un instante, después de esa frase, el tiempo se detuvo, y luego todo lo contrario: pasó volando y nos adelantó mientras Selma, el óptico y yo íbamos en coche hacia el hospital. Luego frenó de golpe y volvió a avanzar con una lentitud exasperante mientras esperábamos sentados en el pasillo del hospital, cada uno con un vaso desechable de color beige en la mano, ninguno de los tres capaz de sostenerlo sin temblar.

No paraban de pasar médicos a toda prisa, y sus pasos sobre el suelo de linóleo sonaban como el hipo exagerado de un niño pequeño. Cada vez que se nos acercaba uno, pegábamos los tres un brinco, y, cada vez que preguntábamos si sabían algo, nos respondían que, de momento, nada.

—Por cierto, anoche no tuve ningún sueño —dijo Selma.

Con ello respondió a la pregunta que el óptico y yo habíamos decidido no hacerle desde hacía horas. Eso me permitió pensar que quizá no sería grave e intenté creérmelo de verdad, aunque no resultaba fácil. Al fin y al cabo, la había atropellado un autobús de línea en la ciudad. ¿Cómo no iba a ser grave?

El conductor, desconsolado, había dicho que Elsbeth se había plantado de

pronto frente al autobús en marcha. Los testigos corroboraron que había cruzado la calle sin mirar, que iba muy concentrada leyendo un papel que llevaba en la mano. Uno de los testigos había recogido el papel en cuestión. Había quedado sobre el asfalto, lejos del cuerpo de Elsbeth, y era una lista, redactada con su letra temblorosa:

Vino
Preguntar a Häubel por la lengua de gallo
Hervir los huesos de Piopío
Verbena
Corazón de murciélago
Cepillos

Fue cayendo la tarde pero los médicos seguían sin poder adelantarnos nada.

—Voy a llamar a Palm —dijo el óptico, levantándose de repente y con tanta determinación que parecía que de golpe se hubiera acordado de que Palm era un médico prestigioso.

Selma se lo quedó mirando, no comprendía nada.

—¿Para que rece por Elsbeth?

—No —respondió el óptico—, para aprovechar lo mucho que sabe sobre animales.

Tras recibir la llamada, Palm subió enseguida a su coche y condujo a toda prisa hasta un lugar lejano, el gran castillo en ruinas que había visitado en un par de ocasiones con Martin, en alguna ocasión puntual en la que no había estado borracho.

Y mientras Selma y yo sosteníamos nuestros vasos de color beige y el óptico fumaba un cigarrillo tras otro en la entrada del hospital, Palm aparcó su coche, sacó del maletero una de sus linternas y se la colgó del cinturón. Palm tenía buenas linternas, era un experto en luces.

Buscó una puerta que no estuviera cerrada con llave, pero no encontró

ninguna. La puerta trasera de la torre parecía desvencijada, pero el candado que la bloqueaba era sólido. Palm empezó a zarandear la puerta.

Tras la muerte de Martin, la ira de Palm se había esfumado, y con la ira se había esfumado también su fuerza, porque en Palm la fuerza y la ira iban de la mano. Miró a su alrededor y se aclaró la garganta. «Por favor, ábrete», dijo, sacudiendo la puerta un poco. Sin embargo, y a pesar de su aspecto desvencijado, era una buena puerta y no le resultaría tan sencillo forzarla de ese modo. «Deberías haberte levantado más temprano —parecía que le dijera—. Deberías venir más a menudo, débil cazador.» Palm empezó a zarandear la puerta cada vez más y más fuerte, la zarandeo como el comisario de *El lugar del crimen* zarandearía a un secuestrador, agarrándolo por los hombros, enfurecido, preguntándole dónde había escondido a su víctima. De repente, Palm explotó: «¡Que te abras, puerta de mierda! —gritó, y su voz salió ronca porque ya no estaba acostumbrada a sonar tan fuerte—. ¡Ábrete de una puta vez, joder! —bramó furioso—. ¡O te abriré a tiros!», rugió. El candado aguantó intacto hasta el final, pero la hoja de la puerta terminó partida en dos.

Palm respiró hondo y se secó la frente con la manga de la chaqueta. Encendió la linterna, pasó por encima de lo que quedaba de la puerta y subió las escaleras hasta arriba del todo de la torre. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un cuchillo afilado, el más pequeño que tenía.

Una hora después, todavía seguíamos esperando cuando Palm entró por el pasillo del hospital y vino corriendo a nuestro encuentro. Por el otro extremo del pasillo, un médico también venía hacia nosotros, pero sin prisa, muy despacio, para ganar tiempo antes de detenerse por completo.

Palm, sin aliento, y el médico remolón llegaron frente a nosotros a la vez. Selma, el óptico y yo nos pusimos de pie, porque alguien a quien no pudimos ver dijo: «Por favor, levántense».

—No ha sobrevivido —dijo el médico.

Selma se tapó la boca con la mano, el óptico volvió a desplomarse sobre

su silla y hundió la cara entre las manos, y Palm abrió el puño ensangrentado que hasta ese momento nos había pasado desapercibido. Sobre el linóleo cayó un fragmento de carne diminuto, justo al lado del zapato del médico, que reaccionó con un sonido extraño, una especie de chillido.

—Por el amor de Dios, ¿qué es eso? —exclamó, y era normal que no lo supiera.

¿Quién sabría reconocer a primera vista un corazón de murciélago?

El día que enterramos a Elsbeth llovía. Llovía como el día que Frederik había venido a verme, y había muchos paraguas negros abiertos alrededor de la tumba, de manera que desde arriba debían de parecer una gran mancha de tinta.

Selma iba agarrada de mi mano, con los hombros encorvados y sollozando.

—Elsbeth me explicó en una ocasión que es bueno para el difunto que llueva sobre su ataúd —le susurré al oído a Selma, y ésta se me quedó mirando con el rostro hinchado y empapado.

—Pero tampoco era necesario que lloviera tanto —dijo.

La lluvia golpeteaba con fuerza sobre las decoraciones de la tapa del ataúd.

Selma había insistido en que el ataúd debía tener una decoración lujosa, porque Elsbeth siempre se había preocupado mucho por su apariencia. Cuando el tipo de las pompas fúnebres había mencionado el precio del ataúd, el óptico había preguntado si no podían rebajarlo de algún modo. El vendedor le había respondido con aire triunfal que no se debía negociar el precio de un ataúd, porque sólo conseguiría que el difunto no encontrara la paz. «Lo sé porque me lo contó Elsbeth», había dicho el vendedor.

La casa de Elsbeth en realidad ya no era su casa desde hacía tiempo, sino que pertenecía al banco de la ciudad, y una vez enterrada tuvimos poco tiempo

para sacar sus cosas. Incluso mi padre nos ayudó a vaciar la casa. Acababa de llegar de no sé qué desierto y estaba a punto de marcharse a no sé qué otro. *Alaska* no hizo más que entorpecer el trabajo, porque no paraba de saltar alrededor de mi padre y de cruzarse en su camino.

Mientras lo empaquetábamos todo, encontré los álbumes de fotos de Elsbeth, llenos de fotografías en blanco y negro de Elsbeth, Heinrich y Selma cuando eran jóvenes. Conocía muy bien esas fotos, Elsbeth nos las había mostrado a menudo a Martin y a mí. En una de ellas aparecían Selma y Heinrich en la parcela en el que posteriormente construyeron la casa. Siempre que Martin y yo veíamos esa imagen, no podíamos creer que Elsbeth y Selma hubieran sido jóvenes, que mi abuelo hubiera estado vivo en algún momento y que la casa no hubiera existido desde siempre.

Mi madre también nos ayudó, y pareció como si mis padres hubieran decidido lidiar un combate de porteadores. Si mi madre veía que mi padre llevaba dos cajas, ella cogía tres. Si mi padre veía a mi madre con tres cajas, él cogía cuatro. Cuando mi madre intentó transportar cinco cajas a la vez, la que llevaba encima de todo acabó cayendo en el jardín, y sobre la hierba de la casa de Elsbeth quedaron esparcidos un montón de cuadernos de color amarillo girasol, uno de los cuales quedó abierto.

El tendero dejó la plancha de Elsbeth en el suelo y recogió el cuaderno.

—«El sexo con Renate me quita el sentido» —leyó—. ¡¿Qué es esto?! —exclamó el tendero.

El óptico le quitó el cuaderno de las manos y lo cerró.

—Nada —dijo—. No es nada.

Apiló todos los cuadernos sobre un montón de follaje seco, se sacó el encendedor del bolsillo de la chaqueta y les prendió fuego. Mientras las llamas consumían las libretas de color amarillo girasol, el óptico mantuvo la mirada fija en el cielo.

—Fíjate, Elsbeth —susurró—, Renate pronto quedará reducida a cenizas.

Selma salió de la casa de Elsbeth. Se había mantenido serena durante el

día entero y había intentado contener la emoción para ayudar tanto como fuera posible a empaquetar y transportar cosas, pero toda esa serenidad se había venido abajo de repente al ver las pantuflas de Elsbeth junto a la mesita del teléfono, como siempre. Las guardó en una bolsa de plástico.

Selma empujó su silla de ruedas con el asiento repleto de botes de polvos y hierbas. No teníamos ni idea de qué era cada cosa. Selma lo pensó un momento y enseguida decidió lanzarlo todo a la pequeña hoguera que el óptico acababa de encender. Los remedios contra el mal de amores, contra el estreñimiento y contra las personas que no querían marcharse del todo tras haber muerto, contra el dolor de muelas, los pies sudorosos, las dificultades económicas y los cálculos biliares. Lo que facilitaba partos, permitía dormir plácidamente por la noche o conseguía que alguien amado te correspondiera.

—Sin Elsbeth —dijo Selma—, todo esto no sirve para nada.

Selma se quedó los álbumes de fotos y el trozo de alfombra que Elsbeth solía meterse entre la barriga y el volante para conducir. También se quedó con las pantuflas, y las dejó en su sala de estar, bajo el sofá en el que, la noche siguiente al entierro de Elsbeth, yo no conseguí pegar ojo.

Encendí la lámpara y cogí una de las pantuflas. Era imposible determinar cuál había sido su color original, por lo que me dediqué a contemplar más bien el paisaje agreste en el que se habían convertido: el desgaste inclinado de la suela de goma, las protuberancias de los dedos sobre la superficie y los hoyos que habían cavado sus talones en el interior.

No me decidía. Volví a dejar la pantufla de Elsbeth bajo el sofá, junto a la otra. Cogí un papel y escribí: «Por la presente suscribo que no encajamos». Lo escribí con la misma solemnidad con la que otros firman un certificado de matrimonio.

Tercera parte

La inmensidad

Desde que mi padre estaba siempre de viaje, el libro de fotografías que le regalaba a Selma por su cumpleaños era del último país en el que había estado. Sin embargo, Selma ya no guardaba esos libros de fotografías en la estantería como antes, sin siquiera echarles un vistazo, sino que los examinaba con atención y los estudiaba a fondo para poder hacerse una idea de lo que había llegado a ver su hijo.

Siempre hacía lo mismo: en cuanto los invitados de su fiesta de cumpleaños se habían marchado, Selma se sentaba en su butaca con el libro nuevo, y el óptico ocupaba el sofá rojo que quedaba delante. Los textos de esos libros solían estar escritos en inglés, de manera que el óptico hacía más o menos lo mismo que cuando Martin y yo le pedíamos que nos tradujera las letras de las canciones. Se dedicaba a contemplar cómo leía Selma, o bien cómo el viento, siempre presente, mecía las ramas de los abetos que se veían desde la ventana. Y esperaba. Esperaba hasta que Selma levantaba los ojos del libro, lo buscaba por encima de las gafas y le preguntaba palabras que no conocía. Él las sabía todas.

El día que cumplió setenta y dos años, Selma se sentó en su butaca con un libro de fotografías de Nueva Zelanda en el regazo y la sensación de que habían pasado pocos días desde que se había sentado allí con el libro anterior.

«Es cierto que el tiempo pasa más deprisa a medida que nos hacemos mayores», pensó, y le pareció un error garrafal que las cosas funcionaran de ese modo. Habría preferido que su percepción del tiempo hubiera envejecido

al mismo ritmo que ella, cojeando, moviéndose más despacio, pero sucedía todo lo contrario. Para Selma, el tiempo pasaba como un caballo de carreras al galope.

—¿Qué significa *New Zealand's amazing faunal biodiversity*? —preguntó Selma.

—Una variedad impresionante —tradujo el óptico—. En lo que respecta a animales —aclaró.

Y en el pueblo el tendero cambió de lugar los cartones de leche uperizada de la parte derecha de la estantería del fondo a la parte izquierda, mi padre vino de visita y trajo unas bufandas de terciopelo genovés, yo escribí a Frederik, Frederik me escribió a mí, al alcalde se le escapó un cerdo y el óptico consiguió recuperarlo.

Entretanto, los árboles de hoja caduca del Uhlheck perdieron primero su color verde y luego las hojas, y poco después el techo del almacén del tendero cedió bajo el peso implacable de la nieve, aunque a Selma le pareció que tardó apenas un instante en fundirse y que los árboles del Uhlheck recuperaron su follaje en un abrir y cerrar de ojos, más o menos lo mismo que tardó en cumplir setenta y tres años y encontrarse de nuevo sentada en la butaca con un libro de fotografías de Argentina sobre el regazo.

—¿Qué significa *untamed nature*? —preguntó.

—Naturaleza indómita —respondió el óptico.

Escribí a Frederik, Frederik me escribió a mí. Nos seguimos escribiendo a pesar de que yo había suscrito su carta, aunque quizá nos escribíamos precisamente gracias a eso, y a pesar de que nuestra correspondencia tenía que recorrer medio mundo, a pesar de que quedaba expuesta a un sinfín de posibles errores técnicos y humanos, las cartas llegaban, si bien con un cierto desfase temporal.

«El gemelo del pueblo vecino que trabaja como cartero ha metido unos gatitos recién nacidos en un saco y los ha ahogado en el río», le escribí a

Frederik, y dos semanas más tarde llegó su respuesta: «Ahogar gatitos produce muy mal karma».

«¿No podríamos hablar por teléfono?», le había escrito a Frederik. Como era de esperar, me respondió que hablar por teléfono era muy engorroso.

Aunque parecía anatómicamente imposible, yo había intentado cambiar el amor para convertirlo en algo que al menos fuera más abarcable, más manejable, pero eso también requirió una gestión muy engorrosa, aunque el hecho de no ver a Frederik y de no hablar con él hizo posible que, con el tiempo, me convenciera de que había conseguido un cambio más o menos aceptable.

El óptico no paraba de preguntarme cómo iban las cosas con Frederik.

—Nos escribimos —le dije una vez, y al parecer aquello no respondió a su pregunta.

—Pero lo amas —insistió cuando me senté en el taburete de la óptica para que comprobara por qué me dolían tanto los ojos cuando leía una letra demasiado pequeña.

—No —respondí yo—, ya no.

La tabla optométrica que estaba colgada en la pared del fondo de la óptica cayó al suelo de repente. El óptico fue a buscar otra tabla que tenía guardada en la trastienda.

—Ésta la he hecho especialmente para ti —dijo.

En la tabla se leía:

No siempre se pueden elegir

las aventuras para las

que uno

está

hecho

—Necesito gafas —constaté, inclinándome hacia delante.

El señor Rödder roció a *Alaska* con Brisa Azul Oceánica, Marlies se quejó al tendero de unas verduras ultracongeladas y mi padre vino a visitarnos. Cada vez se parecía más a Heinrich, como si las proporciones de su rostro se desplazaran poco a poco, como las placas tectónicas, y fueran adoptando el aspecto de su padre.

—Es extraño —dijo, tocándose la nariz—, porque además ya soy más viejo de lo que él llegó a ser.

Cuando cumplí los veinticinco, al ver tantas velas apiñadas, el óptico dijo:

—Felicidades. Puedes estar contenta de que todavía quepan todas en una sola tarta. En mi caso necesitaríamos media pastelería.

—Cierra los ojos —me dijo Selma, y me puso un collar de piedras azules alrededor del cuello.

—Las piedras son de color azul cian, por cierto —apuntó el óptico.

—Gracias —dije.

«Muchas felicidades, Luise —me escribió Frederik—. Me siento como si alguien nos hubiera colocado (espero que con toda la buena intención del mundo) en las cabeceras de una misma mesa, pero una mesa muy larga, de nueve mil kilómetros (con esas dimensiones resulta muy difícil mantener una conversación en la mesa), y aunque no nos veamos, sé que estás al otro lado.»

El óptico se me quedó mirando.

—Las piedras son de color azul cian —repitió.

—Que sí —dije—, ya lo he pillado.

—¿Qué significa *the impressive Greenland ice deposits*? —preguntó Selma en su siguiente cumpleaños.

—Los impresionantes glaciares de Groenlandia —tradujo el óptico.

Palm citó pasajes de la Biblia, el óptico relacionó cosas absolutamente dispares (guijarros y peinados, zumo de naranja y *Alaska*), y Marlies tapó con papel de embalar la ventana de la puerta de su casa a pesar de que ya era

opaca. Yo cambié de sitio los paquetes que contenían la estantería que me había regalado Frederik cuatro años atrás y que todavía tenía que montar: de una esquina de la habitación a la opuesta. La hija del alcalde y el nieto del granjero Häubel tuvieron su sexto hijo, yo empecé a llevar gafas y luego hubo un eclipse total de sol.

El óptico jamás tuvo tanta clientela como durante esos días. Venía gente de la ciudad y de todos los pueblos de los alrededores, de manera que enseguida se terminaron las existencias de gafas para ver eclipses. Estuve ayudando al óptico en la tienda, puesto que se había quedado afónico por culpa de tanto ajeteo. El gemelo del pueblo vecino que no trabajaba como cartero intentó revender sus gafas por ochenta marcos, pero no encontró a nadie dispuesto a dejarse engañar.

Fuimos a contemplar el eclipse de sol desde el Uhlheck, se reunió el pueblo entero y el alcalde nos tomó una foto de grupo. Cuando el sol se oscureció por completo, Palm se quitó las gafas y miró directamente a la esfera ennegrecida.

—¡Pero ¿qué haces?! —gritó Selma, asustada, intentando teparle los ojos con las manos.

—Es que estas gafas no dejan pasar la luz —explicó Palm.

—De eso se trata precisamente —sentenció Selma.

Sin embargo, tenía ya los dedos tan deformados que Palm pudo ver el sol entre ellos, y luego se acabó un siglo y empezó el siguiente.

—No creía que llegara a vivir esto —comentó Selma—, aunque, con lo rápido que pasa el tiempo, no me extrañaría nada llegar a vivir también el siguiente cambio de siglo.

«Me da miedo que con el cambio de siglo se pierda la fuerza de la gravedad», le escribí a Frederik. Celebramos una fiesta en la casa consistorial y el óptico y el tendero lanzaron innumerables cohetes al cielo, de manera que desde arriba el pueblo debía de parecer un barco en apuros, y tras el edificio, junto a los lavabos, el gemelo del pueblo vecino que era cartero y yo

nos besamos. Lo besé a pesar de su mal karma, seguramente porque me había excedido con el espumoso rosado y todo me daba vueltas, pero el caso es que paré en seco cuando me dijo: «Luise, ahora sí que verás fuegos artificiales de verdad».

La fuerza de la gravedad siguió como siempre, todo lo contrario que el culebrón de Selma: la actriz que llevaba décadas interpretando a Melissa fue sustituida por otra. Selma se quejó entre resoplidos de furia, luego me miró fijamente y dijo:

—Tiene que pasar algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Lo que sea. Sal con ese joven que conociste en la escuela de oficios. ¿Cómo se llamaba?

—Andreas —dije.

Selma preguntó al óptico qué significaba *enormous population density*, y el óptico le respondió que una densidad de población enorme, refiriéndose a Nueva York. El óptico compró parches de calor para las lumbares, el proveedor empujó hacia la tienda el carro de comestibles cubierto con una lona y mi padre vino a visitarnos. Me trajo una cimitarra y yo se la regalé al señor Rödder. El gemelo del pueblo vecino que no era cartero prendió fuego a la granja del chiflado de Hassel y no lo detuvieron. Selma y yo pasamos mucho rato preguntándonos frente al río si Elsbeth tenía razón y la hiedra de un árbol en realidad era alguien que intentaba salvarse y quién debía de ser. El óptico dijo que era una lástima que no conociéramos a ningún coleccionista de sellos, y lo dijo por los sellos tan increíbles que teníamos de todo el mundo, tanto de los libros de fotografías enviados por correo como de las cartas de Frederik.

En los escalones de la entrada enseñé a uno de los hijos de Häubel a tirar el lazo, Friedhelm se casó con la viuda de la Casa de la Reflexión y nos pidió que todos cantáramos *O du schöner Westerwald* frente al registro civil.

Durante la boda, el gemelo que era cartero me preguntó si me apetecía que nos besáramos de nuevo, que no tenía compromiso, y, en invierno, Palm demostró lo ingenioso que podía llegar a ser: iba hacia la casa de Selma, recitando pasajes de la Biblia como de costumbre, cuando la vio agarrándose a mi brazo para intentar, en vano, bajar por la cuesta nevada sin resbalar continuamente. Al vernos, Palm se quedó pensando y dio media vuelta. Por la noche se presentó en casa de Selma con dos ralladores de verduras que luego fijó con alambres de florista a las suelas de las botas de Selma.

«Genial, Palm», dijimos todos. «Genial», escribió Frederik dos semanas más tarde, y todos tuvimos la tentación de felicitar a Palm con unos golpecitos en el hombro, pero al final nos acordamos de que no se podía.

«Inmensidad», dijo el óptico cuando Selma le preguntó, sentada en su butaca y con un libro de fotografías de Australia en el regazo, qué significaba *vastness*.

Selma empujó su silla de ruedas por el Uhlheck, Marlies se quejó sobre un libro que yo le había recomendado, Palm citó pasajes de la Biblia y el óptico le preguntó con mucha cautela si todavía no había acabado de leérsela entera. «Hace tiempo —respondió Palm—. Pero cada pasaje permite mil interpretaciones distintas.» Y una tarde el gemelo del pueblo vecino que no era cartero entró en la librería.

No había contado con que el señor Rödder todavía estaría allí, arrodillado bajo el mostrador donde teníamos la caja, intentando conectar un módem. El señor Rödder gateó discretamente hasta la sección de viajes y tuvo en jaque al gemelo del pueblo vecino con la ayuda de la cimitarra de mi padre hasta que llegó la policía. A partir de entonces, el señor Rödder se convirtió en un hombre mucho más sereno, y sus cejas, siempre tan estáticas, empezaron a moverse. Dejó de reñirme tanto y de arrastrar los pies entre las estanterías para estar a la altura de su gran gesta.

«Siempre te ocurren un montón de cosas», me escribió Frederik, y en mi

carta de respuesta le pregunté si por casualidad les había llegado una novedad llamada *correo electrónico*, porque entonces podríamos comunicarnos a más corto plazo y no recibirían las noticias tan desfasadas, pero Frederik respondió que por supuesto no tenían correo electrónico: «Por cierto, me alegro de que la fuerza de la gravedad aún exista y de que nosotros podamos verlo».

Mi madre, que había empezado a escribir poesía, ganó el segundo premio del concurso lírico del periódico de la comarca, y la atalaya de Palm acabó derrumbándose sin él encima, aunque lo más sorprendente fue que cedieron precisamente los dos postes que el óptico no había aserrado. Los postes aserrados quedaron en pie gracias al empeño que el óptico y Elsbeth habían puesto en afianzarlos.

El óptico le regaló un álbum de sellos al tercer hijo de los Häubel y el alcalde falleció mientras intentaba colgar una corona para las Fiestas de Mayo. Se le paró el corazón de repente y cayó desplomado de la escalera. «Por favor, no me digas que soñaste con un okapi», le dijo la viuda del alcalde a Selma. Y Selma no se lo dijo.

—¿Qué significa *enchanting oasis towns*? —preguntó Selma con un libro de fotografías de Egipto sobre el regazo.

—Ciudades oasis encantadoras —respondió el óptico.

Friedhelm paseaba cantando por el pueblo y se quitaba el sombrero para saludar a cualquiera que se cruzara en su camino, el óptico metió la cabeza en el campímetro y señaló los puntos que veía y mi padre vino a visitarnos y me trajo un póster brillante de una góndola veneciana, un póster tan horrible que llegué a pensar que lo había comprado en la tienda de artículos de regalo en lugar de haberlo traído de Venecia. El señor Rödder concedió una entrevista en la heladería para el periódico de la comarca, en la que habló sobre heroísmo frente a una copa de Tentación Ardiente, y yo empecé a salir con Andreas, el de la escuela de oficios, para que Selma me dejara en paz de una

vez. Fuimos a cenar a un restaurante italiano de la ciudad, después subió a mi piso y, puesto que yo no había contado con ello y no lo había adecentado, se encontró con todas las sillas y el sofá cubiertos de ropa y de periódicos viejos. Al ver el panorama, Andreas fue a sentarse sobre los paquetes que contenían la estantería.

—¡Quieto! —exclamé—. Ahí no, por favor.

—Entonces ¿dónde? —preguntó Andreas, y yo no supe decirle dónde podía sentarse.

A *Alaska* tuvieron que operarlo de la cadera y el veterinario nos preparó para lo peor explicándonos que lo más probable era que no sobreviviera, aunque sólo fuera por el simple hecho de que, en teoría, ese perro ya no debería estar vivo. «Todo ha ido bien —le escribí a Frederik esa misma tarde, antes de que lo operaran—, *Alaska* ha superado la intervención perfectamente y ya vuelve a estar tan pancho.» El día de la operación, mi padre estuvo llamando cada media hora, precisamente desde *Alaska*, preguntando por él. Le decíamos que todavía no sabíamos nada, pero no paró hasta que le pedimos que dejara la línea libre por si llamaba el veterinario.

Alaska no murió, sino que empezó otra de esas incontables vidas que iba encandenando sin morir entre una y otra, y cuando por Navidad dejé en la puerta de la casa de Marlies un poco de asado y ya me había dado la vuelta para marcharme, volví a girarme al oír el ruido de los cinco cerrojos. Vi cómo la puerta se abría un resquicio.

—¿Cómo se llamaba el que dijo aquello de que es mejor que la gente se quede en casa? —preguntó Marlies.

—Blaise Pascal —dije.

—No, el otro.

—Ah —exclamé—. El doctor Maschke.

El tendero se compró una máquina de café y colgó un papel de tarta con la inscripción CAFÉ PARA LLEVAR, pero lo descolgó al cabo de poco tiempo

porque ese café no le gustaba a nadie. «¿Y ahora qué hago yo con esto?», le preguntó a la esposa del difunto alcalde.

En el culebrón de Selma, la nueva Melissa engañó a Matthew con el hermanastro de éste, Brad, y Selma decidió no perdonárselo jamás, y, aunque yo no había sabido decirle a Andreas dónde podía sentarse, el caso es que Andreas y yo acabamos saliendo juntos por esas cosas que tiene la vida, cosas como que justo después de besar a Andreas por primera vez me diera por escribir a Frederik para contarle que había conocido a alguien muy agradable y que seguramente me casaría con ese alguien. Luego me llevé un disgusto al ver que Frederik, que solía comentarlo siempre todo, en su siguiente carta me hablaba del musgo del tejado, del trabajo en los campos, de la meditación, de los huéspedes del monasterio y sólo al final, al final de todo, en la esquina de la página, escribió: «P. D.: Por cierto, felicidades».

Andreas era muy agradable, me lo decía todo el mundo. Compartíamos los mismos intereses, algo que también me decía todo el mundo, y es que, al fin y al cabo, Andreas también era librero, y cuando alguien me preguntaba qué había sido de Frederik, me limitaba a responder que eran cosas de la vida.

—No siempre se pueden elegir las aventuras para las que uno está hecho —dije.

—No iba en ese sentido, Luise —se disculpó el óptico.

Después de una visita de mi padre, el señor Rödder contempló la pared de la sección de literatura de viajes durante un buen rato. Ahí tenía colgado un Buda, una máscara marroquí, una cadena con el perfil de Groenlandia, una alfombra de Lima, una matrícula de Nueva York, una camiseta enmarcada en la que se leía «Hard Rock Café Beijing», la cimitarra, una cruz celta, el macuto de piel de camello, un palo de lluvia chileno, el póster de la góndola veneciana y un didyeridú.

—Ya tenemos más decoración sobre libros de viajes que libros de viajes —constató el señor Rödder, y acto seguido me preguntó si me veía al cargo del negocio cuando él ya no estuviera.

—Pero es que usted sí que está —le dije.

Y dos semanas más tarde, Frederik me escribió: «Es una buena oferta, pero ¿en realidad te apetece? Sigo pensando que estás hecha para surcar los siete mares».

Leí la carta de camino hacia la librería. Volví corriendo a casa y le escribí a Frederik que él no era nadie para juzgar quién estaba hecho para qué en la vida porque, justo él, había decidido apartarse por completo de la vida real para refugiarse en un monasterio con el tejado lleno de musgo, y que desde ahí era muy fácil hablar. Puesto que en su última carta Frederik me había acusado una vez más de estar difusa, también le escribí que alguien que nunca está presente tampoco puede juzgar si hay buena visibilidad, e incluso mientras lo escribía ya me daba cuenta de que no era verdad, de que Frederik y yo nos veíamos perfectamente a pesar de los más de nueve mil kilómetros que nos separaban. Puede que incluso mejor que si hubiéramos estado cerca.

«Querida Luise: Me gustaría saber qué entiendes tú por esa vida real que mencionas», me respondió Frederik.

—¿Qué significa *scenic and craggy*? —preguntó Selma con un libro de fotografías de Irlanda en el regazo.

—Pintoresca y escarpada —respondió el óptico. Ante la oscuridad que envolvía la ventana del salón de Selma sólo podía ver su propio reflejo. «Como mi cara.»

Selma tendió la colada con mucha cautela, como si estuviera marcando la pauta que las generaciones venideras utilizarían para aprender a tender la colada. Marlies comió guisantes directamente del bote y por la noche, plantada frente a la ventana, segura de que nadie la vería, y de vez en cuando alguien del pueblo se decidía a demostrar más gratitud a partir de entonces, y disfrutar más de las pequeñas cosas, o simplemente a tomar conciencia de lo que tenía. Al menos hasta que estallara una cañería o llegara una factura inesperada.

El verano fue tan tórrido que se secó el cauce del río, el óptico se pasó una tarde entera paseando por el lecho seco con los hijos de Häubel, y cuando cumplí los treinta, Andreas me regaló un vale para ir de viaje al mar. Propuso que nos hiciéramos cargo de la librería juntos y que viviéramos juntos, y, justo cuando me lo propuso, sonó el teléfono. Me levanté corriendo de la cama, recorrí el pasillo y descolgué y, aunque me llamaban desde el otro extremo del mundo, el sonido fue cristalino, y la conexión, perfecta.

—Soy yo —dijo Frederik—. Muchas felicidades, Luise.

Llevaba ocho años sin oírle la voz. Cerré los ojos y, tras mis párpados, vi a Frederik en blanco y negro, paseando por el Uhlheck, flanqueado por dos monjes vestidos en blanco y negro, aunque tras mis párpados sus ojos claros parecían oscuros mientras me decía: «Por cierto, me llamo Frederik».

Su llamada me pilló desprevenida. En cambio, es evidente que mi bloqueo llevaba ocho años preparándose a conciencia para hacer acto de presencia justo en ese instante.

—Gracias —dije—, pero ahora no puedo hablar.

Frederik se quedó callado un momento.

—No te imaginas lo engorroso que resulta llamar por teléfono desde aquí —dijo Frederik—. Por favor, cuéntame al menos cómo te van las cosas.

—Bien —dije, pero me quedé callada y tuvo que ser él quien rompiera el silencio de nuevo.

—Sí, gracias, a mí también. Si no fuera por el hambre que tengo siempre.

—Bien —dije, y a continuación Frederik me preguntó cómo iban las cosas con Alexander.

—Andreas —dije, e insistí en que tenía que colgar.

—Luise, no te pongas así —dijo—, sólo quería oírte.

—Bien —dije—. Muy bien —dijo mi bloqueo, y luego colgué.

Volví con Andreas y pasé la noche entera a su lado, incapaz de pegar ojo sólo porque a Frederik le había apetecido oír mi voz, y dos semanas más tarde me llegó otra carta suya.

«No es sólo culpa mía que hablar por teléfono sea tan engorroso.»

Selma le preguntó al óptico si no había empezado a pensar en jubilarse, pero él, que era casi tan viejo como Selma, casi setenta y siete años, y realmente tenía el rostro escarpado, no echaba en falta nada, aparte de algo de musculatura en las lumbares para descargar peso de sus discos intervertebrales.

—Espero poder trabajar hasta que me muera —respondió el óptico—. Ya lo verás, Selma: me moriré con la cabeza metida en el campímetro.

Y así sucedería, muchos años más tarde, aunque en algo se equivocó: Selma ya no podría verlo.

—¿Qué significa *merciless drought*? —preguntó Selma, sosteniendo en alto un libro de fotografías de Namibia.

—Sequía implacable —dijo el óptico—, como puedes comprobar.

El óptico seguía intentando descifrar el sentido de la frase que afirmaba que lo que no se miraba no podía desaparecer. «Lo siento —me escribió Frederik—, dile al óptico que yo tampoco le encuentro sentido a esa frase.» El tendero preguntó qué había sido de Frederik, y el óptico volvió a pensar que ya iba siendo hora de reparar definitivamente los lugares que amenazaban con hundirse en el suelo de la casa de Selma, que no era plan vivir de ese modo, aunque en realidad lo había sido durante décadas, pero luego al óptico se le olvidó una vez más, y la viuda de la Casa de la Reflexión dejó a Friedhelm porque prefería seguir siendo viuda, mientras que la viuda del difunto alcalde se mudó a la ciudad, a casa de su hija, y luego desapareció el tercer hijo de los Häubel.

El pueblo entero participó en las labores de búsqueda. Lo buscamos por las casas, por los establos, por los graneros, incluso por el Uhlheck. El niño se llamaba Martin, se llamaba Martin por Martin, y tenía diez años.

—No —aseguró Selma cuando le preguntaron si había soñado algo en especial la noche anterior—. Estoy segura de que no.

Todos temíamos que la cosa no acabara como siempre, sino de un modo completamente distinto. Temíamos que en algún lugar se abriera una puerta de improviso y la muerte se llevara al hijo de los Häubel. Sin embargo, regresó ileso a casa tres horas más tarde, después de haberse escondido en la antigua vaqueriza del difunto alcalde, tras las máquinas de ordeñar que estaban arrinconadas al fondo. Habíamos pasado por allí varias veces mientras lo buscábamos, pero el chaval había notado tanto pánico en nuestras voces que se había asustado y no se había atrevido a salir.

Una mañana, cuando Andreas me dio un beso en la frente antes de marcharse a la ciudad, un beso superficial como los que se daban los personajes del culebrón de Selma, cuyo reparto ya era completamente distinto al original, le dije que nuestra relación se había acabado. Andreas dejó la mochila en el suelo y se me quedó mirando, aunque no me pareció que se hubiera sorprendido, sino que más bien era como si ya llevara tiempo contando con esa posibilidad.

—¿Y por qué, si se puede saber? —preguntó de todos modos, y luego enumeró los planes que había hecho para nosotros—. ¿Por qué? —preguntó de nuevo.

No se me ocurría ningún motivo.

—Porque estoy hecha para surcar los siete mares —alegué al fin.

Andreas se acercó a mi escritorio y cogió el vale que me había regalado para ir al mar y que yo todavía no había utilizado.

—¿Los siete mares? ¡Pero si ni siquiera quisiste ir a uno! —exclamó, blandiendo el vale.

Andreas se marchó y yo no metí el pie en la puerta para evitar que la cerrara.

Todo me daba vueltas, era la primera vez que me negaba a que una de esas cosas que suceden en la vida siguiera sucediendo.

Y mientras seguía pensando en lo que debía hacer a continuación, de repente me vi con el cuchillo del desayuno en la mano, delante de la

estantería que había estado guardando en casa durante nueve años. Abrí el embalaje y me encontré unas instrucciones divididas en veintiséis puntos que me parecieron absolutamente incomprensibles. Intenté seguirlas de todos modos, y mientras montaba el mueble iba pensando en aquella carta en la que Frederik me había preguntado qué era, en mi opinión, la «vida real». Pensé en Martin y en la ventanilla difusa en la que siempre se apoyaba, muy concentrado en el paisaje y con los ojos cerrados. Pensé en su mechón rebelde que nadie era capaz de peinar. Pensé en el gorro de baño de Elsbeth, adornado con flores que parecían hortensias, en el aliento a violetas del señor Rödder, y en la piel vieja de Selma, que parecía una corteza. Pensé en la mesa de la heladería de Alberto en la que había conseguido leer bien por primera vez el horóscopo de un azucarillo, y en el premio que obtuve por ello: un Amor Furtivo mediano. Pensé en *Alaska*, en cómo levantaba la cabeza cada vez que me veía salir de la habitación y se planteaba si valía la pena levantarse para acompañarme, y en que casi siempre acababa llegando a la conclusión de que sí, de que valía la pena. Pensé en el óptico, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, y pensé en Palm, en la mirada desesperada que solía tener antes y en el Palm actual, en cómo asentía y callaba, asentía y callaba.

Pensé en el reloj de la estación, con el que el óptico nos había enseñado a leer las horas y a entender las diferencias horarias. Pensé en todas las horas del mundo, en todas las franjas horarias con las que había tenido algo que ver, en los dos relojes de pulsera que mi padre llevaba en la muñeca, y llegué a la conclusión de que ésa era la «vida real», y cuando iba por el punto diecisiete arrugué las instrucciones hasta que quedaron reducidas a una bola de papel y seguí sin ellas, y al final me quedó una estantería más o menos derecha.

Camino de la librería, entré en la heladería.

—¿Qué te apetece? —preguntó Alberto.

—Un Amor Furtivo de los grandes —respondí.

El libro de fotografías que mi padre le regaló a Selma cuando cumplió ochenta años era de Islandia, y el óptico se alegró de que así fuera porque sabía lo mucho que le gustaría.

Islandia era un país tranquilo y sus habitantes creían en cosas de lo más absurdas, por lo que a Elsbeth seguramente también le habría gustado. En esa ocasión, Selma no le preguntó nada de nada al óptico.

—Ya no me preguntas nada —constató él.

—Es que no estoy leyendo el texto —respondió Selma, con una sonrisa—. Estoy demasiado entusiasmada.

Selma se había maquillado: se había pintado los labios, se había puesto rímel en las pestañas y colorete en las mejillas y tenía un aspecto increíblemente joven.

Y cuando oyó la llegada de los primeros invitados a la fiesta, a la que esperaba que acudiera el pueblo entero, Selma cerró el libro.

Ahuyentar al corzo

—¿Y bien? —preguntó el señor Rödder, intentando cerrar en la medida de lo posible la puerta de la trastienda desde el interior—. ¿Ya ha tomado usted una decisión?

—No —respondí—, pero, al fin y al cabo, usted aún está aquí.

El señor Rödder se balanceó con impaciencia sobre las puntas de los pies.

—Bueno —dijo, mirándome muy serio—, cuando talas un árbol y empieza a caer, tampoco puede decirse que ya esté en el suelo. Está cayendo.

—¿Le ocurre algo? ¿No se encuentra bien?

—No, no. Pero pasito a pasito me voy acercando a los sesenta y cinco —murmuró el señor Rödder—, y es una edad a la que uno ya puede considerarse talado.

En parte tenía razón, pero eso no excluía la posibilidad de que el señor Rödder llegara a superar con mucho los sesenta y cinco años y que, pasito a pasito, incluso llegara a cumplir los ciento uno y que el periódico de la comarca le hiciera una entrevista para preguntarle cuál era el secreto de su salud inquebrantable, a lo que el señor Rödder seguramente respondería que debían de ser los caramelos de violeta.

—Señor Rödder —le dije—, necesito unos días libres.

—¿Espera alguna visita de Japón?

—No. Pero mi abuela no se encuentra muy bien que digamos.

—Vaya. Por supuesto que puede tomarse unos días libres. Y salude a su abuela de mi parte, aunque no nos conozcamos personalmente.

Unas semanas antes, Selma había estado esperándome en la puerta de la

tienda, sentada en su silla de ruedas, porque la rampa había cedido bajo el peso de una remesa de detergente. A su lado, sobre el alféizar del escaparate, se encontró una bolsa con panecillos. Selma no sabía que se la había olvidado la esposa del nuevo alcalde tras una intensa conversación con el óptico sobre las ventajas y desventajas de las lentes de contacto. El caso es que a Selma le entró hambre y, como tenía que esperar a que yo llegara para hacer la compra, había abierto la bolsa, había sacado un panecillo con pasas, había tomado un trozo y había devuelto el resto del panecillo a la bolsa como si no hubiera sucedido nada.

Poco después, Selma empezó a olvidar los primeros nombres. «¿Cómo se llamaba el hijo de Melissa y Matthew, el que se metió en esa terrible historia de drogas?», preguntaba, por ejemplo. «¡No lo digas!», se apresuraba a gritar cuando alguien estaba a punto de ofrecerle la respuesta. Quizá quería recordar el nombre por sí misma, aunque también es posible que le bastara con tener cerca la cabeza de alguien que sí supiera el nombre en cuestión.

También empezó a olvidarse de los cumpleaños y de las citas con el médico.

—Por casualidad no habrás comido pan encontrado últimamente, ¿verdad?
—le pregunté.

—No —respondió Selma, y no porque me mintiera, sino porque eso también lo había olvidado.

Perdió además uno de los pendientes que Elsbeth le había regalado al cumplir los setenta años. Eran unos pendientes de bisutería con una perla demasiado grande para ser verdadera. En cuanto se dio cuenta de que lo había perdido, Selma se echó a llorar y no pudo parar hasta media hora después. Al principio creí que, más que llorar por el hecho de haber perdido un pendiente, lloraba por la sensación de perder las fuerzas, y también por Elsbeth y por todas las personas a las que había perdido a lo largo de la vida. Pero a Selma no le gustaban nada las metáforas. Seguro que lloró solamente por el pendiente.

Comenzó a hacer comentarios extraños. «El bosque me va entrando poco a poco —dijo un día mientras el óptico y yo empujábamos su silla de ruedas por el Uhlheck—. ¿Sabéis una cosa? Creo que el bosque me lee el pensamiento.»

El óptico y yo no le hicimos caso, como si Selma no hubiera dicho nada o como si los sonidos del bosque hubieran sido especialmente fragorosos aquel día y no nos hubieran permitido oírla.

Selma empezó a componer muchas frases con las palabras *nunca* o *siempre*, y las soltaba con la autoridad de alguien que había vivido desde el principio hasta el final, con esa perspectiva privilegiada que le permitía hacerse una idea clara de qué había existido siempre y qué no había existido jamás.

«En realidad, nunca he salido de aquí», dijo un día, dando unas palmaditas a los flancos de su casa al llegar de un paseo por el Uhlheck. «Siempre me ha gustado la mermelada de zarzamora», dijo una mañana mientras se untaba una rebanada de pan.

—¿No es sorprendente —dijo Selma mientras traspasaba del calendario viejo al nuevo las fechas en las que había nacido o fallecido alguien— que vivamos la fecha en la que moriremos sin saber cuál es? Uno de los incontables veinticuatro de junio, u ochos de septiembre, o cincos de febrero que he vivido coincidirá con el día de mi muerte. ¿No creéis que sería mucho mejor saberlo de antemano?

—Mmm —dijimos el óptico y yo.

—¿Alguna vez habéis pensado en qué sentido se pierde primero al morir? —nos preguntó Selma mientras intentaba, en vano a causa de las manos deformadas, coser un botón de la chaqueta del óptico que pendía de un solo hilo—. ¿Será el tacto? ¿O la vista? Quizá el primer síntoma es perder el olfato. También es posible que desaparezcan todos los sentidos juntos.

—No —dijimos—, no lo habíamos pensado jamás.

Un día en que el óptico vino a buscarme a la librería al salir del trabajo y

nos dirigíamos al pueblo, de repente Selma lanzó una pregunta desde el asiento trasero.

—¿Creéis que es cierto lo que dicen, que te pasa la vida entera frente a los ojos cuando te llega la hora?

Yo me encogí de hombros, ni siquiera me había dado cuenta de que Selma había estado allí sentada todo el rato.

—Yo me lo imagino como si la muerte preparara una sesión de diapositivas. Porque no te puede pasar frente a los ojos la vida entera, con todo lo que has vivido, por fuerza tendrá que hacer una selección. ¿Cuál creéis que es el criterio? ¿Cómo se eligen las escenas más importantes de una vida? Desde el punto de vista de la muerte, quiero decir.

—Supongo que esta escena que vivimos ahora no entraría en ninguna selección —dije.

—Déjalo ya, Selma —dijo el óptico.

Selma quería hablar con nosotros sobre la muerte y nosotros no se lo permitíamos. Era como si la muerte fuera un pariente lejano que se había portado mal y al que habíamos decidido ignorar.

Miré a Selma por el espejo retrovisor y vi que sonreía.

—Os comportáis como los niños cuando cierran los ojos y creen que nadie puede verlos —dijo.

Por la noche dormí en el sofá de Selma y a las tres y media de la madrugada me desperté. Fui a su dormitorio y vi que la cama estaba vacía, y la colcha, en el suelo. A ella la encontré en la cocina, sentada a la mesa con su camisón floreado y un Mon Chéri en las manos. En el suelo había siete más, todavía dentro de su envoltorio.

—Ya no puedo ni abrirlos —dijo—, es como si tuviera las manos congeladas.

Fui corriendo hacia ella y la abracé. Fue un abrazo torpe, no resulta fácil abrazar a alguien que está sentado en una silla. Tuve que hacerlo desde atrás

y parecía que le estuviera practicando la maniobra de Heimlich.

—Luise, creo que ya se acerca la hora —dijo Selma.

Cerré los ojos deseando tener párpados también en las orejas para poder cerrarlas. Selma se volvió hacia mí, me puso las manos en los hombros y me alejó un poco para verme mejor.

—¿Suscribes que me llegue el final de una vez, hija mía? —me preguntó.

«Algo así debe de sentirse —pensé— cuando te clavan una cimitarra.»

Selma me apartó un mechón de la cara y por un instante pensé en Frederik.

—Estáis todos como cabras —dije, y puede que levantara demasiado la voz, teniendo en cuenta el silencio nocturno que reinaba en la cocina de Selma—. Siempre me estáis pidiendo que suscriba insensateces.

—Puedes estar contenta de que al menos te lo preguntemos —dijo Selma—, normalmente esas cosas se aplican sin esperar a que alguien las suscriba.

La miré a los ojos y me di cuenta de que tras sus párpados había ocurrido algo terrible.

—Has soñado con un okapi —susurré.

Selma sonrió y me puso una mano en la frente, como si quisiera comprobar si tenía fiebre.

—No —respondió.

—Me estás mintiendo. ¿Por qué me mientes? ¡Puedes decírmelo, tranquila! —grité, y es que yo estaba cualquier cosa menos tranquila.

—He pensado mucho en ello y creo que no me queda nada por resolver en la vida —dijo Selma, acariciándome la rodilla—. Bueno, aparte de arreglar esa zona de allí —añadió, señalando hacia el suelo, junto a la ventana, donde había una zona delimitada con cinta adhesiva de color rojo—. Aunque me habría gustado poder ayudarte a resolver la tuya, Luise.

—En mi vida va todo bien —dije, y el búho de macramé que le había regalado la esposa del tendero cayó de la pared y fue a parar junto a mis pies.

Selma se quedó mirando el búho y luego me miró a mí.

—¿No te das cuenta? —me preguntó.

—No —respondí, y como no sabía a qué se refería, no dije ninguna mentira.

Selma me tendió el Mon Chéri que tenía en la mano.

—¿Puedes abrírmelo?

Justo cuando ya había vuelto al sofá, hacia las cinco de la madrugada, llamaron a la puerta. Era el óptico, con una colcha por encima de los hombros y un colchón hinchable plegado bajo el brazo.

—Tengo un mal presentimiento —dijo.

El óptico extendió el colchón junto al sofá. Mientras dormíamos, Frederik me escribía una carta: «Luise, por favor, dime algo. Tengo un mal presentimiento». Sin embargo, tardé dos semanas en poder leerla.

A la mañana siguiente, Selma tenía un poco de fiebre y los ojos brillantes.

—Deberíamos llamar al médico —le dije al óptico.

—Ni hablar —exclamó Selma desde el dormitorio—. Si llamas a un médico, no volveré a dirigiros la palabra.

El óptico y yo nos miramos.

—Dios mío, tener que aguantar estas cosas hasta el último momento de vida —dijo Selma, resoplando.

Entonces sonó el teléfono y lo cogí con la esperanza de que fuera mi padre. Era él.

—Tienes que venir —le dije—. Selma se encuentra mal.

Quedó raro, casi como una mentira, porque Selma no se encontraba mal, después de todo, pero tampoco podía decirle «Se encuentra de maravilla, pero mira tú por dónde: se está muriendo».

—Cogeré el primer vuelo que encuentre —dijo mi padre—, acabo de llegar a Kinsasa.

Y mientras yo hablaba por teléfono con mi padre desde la sala de estar, en mi piso de la ciudad también sonaba el teléfono. «Luise, por favor, cógelo», le dijo Frederik al contestador automático, y el contestador automático le cortó la llamada. Frederik dejó un mensaje: «Por si no fuera ya suficiente engorro llamar por teléfono, este maldito contestador automático acaba de complic...», y el contestador cortó la conexión. «Te llamo porque estoy preocupado por...», comenzó a decir Frederik en el segundo intento de dejar un mensaje, pero el contestador automático cortó otra vez la llamada, de nuevo con una voz femenina y metálica: «La llamada quedará en espera, la llamada quedará en espera», luego apareció Frederik otra vez y el contestador automático dijo: «No tiene mensajes nuevos, no tiene mensajes nuevos, no tiene mensajes nuevos».

A mediodía, mi madre preparó la sopa de pollo que tanto le había gustado siempre a Selma, pero ese día resultó que ya no le gustaba, y el tendero trajo una bolsa de plástico llena de Mon Chéri ya desenvueltos, pero Selma también los rechazó con una sonrisa de agradecimiento.

Al atardecer bajé al garaje: era martes y tenía que ahuyentar al corzo. Como era de esperar, estaba en el prado que lindaba con el bosque, aunque en realidad no era el corzo original desde hacía ya varias generaciones de corzos. Abrí la puerta del garaje y volví a cerrarla con fuerza. Repetí la operación otra vez, y luego, otra. Estuve dando portazos un buen rato después de haber ahuyentado al corzo. De repente, Palm apareció detrás de mí.

—No es necesario que te preocupes más por el corzo —dijo.

Di un último portazo y miré a Palm, que estaba ahí plantado con la biblia contra el pecho.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Bien —dije—. Aunque creo que no le queda mucho tiempo. ¿Vienes?

Palm entró conmigo en la casa, pero se detuvo ante las escaleras. Me di la

vuelta.

—Vamos, ven —le dije.

Sin embargo, Palm se quedó quieto, como si temiera descubrir otra zona frágil de suelo a punto de hundirse, y estuvo ahí varias horas. Nadie en el mundo parecía más perdido que Palm negándose a entrar.

—Tengo calor —dijo Selma.

La ventana del dormitorio no basculaba, de manera que tuve que dejarla entreabierta y colocar un libro delante para que no acabara abierta de par en par, puesto que era un día especialmente ventoso.

El óptico se sentó a los pies de la cama de Selma. No había vuelto a sentarse allí desde la muerte de Martin, cuando nos había contado lo de la ballena azul.

Desde entonces, en ese dormitorio no había cambiado nada de nada. El despertador de viaje forrado con piel sintética de color diarrea, su sonoro tictac, los respaldos y los floreados, los rollizos carneros del cuadro y el pastor despreocupado, la lámpara de la mesita de noche, con la pantalla de cristal glaseado con forma de gorro de gnomo: todo seguía en el mismo sitio. Pero, una vez más, el óptico no vio nada de nada, y una vez más fue una lástima, porque sus ojos habrían sabido apreciar en ello una belleza especial si lo hubiera visto. Pero sólo tenía ojos para Selma.

—Me gustaría leer algo —dijo ella.

Le llevé todos los libros posibles, también los de fotografías, pero no se le antojaba ninguno.

—Entonces ¿qué te apetece leer? —pregunté—. Puedo traerte lo que quieras.

—Es que no lo sé —respondió Selma.

El óptico se levantó de repente.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Fui con él hasta la puerta de casa y aproveché para ver cómo estaba Palm,

pero resultó que había desaparecido. Seguí al óptico con la mirada, vi cómo bajaba por la cuesta y me pregunté si regresaría con un corazón de murciélago en la mano, aunque a Selma no le dolía nada.

El óptico regresó cargado con dos maletas enormes. Le abrí la puerta y pasó por mi lado sin decirme nada, se metió en el pasillo, cruzó la sala de estar y no se detuvo hasta que llegó a la cama de Selma.

Hacía tiempo que las voces interiores del óptico no estaban tan alborotadas como durante el camino de vuelta a casa de Selma, y la causa era la barbaridad que el óptico estaba a punto de cometer.

«Estás chiflado», le habían gritado las voces mientras el viento le azotaba la cabeza y le ladeaba las maletas, haciendo que chocaran sin cesar contra sus piernas. Que siempre le había ido bien actuando con moderación, le gritaban, que el miedo era un buen consejero, que aquello terminaría mal, muy mal, si el óptico aprovechaba los últimos instantes de vida de Selma para confesar ese amor que jamás se había atrevido a revelar. «¡No lo hagas!», chillaban, presas del pánico. «¡No lo hagas!», seguían gritando todavía en el momento en el que el óptico plantó las maletas frente a la cama de Selma y las abrió.

Estaban llenas hasta los topes de papeles.

—Aquí está todo —le dijo el óptico a Selma con una sonrisa.

Querida Selma:

Con motivo de la boda de Inge y Dieter, me gustaría contarte de una vez por todas

Querida Selma:

Es impresionante lo rápido que está aprendiendo a leer Luise. Antes, cuando estábamos en la heladería y he visto el Amor Furtivo

Querida Selma:

¿De verdad crees que Marlies tiene algún problema? ¿Como el

chiflado de Hassel? Me refiero a si tiene una enfermedad mental. Hoy me lo estaba preguntando de nuevo. Y hablando de locos, me tomarás por loco si te digo que

Querida Selma:

Hoy se cumple un año y tienes razón: debemos intentar que Palm encuentre algún estímulo para seguir adelante. Y hablando de estímulos vitales

Querida Selma:

El eclipse de sol de hoy ha sido espectacular. Para mí eres todo lo contrario a un eclipse

Querida Selma:

Como ya te decía este mediodía, yo tampoco creo que Luise ame realmente a Andreas. Y hablando de amar

Selma fue sacando las hojas de las maletas, una tras otra, y las fue leyendo sin soltar la mano del óptico. Él se quedó sentado esperando, como cuando esperaba por si ella encontraba una palabra que no conocía en un libro de fotografías.

—¿Qué significa *incondicional*? —preguntó Selma.

El óptico soltó una carcajada.

—*Incondicional* significa incondicional.

—La vida pasa frente a mis ojos —murmuró Selma entre carta y carta.

Nosotros nos asustamos. «Ya está», pensamos, pero al ver nuestra reacción Selma se apresuró a aclarar el comentario.

—No, no. Me refería a las cartas. Mi vida entera está escrita en ellas.

Siguió leyendo hasta que no pudo más. Luego miró al óptico y le dijo:

—Léemelas, por favor.

Él continuó leyendo hasta medianoche, y sólo se detuvo porque se quedó afónico.

—Necesito una pausa, Selma —dijo.

Ella lo miró con un brillo rutilante en los ojos, y se incorporó y se acercó mucho a la oreja del óptico para susurrarle:

—Gracias por todos estos inicios, y gracias por no decirme nada durante toda la vida, porque no habríamos podido pasar tanto tiempo juntos. Imagínate.

—Prefiero no imaginarlo, Selma —dijo el óptico, también con los ojos brillantes y también con fiebre, aunque una fiebre distinta, de la que no se puede medir.

—Yo tampoco —dijo Selma—. Por nada del mundo.

En ese momento, el libro de fotografías no bastó para seguir conteniendo el viento y la ventana se abrió de par en par, levantando las cortinas y revolviendo los papeles que habían quedado apilados junto a las maletas, de manera que todos los inicios volaron por los aires.

—Necesito un poco de aire fresco —dijo el óptico una hora más tarde, mientras Selma dormía. No obstante, antes de salir a tomar el aire pasó por la cocina.

El número de Frederik todavía estaba en la puerta del frigorífico. El óptico lo examinó como si aquellas cifras encerraran algún significado secreto, algo más que una simple conexión telefónica. Descolgó el papel, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Durante el camino de vuelta a casa se sintió mucho más ligero que cuando había ido ver a Selma cargado con dos pesadas maletas llenas de papeles y hostigado por un montón de voces amedrentadas hasta el pánico. Todo eso había quedado sustituido por una única hoja de papel, e incluso el viento que tanto le había dificultado avanzar se había apaciguado.

Ya en casa, cogió el teléfono y la hoja de papel con el número y se sentó en su estrecha cama individual. Calculó ocho horas menos, marcó aquella secuencia de números interminable y esperó un rato igual de interminable hasta que por fin respondió un primer monje. Seis monjes después, el óptico por fin pudo hablar con el monje que estaba buscando.

—¿Sí? —dijo Frederik.

—Buenos días, Frederik. Soy Dietrich Hahnberg.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—Perdone, ¿cómo dice? —preguntó Frederik, desconcertado.

—El óptico.

—¡Ah, claro! —exclamó Frederik—. Disculpe. Vaya, menuda sorpresa. ¿Cómo está?

—¿Le importaría venir? —preguntó el óptico, y por el tono pareció como si el monje estuviera en el pueblo de al lado en lugar de encontrarse en el otro extremo del mundo.

—Por supuesto —respondió Frederik.

Me senté en el alféizar de la ventana del dormitorio de Selma. Contemplé al pastor despreocupado del cuadro y me pregunté en qué momento Selma debía de haber soñado con un okapi la noche anterior, puesto que tal vez serviría para calcular el tiempo que le quedaba en el mejor de los casos.

Selma se despertó un instante y me miró. Estaba tendida sobre la espalda y tapada con la colcha hasta la barbilla. Tenía una mirada más febril incluso que antes, pero también parecía más animada.

—Hasta el momento va todo como una seda —dijo, como si estuviera hablado de los preparativos de las Fiestas de Mayo.

La intimidad con el mundo

El óptico regresó a casa de Selma pasadas las dos de la madrugada. Sin embargo, poco antes de llegar, percibió de reojo un movimiento periférico en una zona que quedaba completamente a oscuras. Miró hacia la izquierda, hacia los prados por los que fluía el Apfelbach. Detrás, sobre el puentecito, había una figura. El óptico trepó a la cerca y se le acercó.

Era Palm. El óptico subió al puente y se detuvo cerca de él. Palm tenía la mirada vidriosa y los hombros caídos, los brazos pegados al cuerpo. En una mano llevaba la biblia, y en la otra, una botella medio vacía de aguardiente de trigo. Después de tantos años de abstinencia, el óptico había olvidado lo mucho que cambiaba el aspecto de Palm cuando bebía: borracho parecía mucho más alto y corpulento que sobrio, y todo en él se veía más grande y contundente, también las manos y la cara.

El óptico extendió una mano hacia él con cautela. Palm reaccionó dando un paso atrás, asustado, la biblia se le resbaló y a punto estuvo de caer por el borde del puente. El óptico estiró un pie y la empujó hacia el centro.

El sonido del río, que en realidad no era más que un murmullo, en los oídos del óptico se convirtió en un rugido torrencial, por eso no oyó llorar a Palm, aunque sí lo vio. Vio cómo las lágrimas recorrían las mejillas de ese rostro que, en un abrir y cerrar de ojos, volvía a ser rojo, gigantesco y desesperado.

El óptico respiró hondo para armarse de valor, dio un paso adelante y cogió a Palm por debajo de los brazos, y éste se tambaleó hacia atrás. Sin embargo, el óptico se aferró a él con todas sus fuerzas sin dejarse amilanar por la posibilidad de que, al tocarlo, Palm pudiera quedar reducido a polvo.

En ese instante y en ese lugar, por encima del Apfelbach enfurecido, no tuvo más remedio que asumir el riesgo.

Palm no quedó reducido a polvo, y el óptico lo levantó en volandas, dejando que la pesada cabeza de Palm reposara sobre su hombro. Palmapestaba a licor y sudor, no paraba de sollozar y con cada sollozo le temblaba el cuerpo entero, como temblaba también el del óptico, aunque en su caso era por el esfuerzo. Al principio, Palm había intentado reaccionar agarrando al óptico por los costados, pero a esas alturas no pudo más que abrazarlo, y al hacerlo dejó caer la botella, que también quedó sobre el puente. El pelo sudoroso de Palm se hundió en el cuello del óptico y las gafas le quedaron levantadas sobre la frente.

El óptico consiguió sostener a Palm casi un minuto en el aire, pero no más. Lo posó en el suelo sin soltarlo del todo, entre otras cosas porque Palm tampoco parecía dispuesto a que lo soltaran. Abrazado a Palm, pues, el óptico primero consiguió arrodillarse y luego sentarse. Y así se quedaron durante un buen rato: el óptico con las piernas extendidas y la espalda apoyada contra la barandilla del puente, y Palm con el tronco atravesado sobre el pecho del óptico, con los ojos cerrados, inmóvil. El óptico quedó mal sentado sobre la biblia de Palm, con la espalda torcida, algo terrible para la hernia, pero tampoco veía ninguna posibilidad de cambiar de postura sin despertar a Palm.

Le acarició el pelo. La botella de aguardiente había quedado junto a sus pies, podía descifrar la etiqueta sin problemas, y entonces fue cuando el óptico se dio cuenta de lo clara que era la noche y de lo mucho que brillaba la luna, algo sobre lo que Palm había sido un verdadero experto.

Fuiste tú

Y luego dejó de ir todo como una seda. Selma estaba inquieta y se revolvía en la cama. Yo le había preparado unas compresas húmedas para las pantorrillas e intenté aplicárselas, pero se movía tanto que incluso acabó mojando los inicios de cartas que habían quedado esparcidos sobre la colcha.

Alaska se había sentado a los pies de la cama y no me había perdido de vista durante todo ese trajín. Me miraba como si tuviera una pregunta importante para mí y lamentara no poder hacérmela.

Cuando el óptico regresó, su aspecto revuelto no me llamó la atención porque en esos momentos yo sólo tenía ojos para Selma. Nos sentamos en el borde de su cama y de vez en cuando uno u otro se levantaba de un brinco para hacer cosas completamente innecesarias. Perdimos la noción del tiempo, quizá eran las dos de la madrugada, o quizá se produjo un desfase horario hacia delante o hacia atrás, no lo sabíamos.

Selma tenía los ojos acuosos. «Quién sabe si el color de los ojos es lo primero que se pierde», pensé. Se quedó dormida, se despertó de nuevo y clavó las manos en los lados de la cama, aferrándose a ella. Luego se nos quedó mirando y de golpe pareció que estaba furiosa, como si no supiera quiénes éramos, y pidió:

—Me gustaría hablar con mi hijo, por favor.

Me llevé una mano a la boca y empecé a llorar. Habría dado cualquier cosa por ser otra persona, una telefonista, por ejemplo, pues habría podido conectarla con su hijo de inmediato.

Durante cuatro horas, hasta que amaneció, Selma estuvo revolviéndose en la cama sin parar, pasando infinidad de veces de tratarnos como a extraños a

reconocernos de nuevo y vuelta a empezar, y en el último instante, la última vez que nos reconoció, me tomó de la mano y yo coloqué un dedo en su muñeca para notarle el pulso, como solía hacer de pequeña. Lo tenía muy acelerado, el mundo pasaba a toda velocidad antes de detenerse por completo.

Selma me puso una mano en la nuca para acercar mi cabeza a su pecho, sobre el camisón empapado en sudor, y me acarició el pelo.

—Tú creaste el mundo —susurré.

—No —dijo Selma—. Fuiste tú.

Y eso fue lo último que dijo.

¡Heinrich, el coche se rompe!

Selma estaba en el Uhlheck, con su camisón floreado y largo hasta los tobillos, mirándose los pies sobre la hierba. Estaba justo en la misma posición en la que solía soñarse junto a un okapi, en esos sueños que significaban que alguien cercano estaba a punto de morir. Sin embargo, no había ningún okapi, sólo los árboles, los campos y el viento, siempre presente.

Y justo cuando Selma empezaba a preguntarse qué estaba haciendo allí si no había ningún okapi cerca, alguien apareció entre los árboles, saliendo del bosque de improviso, sin hacer ruido. Ese alguien se le acercó, y, en cuanto Selma vio quién era, echó a correr a su encuentro tan deprisa como pudo, sin que le extrañara lo más mínimo lo deprisa que podía correr, como si se tratara de una habilidad que había permanecido joven a pesar del tiempo que había transcurrido.

Pero se detuvo. Pensó que no está bien lanzarse a los brazos de alguien a quien no has visto desde hace cincuenta años. Por mucho que te apetezca, aunque sea lo que más desees en el mundo. Quién sabe si al tocar a esa persona conseguirás que acabe convertida en polvo.

—Por fin —exclamó Heinrich—, ya era hora.

El pelo de Heinrich, que durante las últimas décadas se había proyectado en el interior de los párpados de Selma de color claro, volvía a ser oscuro como en la vida real, mientras que sus ojos volvían a ser claros.

—Te veo en color —dijo Selma—. Y muy joven —añadió tras una breve pausa.

—Por desgracia, eso es inevitable —dijo Heinrich.

Selma bajó la cabeza.

—Yo he envejecido —constató con tristeza.

—Por suerte —dijo Heinrich, sonriendo.

Sonrió justo igual que el día que se había girado hacia ella para saludarla por ultimísima vez, el día que le había dicho: «No te preocupes, volveremos a vernos muy pronto, te lo aseguro, Selma».

—Bueno, hemos tardado un poco —dijo Heinrich.

Selma contempló el Uhlheck: lo bañaba una luz plateada, parecida a la que se había visto durante el eclipse.

Selma se acercó a Heinrich.

—¿Me ayudas? —preguntó, ella que nunca le pedía ayuda a nadie—. ¿Me ayudas a quitármelo?

Se lo preguntó como si le estuviera pidiendo a Heinrich que la ayudara a quitarse el abrigo.

Heinrich extendió los brazos y Selma se dejó caer en ellos. Ella abrazó el cuerpo joven de Heinrich y él abrazó el cuerpo octogenario de Selma, y, mientras se abrazaban con la misma fuerza con la que se habían abrazado cincuenta años atrás, Selma pasó a notar sólo las partes del cuerpo que estaban en contacto con el cuerpo de Heinrich. Por ejemplo, ya no notaba el hombro derecho, el hombro en el que durante un tiempo había perdido sensibilidad después de cargar conmigo tras la muerte de Martin. Pero ahora era distinto: no era como si tuviera el hombro entumecido. Era como si no lo tuviera.

—No me noto el hombro —dijo Selma en el cuello de Heinrich, que olía igual que antes, a menta, y un poco a Camel sin filtro.

—Así es —dijo Heinrich, con la boca en el cuello de ella—, y así es como debe ser, Selma.

Él le acarició la espalda, el pelo, los brazos, y Selma empezó a temblar, aunque no habría sabido precisar qué le temblaba. Simplemente temblaba.

Y luego Heinrich dijo lo mismo que Selma me había dicho a mí a los cinco años de edad. Yo había trepado por un árbol del Uhlheck, un árbol que

Selma podía ver en esos momentos desde allí. Había subido demasiado arriba y luego no había sabido cómo bajar. En su día, Selma se había puesto de puntillas, había extendido los brazos y me había agarrado, y al ver que yo seguía aferrada a la rama, me había dicho: «Suéltate. Te tengo».

Okapia johnstoni

«Querido Frederik, Selma ha muerto», quería escribir la mañana siguiente a la muerte de Selma, pero después de «Querido Frederik» dejé de escribir. Nadie debía decirlo mientras no lo supiera mi padre.

Me pareció que yo no era la persona más adecuada para decírselo, creía que debía ser mi madre quien se encargara. «Por supuesto», me había dicho ella, pero cuando mi padre por fin llamó, durante la tarde siguiente a la muerte de Selma, mi madre había salido para organizar el entierro y no me quedó más remedio que ser yo la persona más adecuada.

Cuando oí sonar el teléfono, visualicé a mi padre en una cabina telefónica de algún lugar lejano, con una mala conexión que no le permitiría comprender nada más que «Selma» y «muerto».

—Soy yo —dijo mi padre—. Buenas noticias, Luischen: he conseguido un vuelo y regreso hoy mismo.

—Papá —dije.

—¿Me oyes bien? —preguntó mi padre—, tengo que contarte algo como sea.

—Yo también tengo que contarte algo.

—Es que no te lo vas a creer, Luise —dijo mi padre muy animado—. ¡Es que he visto un okapi! Aquí en la selva. Es un animal increíblemente bonito.

Me tapé la boca con la mano libre para que mi padre no pudiera oír cómo lloraba. Me sentí como alguien que ve talar un árbol y piensa que el árbol sólo está talado cuando ha llegado al suelo, y que hasta entonces aún se está a tiempo.

—El nombre científico del okapi es *Okapia johnstoni*, porque lo descubrió

un tal Harry Johnston —explicó mi padre—. Y ¿sabes qué? ¡Que en realidad no lo descubrió! No llegó a ver un okapi en toda su vida. Sólo vio trozos: un cráneo y la piel. Pero jamás llegó a tener un okapi entero frente a los ojos.

—Papá —dije, a través de los dedos de la mano que me tapaba la boca, y pensé: «Papá, ahora toca que guardes silencio, haz el favor de abrirte al mundo».

—¿No es increíble? —preguntó mi padre—. Selma ha visto en su vida más okapis que el tipo que los descubrió. Quizá fue ella, en realidad, la que descubrió al okapi —dijo mi padre, riendo—. ¿Cómo se encuentra? Llego mañana mismo, al atardecer.

Me quité la mano de la boca antes de decírselo.

—Murió ayer por la noche.

Y luego sólo se oyó lo que se dice cuando te sueltan una frase como ésa y estás muy lejos del lugar donde deberías estar.

—No.

Oí cómo bajaba el auricular y cómo lo levantaba de nuevo.

—Pero si llegaré mañana al atardecer —dijo, en voz muy baja—, llegaré mañana al atardecer.

Aquí tendido

«Querido Frederik —escribí sentada a la mesa de la cocina de Selma—, Selma ha muerto. Estaba encantada contigo. Lo único que no le encantaba de ti era la diferencia horaria. Quizá sea cierto que tú y yo no encajamos, pero no hay nada malo en ello. En un okapi tampoco hay nada que encaje, y eso no impide que sea un animal increíblemente bonito.»

Y ahí me detuve, porque el óptico se plantó ante mí y me dijo:

—Ya es la hora.

El óptico y yo nos situamos frente al espejo de pared que Selma tenía en el recibidor: yo, con un vestido negro, y el óptico, con el traje bueno que cada vez le quedaba más grande. El óptico se acercó a la solapa el rótulo que lo distinguía como empleado del mes.

—¿Me lo pongo? —preguntó mirándome a través del espejo con los ojos llorosos—. ¿Te parece divertido?

—Sí —respondí, intentando limpiarme el rímel que las lágrimas me habían esparcido por toda la cara—. Es muy divertido.

Durante el entierro de Selma llovió, aunque muy poco. Estaba todo el pueblo y la mitad del pueblo de al lado. Mi madre había preparado las coronas. Durante el breve discurso del pastor que vino de la ciudad, mi madre y mi padre se cogieron de la mano, porque durante los entierros es normal tomar de la mano a las personas con las que has compartido amor durante mucho tiempo, y el hecho de que ese amor ya no exista pasa a ser algo secundario por unos momentos.

Alaska, como siempre, demostró una alegría tremenda al ver a mi padre y,

lejos de contenerla lo más mínimo, no paró de saltar a su alrededor y de menear la cola, porque, al fin y al cabo, era un animal y resultaba imposible hacerle comprender que hay ocasiones en las que no resulta adecuado demostrar abiertamente que estás contento.

Yo me coloqué entre Palm y el óptico. Palm parecía destrozado, tenía la cara enrojecida, el pelo rubio pegado al cráneo y el mechón levantado. Fue muy duro acercarse a la tumba de Selma, algo así como remontar un río. Palm lanzó una rosa dentro de la tumba y el óptico y yo echamos un puñado de tierra cada uno.

Después todo el pueblo se reunió en la casa consistorial. Me había pasado tres días horneando bizcocho, y el resultado estaba ya cortado y apilado en las mesas altas, pero me daba vergüenza lo seco que me había quedado. El tendero me consoló con unas palmaditas en el hombro. «No le des más importancia —me dijo—. Ha muerto Selma: nos costaría tragar cualquier cosa que nos lleváramos a la boca.»

Mi madre estaba con mi padre junto a una de las mesas altas cuando Alberto se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros. Me fijé en la reacción de mi padre. Al parecer, que alguien deje de amarte después de haberte amado mucho tiempo sólo es comparable a una tumba abierta. Me senté al lado del óptico en uno de los bancos que había junto a la pared. A su izquierda estaba Palm, con un vaso en la mano que no sabíamos si contenía algo más que zumo de naranja. Me apoyé en el hombro del óptico y él recostó su mejilla en mi cabeza. Parecíamos los dos mochuelos que un verano eligieron nuestra chimenea para refugiarse del viento.

—Nos hemos quedado solos —dije.

El óptico me rodeó con un brazo y me acercó todavía más a él.

—Nadie está solo mientras pueda hablar en plural —susurró.

Luego me dio un beso en la cabeza y me dijo que necesitaba un poco de aire fresco. Yo asentí.

—Vamos, *Alaska* —dijo el óptico, y *Alaska* se levantó.

Y, como siempre que algo tan grande y tan viejo se levanta, tardó un rato en levantarse del todo.

El óptico salió a pasear con *Alaska* y llegaron hasta el límite del pueblo, hasta el Uhlheck. Ya en pleno bosque, el óptico decidió tenderse en el suelo, a pesar de que llevaba puesto el traje bueno y las hojas del suelo estaban húmedas. *Alaska* se tumbó a su lado. El óptico cruzó los brazos bajo la cabeza, y, mientras contemplaba la franja de cielo recortada por las ramas de los árboles, entornó los ojos para protegerlos de la llovizna que seguía cayendo.

Una vez más, se puso a pensar en la frase a la que tantas vueltas había dado: «Cuando miramos algo, ese algo puede desaparecer ante nuestros ojos. Pero cuando no intentamos verlo, no puede desaparecer». Sus voces interiores tampoco habían demostrado ser capaces de descifrar la frase, por supuesto. «Si murieras ahora, aquí tendido —le dijeron—, ni siquiera se notaría.»

De repente, el óptico se levantó con tanta brusquedad y tan poca consideración por su espalda que ésta se quejó con una punzada de dolor.

—¡Ya está, lo tengo! —exclamó.

Alaska también se levantó. Probablemente percibió su alegría.

—La clave es distinguir —dijo el óptico—. Mirar implica distinguir.

»Debería haberme dado cuenta antes, *Alaska*, por motivos profesionales —dijo el óptico, dándole unas palmaditas en la cabeza—. Fíjate: cuando no intentamos distinguir algo del resto de las cosas que nos rodean, ese algo no puede desaparecer. Porque no se distinguirá. Porque no quedará dissociado del resto de las cosas, ¿comprendes? —llegó a preguntar en voz alta.

Estaba tan entusiasmado que incluso le sorprendió que *Alaska* no le respondiera: «Sí, claro, ahora lo entiendo perfectamente. Por favor, continúa».

«Selma no desaparecerá si no intentamos verla», pensó el óptico. Y nada le habría gustado más en ese instante que salir corriendo para contárselo.

Todo lo contrario

—¿Puedo hacer algo por ti? —me preguntó mi madre cuando la casa del consistorio se hubo vaciado de gente—. ¿Te apetece un helado, quizá?

—No, gracias —dije—. Voy a dar un paseo.

Recorrí el pueblo hasta el final, hasta la casa de Marlies. No había asistido al entierro y temí que le hubiera pasado algo. Ni siquiera la peor versión de Marlies habría sido capaz de impedir que asistiera, de eso estaba segura.

Crucé la verja del jardín dejando atrás las cartas reblandecidas y di un rodeo para evitar el panal de abejas. Me ahorré la molestia de llamar al timbre y fui directamente hacia la parte trasera, hacia la ventana de la cocina que, como siempre, estaba entreabierta por la parte de arriba. Eché un vistazo al interior y el corazón se me aceleró de golpe, aparté la mirada enseguida y me llevé una mano al pecho. «Cálmate —pensé—, esto no puede ir en serio», y luego volví a mirar dentro de la casa.

Marlies, con su suéter y sus bragas, estaba sentada en una silla de la cocina. En las manos tenía la escopeta de Palm y apoyaba la barbilla en la boca del cañón.

—Marlies —dije a través de la rendija de la ventana—, no me digas que va en serio.

No se sorprendió lo más mínimo al oír mi voz, fue como si yo llevara horas esperando ahí detrás.

—¿Marlies? ¿Me oyes? Ya ha muerto suficiente gente. Últimamente la muerte no ha sido algo precisamente excepcional. Yo te recomendaría que no la provoques de ese modo.

—Tus recomendaciones siempre son una mierda —dijo Marlies.

Estaba sentada justo debajo del gancho del que se había ahorcado su tía, esa mujer eternamente malhumorada e insoportable.

—¿Cómo has conseguido la escopeta de Palm?

—Se había emborrachado —dijo—. Dormía tan profundamente que podría haberle vaciado la casa entera y no se habría dado cuenta. Y ahora, lárgate. En algún momento tienen que acabar las cosas —sentenció.

Me lanzó una mirada tan desorbitada por la rabia como la que le había visto a Palm tiempo atrás.

«Por supuesto —pensé—. En algún momento tienen que acabar las cosas, sobre todo si eres la triste Marlies. En algún momento tienen que terminar las cosas cuando dedicas todos tus esfuerzos a que nadie quiera verte. Cuando no has elegido nada de lo que tienes a tu alrededor. Cuando nada te parece bien, ni las recomendaciones, ni los platos ultracongelados, ni los artículos de regalo de la tienda de artículos de regalo. En algún momento tienen que acabar las cosas cuando todo te parece tan desabrido.»

Siempre había pensado que el tiempo no pasaba por Marlies porque para ella todos los días eran iguales, porque nunca le ocurría nada destacable, nada capaz de dejar huella. Sin embargo, no era cierto. El tiempo pasaba para ella también, y eso era lo peor: que no le pasaba nada.

Apoyé la cabeza en la ventana inclinada.

—Por favor, déjame entrar.

—Lárgate —me dijo—. Lárgate de una vez.

Pensé en Martin y en lo que me había escrito en un álbum de poemas. Después de hojearlo todo hasta el final, en la última página y con su caligrafía infantil me había escrito: «He elegido el final para plantar mis raíces, / así nadie se caerá de narices». Después, Elsbeth nos había mandado a casa de Marlies, porque alguien tenía que pasar a ver a la triste Marlies, y ese día nos tocó a nosotros. «Igual que tú, ¿verdad? Por eso has echado raíces aquí», le había dicho Martin a Marlies.

Ella no lo comprendió entonces, pero el caso es que Martin estaba

convencido de que si había elegido vivir al final del pueblo había sido para evitar que algún delincuente pudiera sorprendernos con la guardia baja.

Ese día, a Marlies también le pedí que me escribiera algo en el álbum. A regañadientes, lo abrió y echó un vistazo a la entrada del óptico: «Un peñasco se puede quebrar / y una montaña se puede escalar, / pero lo que no podré hacer jamás / es a alguien como tú olvidar». Luego había consultado lo que había escrito mi padre: «El oso pardo vive en Siberia / y en África vive el ñu, / el cerdo negro en Sicilia / y en mi corazón, sólo tú». Y había leído también la entrada de Elsbeth: «Vive alegre, vive feliz, / como en los campos de trigo / vive la perdiz». Y la del tendero: «¿Por qué agachar la cabeza, / con la de cosas buenas que hay? / Mejor aprende a levantarla / y las podrás atrapar». Y la de mi madre: «Sólo el amor comprende / el secreto misterioso / que supone hacerse rico / sólo siendo generoso». Y la entrada de Selma: «Ni todo el monte es orégano / ni es domingo cada día / pero todo es más estupendo / si se vive con alegría». Y luego, cuando Marlies por fin encontró una página en blanco, escribió a lápiz: «Saludos, M».

—Martin estaba convencido de que nos salvarías a todos —dije en un susurro.

—Pues ya ves que acertó de lleno —exclamó Marlies—, sobre todo, en su caso. Y en el de Selma.

—Pero Selma ha llegado a cumplir más de ochenta años.

—Ella me dejaba en paz —dijo Marlies, y por un segundo se le quebró la voz y tuvo que aclararse la garganta para continuar—. Selma era la única que siempre me dejaba en paz.

—Bueno, pues seguirá haciéndolo —dije.

—Lárgate —dijo Marlies en voz baja—. Veo cómo se acerca la muerte, viene hacia mí —añadió.

Entonces sí que me harté del todo:

—De acuerdo, Marlies —dije—. En algún momento tienen que acabar las cosas. Tienes toda la razón.

De repente, la barra de la cortina cayó al suelo. El soporte izquierdo se había desprendido de la pared y la cortina quedó inclinada frente a la ventana. «Últimamente se caen demasiadas cosas —pensé—, no deben de estar bien sujetas.»

Entonces me acordé de cuando Selma me había dicho «¿No te das cuenta?» justo después de que se cayera el búho de macramé que tenía colgado en la cocina, justo después de que yo hubiera dicho que en mi vida iba todo bien.

Marlies tenía la mirada fija en la ventana. Al principio pensé que se había sorprendido de que se cayera la cortina, pero enseguida me di cuenta de que el motivo era otro.

—¿Lo ves? —dijo—. La muerte viene a buscarme.

Me di la vuelta y las dos vimos lo mismo: un hombre con un hábito negro que cruzaba el jardín y venía directamente hacia nosotras. Retrocedí un paso y choqué contra la pared de la casa.

—No es la muerte —dije—. Es Frederik.

Se detuvo a unos pasos de mí.

—¿Molesto? —preguntó.

—Frederik —exclamé.

—Ése soy yo —dijo, sonriendo—. Vaya, llevas gafas.

—¡Frederik! —dije de nuevo, como si repetir su nombre sirviera para hacerlo más real.

—Tenía un mal presentimiento, y cuando el óptico me llamó, decidí venir enseguida —dijo, y sonó como si viniera del pueblo de al lado.

—Hasta aquí —dije.

—Sí, hasta aquí. Sigue siendo menos engorroso que hablar por teléfono. Luise, siento mucho que Selma haya muerto.

Quería acercarme a él, pero me daba miedo moverme. Pensé que, en cuanto me alejara un solo centímetro de la ventana, Marlies apretaría el gatillo.

—Tengo que quedarme aquí.

—¡No es verdad, puedes largarte! —gritó Marlies.

Frederik se me acercó. Tenía el mismo aspecto que diez años atrás. Lo único que había cambiado, la única novedad, era una fina red de arrugas que aparecía cuando sonreía. Moviendo la cabeza le señalé la ventana que tenía detrás y Frederik echó un vistazo al interior.

—¡No mires dentro! —gritó Marlies—. Aquí no hay nada que ver.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguien? —susurró Frederik alarmado, pero sólo se me ocurría el nombre de Selma.

—No lo hará mientras yo me quede aquí —dije—. Por eso tengo que quedarme.

—Pero no podemos quedarnos aquí para siempre —dijo Frederik, y me alegré de que lo hubiera dicho en primera persona del plural.

Le cogí una mano.

Una señal roja y blanca había caído sobre el andén de la estación justo después de que le hubiera dicho a Martin que no creía en los sueños de Selma. La tabla optométrica de la óptica también había caído al suelo justo después de que hubiera negado amar a Frederik.

Me quedé mirando a Marlies, que parecía tachada tras el palo de la cortina inclinado. No había cambiado de posición, seguía sentada con la barbilla sobre la boca del cañón, con la mano cerca del gatillo. Marlies no estaba dispuesta a dejarme entrar en su casa, no estaba dispuesta a abrir ni uno solo de sus cinco cerrojos, y tampoco estaba dispuesta a salir, porque mis recomendaciones eran siempre una mierda.

«Tiene que ocurrírseme otra manera de sacar a Marlies de ahí dentro», pensé, y también que «no siempre se pueden elegir las aventuras para las que uno está hecho». Cogí aire antes de hablar.

—Frederik —dije—, me alegro de que hayas venido, pero la verdad es que eres un poco inoportuno.

Detrás de Marlies cayó un ambientador con forma de arbolito que había

estado pegado a la pared con cinta adhesiva. Cayó sin hacer ruido.

—¿Qué? —dijo Frederik.

Intentó soltarme la mano, pero yo se la agarré con más fuerza.

—He pensado que, en cualquier caso, podemos hablar por teléfono. Al fin y al cabo, sé que te encanta hablar conmigo por teléfono.

Un bordado enmarcado que Marlies había hecho para su tía muchos años atrás cayó al suelo y el cristal quedó hecho añicos.

Marlies le dedicó una mirada fugaz, y luego volvió a apoyar la cabeza en la escopeta.

Frederik me miró como quien ya no entiende el mundo y prefiere mantenerse alejado de él. «Quédate donde estás —pensé—, no te muevas ahora», y lo pensé con verdadero fervor.

—¡Para ya de decir tonterías y lárgate de una vez! —gritó Marlies.

—Marlies es mi mejor amiga —dije.

Al ver que no caía nada, decidí repetirlo con más ahínco.

—¡Marlies es mi mejor amiga!

Sin embargo, no se produjo ni el más mínimo cambio.

—Y tú, Frederik, eres muy cansino —dije.

De inmediato, las sartenes que estaban colgadas detrás de Marlies cayeron sobre los fogones. Marlies se dio la vuelta y yo le retuve la mano a Frederik con todas mis fuerzas.

—Estoy completamente convencida de que tú y yo no encajamos —proseguí.

Y la estantería de la cocina se desplomó y con ella cayeron también todas las latas de guisantes en conserva que sostenía. Marlies soltó la escopeta y pegó un brinco, y Frederik, después de un rato alternando miradas entre Marlies y yo, clavó sus ojos en los míos y se limitó a sobresaltarse un poco cada vez que caía algo, pero sin desviar la mirada.

—Nunca había amado a nadie menos que a ti —dije.

El armario colgado en la pared, en el que Marlies guardaba la vajilla, se

desprendió con un estrépito ensordecedor.

—El Amor Furtivo pequeño me gusta más sin nata —afirmé.

La lámpara del techo, suspendida hasta entonces cerca del gancho que había usado la tía de Marlies para ahorcarse, se estrelló contra el suelo proyectando esquirlas de cristal en todas las direcciones. Marlies había instalado demasiados cerrojos en la puerta, por lo que decidió huir por la ventana pasando por debajo del palo de cortina inclinado.

Se nos quedó mirando un instante, parecía dispuesta a huir a ciegas por el bosque, pero se detuvo delante de nosotros, con su suéter y sus bragas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, temblando de pies a cabeza—. ¿Y por qué ha parado de golpe?

—¿Has escuchado lo que he dicho, Frederik? —pregunté.

—Sí —respondió él, tan pálido como Marlies—. No sabía que me querías —dijo—. Al menos, no sabía que me quisieras tanto.

Marlies se envolvió el cuerpo con los brazos.

—Yo sí —dijo.

—Necesito tomar un poco el aire —dijo Frederik en voz baja.

Se dio la vuelta y, sin decir nada más, echó a andar por el prado en dirección al bosque.

Lo seguí con la mirada. Me sentía como si acabara de levantar algo anatómicamente imposible de levantar.

—Vamos, Marlies —dije—. A ponerse pantalones. Y zapatos.

—Yo ahí dentro no vuelvo a entrar —susurró—. Y tú tampoco.

—Bueno —dije, recogiendo las botas de agua que Marlies había dejado en los escalones de la puerta—. Pues súbete a éstas —dije.

Marlies se apoyó en mi hombro con una mano y metió los pies desnudos en las botas de goma.

—Y ahora vamos a buscar al óptico, ¿de acuerdo? —dije, rodeando sus hombros con un brazo.

—Aparta esa mano —dijo ella, pero de todos modos me hizo caso y me

acompañó.

—Vamos a buscar al óptico —dije mientras cruzábamos el prado, bajo el crepúsculo—, y luego iremos a casa de Selma y comeremos algo. Esta noche dormirás allí. Y yo también. Y Frederik, que seguro que volverá del bosque, sólo necesita un poco de calma para aclararse las ideas. Y el óptico, él también puede dormir en casa de Selma. Pondremos un montón de colchones en la sala de estar. Eso a Selma le habría gustado. Lo que no sé es si tendremos suficientes almohadas. Mi padre dormirá en el piso de arriba, y mi madre, en casa de Alberto. Prepararé patatas cocidas, me quedan muy ricas. A falta de almohadas, también podemos utilizar los cojines del sofá. Seguro que Frederik volverá, aunque tarde un poco. Y también le podemos preguntar a Palm si le apetece acompañarnos. ¿Te gustan las patatas cocidas? Me pregunto dónde debe de estar Palm. Quizá al tendero también le apetezca venir. ¿Tienes frío? Le diremos al tendero que nos traiga una botella de vino. Aunque quizá no sea lo más adecuado, si Palm también viene. ¿Dónde debe de estar?

Marlies se detuvo un instante y se quedó unos pasos por detrás de mí.

—¿Podrías hacer el favor de parar de hablar? —me pidió.

Frederik

Frederik regresó por la noche y me encontró en la cocina, donde me había sentado a esperarle.

—¿Dónde has estado? —le pregunté, y por un segundo imaginé que podía ser que hubiera ido a ver al doctor Maschke, como *Alaska* en su día.

—En todas partes —respondió.

Sin mediar palabra, se zampó tres platos fríos de patatas cocidas. Apenas se oía nada aparte de los pasos de mi padre en el piso superior. Justo después del entierro de Selma se había confinado allí y sólo había aceptado la compañía de *Alaska*, que por fin pudo ejercer la función que el doctor Maschke le había asignado muchos años atrás: la de encarnar una congoja peliaguda. De vez en cuando, *Alaska* bajaba para que alguien lo sacara a pasear.

—¿Cómo está? —le preguntaba yo entonces, pero *Alaska* se limitaba a mirarme como si se hubiera propuesto respetar escrupulosamente el secreto profesional.

Frederik fregó su plato y luego me siguió por el pasillo hasta la sala de estar. Pero antes de cruzar la puerta se detuvo, me agarró por una muñeca y me dio la vuelta hacia él.

—Siempre lo pones todo patas arriba —me dijo.

Lo miré a los ojos, y, por la fuerza con la que me agarraba la muñeca, me di cuenta de lo enfadado que estaba.

—Supongo que cuando dices «siempre» quieres decir «con bastante frecuencia» —apunté—. Porque ésta es la tercera vez en la vida que nos vemos.

Por supuesto, eso no tenía ningún sentido. Alguien que no te ve puede intervenir perfectamente en tu vida y ponerla patas arriba por completo como lo haría un fantasma invisible de esos que hacen caer los objetos de los estantes. Además, Frederik y yo llevábamos diez años escribiéndonos al menos una vez por semana.

Me soltó la muñeca y abrió la puerta de la sala de estar. El óptico y yo habíamos colocado tres colchones en el suelo. Él se había tendido en el sofá y en el colchón del centro dormía Marlies. Estaba completamente envuelta en la colcha de Selma, parecía una gran crisálida floreada y roncaba que daba gusto.

Unas horas antes, cuando Marlies se había tumbado en el colchón, el óptico se había agachado a su lado, vestido con su pijama de rayas azules y blancas, observando cómo se envolvía.

—¿Piensas volver a hacerlo, Marlies? —le había preguntado—. Porque, si existe el más mínimo riesgo de que vuelvas a intentarlo, te aseguro que nos tendrás cada cinco minutos delante de tu casa, preguntándote cómo estás —dijo con tono de amenaza e inclinado sobre ella para intentar asemejarse a un trago especialmente furioso—. No te dejaremos nunca en paz. Desmontaremos todos los cerrojos y ahuyentaremos a las abejas del buzón. Es más: a partir de hoy, cada noche dormirás en casa de uno de nosotros —dijo, inclinándose todavía más, hasta que la punta de la nariz casi entró en contacto con el pelo castigado de Marlies—. O mejor, y para que te quede bien claro: te mudarás a casa de uno de nosotros.

Marlies se levantó tan de repente que estuvo a punto de chocar contra la cabeza del óptico.

—¡Jamás! —replicó.

—Espero que te haya quedado claro —dijo el óptico, antes de acomodarse en el sofá.

Yo me acosté a la derecha de Marlies, y Frederik, a su izquierda. Entonces el óptico se incorporó de nuevo para buscar sus gafas.

—Aprecio que haya podido arreglárselas para venir, Frederik —susurró el óptico—. Me alegro mucho de volver a verle. Por cierto, ya he descubierto el significado de aquella frase sobre lo que desaparece y lo que vemos. Si quiere, se lo puedo explicar en un minuto.

—Con mucho gusto —respondió Frederik en voz baja.

Y el óptico le explicó que mirar implica distinguir, y que algo no puede desaparecer si no intentamos distinguir ese algo entre el resto de las cosas.

El monje asintió, pero no dijo nada. El óptico lo observó con atención, pero no supo discernir si Frederik por fin había entendido la frase o si, por el contrario, él era la única persona del mundo capaz de comprenderla. Por unos momentos, el óptico se sintió muy solo, como si viviera en un planeta lejano y diminuto, acompañado únicamente por una frase agradecida que sólo se sentía comprendida por el óptico.

Frederik estaba ausente, saltaba a la vista. Estaba tan ausente que el óptico llegó a temer que en algún punto de la noche llegara a ser indistinguible. Esperó hasta que el monje se hubo acomodado sobre su almohada y luego le dijo:

—Si quiere, mañana puedo echarles un vistazo a esas voces que tiene en la cabeza. Conozco un método nuevo y absolutamente revolucionario procedente de Japón.

Frederik sonrió.

—No es tan grave, no se preocupe —dijo.

En algún momento el óptico se quedó dormido, como todos excepto Frederik y yo: más allá de Marlies pude oír con claridad que Frederik no dormía. Me levanté y, rodeando a Marlies, me acerqué a él. La cabeza le quedaba justo al lado de la puerta abierta del dormitorio de Selma. Cerré la puerta, me senté y apoyé la espalda en ella.

—Ya no te veo difusa, Luise —dijo Frederik en voz baja y sin mirarme—,

te has vuelto cristalina.

—Ahora eres tú quien está difuso —susurré.

Frederik asintió y se pasó la mano por la cabeza.

—Y bloqueado, además —musitó.

Pensé en la primera vez que me llamó por teléfono, en cómo me había ayudado a salir de mi bloqueo.

—Te llamas Frederik —susurré—. Naciste en Hesse y tienes treinta y cinco años. Vives en un monasterio budista, en Japón. Algunos de los monjes que viven contigo son tan ancianos que probablemente conocieron a Buda en persona. Te han enseñado a limpiar, a sentarte, a caminar, a sembrar, a recolectar y a guardar silencio. Siempre sabes lo que hay que hacer. La vida te va bastante bien, y por encima de todo sabes cómo se afrontan los pensamientos, una habilidad que por aquí poca gente domina como tú. Sabes decir «mil años en el mar y mil años en las montañas» en japonés. Casi siempre tienes hambre. No soportas ver algo torcido. Para ti es muy importante que cada cosa esté en su sitio. Estás a nueve mil kilómetros de distancia y, al mismo tiempo, en la misma tabla del suelo que yo.

Frederik alargó hacia mí la mano que había mantenido bajo la cabeza y me acercó a él hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Yo también te amo, Luise, y desde hace mucho tiempo —dijo, en voz muy baja—. Mil años no, pero casi. Es sólo que te he amado desde el otro extremo del mundo y ahora tengo miedo de que mi vida entera dé un vuelco —explicó, y cuando me miró parecía la persona más cansada del mundo—. Tres veces bastan para que sea para siempre, Luise —susurró—, no te quepa la menor duda.

Marlies, completamente enrollada en la colcha, se incorporó de repente.

—¿Podéis hacer el favor de callaros? —dijo, casi gritando.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó el óptico, confundido y buscando las gafas.

—No —respondí—, todavía es de noche.

Marlies se dejó caer de nuevo de espaldas sobre el colchón y el óptico volvió a tenderse con dificultad. Frederik apagó la luz que quedaba por encima de él, sobre la mesita del sofá, y nos miramos a pesar de no poder vernos.

—Ahora dormiré —dijo—, creo que llevo tres días sin pegar ojo.

Se volvió hacia el otro lado. «Tal vez eso también se lo enseñan en el monasterio —pensé— y sabe cómo quedarse dormido a pesar de que su vida esté a punto de dar un vuelco.» Me apoyé en la puerta del dormitorio de Selma y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y mi corazón a las palabras de Frederik. Oí cómo se quedaba dormido, tan bien envuelto como Marlies aunque menos floreado, y me quedé allí sentada, dispuesta a pasar la noche junto a él y junto al amor que acababa de desembuchar. En algún momento, el óptico dejó caer una mano desde el sofá sobre la cabeza afeitada de Frederik y los dos siguieron durmiendo como si nada.

Cuando nos levantamos, entramos en la cocina y nos dimos cuenta de que no nos acostumbraríamos jamás a no encontrar allí a Selma.

—Tengo ganas de meter la cabeza en el campímetro un rato —dijo el óptico.

—Yo tengo ganas de dar un paseo —comenté—, ¿y vosotros? —pregunté, mirando a Marlies y a Frederik.

Éste, vestido ya con su hábito, estaba apoyado en el marco de la puerta, mientras que Marlies estaba de pie frente a la mesa de la cocina como si alguien la hubiera colocado allí sin más motivo que el de no encontrar otro lugar en el que dejarla.

—Yo no tengo ganas de nada —dijo Marlies, cruzando los brazos en el pecho, y el óptico puso los ojos en blanco.

En el fondo, el óptico había albergado la esperanza de que esa noche hubiera cambiado a Marlies y la hubiera convertido en una persona nueva. Al fin y al cabo, decidir no pegarte un tiro en el último momento es como

empezar la vida de nuevo, y había creído que tal vez empezaría a disfrutar de las pequeñas cosas, de los juegos de luz que los rayos de sol creaban en las ramas de los manzanos, por ejemplo, pero Marlies no dio la más mínima muestra de que así fuera, sino que más bien parecía, como siempre, que acabara de recibir una factura inesperada y en su casa hubiera estallado una cañería. Para el óptico, Marlies había escapado de las garras de la muerte pero no de las garras de sí misma. Probablemente no había tenido en cuenta que ciertos cambios no se producen ni a boca de cañón.

—«Nada» ya no es una opción, Marlies —replicó el óptico con tono mordaz—. Ha desaparecido y en su lugar no ha quedado ni ella misma.

Marlies lo fulminó con la mirada, y él le respondió con la misma moneda.

—Pues a mí me apetece limpiar un poco —dijo Frederik, apartándose del marco de la puerta—. ¿Puedo?

La cocina de Selma siempre había estado limpia como una patena, pero a medida que se le habían ido deformando las manos había tenido que rebajar el nivel de exigencia porque, por supuesto, no había dejado que nadie la ayudara. El suelo estaba salpicado de manchas y alrededor de las patas de la mesa se acumulaban las migajas aplastadas por nuestras pisadas. Bajo el banco había un montón de borra acumulada, una sombra oscura había aparecido alrededor de los pomos de las puertas de los armarios, del frigorífico y de las ruedecillas de los fogones, y las puertas de cristal del aparador estaban llenas de huellas.

—Pero no empieces enseguida —dije—, ¿no te apetece desayunar algo antes? Tú siempre tienes hambre.

El óptico nos agarró de la manga a Marlies y a mí y nos sacó de la cocina.

—Dejadlo —dijo, ya en el pasillo—, seguro que le sentará bien. Toda iluminación empieza y termina con una limpieza a fondo —añadió mientras descolgaba su abrigo del perchero—. Necesita dar unas cuantas vueltas a las piezas que no le encajan, quizá así lo consiga —dijo.

Me dedicó una sonrisa a través del espejo del pasillo y añadió,

acariciándome el hombro:

—Según cómo, más tarde podrías dejarte caer por aquí. Hasta luego.

Ataviada con un vestido de Selma, una blusa de Selma y un abrigo de Selma, Marlies me acompañó a dar un paseo, lo que demostraba que el óptico se había equivocado por completo, porque hasta ese momento nadie había conseguido salir a pasear en compañía de Marlies. Cuando nos adentramos en el Uhlheck titubeé un poco: era la primera vez que paseaba por allí sin Selma. Marlies percibió mis dudas y me miró de reojo.

—Deja que vaya yo delante —dijo, y sonó como si corriéramos el riesgo de sufrir una emboscada.

Ya en medio del Uhlheck, se detuvo en un lugar elevado que permitía divisar el pueblo entero.

—Fue un terremoto —dijo, mirando hacia su casa—. Un terremoto que sólo afectó a mi casa —añadió, y se volvió hacia mí—. ¿No es increíble?

Asentí. Llegamos a la Casa de la Reflexión y seguimos andando, una detrás de la otra y sin mediar palabra, tal como le gustaba a Marlies.

Mientras tanto, Frederik se plantó en medio de la cocina y respiró hondo varias veces. Por fin había silencio. Tanto silencio, de hecho, que podía oír el tictac del despertador de viaje que estaba en el dormitorio de Selma, un despertador de viaje que nunca había salido de viaje. Quizá fuera ése el motivo por el que su tictac era tan sonoro, porque reclamaba que no le estaban sacando todo el provecho posible.

Frederik se puso a limpiar la cocina a fondo. Sacó toda la vajilla de los estantes, los cubiertos de los cajones, las sartenes, las cazuelas y los recipientes, e incluso vació la despensa. Fue al garaje a buscar la escalera de mano y limpió la lámpara del techo por fuera y por dentro, donde encontró tres polillas muertas que procedió a recoger con sumo cuidado para luego sacarlas al jardín y enterrarlas.

Limpió todos los armarios por encima, por fuera y por dentro, así como el frigorífico y el horno. Recogió un montón de papeles apilados en el banco, un libro budista del óptico, listas de la compra olvidadas y folletos de publicidad en los que Selma había marcado las ofertas más jugosas. Entre aquellos papeles había también una carta.

«Querido Frederik —leyó—: Selma ha muerto. Estaba encantada contigo. Lo único que no le encantaba de ti era la diferencia horaria. Tal vez sea cierto que no encajamos, pero eso tampoco es malo. En un okapi tampoco encaja nada, y eso no impide que sea un animal increíblemente bonito.»

Frederik dobló la carta y se la guardó en el bolsillo del hábito. Dejó el libro y los folletos sobre la mesa de la cocina y sacudió el polvo de los cojines del banco.

Lavó todos los platos y todos los cubiertos y limpió el polvo de los botes de harina, de azúcar e incluso de las latas de conserva, dejó los vasos y las copas relucientes y fregó las sartenes, las cazuelas y las ollas. Lo secó todo con mucho cuidado y volvió a guardarlo en los armarios. Limpió las ventanas, los marcos de las ventanas y las puertas por los dos lados. Luego volvió a guardar la escalera donde la había encontrado.

Mientras cerraba la puerta del garaje, sin darse cuenta lanzó una mirada hacia el prado que lindaba con el bosque, por si tenía que ahuyentar algún corzo. Frederik sabía con exactitud cómo era la vida en casa de Selma y todo lo que había que hacer, y lo sabía por mis cartas. Más de setecientas.

Entró en casa otra vez. Durante todo ese tiempo, su mente había estado en blanco, hasta un punto que sólo Frederik era capaz de alcanzar. Pero en ese instante, cuando abrió la puerta, de pronto se preguntó si al ocuparte de una casa antigua, la casa también se ocupaba de ti.

En el cuarto que había al fondo del pasillo, Frederik encontró una aspiradora. Se apoyó en el tendedero en el que Selma había tendido la colada justo de la manera como debe tenderse la colada.

Entró de nuevo en la cocina y empezó a aspirar el suelo cuando, de

repente, mi madre apareció por la puerta.

Frederik apagó la aspiradora.

—Hola —dijo ella—. ¿Dónde están todos?

—Se han marchado. Sólo está su marido, en el piso de arriba —dijo Frederik, señalando hacia el techo.

—Ya he vuelto a llegar tarde —dijo mi madre, y se apoyó en el marco de la puerta y suspiró—. ¿Sabe lo que es eso? ¿Alguna vez llega tarde a los sitios?

—Antes sí —respondió Frederik—. Pero donde vivo ahora somos todos muy puntuales.

—Vaya, qué bien —dijo mi madre, recorriendo la cocina con la mirada—. Veo que aquí también ha llegado en el momento justo.

Su mirada se detuvo sobre el libro del óptico que había sobre la mesa de la cocina. Lo cogió para echarle un vistazo.

—Yo he escrito un libro de poesía —dijo mi madre—, ya le traeré uno más adelante —añadió, dando por supuesto que Frederik se quedaría el tiempo suficiente como para poder traerle algo más adelante.

Abrió el libro por una de las páginas que el óptico más había consultado, como suele ocurrir por el desgaste de la encuadernación. Contenía una de sus frases preferidas, la había subrayado varias veces.

—«Un error recurrente también puede ser zen» —leyó mi madre en voz alta—. Dios mío, creo que yo también soy budista —exclamó, y acto seguido consultó el reloj—. Si me marchara ahora, todavía podría ser puntual con Alberto.

Frederik sonrió.

—Pues hágalo —dijo él.

Mi madre titubeó.

—Aunque quizá debería subir a ver a Peter, ¿no? ¿Qué haría usted?

Frederik estaba seguro de que no era necesario preocuparse por mi padre. «Su marido no quiere que nadie interrumpa su duelo», le habría gustado

decirle a mi madre. Sin embargo, puesto que ella no sabía todo lo que había aprendido sobre mi padre por correspondencia, Frederik temió que una frase como ésa pudiera sonar fuera de lugar. Callando esa frase, pues, se dio cuenta de lo mucho que nos conocía gracias a las cartas.

—Ya estoy yo aquí, por si necesita algo —dijo—. Y mientras tanto, pues voy limpiando.

—Es bueno saberlo —dijo mi madre—. Las dos cosas —añadió antes de marcharse.

A la aspiradora le faltaba un accesorio que servía para llegar a los rincones más escondidos, por lo que Frederik tuvo que recurrir a un cepillo de mano para limpiar debajo del horno, debajo del fregadero, del aparador y alrededor de las patas de la mesa. Luego se agachó para barrer también debajo del banco, donde encontró una tabla de madera algo suelta respecto a la moldura de la pared y, metida en la rendija, encontró una perla. Era el pendiente que Selma había perdido, aunque eso, a pesar de todas las cartas, Frederik no podía saberlo. La perla era demasiado grande y demasiado falsa. Si la mirabas de cerca se veía claramente por dónde habían unido las dos semiesferas. Un punto con restos de cola casi imperceptible marcaba el lugar por el que la perla falsa había estado unida al pendiente.

Frederik hizo girar la perla entre el pulgar y el índice y la dejó a un lado con la intención de seguir limpiando las tablas del suelo, pero la perla empezó a rodar por la cocina y acabó debajo del aparador.

Frederik la siguió con la mirada. Se arrodilló frente al aparador, empezó a palpar el suelo que quedaba debajo para recuperar la perla y acabó tumbado con el brazo metido bajo el aparador hasta el hombro antes de encontrarla. Se levantó, examinó la perla de nuevo y luego se fijó en el suelo.

—Está inclinado —constató, y es que ciertas cosas, cuando son tan claras, hay que decirlas en voz alta aunque nadie pueda oírlas.

Dio un paso hacia la derecha, como si el suelo estuviera tan inclinado que le impidiera mantener el equilibrio. Y tan concentrado estaba en la

inclinación del suelo que ni siquiera se dio cuenta de que metía un pie en el centro de una de las zonas marcadas con cinta roja, las que todo el mundo evitaba de forma instintiva y que el óptico recomendaba no pisar por si alguien acababa atravesando el suelo e iba a parar al sótano, a Japón, o simplemente caía al vacío sideral.

Hacía mucho tiempo que no soportaba el peso de nadie. Tanto, que ni siquiera el propio suelo sabía qué ocurriría.

Selma había estado de pie sobre ese mismo lugar cuando mis padres me trajeron a esta casa por primera vez. Mi madre me había dejado en sus brazos y el tendero, Elsbeth, Marlies y el óptico formaron un corro a nuestro alrededor para inclinarse sobre mí, y guardaron silencio durante un buen rato. «Se parece a su abuelo —dijo Elsbeth, al fin—. No hay duda.» El óptico opinó que me parecía más bien a Selma; el tendero dijo que era igual que Elsbeth, y ésta se puso colorada al oírlo. «¿De verdad? —preguntó—. ¿Lo crees de verdad?»

Marlies, que todavía era una niña, dijo que no me parecía a nadie, y mi padre dijo que coincidía con Elsbeth, que no había duda de que era igual que mi abuelo. Selma miró a mi madre, que se había quedado a un lado y no había abierto la boca en todo el rato.

«Se parece a su madre», dijo Selma, y luego llamaron a la puerta con un ímpetu tormentoso. Era Palm, sin aliento y con el pelo completamente revuelto. «¡Es un niño! —exclamó, abrazando al óptico—. Se llama Martin. Venid todos conmigo y lo veréis.»

Mi padre también había pisado ese mismo lugar. Una versión muy joven de mi padre, mientras miraba por la ventana buscando las respuestas correctas. Tras él, sentada en el banco, Selma le iba recitando preguntas que tenía que preparar para un examen de Medicina. De repente, mi padre se había dado la

vuelta. «Cuando termine, pondré aquí mi consulta», dijo, y Selma recibió el comentario con una sonrisa. «Me gustaría quedarme aquí, contigo.»

Puesto que su hijo no tenía que tomar el relevo de ninguna granja, Selma sabía que lo correcto habría sido animarlo a ver mundo. Aparte de tenerse a sí misma, lo único que Selma poseía era aquella casa inclinada, y seguramente acabaría hundiéndose antes de que su hijo pudiera heredarla. Lo justo habría sido animar a mi padre a ver mundo, a él más que a nadie, pero el alivio que había sentido al oír que se quedaría en casa con ella fue tal que se limitó a levantarse para sentarse junto a él frente a la ventana. «Pues hazlo, Peter —le dijo ella, acariciándole la espalda—, hazlo. Seguro que será lo más adecuado.» Y es que era lo único de lo que Selma estaba segura: lo mejor era siempre quedarse.

Selma también había estado de pie en ese mismo lugar. Una versión joven de Selma, con su hijo en brazos, una Selma que todavía no había empezado a envejecer ni a deformarse. Desde ese mismo lugar había visto llegar a Elsbeth, a una versión joven de Elsbeth, todavía delgada. La había visto subir la cuesta más despacio que de costumbre, demasiado. Parecía como si estuviera remontando un río, como si el agotamiento le hiciera plantearse la posibilidad de dejarse llevar por la corriente. Y entonces Selma supo enseguida que Heinrich había muerto, antes incluso de que Elsbeth entrara en la cocina y dejara una frase a medias, incapaz de terminarla: «Selma, siento mucho tener que decirte que mi hermano...».

Selma había estado en ese mismo lugar pocos días antes, con su hijo en brazos, mirando una foto del periódico que Heinrich había colgado en la cocina. «Esto es un okapi, Peterchen, lo ha descubierto tu padre. Bueno, ha descubierto la foto en el periódico. Es el animal más raro del mundo —dijo, besando a su hijo en la cabeza—. Esta noche he soñado que me encontraba uno. Estaba en el Uhlheck y me encontraba un okapi. Y yo iba en camisón,

imagínate», había añadido, y luego había hundido la nariz en la barriga de su hijo y los dos se habían partido de risa.

Heinrich también había estado en ese mismo lugar. Desde allí había seguido los pasos vacilantes del tendero que, bastante borracho, había sido el último en marcharse de la primera fiesta de cumpleaños que Heinrich celebraba en su propia casa. Luego había encendido un cigarrillo y había expulsado el humo contemplando el prado, el camino que conducía hasta el bosque y los árboles mecidos por el viento, siempre presente.

Tras él, Selma recogía las botellas y las copas de la mesa de la cocina y de vez en cuando pescaba de la mesa algún trozo de chocolate. Al ver que Elsbeth no había terminado de beberse la copa de licor de cereza que le habían servido, Selma decidió apurarla. «¡Esto es delicioso!», exclamó Selma. Se acercó a Heinrich desde detrás y lo abrazó a la altura del pecho. «¿Sabes si existe en alguna parte? ¿Chocolate con licor de cereza?»

Heinrich tiró el cigarrillo por la ventana, se dio la vuelta y la abrazó. «No lo sé —respondió—. Pero, si no existe, tendrías que crearlo tú.» Selma se le acercó todavía más y le besó los labios y el cuello. «Tengo el corazón acelerado», dijo ella con una sonrisa. «Como tiene que ser», dijo Heinrich justo antes de pasarle un brazo por la espalda, agarrarla por las piernas con el otro y levantarla en volandas. Selma se rio y Heinrich intentó llevársela al dormitorio, aunque al final no pasaron de la sala de estar.

Y Heinrich también había estado en ese mismo lugar, y no de pie, sino tendido en el suelo y muy concentrado, con la barbilla pegada a las tablas que acababa de colocar, inspeccionando la superficie desde todos los ángulos. De cuando en cuando levantaba la mirada hacia su mejor amigo, que esperaba de pie junto a él, totalmente cubierto de polvo después de haberle ayudado a tomar medidas, a comprar el material, a transportarlo, a cortarlo y a instalarlo. Siempre lo ayudaba en todo.

—Oye —dijo Heinrich desde abajo—, ahora en serio: ¿se ve inclinado? Vuelve a mirarlo. Tú que serás óptico podrás juzgarlo mejor.

El óptico se frotó las gafas llenas de polvo con el suéter no menos polvoriento en un vano intento de limpiarlas y se tendió junto a Heinrich para echar un vistazo a ras del suelo.

—Hombre, ahora que lo dices..., pero tienes que saberlo. Si no, tampoco es que se note mucho.

Los dos contemplaron el suelo como si fuera un paisaje singular. Luego el óptico dio unos golpes sobre el lugar en el que estaban tumbados.

—Es sólo que estas tablas de aquí me parecen demasiado delgadas.

—¿Dónde? —preguntó Heinrich, como si no lo supiera, como si el óptico no le hubiera advertido una y otra vez que las tablas eran demasiado delgadas mientras las instalaban.

—Bueno, aquí —dijo el óptico—. Justo donde estamos ahora.

Heinrich se puso de pie y empezó a saltar sobre las tablas.

—Nada, esto aguanta bien —aseguró sin parar de saltar con tanto ímpetu que el óptico, todavía tendido en el suelo, rebotaba con cada brinco—. Esto aguantará toda la vida —dijo Heinrich—, no te quepa la menor duda.

Frederik no atravesó el suelo. No fue a parar al sótano, ni a Japón, y ni mucho menos cayó al vacío sideral. Se quedó ahí de pie, manteniendo el equilibrio, sintiéndose cada vez más pesado, como si su peso hubiera aumentado automáticamente por el hecho de estar pisando un lugar injustamente marcado como peligroso durante demasiado tiempo.

Miró por la ventana y nos vio: vio cómo Marlies, el óptico y yo subíamos por la cuesta, puesto que habíamos pasado a recogerlo antes de regresar a casa. El óptico y yo nos habíamos agarrado a Marlies, uno por cada lado, y avanzábamos poco a poco, intentando enseñarle una canción para marcar el paso, pero Marlies se negaba en redondo a colaborar.

Frederik observó cómo avanzábamos tres pasos, nos parábamos y luego

dábamos otro paso hacia delante, uno hacia atrás y uno hacia un lado, y también nos oyó gritando «¡Vamos, Marlies, ahora tú!», y a Marlies respondiendo «¡Ni hablar!».

Saludé a Frederik y él me devolvió el saludo. «Ahora tengo que levantar los pies del suelo —pensó Frederik—. Moverme, abrir la puerta. Dejarlos entrar.»

Sin embargo, se sentía tan pesado que llegamos nosotros antes. Cuando entramos en la cocina, Frederik todavía tenía un pie sobre la zona marcada como peligrosa. El óptico se lo quedó mirando y Frederik levantó las cejas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y acto seguido miró hacia abajo—. Oh —exclamó, dándose cuenta, por fin, de dónde había metido los pies.

Se me acercó y me mostró una mano, que sostenía la perla falsa.

—He encontrado esto —me dijo.

Epílogo

—Venga, vámonos —exclamó el óptico.

Estaba apoyado en su viejo Passat, al pie de la cuesta que llegaba hasta la casa, esperando. Suspiró y levantó la mirada hacia el cielo. Era una tarde muy soleada.

Marlies y el doctor Maschke llegaron por la calle, se detuvieron delante del óptico y lo miraron con preocupación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marlies.

—Ah, esto —dijo el óptico, secándose las mejillas con la manga de la chaqueta.

No había parado de verter lágrimas desde la mañana, aunque se negaba a admitir que estuviera llorando.

—Yo tampoco lo sé, simplemente me caen las lágrimas. Supongo que debe de ser cosa de la edad, debo de tener algún problema en el lagrimal, o quizá no es más que una reacción alérgica.

—O tristeza —dijo el doctor Maschke.

—¿Ya se ha marchado? —preguntó Marlies.

—No, tengo que llevarla en coche ahora —dijo el óptico, que cuando veía al doctor Maschke se sentía obligado a darle explicaciones—. Al aeropuerto. Luise se marcha de viaje. A Australia, allá por el océano Índico —aclaró, como si el doctor Maschke no supiera dónde está Australia, o como si el óptico no llevara varias semanas calentándole la cabeza a todo el mundo con el tema.

—Lo sé —dijo el doctor Maschke, y le ofreció un pañuelo.

—Porque quiere abrirse a la inmensidad del mundo —dijo, repitiendo mis

palabras—, y porque le ha dado por ahí —añadió, y en conjunto sonó como cuando recitaba la frase que nadie le había sabido explicar sobre lo que no puede desaparecer cuando no lo miramos.

El óptico se sonó la nariz a conciencia.

—Pero venga, ¡vámonos de una vez! —gritó de nuevo, ahora con la voz un poco quebrada.

—¡Voy enseguida! —grité desde la puerta.

Frederik me ayudó a cargarme la mochila a la espalda.

—Anda, ve —dijo Frederik, totalmente salpicado de pintura.

Había estado pintando las paredes de la sala de estar mientras yo iba de un lado para otro, terminando de preparar el equipaje.

—Volveré seguro —dije—. Dentro de cuatro semanas. No te quepa la menor duda.

—De acuerdo —dijo Frederik.

—¿Te encontraré todavía aquí?

—Sí —respondió él—, aquí mismo. Aunque también puede ser que esté en la cocina. Es lo más probable, de hecho.

Le di un beso.

—Y luego, ya veremos —le susurré al oído.

Él sonrió.

—Sí, ya veremos.

—Para cualquier cosa, tienes mi número —le dije mientras él me limpiaba una mancha de pintura de la frente.

—Tengo tu número muchas veces, además —dijo, y es que le había dejado mi número de móvil anotado en un montón de papeles que había repartido por toda la casa.

Frederik me miró y vio que estaba a punto de hacerle la misma pregunta que le había hecho ya cien veces, y se adelantó antes de que pudiera repetirla una más.

—Sí —dijo—, me acordaré de las pastillas de *Alaska*.

—Y que nadie se muera —dije.

—No. Nadie morirá.

Solté la mano de Frederik y bajé por la cuesta. Me giré hacia él unas cuantas veces para saludarlo. Era una tarde de verano especialmente soleada. Frederik me siguió con la mirada y luego cerró los ojos. Tras los párpados vio la réplica estática de mi saludo, de mi sonrisa, y todo lo que en realidad era claro, tras sus párpados apareció oscuro, mientras que todo lo que en realidad era oscuro, lo vio muy claro.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Gisela Leky, Robert Leky, Jan Strathmann y Jan Valk. Y a Tilman Rammstedt, que me ha acompañado en este libro desde que tuve la idea hasta que terminé el epílogo.

Agradezco también los valiosos consejos de Christian Dillo, René Michaelsen, Cornel Müller, Bernhard Quast, Gernot Reich y del óptico Röseler, de Berlín.

Varios motivos de esta novela surgieron originalmente en la obra de radioteatro *Der Buddhist und ich* (El budista y yo), emitida por la emisora WDR en el año 2012.

El día que Selma soñó con un okapi
Mariana Leky

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Was man von hier aus sehen kann*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta, © derechos reservados

© DuMont Buchverlag, Colonia (Alemania), 2017

© de la traducción, Albert Vitó i Godina, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe-Institut



El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la

reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-322-3487-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

